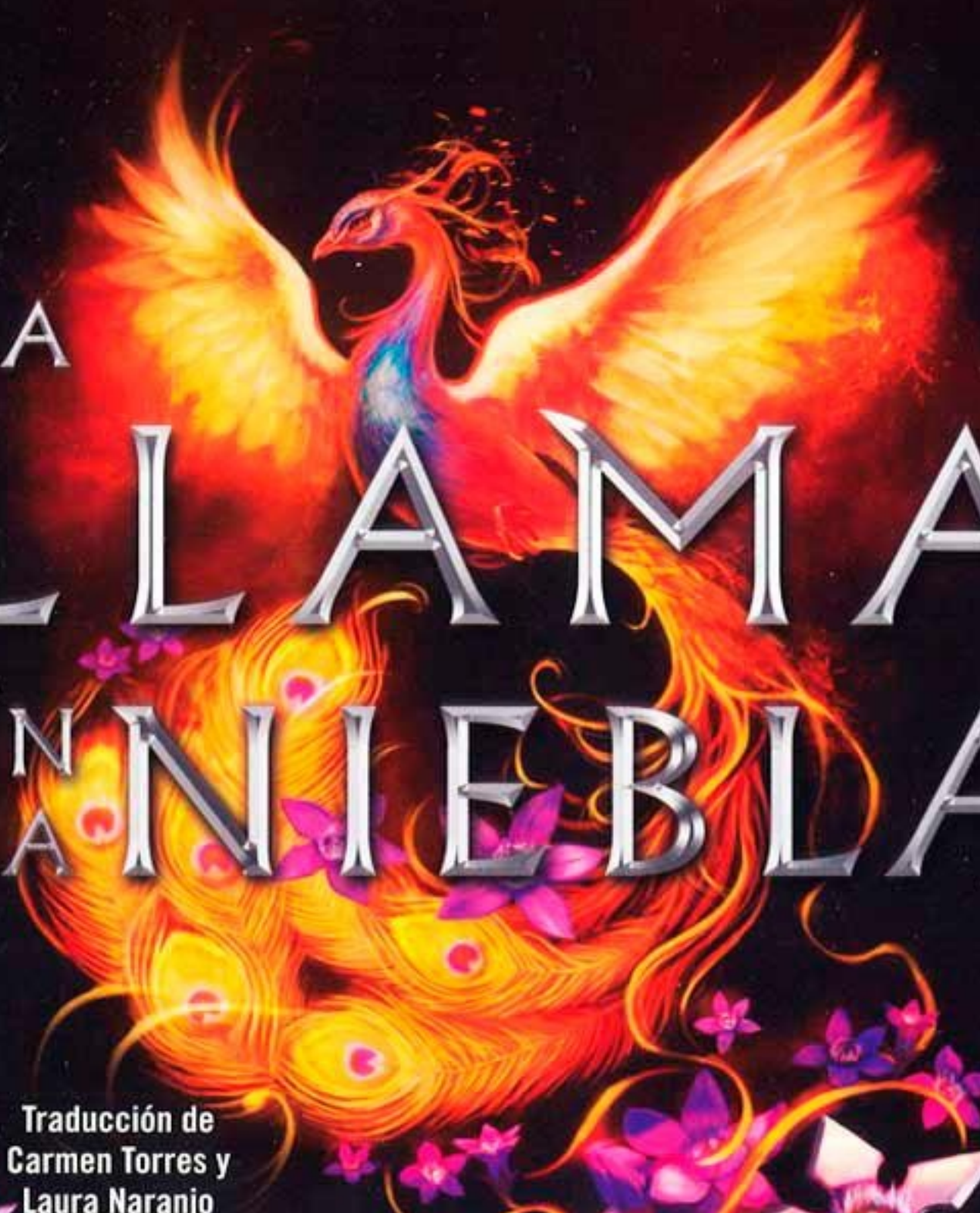


RENÉE AHDIÉH



LA  
LLAMMA  
EN  
LA NIEBLA

Traducción de  
Carmen Torres y  
Laura Naranjo

Lectulandia

Mariko siempre ha sabido que, como hija de un importante samurái, su único propósito en la vida era casarse. Aunque su astucia rivalice con la de su hermano y, como a menudo le recuerdan, su físico no sea muy femenino.

En cuanto cumple diecisiete años, su familia la envía al palacio imperial para que conozca a su prometido. No obstante, la reunión no llega a producirse debido a un inesperado obstáculo: en el viaje, un clan de mercenarios ataca la comitiva y ella es la única superviviente.

Disfrazada de joven campesino, Mariko se infiltra entre sus atacantes para averiguar quién ordenó su asesinato. Pero lo que descubre junto a sus peligrosos compañeros va mucho más allá de lo que esperaba.

**Lectulandia**

Renee Ahdieh

# **La llama en la niebla**

ePub r1.0

Titivillus 06.10.2018

Título original: *Flame in the Mist*  
Renee Ahdieh, 2017  
Traducción: Carmen Torres & Laura Naranjo

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

LA  
LLAMA  
EN  
LA NIEBLA



엄마

A y mamá Joon  
*por enseñarme que la verdadera flaqueza  
es la flaqueza del espíritu.*

«En esta casa de decadencia en la que vivimos,  
la mente de la gente es perversa y sólo ama las palabras  
y no las obras».

VOLUMEN I DEL *BANSENHŪKAI*,  
EL ANTIGUO MANUAL DEL *SHINO NO MONO*  
O ARTE DEL NINJA



LOS SIETE PRINCIPIOS DEL BUSHIDŌ:  
EL CAMINO DEL GUERRERO

義

*Gi*: Integridad

勇  
氣

*Yūki*: Valor

仁

*Jin*: Benevolencia

礼

*Rei*: Respeto

誠

*Makoto*: Sinceridad

名  
誉

*Meiyo*: Honor

忠  
義

*Chūgi*: Lealtad



# EL PRINCIPIO



**E**n el principio, había dos soles y dos lunas». Al niño se le nubló la vista al ver pasar la verdad. Al ver pasar la vergüenza. Se concentró en la historia que su *uba* le había contado la noche anterior. Una historia sobre el bien y el mal, la luz y la oscuridad. Una historia donde el sol triunfante se alzaba en el cielo por encima de sus enemigos.

Alargó los dedos por instinto en busca de la calidez callosa de la mano de su *uba*. La niñera procedente de Kisun llevaba con él desde antes de que tuviera memoria, pero ahora había desaparecido, como todo lo demás. Ahora no quedaba nadie.

En contra de su voluntad, la vista se le aclaró y se fijó en el cielo celeste de mediodía que se extendía sobre su cabeza. Sus dedos se aferraron al lino acartonado de las mangas de su camisa.

«No apartes la mirada. Si te ven apartando la vista, dirán que eres débil».

Una vez más, las palabras de su *uba* resonaron en sus oídos.

Miró al suelo.

El patio que tenía enfrente estaba revestido de telas blancas ondeantes y unos paneles de papel de arroz rodeaban tres de sus laterales. Unos banderines con el blasón dorado del emperador danzaron al son de una brisa pasajera. A izquierda y derecha había espectadores de rostro adusto: samuráis ataviados con las sedas oscuras de su *hakama* formal.

En el centro del patio estaba el padre del niño, arrodillado en un pequeño tatami cubierto de lonas blanqueadas. Él también iba vestido de blanco y sus rasgos parecían esculpidos en piedra. Tenía delante una mesa baja con una espada corta y a su lado permanecía el hombre que una vez fuera su mejor amigo.

El niño buscó la mirada de su padre. Por un momento creyó que este la había desviado en su dirección, pero pudo haber sido un efecto del viento. Un efecto del humo perfumado que se ensortijaba por encima de los braseros de latón.

Su padre no quería mirarlo a los ojos. Él lo sabía. La vergüenza era demasiado grande. Y moriría antes que pasarle la humillación de las lágrimas a su hijo.

Los tambores empezaron a resonar a ritmo lento. Una música fúnebre.

En la distancia, al otro lado de las puertas, el niño captó el sonido amortiguado de unos críos que reían y jugaban. Un grito brusco los silenció en el acto.

Su padre se aflojó el nudo del cinturón sin vacilar y se abrió la túnica blanca para dejar al descubierto la piel del estómago y el pecho. A continuación, se remitió las

mangas por debajo de las rodillas para evitar desplomarse hacia atrás.

Incluso un samurái caído en desgracia debía morir como era debido.

El niño observó cómo alcanzaba el cuchillo *tantō* que reposaba en la mesita que tenía delante. Quería gritarle que parara. Que le concediera un momento. Una única mirada.

Sólo una.

Pero permaneció en silencio y los dedos apretados en sus puños se quedaron sin sangre. Tragó saliva.

«No apartes la mirada».

Su padre asió el cuchillo y envolvió las manos alrededor de la madeja de seda blanca que pendía cerca de la base. Acto seguido, se lo clavó en el estómago y se hizo un corte lento de izquierda a derecha. Sus rasgos permanecieron impassibles. No se detectó en ellos el menor atisbo de sufrimiento: el niño lo buscó —lo sintió— a pesar de los denodados esfuerzos de su padre.

«Nunca apartes la mirada».

Al final, cuando su progenitor estiró el cuello hacia delante, por fin lo vio. Un pequeño gesto, una mueca. En ese mismo segundo, el corazón le dio un vuelco en el pecho y una explosión caliente de dolor brilló en su interior.

El hombre que había sido el mejor amigo de su padre dio dos largas zancadas y blandió una *katana* resplandeciente describiendo un arco perfecto hacia su cuello al descubierto. El ruido sordo de la cabeza al caer en el tatami silenció los redobles de inmediato.

Con todo, el niño no apartó la mirada. Contempló cómo un río carmesí manaba del cuerpo doblado de su padre, traspasaba el borde de la esterilla y se extendía por las piedras grises. El fuerte olor a sangre fresca penetró en su nariz: metal caliente y sal marina. Esperó hasta que se llevaron el cuerpo en una dirección y la cabeza en otra, para exhibirla y que sirviera de advertencia.

No se toleraría la menor traición. Ni siquiera un susurro.

En todo ese tiempo, nadie se había acercado a él. Nadie se había atrevido a mirarlo a los ojos.

La carga de la vergüenza cobró forma en su pecho, más pesada que cualquiera que fuese capaz de soportar.

Cuando finalmente dio media vuelta para abandonar el patio vacío, sus ojos se posaron en la chirriante puerta cercana. Una niñera sostuvo su impávida mirada mientras dejaba caer una mano del pestillo y aferraba con la otra dos espadas de juguete. La piel se le ruborizó por un instante.

«Nunca apartes la mirada».

La niñera bajó la vista al suelo, incómoda. El chico la observó mientras ella conducía con rapidez a un niño y a una niña por la puerta de madera. Eran unos años menores que él y, obviamente, pertenecían a una familia rica. Tal vez fueran los hijos de uno de los samuráis presentes aquel día. El crío se estiró la fina seda del cuello del

kimono y adelantó a la niñera como una flecha, sin detenerse un instante a advertir la presencia del hijo de un traidor.

La niña, en cambio, se detuvo. Lo miró fijamente con sus rasgos vivaces en constante movimiento. Pestañeó mientras se restregaba la nariz con el pulpejo de una mano, permitiendo así que sus ojos lo recorrieran de la cabeza a los pies antes de posarse en su cara.

Él le sostuvo la mirada.

—¡Mariko-sama! —le regañó la niñera. Le susurró algo al oído y luego se la llevó tirándole del codo.

Sin embargo, los ojos de la niña no vacilaron. Ni cuando pasó por el charco de sangre que oscurecía las piedras. Ni cuando se entrecerraron al comprender.

El niño agradeció no haber detectado compasión en su rostro. Ella continuó escrutándolo hasta que la niñera la urgió a doblar la esquina.

Él volvió la vista al cielo e hizo caso omiso a las lágrimas con la barbilla bien alta.

«En el principio, había dos soles y dos lunas».


Un día, el hijo victorioso se alzaría...

Y prendería fuego a los enemigos de su padre.

# ILUSIONES Y EXPECTATIVAS



## DIEZ AÑOS DESPUÉS

 simple vista, todo parecía bien.

Un palanquín elegante. Una hija responsable. Un honor otorgado.

Luego, como para burlarse de Mariko, el *norimono* se tambaleó e hizo que su hombro rebotara contra el lateral. Las incrustaciones de madreperla del palanquín sin duda le dejarían un buen cardenal. Inhaló profundamente y reprimió las ganas de gruñir en las sombras como una bruja enfadada. El olor a barniz del vehículo le saturaba la cabeza y le traía a la mente los dulces de barba de dragón que le encantaban cuando era pequeña.

Aquel ataúd empalagoso y oscuro la conducía a su último lugar de reposo.

Se hundió más en los cojines. El viaje a la ciudad imperial de Inako no estaba yendo para nada bien. El convoy había partido más tarde de lo previsto y había hecho demasiadas paradas. Al menos ahora —por el modo en que el *norimono* se inclinaba hacia delante— suponía que descendían una pendiente, lo que significaba que habían pasado las colinas que rodeaban el valle y que habían recorrido más de la mitad del camino. Se reclinó hacia atrás y esperó que su peso ayudara a equilibrar la carga.

Justo cuando se acomodaba, el palanquín se detuvo en seco.

Levantó la cortina de seda que cubría la ventanita de su derecha. Empezaba a anochecer. El bosque que tenían por delante estaba envuelto en la niebla y sus árboles se recortaban en el cielo plateado.

Cuando se giró para dirigirse al soldado más cercano, una joven criada apareció de pronto.

—¡Mi señora! —La joven jadeó y se fue directa hacia el costado del *norimono*—. Debéis de estar hambrienta. ¡Qué descuido por mi parte! Por favor, disculpadme por semejante negligencia...

—No hay nada que disculpar, *Chiyo-chan*. —Mariko sonrió con amabilidad, pero los ojos de la joven continuaron cargados de preocupación—. No he sido yo quien ha parado el convoy.

Chiyo hizo una profunda reverencia y, al agacharse, las flores de su tocado provisional se torcieron hacia un lado. Cuando se levantó, le tendió un paquetito de

comida muy bien envuelto y regresó a su puesto junto al palanquín, deteniéndose sólo para corresponder a la cálida sonrisa que le ofrecía su señora.

—¿Por qué nos hemos detenido? —le preguntó Mariko al miembro más cercano de los *ashigaru*.

El soldado de infantería se enjugó el sudor de la frente y se cambió de mano la larga asta de su *naginata*. Los últimos rayos de sol destellaron en la hoja afilada.

—El bosque.

Mariko aguardó a que continuara, convencida de que aquella no podía ser la única explicación posible.

Al soldado se le concentró el sudor sobre el labio superior. Abrió la boca para hablar, pero un inminente repiqueteo de cascos atrajo su atención.

—Dama Hattori... —Nobutada, uno de los hombres de confianza de su padre y su samurái más leal, refrenó a su corcel junto al norimono—. Siento la demora, pero varios de los soldados han expresado su reticencia a cruzar el bosque Jukai.

Mariko pestañeó dos veces con cara pensativa.

—¿Por algún motivo en particular?

—Ahora que el sol se ha puesto, tienen miedo de los *yōkai* y les preocupa que...

—Eso son sólo historias tontas de monstruos en la oscuridad. —Hizo un gesto de desdén con la mano—. Nada más.

Nobutada se detuvo, sin duda para tomar nota de su interrupción.

—También dicen que hace poco han visto al Clan Negro cerca de aquí.

—¿Lo dicen? —Una ceja oscura se arqueó en la frente de Mariko—. ¿O de verdad lo han visto?

—Se rumorea por ahí. —Nobutada se bajó el barboquejo del yelmo con cuernos—. Aunque sería raro que el Clan Negro nos robara, dado que no suelen asaltar convoyes donde viajan mujeres y niños. Sobre todo aquellos protegidos por samuráis.

Mariko reflexionó.

—Soy de la misma opinión, Nobutada-*sama*. —Se acordó del soldado de hacía apenas unos instantes y esbozó una sonrisa—. Y, por favor, procurad que los *ashigaru* dispongan pronto de agua y de tiempo para descansar, pues parecen exhaustos.

Nobutada frunció el ceño al oír la petición.

—Si nos vemos obligados a rodear el bosque Jukai, tardaremos un día más.

—Pues tardaremos un día más.

Empezó a bajar la cortina con la sonrisa forzada aún impresa en el rostro.

—Preferiría que no nos arriesgásemos a enfadar al emperador.

—Entonces no hay vuelta de hoja: debemos liderar la marcha para que los demás nos sigan, Nobutada-*sama*. Vos mismo me lo enseñasteis cuando era pequeña. —Mariko no desvió la vista mientras hablaba ni intentó disculparse por la brusquedad de su réplica.

El samurái frunció más el ceño. Mariko reprimió un suspiro. Sabía que no estaba poniendo las cosas fáciles. Sabía que Nobutada quería que tomara una decisión.

Quería que, por lo menos, le diera su opinión.

Quería que hiciera el paripé de que llevaba el control. Para después quitarle la razón con aire de suficiencia por ser mayor que ella.

Por ser un hombre.

Aunque lo intentó, no pudo evitar que le hirviera la sangre.

«El control es una ilusión. Las expectativas no gobernarán mi vida.

Nunca más».

—Tal vez no sea fácil. —Intentó enmendar la situación mientras sus dedos jugueteaban con el filo de la cortina—. Pero es sencillo. —Suavizó el tono en un intento lamentable de apaciguarlo. Un tono que seguro que lo irritaba, como solía hacer su carácter obstinado. Su hermano, Kenshin, le daba la tabarra con eso. Le decía que no fuera tan... rarita.

Que se conformara, al menos en aquellas pequeñas cosas.

Mariko agachó la cabeza en señal de reverencia.

—En cualquier caso, confío en vuestro buen juicio, Nobutada-*sama*.

Una sombra cruzó los rasgos del hombre.

—Muy bien, dama Hattori. Continuaremos por el bosque Jukai.

Y, dicho esto, espoleó a su caballo para regresar a la cabecera del convoy.

Como era de esperar, Mariko lo había irritado. No había dado su verdadera opinión sobre nada desde que habían abandonado el hogar familiar por la mañana. Y Nobutada quería que hiciera como que mandaba sobre él. Quería que le diera tareas apropiadas para un papel tan elogioso.

Tareas apropiadas para el samurái que estaba a cargo de entregar a una novia real.

Mariko supuso que debería importarle llegar tarde al castillo Heian.

A conocer al emperador. A conocer al segundo hijo de este...

Su futuro marido.

Pero no le importaba. No había pensado demasiado en ello desde la tarde en que su padre le había informado de que el emperador Minamoto Masaru la había pedido en matrimonio en nombre de su hijo Raiden.

Iba a ser la esposa del príncipe Raiden, el hijo de la consorte favorita del emperador. Un casamiento político que elevaría la posición de su padre entre la clase daimio gobernante.

Debería importarle que comerciaran con ella como si de una mercancía se tratara sólo por obtener el favor del emperador, pero le daba igual.

«Ya me da igual».

Cuando el *norimono* volvió a inclinarse hacia delante, levantó la mano para ajustarse el fino palo de carey que le arponeaba el grueso moño de la cabeza. Unos diminutos cordoncitos de plata y jade colgaban de sus extremos, enredados en una guerra sin fin. Cuando acabó de desenmarañarlos, su mano se posó en el palo de jade más pequeño de abajo.

La cara de su madre cobró forma en su mente: la mirada de firme resignación que



había ostentado mientras le colocaba ese adorno en el pelo a su única hija.

Un regalo de despedida. Aunque no un verdadero consuelo.

Igual que las últimas palabras de su padre:

«Conviértete en un tributo para tu familia, Mariko-*chan*. En aquello para lo que fuiste educada. Renuncia a tus deseos infantiles. Conviértete en algo más que... esto».

Mariko apretó los labios.

«Da igual. Ya me he tomado la revancha».

No había razón para seguir preocupándose de semejantes cosas. Ahora su vida discurría por un claro sendero. Daba igual que no fuera el deseado. Daba igual que le quedara tanto por ver, por aprender y por hacer. La habían educado con un propósito. Con el estúpido propósito de convertirse en la esposa de un hombre importante, cuando fácilmente podría haber sido otra cosa. Algo más. Pero no importaba. No era un chico. Y, aunque sólo contaba diecisiete años, Hattori Mariko sabía cuál era su lugar en el mundo. Se casaría con Minamoto Raiden. Sus padres gozarían del prestigio de tener una hija en el castillo Heian.

Y ella sería la única que conocería la mancha de ese honor.

Cuando oscureció por completo y el convoy se adentró más en el bosque, el aire reinante se colmó de una húmeda calidez, que no tardó en mezclarse con el hierro de la tierra y el verde de las hojas recién aplastadas. Un perfume extraño y embriagador. Fresco y penetrante, aunque suave y siniestro a la vez.

Se estremeció y notó que el frío arraigaba en sus huesos. Los caballos que rodeaban el *norimono* resoplaron como en respuesta a una amenaza velada. Para distraerse, cogió el pequeño paquete de comida que Chiyo le había dado e intentó mantener a raya aquella gelidez hundiéndose en los cojines.

«Tal vez deberíamos haber rodeado el bosque Jukai».

Pronto desterró las dudas y se concentró en el paquete. Contenía dos bolas de arroz cubiertas de semillas de sésamo negro y ciruelas amargas encurtidas envueltas en hojas de loto. Tras desenvolver la comida, se dispuso a encender el diminuto farolillo de papel que se balanceaba en el techo.

Había sido uno de sus primeros inventos. Lo bastante pequeño para esconderlo en la manga de un kimono. Una mecha especial de combustión lenta suspendida por un cable finísimo. La mecha era de algodón trenzado con juncos fluviales y estaba untado con cera. A pesar de su tamaño, el farol mantenía su forma y proporcionaba una luz constante. Lo había hecho cuando era niña y, en la profunda oscuridad de las noches, aquel invento había sido su salvación. Solía colocarlo junto a las mantas, donde arrojaba un resplandor cálido y alegre que le permitía poner por escrito sus nuevas ideas.

Sonrió al recordarlo y empezó a comer. Unas cuantas semillas de sésamo negro cayeron sobre la seda pintada del kimono. Las apartó con la mano. La tela parecía agua al tocarla con la punta de los dedos. Era del color de la crema dulce y el

dobladillo se iba degradando hasta alcanzar un azul marino intenso; pálidas flores de cerezo llenaban las largas mangas y se desplegaban en ramas cerca de sus pies.

Un kimono de valor incalculable. Confeccionado con la más delicada seda *tatsumura*. Uno de los muchos presentes que le había enviado el hijo del emperador. Era precioso. Lo más bonito que Mariko había tenido en su vida.

«Una chica que apreciara tales cosas sin duda estaría encantada».

Cuando más semillas cayeron en la tela, no se molestó en apartarlas. Terminó de comer en silencio, absorta en el bamboleo del farolillo.

Las sombras se arremolinaban en el exterior, cada vez más cerca, cerniéndose sobre ella. El convoy se hallaba ahora bajo la fronda. Bajo un manto de ramas crujientes y hojas susurrantes. Le extrañó no oír ningún signo de vida a su alrededor: ni el graznido de un cuervo, ni el ulular de un búho ni el chirrido de un insecto.

Entonces el *norimono* volvió a detenerse. En seco.

Los caballos empezaron a resollar y a estampar los cascos en la tierra sembrada de hojas.

Oyó un grito. El palanquín se tambaleó. Lo enderezaron más de la cuenta y acabó estrellándose contra el suelo de un golpetazo. Mariko se dio un fuerte coscorrón con la madera barnizada y vio las estrellas.

Y luego se sumió en el vacío.

# LA BESTIA DE LA NOCHE



**S**e despertó con el olor a humo. Con un rugido amortiguado en los oídos. Con un dolor punzante en el brazo.

Seguía en su palanquín, pero este se había volcado y su contenido estaba revuelto en un rincón.

El cuerpo de una doncella conocida yacía atravesado encima de ella. Chiyo, a la que le encantaba comer caquis helados y colocarle flores de campanilla en el pelo. Chiyo, cuyos ojos siempre habían sido tan abiertos y sinceros.

Los mismos ojos que ahora se habían congelado en una máscara mortuoria.

A Mariko le quemó la garganta. Las lágrimas le nublaron la vista.

Los sonidos en el exterior hicieron que se centrara. Con la mano derecha se presionó un chichón en el lateral de la cabeza. Reprimió un grito, que sonó como un sollozo ahogado, y recuperó la consciencia por completo. El brazo le palpitaba con fuerza, incluso al realizar el menor de los movimientos.

Sacudió la cabeza para aclararse y miró a su alrededor.

Por la forma en que Chiyo estaba colocada del través —y por la forma en que sus propias sandalias *zori* lacadas habían caído de las manos de su doncella—, quedaba claro que la chica había tratado de liberarla del palanquín siniestrado. Había tratado de liberarla y había muerto en el intento. Había sangre por todas partes: esparcida por las brillantes taraceas, derramándose por el feo corte de su cabeza, formando un charco en la herida mortal del corazón de Chiyo. Una flecha le había atravesado limpiamente el esternón y la punta se había clavado en la piel de su propio antebrazo, dejando un rastro carmesí.

Había varias puntas de flecha incrustadas en la madera del *norimono* y unas cuantas más hundidas en ángulos extraños en el cuerpo de Chiyo. Flechas que no podían haber tenido la menor intención de matar a una dulce sirvienta. Y que, de no ser por esa dulce sirvienta, sin duda habrían impactado en ella.

Sus ojos se inundaron de más lágrimas mientras abrazaba con fuerza a la joven.

«Gracias, Chiyo-shan. *Sumimasen*».

Pestañeó para deshacerse de las lágrimas e intentó mover la cabeza. Ubicarse. El dolor que sentía cerca de la sien palpitaba al son del rápido latir de su corazón.

Justo cuando empezaba a moverse, oyó un murmullo de voces masculinas que se aproximaba. Echó un vistazo por una brecha en el panel aplastado que tenía encima. Lo único que distinguió fue la silueta de dos hombres vestidos de negro de la cabeza

a los pies. Sus armas deslumbraban a la luz de unas antorchas cercanas y sus espadas estaban embadurnadas de un rojo siniestro.

«No puede ser...».

Pero las pruebas no dejaban lugar a dudas: el Clan Negro había atacado su convoy.

Mariko contuvo el aliento y se acurrucó en el rincón cuando oyó que se acercaban más al palanquín.

—Entonces, ¿está muerta? —dijo el más alto en tono huraño.

El hombre enmascarado de la derecha escudriñó el *norimono* volcado con la cabeza ladeada.

—O eso o se ha desmayado con el...

Un aullido en la distancia se tragó sus últimas palabras.

Los hombres intercambiaron miradas, conscientes de lo que significaba.

—Compruébalo una vez más —ordenó el primero—. Prefiero no verme obligado a informar de que fracasamos en nuestra misión.

El segundo hombre asintió con brusquedad y avanzó hacia el vehículo con la antorcha sujeta en alto.

El pánico se apoderó de Mariko. Apretó con fuerza los dientes, que no paraban de castañetearle.

Dos cosas habían quedado claras mientras los dos hombres hablaban:

Era obvio que el Clan Negro la quería muerta. Y alguien les había encargado matarla.

Cambió de postura de manera casi imperceptible, como para esconderse de sus miradas fisgonas. Como para encogerse hasta reducirse a la nada. La cabeza de Chiyo se desplomó hacia delante y se golpeó contra la maltrecha madera. Mariko se tragó una palabrota y maldijo su falta de consideración. Inspiró por la nariz y deseó que su corazón detuviera su incesante palpitar.

¿Por qué de repente olía tanto a humo?

Miró a su alrededor alarmada. Los bordes de la túnica manchada de sangre de la doncella se estaban ennegreciendo al rozarse con la mecha desmenuzada de su diminuto farolillo.

Y estaban prendiéndose fuego.

Le costó toda su fuerza de voluntad permanecer quieta y en silencio.

El terror la espoleaba desde todos los flancos. La espoleaba a tomar una decisión definitiva.

Si se quedaba, se quemaría viva. Si salía de su escondrijo, los hombres enmascarados de fuera concluirían sin dudar su siniestra tarea.

Las llamas lamían el dobladillo de la túnica de Chiyo e intentaban alcanzar su kimono como si de los tentáculos de un pulpo se tratara.

Presas de un pánico creciente, cambió de postura de nuevo y sofocó un golpe de tos en el hombro.

Era hora de tomar una decisión.

«¿Cómo piensas morir hoy? ¿Por el fuego o por la espada?».

El hombre que se acercaba se detuvo a escasa distancia.

—El palanquín está ardiendo.

—Pues deja que se queme.

El hombre más alto no se inmutó ni miró en la dirección de los demás.

—Deberíamos marcharnos. —El que estaba justo fuera echó un vistazo por encima del hombro—. Antes de que el olor a sangre y a carne chamuscada atraiga a las bestias de la noche.

Se encontraba lo bastante cerca como para tocarlo. Lo bastante cerca como para asestarle un golpe, de haber tenido el valor de hacerlo.

El individuo más alto asintió.

—Nos marcharemos enseguida, pero no antes de que compruebes si la chica está muerta.

El triste aullido sonó más fuerte. Más próximo. Los cercaban.

Cuando el hombre de al lado estiró la mano para alcanzar los paneles aplastados, una de las varas dañadas del *norimono* se partió en dos. El palo le dio en el brazo y lanzó miles de chispas en todas direcciones.

El hombre retrocedió de un salto mientras maldecía en voz baja.

—La chica está más que muerta.

Se pronunció con total contundencia mientras el viento azotaba su antorcha. El calor del fuego creciente hacía que a Mariko le corriera el sudor por el cuello en un goteo constante. Las llamas en aumento cerca de sus pies crepitaban al chamuscar la piel de Chiyo.

El olor hizo que el estómago le diera un vuelco. El sudor le estaba empapando el cuello blanco y tieso del kimono.

«¡Toma una decisión, Hattori Mariko! ¿Cómo deseas morir?».

Los dientes le castañeaban. Tragó saliva con determinación y se hincó las uñas en las palmas de las manos mientras su mirada revoloteaba por el pequeño espacio destrozado. La valentía no era su fuerte; pasaba demasiado tiempo sopesando sus opciones como para ser valiente. Demasiado tiempo calculando los pros y los contras.

No obstante, sabía que había llegado la hora de hacer algo más. Había llegado la hora de ser algo más.

No moriría como una cobarde. Era la hija de un samurái. La hermana del Dragón de Kai.

Pero lo más importante era que aún tenía poder sobre sus propias decisiones.

Al menos durante aquel último día.

Se enfrentaría a su enemigo y moriría con honor.

Con la vista nublada por el humo, cada vez más espeso, apartó a Chiyo con manos temblorosas a pesar de sus esfuerzos por dominarlas.

Un chillido sonó en la oscuridad. El hombre que se encontraba cerca del

*norimono* se giró hacia su crepitante carga.

El gruñido de un animal siguió a los aullidos. El rugido de varios más.

Otro chillido: el eco de una sentencia de muerte. Con él llegaron los alaridos de unos animales a punto de darse un banquete.

—¡Las bestias de la noche! —El de la antorcha se giró; la llama brincaba con cada uno de sus movimientos—. ¡Nos están atacando por el flanco!

—Comprueba lo de la chica —insistió el primer hombre—. La chica es más importante que...

—¡La prometida del príncipe está muerta y más que muerta! —Dicho eso, lanzó su antorcha al palanquín y dio media vuelta mientras sellaba su destino—. Recoged a nuestros caídos. No dejéis rastro —les gritó a otros a quienes Mariko no veía.

La joven reprimió un grito cuando el tintineo del metal y el frufrú de los cuerpos convergieron en las sombras cercanas. El caos aumentó por momentos. Las llamas del *norimono* se hicieron más altas. Más rápidas. El calor tornó su piel rosa. Apretó los dedos con fuerza y sofocó los golpes de tos mientras se encogía aún más en el rincón. Las lágrimas le corrían por la cara, drenando todo rastro de determinación.

«Cobarde».

La antorcha de arriba prendió la madera barnizada.

No pasaría mucho tiempo antes de que se quemara con él. La yesca lacada que la rodeaba explotaba y burbujeaba, y la resina derretida ardía con una llama azul.

Un suspiro tembloroso salió despedido de sus labios.

«No soy una cobarde. Soy... más grande que esto».

Sus lágrimas manchaban el frontal de seda de su kimono. Se negaba a morir como un animal enjaulado. Como una chica sin nada salvo su nombre.

Mejor morir por la espada. Mejor morir a merced de las bestias de la noche.

Morir a la intemperie. Libre.

Con el pulso vibrando en las puntas de sus dedos, tomó la decisión final de apartar el cuerpo de Chiyo y abrir de una patada la puerta. Perdió una brillante sandalia cuando intentaba abrirse camino e inhalar aire desesperadamente para aplacar la quemazón de la garganta. Salió tambaleándose de las ruinas, mirando en derredor con ojos enloquecidos, frenéticos.

El bosque estaba sumido en la más absoluta oscuridad.

Y su kimono estaba ardiendo.

Su mente se puso en marcha al instante. De manera instintiva. Se envolvió la seda sobre el cuerpo para eliminar el aire que el fuego necesitaba para arder. La muñeca se le chamuscó bajo los pliegues del kimono mientras el humo salía en forma de espirales grises de la seda aguada. Se arrancó el *obi* con un grito estridente, maldiciendo el modo en que se lo habían atado en torno a la cintura. Un modo demasiado intrincado; completamente innecesario. Mientras trastabillaba entre la maleza, la túnica se desgarró desde los hombros, pues se alejaba del *norimono* en llamas dando bandazos como una loca borracha.

Sus ojos escrutaban la oscuridad en busca de un resquicio de luz. Lo único que veía era su palanquín envuelto en llamas. Su kimono ardía en el suelo del bosque.

«Si los hombres vuelven, lo verán. Sabrán que he escapado».

Sin vacilar, lo agarró por el dobladillo y devolvió la seda a la pila de llamas siseantes.

La tela destelló cuando tocó el barniz que se estaba derritiendo. Seda en llamas y laca ardiente. Caramelo derretido de barba de dragón.

Mezclado con el olor a carne chamuscada.

«Chiyo».

Pestañeó con fuerza debatiéndose por mantener la calma.

A su alrededor yacían los cadáveres del convoy de su padre. Doncellas. Samuráis. Soldados de infantería.

Masacrados de un plumazo.

Permaneció envuelta en las sombras con el pecho jadeante mientras inspeccionaba la tierra empapada.

Se habían llevado todo lo que tenía valor. A toda prisa. Con eficiencia. Habían vaciado los arcones. Habían enyugado a los caballos de guerra imperiales como si fueran trastos, sin dejar otra cosa que sus riendas con borlas. Lazos rojos, blancos y dorados salpicaban el suelo.

Pero sabía que el pillaje no había sido el objetivo principal del asalto.

«El Clan Negro ha intentado matarme. Han llevado a cabo su misión aun a sabiendas de que iba a casarme con el príncipe Raiden.

Alguien con influencia sobre el Clan Negro desea mi muerte».

La sacudió una fría conmoción. Sus hombros empezaron a languidecer, pero volvió a enderezarlos por instinto y levantó la barbilla ante la amenaza de más lágrimas. Se negaba a sucumbir al abatimiento, del mismo modo que se negaba a dar refugio a sus miedos.

«Piensa, Hattori Mariko. Sigue adelante».

Continuó su marcha a trompicones, decidida a huir sin volver la vista atrás. Consiguió dar dos pasos titubeantes antes de pensárselo mejor. Antes de sopesar las probabilidades de adentrarse en un bosque oscuro, desarmada y sin más vestido que la ropa interior.

Así que se escudó de lo peor de la carnicería y avanzó hasta el cadáver de uno de los samuráis. Le faltaba la *katana*, pero su *toakizashi*, más corta, seguía en su funda, atada a su cintura. Con la pequeña arma en ristre, se abrió paso por el bosque y únicamente se detuvo para borrar sus huellas barriéndolas con el pie, sin una dirección, sin un propósito. Sin nada, salvo la necesidad de sobrevivir.

La oscuridad que la rodeaba era angustiada. Tropezaba con las raíces, pues no veía nada. Al cabo de un rato, la falta de uno de sus sentidos aguzó los demás. El ruido de una pequeña rama al partirse o la huida de un insecto sonaba en el aire con la reverberación de un gong. Cuando los arbustos cercanos crujían —como acero que

rechinara contra una piedra—, se pegaba a la corteza de un árbol y el terror le arrebató el poco calor que le quedaba en la sangre.

Un rugido grave subió desde el suelo y la traspasó como el fragor de un ejército inminente. Le siguieron unas pesadas zarpas que pisaban hojas muertas.

Un tipo de sigilo brutal.

Una bestia de la noche que acechaba a su presa.

A Mariko se le cerró el estómago y los dedos le temblaron, preparada para afrontar su final.

«No. No me achantaré en un rincón.

Nunca más».

Se apartó a la desbandada del árbol y su tobillo quedó atrapado en un derrubio de rocas. Todo el cuerpo se le sacudió al aterrizar en el suelo del bosque, pero volvió a ponerse en pie a gatas. Se sentía viva. La energía rodaba bajo su piel en oleadas, al tiempo que la sangre le bullía por las venas. No había ningún sitio donde esconderse. La seda blanca de su ropa interior no servía en absoluto para protegerla de los monstruos más siniestros del bosque.

El rugido a su espalda se había convertido en un gruñido continuo, decidido, que se acercaba cada vez más. Cuando se giró para enfrentarse a su atacante, dos amarillos ojos de saurio se materializaron en la oscuridad. Como los de una serpiente gigantesca.

La criatura que cobró forma alrededor de aquellos ojos era inmensa. Sus rasgos se asemejaban a los de un jaguar y su cuerpo era tan imponente como el de un oso. Sin la menor provocación, la bestia se alzó sobre sus patas traseras; la saliva goteaba de sus fauces al descubierto. Echó la cabeza hacia atrás y aulló, y el sonido reverberó en la noche.

A Mariko le flaquearon las rodillas mientras se preparaba para lo peor.

Pero la criatura no la atacó.

Miró a un lado y luego a ella de nuevo. Sus ojos amarillos resplandecían. Ladeó la cabeza, como mirando más allá de su hombro.

«¡Corre! —gritó una voz dentro de Mariko—. ¡Corre, pedazo de estúpida!».

Inspiró y dio un lento paso atrás.

Sin embargo, la bestia siguió sin atacarla. Volvió a mirar hacia el mismo lado y luego otra vez a ella, y su gruñido fue ganando en volumen y ferocidad.

Como si le estuviera advirtiendo.

Entonces —sin emitir sonido alguno—, se deslizó hasta ella. Como un fantasma. Como un demonio del bosque, flotando en una espiral de humo negro.

El grito de Mariko desgarró el cielo nocturno.

La criatura desapareció en medio de una ráfaga de aire. En medio de un remolino de la más negra oscuridad.

—¡Vaya! —Una voz bronca resonó a su espalda—. Parece que esta noche la suerte me sonrío.





# NO UNA SIMPLE CHICA



Un hombre sucio emergió de las sombras y se dirigió sigilosamente hacia ella haciendo crujir las pequeñas ramas con sus pies descalzos.

—¿Qué haces aquí, niña? —Los labios le brillaban por la saliva—. ¿No sabes que esta parte del bosque es peligrosa?

Sus ojillos negros y brillantes escudriñaron la trémula silueta de Mariko.

Ningún hombre se había atrevido a observarla así antes.

Con aquella mirada inflamada de malicia.

—Yo...

Mariko se paró a pensar antes de contestar. Tenía que idear el modo más seguro de proceder. No podía reprenderle como habría hecho su madre, no era ninguno de los vasallos ni sirvientes de su padre. De hecho, a juzgar por lo que acababa de ver, tampoco podía asegurar que fuera de carne y hueso.

«Ya basta de tonterías».

No permitiría que el miedo le hiciera confundir la realidad con el humo y las sombras.

Irguió la cabeza y ocultó la *wakizashi* pegándosela a la túnica para que no la viera. En lugar de adoptar el tono imperioso de su madre, habló con calma:

—En realidad preferiría no estar aquí, por eso intentaba encontrar la manera de irme. —Lo miró a los ojos con un desafío silente.

—¿Así vestida? —Él la miró con lascivia y su sonrisa fue una mezcla de suciedad y dientes mellados.

Ella no respondió, pero se le helaron los huesos.

El hombre se le acercó.

—Así que te has perdido...

La lengua salió despedida de su boca como si fuera un lagarto en busca de su presa.

Mariko reprimió la urgencia de contestar. La urgencia de reprenderlo. Kenshin se lo habría llevado prisionero con un mero asentimiento a los hombres que lo respaldaban. Los hombres que portaban el blasón del clan Hattori. Pero su hermano tenía la fuerza de un soldado. La voluntad de un samurái.

No era sensato provocar a un desconocido.

Entonces, ¿qué debía decir?

Si las amenazas no eran un arma con la que pudiera contar, a lo mejor le servía la

astucia. Se quedó callada. Aunque la mano libre le temblaba, la que envolvía la empuñadura de la *wakizashi* continuaba ciñéndola con firmeza.

—Te has perdido. —Se acercó más, lo bastante como para que percibiera el hedor de su piel sin lavar y la peste a vino de arroz agrio. El olor cúprico de la sangre recién derramada—. ¿Cómo te has perdido, hermosa criatura?

Mariko contuvo la respiración. Aferró con más fuerza la espada corta.

—Creo que, si alguien supiera la respuesta a esa pregunta, dejaría de estar perdido —repuso en tono inexpresivo.

El hombre rio con satisfacción, bañando el aire con su aliento acre.

—Chica inteligente. Y muy cautelosa, aunque no lo suficiente. Si lo fueras, no te habrías perdido en el bosque... sola. —Apoyó su *bō* en el suelo entre ambos. Uno de los extremos de la vara de madera estaba manchado de sangre fresca—. ¿Estás segura de que no ibas en ese convoy a menos de una legua de aquí? ¿Ese con tantos cadáveres —se inclinó todavía más sobre ella y su voz se redujo a un susurro— y nada de dinero?

Le había seguido el rastro. A pesar de todo lo que había hecho por borrar sus huellas, se las había ingeniado para encontrarla. Era un cuervo holgazán que se alimentaba de las sobras de sus superiores. De nuevo optó por guardar silencio y ocultó la *wakizashi* a su espalda.

Las palabras no le servirían de mucho con alguien como él.

—Porque si te has perdido —continuó a su antojo—, deberías considerarte afortunada; el Clan Negro no hace prisioneros ni deja supervivientes. No es buen negocio, ¿sabes? Ni para ellos ni para mí.

Al comprender lo que quería decir, Mariko ciñó la mano con más fuerza si cabe en torno a la empuñadura del sable. Como había sospechado, no era un miembro del Clan Negro. Por lo poco que antes había podido deducir, la banda de asesinos enmascarados estaba mucho más organizada.

Era mucho más precisa.

Aquel hombre, con sus pies sucios y su ropa manchada, era un don nadie.

Como se negó a responder por tercera vez, el tipo frunció el ceño en señal de que empezaba a ponerse nervioso.

—¿Y si te entrego a ellos? —Avanzó furtivamente hasta situarse a un brazo de distancia de ella, arrastrando el *bō* sin ton ni son por la marga oscura a sus pies. El gesto debería haber resultado amenazador, pero el hombre carecía de la concentración necesaria, de la disciplina del verdadero guerrero—. Estoy seguro de que el Clan Negro apreciaría considerablemente que te llevara ante ellos. No creo que quieran que su fracaso llegue a oídos de quienes los han contratado. Ni de sus competidores.

Al ver que tropezaba con una raíz, Mariko no pudo reprimir una leve burla.

—Ah, perfecto, me harías un gran favor si me llevaras ante ellos. Parece que se han apropiado de algunas de mis pertenencias y quiero recuperarlas.

Él volvió a reír con voz ronca y, pese a la floja resonancia, el sonido le provocó

un escalofrío.

—Casi serías divertida si sonrieras más. —Sus labios se curvaron hacia arriba—. Por si tu madre nunca te lo ha dicho, las chicas bonitas como tú deberían sonreír. Sobre todo si pretenden que un hombre haga lo que ellas deseen.

Mariko se puso rígida. Cómo odiaba aquellas palabras. Cómo odiaba que alguien sugiriera que necesitaba que un hombre hiciera algo por ella.

Cómo odiaba la verdad que encerraban.

—No te preocupes. —Blandió el *bō* lentamente, indicándole que caminara delante de él—. Encontraremos al Clan Negro. Quizá nos lleve algo de tiempo, pero resulta que sé que sus antros favoritos rodean la linde oeste del bosque. Tarde o temprano recalarán allí. Y soy una persona paciente.

Con una sonrisa ladina, se desató el rollo de cuerda deshilachada que le colgaba de la cintura.

Mariko se preparó para oponer resistencia separando los pies. Doblando ligeramente las rodillas. Apuntalándose en el suelo.

—Además... —el hecho de que su sonrisa se ampliara hizo que se estremeciera por dentro—, pareces una grata compañía.

Cuando desenrolló la cuerda, Mariko sacó la espada. Kenshin le había enseñado dónde apuntar: a sitios blandos donde no hubiera hueso, como el estómago o la garganta. Si acertaba a darle justo encima de la cara interna de la rodilla, se desangraría hasta morir en cuestión de segundos.

Calculó. Consideró sus opciones.

Estaba tan absorta en sus pensamientos que no pudo prever el ataque repentino de su oponente.

En un instante, la agarró del brazo y la atrajo hacia él.

Mariko chilló e intentó quitárselo de encima. El *bō* escapó de la mano del hombre y repiqueteó contra la base del tronco de un árbol. En medio del consiguiente barullo, ella buscó un ángulo para asestarle una estocada y describió un amplio arco con la *wakizashi* sin importarle dónde apuntar, sólo pensando en darle a algo.

Una risa despiadada brotó de los labios de su oponente cuando este forcejeó por arrebatarse el sable. La lanzó al suelo de un codazo en la cara con el mismo esfuerzo que le hubiera costado dominar a un ternero berreante.

Luego la agarró de la muñeca con su sucia mano e intentó juntársela con la otra.

No había tiempo para el miedo, la rabia o cualquier otra emoción. Chilló como una posesa, le dio una patada y luchó por hacerse con el control de la espada. La punta le rasgó la parte superior de la manga y le separó la tela del cuerpo, lo que dejó al descubierto una nueva porción de piel.

El hombre le estampó la mejilla en la tierra.

—No te servirá de nada luchar, niña —dijo—. No hagas esto más desagradable para los dos.

—No soy una niña. —La rabia se agolpó en su pecho—. Soy Hattori Mariko, y

morirás por esto. Te mataré con mis propias manos.

«Lo juro».

Él rio encantado; el labio inferior le sobresalía con engreimiento y la saliva se concentraba en el centro.

—La que está marcada por la muerte eres tú. Si el Clan Negro te quiere muerta, no saldrás viva de este bosque. —Se limpió la boca en un hombro e hizo una pausa como para deliberar—. Pero yo estaría dispuesto a considerar otras opciones...

Sus ojos se clavaron en el trozo de piel desnuda que le quedaba encima del codo.

Aquella mirada hizo que le entraran ganas de arrancarle la garganta con los dientes.

—No hago tratos con ladrones.

—Todos somos ladrones, niña. Sobre todo los de tu clase. —Le colocó la hoja de la *wakizashi* bajo la barbilla—. Decídetes. Haz un trueque conmigo y te devolveré a tu familia de una pieza. Por un precio justo, claro. —Su fetidez le llegó en una ráfaga—. O espera a hacer negocios con el Clan Negro. Pero, si estuviera en tu pellejo, me elegiría a mí: soy mucho más cariñoso... y no voy a hacerte daño.

En aquella mentira captó la verdad; la vio claramente, bien enterrada en su mirada.

«No pienso dejar que los hombres comercien conmigo nunca más. No soy un premio que se venda o se compre».

Dejó que el deseo de luchar saliera de ella, como si estuviera meditando. Capitulando. La *wakizashi* se desplomó de su posición bajo su barbilla en cuanto las palmas de sus manos cayeron a los lados. Entonces, sin pensarlo dos veces, le lanzó a su oponente un puñado de tierra a los ojos. Este empezó a dar bandazos y a sacudirse la tierra con los dedos, dejando su vientre blandengue al descubierto al levantar los brazos. Mariko no dudó en pegarle un puñetazo en la base de la garganta y luego giró para apartarse cuando él tosió y se atragantó, pugnando por coger aire. Mariko intentó levantarse y echar a correr, pero la fina túnica blanca se había enrollado en las piernas de su contrincante y cayó sin remedio encima de este, que hizo ademán de agarrarla a ciegas.

Sin la menor vacilación, la joven se quitó el palito de carey del pelo...

Y se lo clavó en el ojo izquierdo.

El adorno le perforó el centro del globo como una aguja que se clavara en una uva.

El hombre gritó muy despacio, atormentado.

Con aquel sonido, a Mariko le sobrevino una repentina oleada de claridad que se le instaló en el pecho y se propagó como un trago de té bien elaborado.

Simple. Instintiva.

Empuñó la *wakizashi* y le rebanó la garganta de oreja a oreja.

El grito del hombre fue una especie de gorjeo. Unas burbujas carmesíes se derramaron de sus labios cuando intentó formular sus últimas palabras. Al cabo de

unos momentos, se quedó callado. Inmóvil, salvo por la sangre que le seguía manando del ojo y de la garganta.

Mariko se apartó a rastras de la escena y vació el estómago en la maleza.

\* \* \*

Hattori Mariko se agachó y se apoyó en el duro tronco de un pino viejo. Su cuerpo se meció lentamente en el sitio. Contempló cómo sus blancos calcetines *tabi* se humedecían con el musgo mojado. Las zarzas que la rodeaban se habían convertido en un refugio y el líquen que la flanqueaba, en un auténtico manto. Los pinos susurrantes se mecían por encima de su cabeza. El eco de sus lamentos le traía a la memoria el desasosiego de las almas perdidas, las muchas que habían hallado la muerte entre las sombras del bosque Jukai.

A menos de un tiro de piedra yacía una de esas almas.

«Gracias a las estrellas que no estoy entre ellas.

Por lo menos todavía».

Se envolvió las piernas con los brazos para intentar mantener la calma.

Puede que el bosque no la hubiera reclamado todavía para sí, pero era evidente que se encontraba totalmente perdida. Perdida de la mano de Dios en un laberinto boscoso habitado por criaturas —humanas y no humanas— que podían poner fin a su vida por el mero deseo de hacerlo. La oscuridad en la que acababa de refugiarse también podía ser su perdición. Su sofocante amenaza le recordó a cuando, diez años antes, Kenshin la había desafiado a bucear con él en el lago que colindaba con las tierras de su familia. Fue la tarde siguiente a una tormenta de verano. El agua había adoptado un color cenagoso, dado que el limo del lecho era un remolino constante.

Aunque solía rehuir esos retos sin sentido, siempre había sido una excelente nadadora y Kenshin se había mostrado especialmente vanidoso ese día. Se merecía que le dieran una lección, así que se lanzó a buscar el fondo dando firmes brazadas, abriéndose camino por el agua turbia. Justo cuando acariciaba su objetivo, una rama con hojas torcidas le arañó la mejilla y la desorientó. En aquel momento, perdió el rumbo por completo. No supo hacia dónde nadar. Fue incapaz de decantarse por una u otra dirección y empezó a tragar agua mientras el pánico ahuyentaba su confianza hasta el punto de desarmarla.

De no ser por las manos firmes de su hermano, habría muerto ese día.

Y ahora parecía que la situación se repetía. Entre la densa oscuridad cargada de amenaza, en ese bosque que atesoraba entre sus pliegues las pesadillas de varios milenios.

El ulular de un búho quebrantó el silencio cuando el ave pasó con un vuelo raso a la caza de su cena. Mariko miró a su izquierda y descubrió una telaraña en un recodo de ramas cercano; gotas de rocío colgaban de sus hebras de seda. Se fijó en cómo se

acumulaban. En cómo se reunían. En cómo se deslizaban por la seda titilante y se concentraban en el centro.

Antes de que le diera tiempo a pestañear, el agua salió despedida de la telaraña formando una cascada de diamantes. Su tejedora había regresado y ocho largas patas se desplegaban por la superficie.

Esperando con paciencia a su presa.

Mariko quiso escapar de allí a toda costa. Ser cualquier otra cosa, estar en cualquier otro sitio.

Una ráfaga de viento barrió el hueco entre las ramas espinosas a su alrededor. La brisa se le enroscó en el pelo y le levantó los mechones sueltos, que se le pegaron en las mejillas debido a la humedad salobre de las lágrimas derramadas.

Tenía que encontrar la manera de volver a casa. De volver con su familia. De volver a su supuesto hogar.

Pero era incapaz de silenciar el runrún de sus pensamientos.

Incapaz de reprimir la curiosidad.

Quería —no, necesitaba— averiguar por qué habían enviado al Clan Negro a matarla.

¿Quién deseaba su muerte? ¿Y por qué?

Inhaló despacio y se sujetó las rodillas para dejar de mecerse cuando estas le apretaron el pecho.

Y se puso a pensar.

«¿Qué haría Kenshin?».

La respuesta era sencilla: su hermano mayor no se detendría ante nada hasta averiguar quién había intentado matarlo; quién había robado a su familia y había estado a punto de acabar con su vida. Kenshin no descansaría hasta llevar a casa las cabezas de sus enemigos en sacos manchados de sangre.

Pero a su hermano se le permitía aquella discreción al actuar. Aquella libertad de decisión. Después de todo, no se había ganado el sobrenombre de Dragón de Kai quedándose tranquilito entre las cuatro paredes de su casa.

Se lo había ganado en el campo de batalla con cada estocada.

Si regresaba a casa, su familia no tardaría en secarle las lágrimas y en enviarla de vuelta. De vuelta por el mismo camino. Y guardarían hasta la muerte el secreto de lo que había acontecido en el bosque Jukai. Si el emperador o el príncipe o cualquier otro miembro de la nobleza se enteraba de que la habían atacado en el trayecto hasta Inako, la familia real cancelarían el matrimonio. Alegaría que tamaña desgracia era un signo de mal augurio y que podía poner en riesgo la sangre real.

No importaba la fría pregunta que vendría después, las murmuraciones que la perseguirían allá donde fuera.

La pregunta acerca de su virtud. Perdida en el bosque, sola, con la única compañía de asesinos y ladrones. Una pregunta que perduraría, por mucho que su familia defendiera su honor a capa y espada.

Frunció los labios a un lado.

La misma pregunta que ya había contestado para vengarse. En una tarde de furia calculada. Pero si...

«Si...».

Si averiguaba la verdad —si averiguaba quién había enviado al Clan Negro a asesinarla—, tal vez les ahorrara a sus padres la vergüenza de que les devolvieran a su hija. Tal vez les ahorrara el riesgo de que enterraran el nombre de su familia bajo una nube de sospecha.

Sus pensamientos empezaron a culebrear despacio por su mente como una serpiente.

¿Y si alguien de Inako había contratado al Clan Negro? ¿Y si una familia rival de la nobleza había planeado su muerte para acabar con la suerte creciente de la familia Hattori?

Si semejante proeza era posible, podía haber sido cualquiera de la ciudad imperial.

Si averiguaba la verdad que encerraban los acontecimientos de esa noche, quizá lograra desenmascarar a los detractores de su familia y así demostraría que era una digna portadora del apellido Hattori, que servía para algo más que para concertar un matrimonio. Además, disfrutaría de unos pocos días —a lo mejor incluso semanas— para andar por ahí a su aire.

Después regresaría y volvería a ser una hija obediente por siempre jamás.

Tragó saliva. Casi saboreaba la libertad, su dulce promesa, que la tentaba en la punta de la lengua.

De nuevo, se levantó una fresca brisa que le revolvió el pelo. El suave aroma a aceite de camelia le impregnó las fosas nasales; el aceite que utilizaba para aplacar sus gruesos mechones, para mantenerlos a raya.

Y aquello fue como un recordatorio.

Hattori Mariko no podía campar por el Imperio de Wa a sus anchas.

No era propio de una joven de buena familia. Por no mencionar el hecho de que Hattori Kenshin figuraba entre los mejores rastreadores del imperio. En cuanto su hermano descubriera que había desaparecido, se pondría a buscarla como loco. Siempre había sido así. Aunque Kenshin era apenas unos instantes mayor que Mariko, siempre se había preocupado por ella —la había cuidado— desde que eran pequeños.

Él la encontraría, no le cabía la menor duda.

Exasperada, se pasó una manga blanca por la frente. Una mancha negra apareció en la seda. La madera de paulonia quemada que había utilizado para resaltar las cejas. Frotó la manga manchada, pero al poco renunció con una maldición silenciosa. El inevitable azote de la verdad se tragó su momento de felicidad.

Sus ojos se posaron en la *wakizashi* ensangrentada que yacía cerca de ella. Sin preocuparse ya por echar a perder del todo su elegante túnica, limpió la sangre en el



dobladillo. Más manchas aún: sangre y paulonia ennegrecida.

Era cierto que Hattori Mariko no podía campar por el imperio a sus anchas, pero si...

«Si...».

Se quitó el palito de jade del último mechón ensortijado de la coronilla. El pelo negro le cayó por los hombros y se desplegó hasta su cintura en una cascada de ébano perfumado. Se lo recogió con una mano cerca de la nuca.

Más tarde se maravillaría de no haber dudado. Ni un solo segundo.

Se cortó la melena de un tajo.

Luego se puso de pie. Miró de pasada los mechones con una pizca de remordimiento y los esparció entre las zarzas espinosas con cuidado de esconderlos bien en las sombras.

Se sintió más ligera y relajó los hombros.

Echó un vistazo a su alrededor, como si sus ojos pudieran penetrar en la densa oscuridad. Traspasar el grueso velo de la noche. Se fijó en la figura inmóvil a su izquierda: el carroñero retorcido al que acababa de matar.

Era extraño, pero no sentía ninguna pena. Ni siquiera se arrepentía mínimamente.

Kenshin se habría sentido orgulloso de ella.

Se había defendido de su agresor y, al hacerlo, había demostrado una de las siete virtudes del *bushidō*:

Valor.

El camino del guerrero.

Mariko se arrodilló junto al charco de sangre coagulada. Como todo lo demás, la ropa del hombre estaba sucia. El cuello de su *kosode* de cáñamo estaba manchado de vino de arroz y mijo seco, y el lino de sus pantalones estaba deshilachado.

Pero servirían para un último propósito.

Con fría resolución, se desató el fajín de la túnica y dejó que esta última cayera desde sus hombros al suelo. A continuación alargó la mano para desatar el nudo del *kosode*.

Hattori Mariko no era una simple chica.

Era mucho más.

# EL DRAGÓN DE KAI



El gigantesco caballo de guerra se adentraba sigilosamente en la niebla que precede al alba. Una cortina de hiedras se abría en su estela. Varios sumaráis a caballo avanzaban desde la oscuridad y recuperaban su formación al lado de la bestia. Su jinete, cubierto con una armadura de pies a cabeza, los conducía inexorablemente hacia delante. El caballo resoplaba por los ollares con ojos frenéticos y su aliento se mezclaba con la niebla: dos flujos continuos de rabia apenas controlada.

El samurái que iba a lomos del caballo alazán resultaba austero en comparación con su montura. Parecía calmado, compuesto. Su yelmo lucía cuernos retorcidos. Unas fauces abiertas de dragón adornaban el frontal, elaborado con laca de color rojo sangre y acero pulido. El peto de su *dō* estaba compuesto por placas rectangulares de hierro y cuero endurecido. En el centro llevaba un blasón hexagonal con dos plumas de flecha estampadas a modo de pinceladas, una enfrente de la otra, vigilándose mutuamente la retaguardia con la eterna promesa de un equilibrio entre la luz y la oscuridad.

Los hombres y sus bestias avanzaban de forma lenta y silenciosa a través de la oscuridad que se iba desvaneciendo por momentos. La neblina del alba rodeaba los cascos de los caballos y se desembarañaba a cada paso conforme atravesaban el bosque Jukai. Siempre hacia delante. Sin detenerse.

El samurái que lideraba el contingente cabalgaba por el bosque fantasmal mientras escrutaba el suelo que se extendía ante él.

Sin perder detalle.

Al cabo de un rato, llegaron a un claro; el mismo claro que llevaban buscando dos días. Los buitres recién llegados trazaban lentas espirales descendentes en el cielo, lo cual hizo que los hombres se acercaran.

Se acercaran a una escena de muerte y destrucción.

Ante la partida de samuráis yacían los restos de un rico convoy recientemente desvalijado.

Los hombres refrenaron a sus caballos. Su líder desmontó sin pronunciar palabra; sus pisadas eran tan ligeras que apenas se oían. La niebla blanca se arremolinaba a su alrededor a medida que caminaba sin emitir el menor sonido.

Aunque podría haberse detenido para hacer recuento de los hombres caídos —los cadáveres de los quince samuráis que se pudrían en aquel amanecer ignominioso—,

decidió dirigirse con determinación al montón de madera que parecía ser lo que quedaba de una hoguera reciente. Cuando se aproximó a los restos calcinados, la sombra de un elegante *norimono* lacado cobró forma ante sus ojos. Se ajustó las espadas en el cinto y se quitó el yelmo.

Una luz rosada empezó a coronar los árboles a su espalda. Espontáneamente, se giró para enfrentarse a su calidez encarnada. Inspiró despacio. Una inspiración consciente de la vida que aún tenía el privilegio de vivir. Una inspiración consciente de la buena muerte que estaba destinado a tener...

En el campo de batalla.

Era joven. Tenía la cara delgada, de halcón, con una mandíbula puntiaguda y unos ojos negros como el azabache. Llevaba un moño perfecto, con cada mechón alineado en elegante sumisión. Mientras inspeccionaba las ruinas, otro samurái con armadura caminó hasta su lado portando un puñado de boro y seda quemados: dos estandartes chamuscados, uno que revelaba el mismo blasón hexagonal y el otro, el del emperador.

El segundo samurái le dio su confirmación.

—Lo siento, *Kenshin-wakasama*.

Aunque sus palabras eran pesarasas, no hablaba desde el remordimiento, sino desde la promesa tácita.

De un castigo sangriento.

En lugar de igualar la promesa con una propia, el joven del yelmo del dragón ni siquiera se dignó mirarlo. Con un rostro desprovisto de toda expresión ante los horrores perpetrados a sus propios hombres —a su propia familia—, cogió un trozo de madera ennegrecido y lo arrancó de un violento y preciso tirón, haciéndolo astillas y convirtiendo los extremos en polvo en sus manos.

El joven samurái miró en el interior.

Dentro yacía el cuerpo calcinado de una joven. El fuego había convertido lo que quedaba de su piel en una capa negra y crujiante. Cuando evaluó la carnicería más de cerca, se percató del destello de varias puntas de flecha enterradas bajo los restos del cadáver y de una mancha sospechosa que oscurecía el suelo del *norimono*. Embreada. Densa.

Sangre.

No había muerto por el fuego.

Se detuvo.

Acto seguido, continuó su búsqueda y recorrió el habitáculo con la mirada.

Remetido en uno de los únicos rincones que quedaban del palanquín ricamente adornado había un pequeño triángulo de tela quemada. Del mismo tipo de tela de boro que su familia utilizaba para fabricar sus banderines. El mismo boro que llevaban los campesinos y las sirvientas.

Aguzó la vista y rastreó los rescoldos en busca de más fognazos de verdad.

El kimono de Mariko. No veía por ningún sitio el menor rastro de la

inconfundible seda *tatsumura*.

Bajó la mirada hasta la tierra desnuda a sus pies. La desvió hacia la izquierda y luego lentamente hacia la derecha.

Una sandalia *zori* —completamente oculta— permanecía de costado a unos pasos del norimono. Brillaba incluso con los tenues rayos del sol del amanecer; las llamas no habían estropeado el lacado. Kenshin se dirigió hacia el zapato de su hermana y se arrodilló para recogerlo.

—Mi señor —empezó a decir el samurái a su espalda en tono vacilante—, conozco...

Kenshin lo acalló con la mirada y volvió a su tarea con ojos escrutadores. Al acecho.

Pronto encontró lo que estaba buscando.

Huellas.

Dos juegos. Uno a la caza del otro, el segundo de mucho menos interés para él que el primero.

El primer juego era de unos calcetines *tabi* de mujer con separación entre los dedos. Huellas como las de un cervatillo herido que se alejara tambaleándose de su inevitable final. Quedaba claro que habían intentado cubrirlas. Pero pocos de los que atravesaban esos bosques poseían la tenaz determinación y la habilidad infalible de Hattori Kenshin. Él conocía esas huellas. Las marcas dejadas en la tierra eran demasiado pequeñas para ser las de un hombre. Demasiado delicadas.

Aunque su hermana gemela no era lo que se dice delicada, sabía que le pertenecían con la misma seguridad que sentía en su corazón. En cada aliento que tomaba. Hacía tres días estaba viva.

Y esas huellas conducían a la izquierda.

Lejos de la masacre.

Sin mediar palabra, Hattori Kenshin regresó junto a su caballo de ojos frenéticos. Con los movimientos de un guerrero nato —los movimientos de un cazador—, se colocó el yelmo de dragón y el barboquejo, y subió ágilmente a su montura engrasada.

—Mi señor —volvió a protestar el samurái—, aunque sea difícil de aceptar, me temo que está claro que la dama Hattori...

Kenshin levantó la mano izquierda. Cerró el puño. Luego hizo un gesto a sus hombres para que avanzaran.

Tras las huellas que conducían al interior del bosque.

Desde su posición elevada a la cabeza del convoy, el Dragón de Kai sonrió lentamente. Con gesto sombrío.

Su hermana no estaba muerta.

No.

Era demasiado lista para eso.



# EL CASTILLO DORADO



**S**u majestad imperial Minamoto Masaru, descendiente directo de la diosa del sol, soberano celestial del Imperio de Wa, se había perdido.  
En sus propios jardines, para colmo.

Pero no tenía por qué preocuparse, no era el tipo de extravío que causa alarma. Aquel día se había aventurado adrede a ir demasiado lejos. Demasiado lejos de quienes lo rondaban como moscas a un cadáver.

A menudo se perdía a propósito en tardes como aquella.

La estación se encontraba en su lenta transición de primavera a verano. Todo a su alrededor estaba en flor y el aire se mecía con una suave brisa. La puesta de sol ocre doraba las aguas del estanque a su izquierda y la orilla que se adentraba en ellas con delicadeza ondeaba como ámbar fundido. Flores de cerezo caídas salpicaban su superficie: pétalos rosados esparcidos por las aguas gris pizarra.

Las flores empezaban a marchitarse. A caer por el peso del sol.

Era su época favorita del año. Lo bastante cálida para merodear por los jardines reales del castillo Heian sin sentir la amenaza del frío y, sin embargo, lo bastante fresca para olvidarse del incordio de tener que utilizar un parasol de papel engrasado.

Quizás aquella noche se aventurara a ir al pabellón de la contemplación de la luna. El cielo había estado inusualmente despejado ese día. Las estrellas también brillarían con una fuerza inusual.

Se tomó su tiempo en recorrer los peldaños cuadrados que rodeaban una pagoda en miniatura. Sus aleros escalonados estaban sembrados de alpiste. Una garza se pavoneaba cerca de la orilla, como amenazando al cisne negro que se deslizaba a corta distancia: «¡Fuera de mi sitio!».

El emperador sonrió para sí.

¿Quién era él? ¿La garza o el cisne?

Su sonrisa desapareció con la misma rapidez con la que había surgido.

Un trino familiar rompió el silencio a la altura de su hombro derecho. Una golondrina planeaba hacia él y aterrizó en una de las esquinas de la pequeña pagoda. Sus alas eran una sombra fantasmal de un azul iridiscente. El pajarillo hinchó el buche y sacudió las plumas mientras ladeaba la cabeza.

Mientras esperaba al emperador.

Este dio dos pasos hacia él, se agachó y acercó la oreja izquierda a su brillante pico naranja. El pajarillo volvió a inclinar la cabeza y a acercarse sin miedo. Cosa

rara. Su trino familiar se convirtió en un susurro. En un suspiro melódico.

El emperador asintió. La golondrina se arregló las plumas con el pico y alzó el vuelo con una racha de viento.

Para desaparecer entre las nubes.

Sin tomarse siquiera una pausa, Minamoto Masaru se alejó de la orilla y emprendió el camino de regreso al castillo. Tras equivocarse de dirección varias veces, por fin vio elevarse por encima de los árboles el hastial superior del palacio.

En momentos melifluos como aquel, el emperador comprendía por qué al castillo Heian lo denominaban el Castillo Dorado. Un mar de tejas del preciado metal lo cubría de nivel en nivel y capturaba la luz en pausadas ondas descendentes. A lo largo de cada uno de los aleros que conformaban los diferentes tejados a cuatro aguas había grullas, peces y tigres esculpidos. Los senderos orientales estaban bordeados de cerezos y los occidentales, de naranjos. Las pasarelas cubiertas que comunicaban los diversos edificios estaban construidas en madera de ciprés con aroma cítrico y los caminos, revestidos de una impoluta gravilla blanca.

Se detuvo a contemplar cómo su castillo se mimetizaba con la puesta de sol.

Si no se paraba a disfrutar de tales cosas, se las perdería.

Igual que las lágrimas se pierden en la lluvia.

Continuó caminando junto a un monumento de granito que reposaba sobre un montículo a su derecha y se fijó en los banderines ondeantes que adornaban sus cuatro esquinas.

Un trío de flores de genciana sobre un ramillete de hojas de bambú.

El blasón real del clan Minamoto.

Fue frunciendo el ceño conforme avanzaba.

Al cabo de pocos meses empezaría el festival de Obon, la época del año en que todos los ciudadanos del imperio volvían al hogar de sus antepasados para honrar a sus muertos. Pronto el emperador viajaría a Edo por esa misma razón. Para quitar las malas hierbas de la tumba de sus ancestros y rendirles homenaje con ofrendas de comida y bebida.

Pero ¿sus antepasados se sentirían orgullosos de él?

¿O lo despreciarían?

No podía responder a esas preguntas. Todavía no, pues aún no había cumplido todo lo que pretendía. Aún debía satisfacer sus mayores aspiraciones. Sí, era cierto que había mantenido el poder sobre el Imperio de Wa durante todo su mandato, pero era un poder desorganizado, como una cinta mal atada cuyo extremo arrastrara por el suelo. No había conseguido ni la mitad de lo que su padre había logrado antes de abdicar; no había engrandecido ni reforzado el Imperio de Wa.

No había logrado construir un mayor legado para sus hijos.

De hecho, incluso podía sugerirse que había dejado el imperio en peor estado: mucho más débil que antes y dependiente de las destrezas de sus dos hijos, sin excepción.

La inteligencia de Roku.

Y los puños de Raiden.

Era extraño que aquello hubiera llegado a pasar cuando había sacrificado tanto por darles más a sus hijos. Había llegado incluso al extremo de ejecutar a muchos de sus amigos de la infancia para que no pusieran en peligro su reinado.

De nuevo hizo un alto en su paseo, como si le hubieran arrebatado el aire del pecho. Inspiró despacio, con esfuerzo, como si unas tenacillas calientes le oprimieran el corazón. Seguía sintiéndolo a pesar del tiempo que había transcurrido: el peso de las muertes de sus amigos siempre sería una carga. Un recordatorio constante. Pero no podía permitirse sentir remordimientos por sus decisiones pasadas.

No se habían tomado a la ligera.

Ningún hombre podía desafiar abiertamente al emperador de Wa, no si este quería ver cumplidos algún día sus mayores deseos. Y sus amigos sin duda lo habían desafiado. Naganori no habría permanecido impasible ante ninguno de los decretos más recientes que había promulgado. Aquellos últimos intentos de consolidar sus propiedades. De elevar los impuestos a sus tierras. De cobrarse su deuda. Todo ello antes de lanzarse a acometer la mayor de sus conquistas:

Enfrascarse en una guerra para dominar el mar y todos sus botines.

Sí. Naganori siempre habría sido un problema. Un miembro de la familia Asano de la cabeza a los pies casado con la ley y con su omnipresente sentido de la justicia.

Aunque quizás a Asano Naganori lo podría haber controlado con el tiempo.

No así a otros... menos dispuestos a ceder.

«Takeda Shingen».

Una nube de mariposas amarillas revoloteó sobre la grava blanca delante de él. Remontaron el vuelo con una ráfaga de aire, y se enroscaron y desplegaron como un corazón latiente.

No. Los amigos de la infancia del emperador habrían sido demasiado problemáticos.

Mejor que su consejo fuera pequeño.

Mejor que estuviera formado por miembros de su familia. Y por nadie más.

Se abrió paso entre la nube de mariposas, dejando que estas se desperdigaran al azar.

Por desgracia, las muertes de sus amigos no habían puesto fin a los rumores que circulaban sobre él, los rumores de aquellos que preferían ver a un hombre con habilidades militares al frente del imperio. Había sido testigo, sobre todo en los últimos tiempos, de cómo la pompa y el esplendor de la corte real brillaban con una luz sombría. La luz sombría de la opulencia indebida. Del exceso innecesario.

El reconocimiento le destelló en la garganta. Le palpitó en los oídos. Conocía bien ese tipo de esplendor; era el de su hijo, el príncipe heredero de Wa, Minamoto Roku, nacido en segundo lugar, pero el primero en la línea sucesoria.

No era el esplendor de su otro hijo, Raiden. Su primogénito.



Y, sin embargo, destinado a no reinar.

El Destino era un animal caprichoso.

—Ah, estáis aquí, majestad.

La calidez lo embargó al oír aquella voz; un estremecimiento que le comenzó en los huesos y le tamborileó hasta las puntas de los dedos. El consuelo de un ser amado. De un abrazo que sin duda necesitaba.

Pero no se giró al oírla.

La voz ronca de mujer continuó:

—Supuse que os encontraría aquí.

Siguió sin volverse. No necesitaba mirar para verle la cara; tenía su imagen grabada en la retina. Era el rostro de una mujer a la que llevaba amando toda su vida. La madre de su hijo mayor, Raiden.

No la emperatriz, su esposa, sino la mujer que llenaba su corazón.

Estaba allí. Con él. Aunque no había podido convertirla en su emperatriz, ella se había quedado a su lado como consorte real. Sin poner ninguna traba.

—Me conoces bien, Kanako —dijo, sin mirar en su dirección.

—Sí. —Su risa se asemejó al sonido de un *shamisen* tocado con suavidad—. Os conozco bien.

Por fin el emperador se volvió hacia ella. El tiempo no había dejado tanta huella en los rasgos de su amante como en los suyos. Su figura era esbelta y su piel, como marfil pulido. Seguía siendo hermosa; a él siempre se lo parecería. Desde el momento en que la vio conjurar animales a partir de las sombras, la consideró la mujer más bella que había contemplado jamás.

Por aquel entonces eran jóvenes, casi niños, pero la había amado de todas formas. Igual que ella a él, incluso cuando su padre lo había obligado a casarse con otra mujer. Una perteneciente a una familia rica con unos dominios que valían un millón de *koku*.

No se acercó a Kanako, aunque ansiaba hacerlo. Era imposible saber si alguien los vigilaba, incluso a esas alturas. Qué sirvientes informaban a qué señor en particular.

O señora.

Mejor no propiciar que lo vieran en un momento de debilidad, por muy insignificante que fuera.

Las flores de un cerezo cercano volaron en diagonal hacia ellos. Kanako pasó sus finos dedos por la lluvia de pétalos y atrapó varios de ellos en un puño de magia, un remolino de hechicería. Casi sin pensar, los convirtió en un torbellino lento en el que aparecieron varias formas: primero, un dragón; luego, un león; y, por último, una serpiente.

Paralizado, el emperador observó cómo la serpiente devoraba al león. Kanako sonrió y sus labios se curvaron en una afable medialuna.

—¿Mi pequeña golondrina os ha dado la noticia? —le preguntó en voz baja,

mientras dejaba que la serpiente se le enroscara entre los dedos.

El emperador asintió. Aguardó, anhelando oír más detalles.

—La hija de Hattori Kano ha desaparecido sin dejar rastro —continuó—. Tenía que haber llegado hace dos noches. Muchos dicen que el convoy en el que viajaba sufrió una emboscada cerca del bosque Jukai —una pausa— a manos del Clan Negro.

El emperador aguardó de nuevo.

Kanako liberó los pétalos.

—No está claro que la chica siga viva.

Aunque un tic se instaló en su mandíbula, el emperador asintió con cuidado antes de reanudar la marcha hacia el castillo.

—¿Se lo has contado a nuestro hijo? —susurró.

—Todavía no. —Kanako lo miró de soslayo y las sedas de su kimono gris paloma se separaron como ondas a sus pies—. No hasta que decidamos lo que debemos decir. Lo que debemos hacer.

Doblaron un recodo en el sendero de gravilla blanca. El pabellón de la emperatriz apareció ante sus ojos. El emperador oyó un coro de risitas femeninas, el desdén inequívoco de las incontables asistentas de su esposa.

«El emperador está paseando por los jardines con la bruja de su ramera.

Otra vez».

Se abstuvo de hacer una mueca de desprecio. De mostrar cualquier reacción. Esas mujeres estúpidas no sabían nada. Ellas eran la razón por la que su reinado se había visto mancillado por la mancha de la debilidad. Del exceso. Esas jóvenes insípidas de la nobleza y sus familias, que siempre andaban mendigando favores.

Tenía que limpiar esa mancha. Tenía que contar con un tributo digno de su linaje. Ahora sabía —más que nunca— lo mucho que necesitaba el poderío de sus dos hijos para lograrlo. Por muy improbable que pareciera. Por muy difícil que fuera que su esposa lo consintiera.

Ella nunca permitiría que su hermoso y obediente Roku trabajara codo con codo con el hijo de su amante.

Cuando una carcajada femenina procedente de un lugar cercano captó su atención, sus ojos se posaron en una pasarela cubierta que atravesaba el patio. Mecido por el viento, el kimono rosa de la emperatriz se derramó por la piedra blanca cuando esta se agachó en una reverencia y luego desapareció dando media vuelta antes de que pudiera mirarla a los ojos.

Antes de que pudiera ver el dolor que reflejaban sus ojos.

El emperador contempló, inmóvil, cómo su esposa se alejaba casi flotando, con la espalda recta y una camarilla risueña a la zaga.

—¿Y qué me dices de mi esposa? —le preguntó a Kanako en voz baja.

Ella vaciló.

—Lo sabe. —Su voz era capaz de cortar el acero.

El emperador se enderezó. Se reafirmó en su propósito.

—Esto no ha hecho más que empezar.

## UN RIESGO CALCULADO



*Imprudente* no era una palabra que la gente soliera atribuir a Hattori Mariko. De pequeña más bien solían tildarla de *curiosa*. Había sido la típica niña vigilante, la que se daba cuenta de cualquier error. Cuando se equivocaba, por lo general era de manera intencionada; un conato de derribar barreras o un deseo de aprender.

Por lo general era eso, un anhelo de saber más.

Cuando pasó de ser una niña curiosa a una joven todavía más curiosa, la palabra que con mayor frecuencia oía a sus espaldas era rara. Demasiado rara. Demasiado dada a hacer preguntas. Demasiado propensa a merodear por lugares en los que se suponía que no debía estar.

El tipo de rareza que no le traería a ella —ni a su familia— más que problemas.

Dio un suspiro. Si sus detractores se hallaran presentes, estarían encantados de admitir cuánta razón tenían. De verla en obvio peligro.

Cierto, lo que Mariko pretendía hacer esa noche era una locura. Pero no podía evitarlo; ya había perdido casi cinco días. Cinco días de un tiempo muy valioso, sobre todo porque no cabía la menor duda de que Kenshin le seguía la pista. Había deshecho el camino varias veces e incluso había recurrido a equivocarse de dirección a propósito.

Pero su hermano pronto la encontraría.

Y después de atravesar sigilosamente pueblos y puestos fronterizos en el extremo oeste del bosque Jukai durante cinco jornadas —en las que había hecho discretas preguntas— y de canjear la exquisita horquilla de jade que su madre le había regalado, al fin lo había encontrado a última hora de la noche anterior.

El antro preferido del Clan Negro.

«Al menos, según esa vieja arpía de hace dos pueblos».

Tras lograr aquella difícil victoria, había pasado toda la tarde escondida detrás de un árbol cercano a escasa distancia de donde ahora estaba sentada. Escondida mientras decidía cómo hacer un mejor uso de la información recién recabada. Cómo podía manipularla para descubrir por qué habían mandado a una banda de ladrones sanguinarios a que la asesinaran de camino a Inako.

Como la noche anterior no había hecho acto de presencia ni un solo hombre vestido de negro, se había enfrentado a una segunda verdad, sin duda más dura: a lo mejor la vieja arpía la había desplumado y se había hecho con la horquilla de

incalculable valor a cambio de nada.

Sin embargo, si no se arriesgaba, nunca averiguaría la verdad.

Aquello era un experimento, y los experimentos, fueran del tipo que fueran, le intrigaban. Le ofrecían un modo de extraer conocimientos, de utilizarlos —de darles forma, de moldearlos— y convertirlos en lo que necesitaba que fueran.

Y aquel era un tipo de experimento distinto. Una nueva forma de recopilar información. Aunque era sin duda estúpida y también podía acabar con resultados desastrosos.

El antro en cuestión no era tan imponente como había imaginado.

«Lo cual tiene sentido. Después de todo, no es precisamente una de las míticas casas de *geiko* de Hanami».

Sonrió para sí y rectificó su primera impresión, sustituyéndola por hechos.

El antro, situado cerca de una granja, estaba inundado por el olor a desechos y a agua de río. El barro se filtraba por entre una serie de baldosas irregulares que conducían a un cobertizo medio derruido. La estructura estaba erigida con cedro podrido y bambú que el sol había vuelto gris como la piedra. Había varios bancos desvencijados y mesas cuadradas esparcidos por un claro de tierra despejada que rodeaba el cobertizo. Un pequeño fuego salía de un horno de ladrillo torcido que servía como parte de la única pared de la estructura que quedaba en pie. Varias antorchas de bambú bordeaban el claro y lo bañaban todo con una cálida luz ambarina.

En realidad —pese al olor, que Mariko no encontraría aceptable ni aunque viviera allí mil años—, tenía cierto encanto. Se había pasado la vida desdeñando la mayor parte de la seda y de los lujos que su estatus le había proporcionado y encontraba deliciosamente relajante no tener que darse aires, cosa que nunca había ido con ella.

Se despatarró aún más en el banco. Se rascó sin complejos en el hombro. Se sentó con los pies separados. Pidió lo que le vino en gana, sin vacilar. Y sostuvo la mirada de todos los hombres que se dirigieron a ella.

Llevaba cuatro horas esperando. A su llegada había pedido una pequeña botella de cerámica llena de sake y le había ido dando sorbos al vino de arroz templado de un vasito desconchado mientras contemplaba cómo el sol se refugiaba detrás del horizonte.

Estaba oscuro; el día había dado paso a las criaturas de la noche, que empezaban a salir reptando de sus escondrijos.

Por desgracia, las criaturas que Mariko buscaba en particular no eran de las puntuales.

Su rodilla empezó a rebotar bajo el trozo de tablón combado. Era una tabla de madera sin tratar colocada encima de cuatro troncos cortados de cualquier manera. Si echaba mucho peso en un extremo, la estructura al completo se tambaleaba como su vieja niñera cuando caminaba con mucho viento. A su izquierda, los caballos bebían de un gran toldo de lona suspendido entre postes de bambú clavados en el suelo.

Un antro construido tanto para las bestias como para sus cargas borrachas.

«Hablando de cargas borrachas, ¿dónde están?».

Cuanto más tiempo pasaba, más nerviosa se ponía.

Las monedas de cobre que le había ganado a un campesino ebrio jugando al *sugoroku* hacía dos noches no le alcanzarían hasta el día siguiente si el Clan Negro no se presentaba. Esa misma noche tendría que sisarle dinero a alguien más. Y, aunque empezaba a comprender la necesidad y el valor de esa habilidad, birlar no le hacía ninguna gracia, por mucha madera que demostrara para ello.

Hábil con las manos, pero falta de honor.

El mismo tipo de ladrón del que se había mofado en el bosque.

Antes de asesinarlo.

El recuerdo le revolvió las tripas. Tiñó sus mejillas de una palidez indigna. No por el remordimiento —pues aún no sentía ninguno—, sino más bien por la crueldad de semejantes actos. Por la frialdad con la que había arrebatado una vida. Aquello le desazonaba en esos momentos de reflexión. Le hacía sentir incómoda en su propia piel.

Dio otro sorbo al sake y reprimió una mueca. A pesar de su efecto calorífico, el vino de arroz destilado nunca le había apasionado. Prefería el *umeshu* frío, con su sabor a ciruela agridulce. Sin embargo, no era muy probable que un soldado o un campesino errante pidiera algo así, y mucho menos en un antro situado a favor del viento de una granja maloliente.

Dejó que su mirada vagara por el cielo y dio un hondo suspiro.

Aunque cuanto la rodeaba le resultaba desconocido, esa misma sensación de libertad la envolvía, exuberante y embriagadora. Pese a la basura que había a su alrededor, no podía negarse que aquella parte del bosque Jukai era encantadora. Arces rojos como de encaje bordeaban la linde del bosque y se juntaban para enmarcar el tugurio por todos sus flancos, como una madre que abrazase a su hijo. Su olor era intenso, más terroso que la penetrante emanación de los pinos. Junto al refugio había un sauce y sus ramas desempolvaban el maltrecho tejado con una caricia constante.

Los sauces siempre le habían parecido profundamente tristes.

A la par que profundamente hermosos.

Justo cuando descubrió que sus ramas comenzaban una nueva danza —un lento bamboleo—, a su espalda se produjo un repentino estallido de movimiento.

Se giró a tiempo de ver que el anciano que había estado avivando el fuego de la chimenea torcida salía cojeando de las sombras restregándose las manos con un trapo de lino que colgaba de su cintura para quitarse todo rastro persistente de mugre.

—¡Ranmaru-sama! —gritó, con una amplia sonrisa y los ojos brillantes—. Me preguntaba dónde os habríais metido estos últimos días.

Una alta figura vestida de negro de arriba abajo saltó hacia el anciano y lo rodeó en un cálido abrazo. Cuando el recién llegado giró la cabeza, Mariko vislumbró brevemente sus rasgos.

¡El muchacho no era mucho mayor que ella!

Pero sus ropas no dejaban lugar a dudas: negras de la cabeza a los pies. Incluso sus sandalias de paja y sus finos calcetines habían sido teñidos de ese color.

Un cosquilleo la invadió al percatarse de ello. Ahora estaba completamente segura: había encontrado a un miembro del Clan Negro.

A un miembro de la banda de hombres que habían intentado asesinarla.

La furia estalló bajo su piel en una riada caliente. Apretó los dientes y se obligó a permanecer serena. La rabia era una emoción imprudente. Y, si pretendía superar a aquel chico, debía conservar toda su sensatez.

Se le unieron más hombres vestidos de negro. Todos iban sin máscara y con atuendos pulcros, y caminaban al paso relajado de quien no tiene preocupaciones. Al paso de una pantera saciada tras una reciente jornada de caza. Otro chico y una chica de no más de veinte años se apresuraron detrás del anciano con jarras de cerámica llenas de sake y muchos vasos pequeños, algunos ya bastante desgastados por el uso.

La curiosidad daba alcance a la furia caliente que seguía corriendo por las venas de Mariko.

Hizo todo lo posible por apartar la mirada. Por transmitir una sensación de total desinterés. No le convenía que algún miembro del Clan Negro sospechara que los había estado esperando.

Que sospechara que había permanecido vigilante durante las dos últimas noches.

Algo de lo que se dio cuenta enseguida le dio un respiro: si los miembros del Clan Negro creyeran que alguien estaba tras sus pasos, no habrían hecho acto de presencia esa noche. Pero Mariko había puesto especial cuidado en no atraer la atención de nadie. A ojos de aquellos hombres, esa noche sólo dos ancianos que jugaban al *go*, un joven desaliñado que roncaba en su propia mesa y lo que parecía ser un campesino sucio de no más de catorce o quince años que daba traguitos con cara de asco al sake tibio ocupaban el claro circular que rodeaba su antro favorito.

De hecho, no se detectaba la menor amenaza.

Observó con disimulo mientras daba otro trago de sake cuando los hombres de negro tomaron asiento en las mesas más cercanas al cobertizo. Sus ojos vagaron por el lugar con deliberada lentitud. Con deliberada languidez.

«Soy un junco en un río que se dobla y se deja llevar por la corriente.

Por ahora».

Algo pasó rozándola, sobresaltándola y echando por tierra su intento de pasar desapercibida.

Era un rezagado. No le vio las facciones, pero sí se percató de varias cosas. A diferencia de muchos de los demás miembros del Clan Negro, llevaba el pelo suelto a la altura de los hombros. Despeinado. Renunciando al moño tradicional del guerrero. Tampoco llevaba espada; a simple vista, parecía no llevar arma alguna.

El rezagado no dedicó ningún saludo a los presentes. Nadie fue corriendo desde el cobertizo a ofrecerle un abrazo y una botella de sake. En lugar de eso, se tiró a lo

largo en un banco y se colocó la capucha para cubrirse la cara. Con las manos juntas en el pecho, se mantuvo apartado, descansando.

«Un hombre de obvia reputación».

Al oír más risas, Mariko desvió la mirada de vuelta al primer chico. Ese al que el anciano había llamado Ranmaru. Una parte de ella quería acercarse. Lo bastante para asestar un golpe. Pero la prudencia le aconsejaba que mantuviera las distancias.

El chico estaba sentado igual que cuando se encontraba de pie: recto como una flecha. Tenía la mandíbula potente y cuadrada, y los labios carnosos. Aunque estaba recién afeitado y sonreía —parecía extrañamente afable para ser un supuesto mercenario—, derrochaba una sensación inequívoca de poder. Un tipo de poder contenido, como el de una fuerte corriente subterránea. Una que podía arrastrarte a las profundidades en un instante.

Ranmaru se levantó y le habló entre susurros al anciano, que asintió y le respondió del mismo modo furtivo. Entonces el joven volvió a ocupar su sitio de deferencia en una mesita vieja y desvencijada cerca del centro del claro. Mariko lo observó acomodar su banco sin dejar de hablar con los hombres de negro congregados a su alrededor y recolocarlos con cuidado. Un cuidado que ponía en entredicho la risa inconsciente que manaba de sus labios.

«Está moviendo el banco para situarlo en una posición en la que pueda verlo todo y a todos los que intenten acercarse a él de manera inadvertida».

Era listo a pesar de su edad. Extremadamente cauteloso. Un rasgo que Mariko apreciaba en sí misma. Se inclinó en un intento por vincular las voces que oía en ese momento con las que albergaba en su memoria.

En un intento por demostrar que sus sospechas eran ciertas.

Los demás hombres de negro tomaron asiento, rodeando a Ranmaru mientras llenaban y rellenaban sus botellas y vasos de cerámica a intervalos regulares. Con los párpados medio bajados, Mariko también descubrió que, aunque Ranmaru continuaba bebiendo y bromeando con todos, sus ojos estaban en constante movimiento.

Y no tardaron en posarse en ella.

Le sorprendió lo arreglado y limpio que parecía. Lo... pulcro. No tenía nada que ver con el típico miembro de una infame banda de ladrones y asesinos. Aunque su atención no se detuvo en ella más de un suspiro, un levísimo rubor le subió por el cuello. Pronto ese rubor tocó los bordes de sus sienes, y se dio cuenta con un segundo de retraso de que tenía los dedos peligrosamente aferrados en torno al vasito de sake.

Otra oleada de rabia, mezclada con esa misma curiosidad extraña. Volvió a reprimir el deseo de situarse en el centro de la acción, pues era mucho más seguro permanecer alerta y alejada.

Si Ranmaru era efectivamente el líder del Clan Negro, aquel chico era el responsable del ataque a su convoy. De las muertes de Chiyo y Nobutada y de las incontables vidas que habían caído en un bosque sumido en la oscuridad tan sólo cinco días antes.



Se llevó el sake a los labios y cerró los ojos con fuerza. Aunque estaba segura de no representar una amenaza, no podía permitir que un miembro del Clan Negro reparase en ella demasiado tiempo. Que la escrutara y encontrara a una enemiga. O peor, una recompensa.

«Céntrate en la tarea que tienes entre manos. Pero nunca lo olvides».

Ahora venía la parte difícil.

Ahora venía la hora de poner en práctica sus cavilaciones.

Había pasado la mayor parte de las últimas noches retorciéndose bajo una manta de lana. Conspirando en medio de una neblina de rabia. Durante los últimos días, había vivido como un pobre vagabundo. Y aunque no estar comprometida con nadie salvo consigo misma le había proporcionado una extraña sensación de paz, había seguido siendo muy consciente de su propósito. Cada noche había controlado su respiración bajo la manta, una manta que olía a hierro y a tierra y cuyo tacto había sido incluso peor en su piel: uno de los muchos artículos que había afanado del establo de una cómoda granja en una provincia cercana.

Una manta de caballo. En un establo.

Había trepado hasta el altillo y se había quedado dormida entre fardos de heno secos. El único momento en que había interrumpido sus esfuerzos por encontrar el antro del Clan Negro fue cuando lavó sus ropas robadas en un arroyo cercano, donde las restregó para quitarles la sangre seca y el olor rancio a sudor hasta que los nudillos se le quedaron en carne viva.

Todos sus esfuerzos culminaban allí. Lo había arriesgado todo por eso.

Lo había arriesgado todo por su habilidad para ganarse la simpatía del Clan Negro. Para atiborrar de comida y bebida a uno de sus miembros de menor rango hasta hacerse amiga del pobre desgraciado y continuar con una presa más grande. Una que pudiera proporcionarle la orientación que tan desesperadamente necesitaba para conservar intacto el honor de su familia y demostrar su valía más allá del matrimonio.

Demostrar su valía al margen del hecho de ser una simple chica.

Por supuesto, todo esto dependía de que el Clan Negro nunca descubriera que ella era precisamente su objetivo previsto. Todo resultaba de lo más aterrador. De lo más oscuro y fascinante.

Sus padres se horrorizarían.

Kenshin lo desaprobaría sin lugar a dudas.

Continuó con su meticuloso escrutinio. Un grupo de más o menos veinte hombres de todas las edades rodeaban a Ranmaru, el muchacho que sospechaba que era su líder, pese a su sorprendente juventud. Todo en torno a él lo indicaba, desde su porte natural hasta la deferencia que le mostraban.

Cuadró los hombros y evaluó con frialdad a los presentes, con la atención puesta en los más maleables: sus miembros más jóvenes y más viejos.

Los que con más probabilidad necesitaban que alguien los escuchara.

A la derecha de Ranmaru había un hombre de mediana edad con una sola pierna que equilibraba su peso en una tosca extremidad falsa. Por desgracia, no representaba un buen objetivo; él también parecía demasiado observador y sus dedos tamborileaban en cualquier superficie dura que se dejase rozar. En una cadera llevaba una serie de cuchillos de varios tamaños y formas. En la otra, una faltriquera con hojas secas que asomaba de los pliegues de su ropa. Un cocinero, si Mariko debía aventurar una suposición, o el envenenador residente del Clan Negro. En cualquier caso, necesitaría un objetivo mucho más maleable que ese. Todos los cocineros que había conocido en su corta vida se afanaban por detectar hasta el más mínimo detalle. Por comprender el ingrediente básico de todas las cosas.

Un muchacho de menor estatura, más o menos de su edad, tampoco era una buena opción. Se movía de manera errática, merodeando por los márgenes, con las puntas de lo que debía de haber sido un moño immaculado completamente tiesas. Sus ojos tenían un brillo apagado y le conferían una mirada casi hechizada. Una mirada vidriosa con un pasado que Mariko no estaba ni preparada ni dispuesta a escuchar.

El rezagado que dormía en el banco podía ser una opción, en caso de que pudiera incitarlo a que bebiera, lo que a aquel paso no parecía muy probable. El pecho le subía y le bajaba a un ritmo de total relajación. Tal vez lo despertara un yunque que cayera del cielo. Tal vez.

Por la periferia, otro joven miembro del clan contemplaba las hojas de los árboles cercanos con tal serenidad que Mariko estaba segura de que había salido de una historia que le había oído contar a su madre: una sobre un chico que flotaba por el cielo transportado por el viento con un parasol de papel engrasado. Tenía la cara suave y brillante, casi como un guijarro que resplandeciese bajo la superficie de un arroyo.

Tan decidida estaba en su misión de averiguar todo lo posible sobre los presentes que no se percató de la presencia de un anciano que se le acercaba hasta que este se detuvo casi a un palmo de distancia y recibió el olor a carbón quemado de su piel arrugada.

—¿Otra? —le preguntó sin rodeos. Parecía que reservaba su afabilidad en exclusiva para Ranmaru y su comitiva de malhechores asesinos.

—Yo... —Mariko hizo una pausa para aclararse la garganta. Para poner la voz más grave—. Sí.

El hombre frunció los labios y se le formaron unas líneas radiales alrededor de la boca, como si se tratara de un buñuelo sentencioso.

—¿Estás seguro, muchacho?

Mariko asumió de inmediato lo que esperaba que fuera una postura típicamente masculina. Alargó la columna y estiró el cuello a la derecha, como si se estuviera mirando algo en la punta de la nariz. Durante ese bendito momento, se alegró de ser más alta que la mayoría de las chicas de su edad y de no ser tan delicada.

—Bastante seguro. ¿Es que acaso no te dedicas a vender vino?

—A los que les gusta beberlo, sí.

Un brillo malicioso se apoderó de la mirada del anciano.

Mariko pestañeó.

—A mí no me disgusta.

En su periferia, advirtió que el muchacho con la mirada hechizada y casi asesina se aproximaba con expresión tensa.

El anciano soltó una risotada áspera.

—Puede que tengas mucha agua en tu interior, muchacho, pero eso no te convierte en un buen cuentacuentos. Las palabras no encajan bien en tus labios. No cobran forma como deberían. Deberías practicar más.

¿Agua? Siempre le había faltado fluidez para ser agua. Gracia natural. Su madre aseguraba que albergaba demasiada tierra en su interior, que estaba demasiado arraigada. Que era demasiado cabezota. Casi como una piedra, medio enterrada en el suelo. Si era algo aparte de tierra, era viento: en ocasiones perturbador y siempre invisible.

No había sido agua ni un solo día de su vida.

—Te equivocas —dijo Mariko con brusquedad—. Tanto en lo del agua como en lo de la bebida.

—Akira-san rara vez se equivoca.

Mariko se quedó petrificada. Se negaba a girarse. Pero se lo pensó mejor.

Aquel no era momento para indecisiones de ningún tipo. «La muerte sigue a la indecisión como una sombra retorcida». Era algo que decía su hermano. Una advertencia que le lanzaban demasiado a menudo.

Aunque no relacionó de inmediato la voz con ninguna de las voces que recordaba de aquella noche, supo que pertenecía al líder del Clan Negro. A Ranmaru.

«Estoy lejos de su miembro más maleable.

Pero si puedo ahorrarme el esfuerzo de congraciarme con él mediante el engaño...».

En el preciso instante en que se giraba para encararlo, Ranmaru se adentró en su campo de visión y ella volvió a sentir aquella especie de poder reprimido, como de un muelle a punto de saltar.

—Si Akira-san dice que eres agua, es que eres agua —continuó.

Mariko elevó el hombro derecho emulando una de las muchas respuestas apáticas de Kenshin a sus frecuentes preguntas. Se metió de lleno en su papel, aunque el pulso le traqueteaba en la garganta.

—Si me trae otra botella de sake, puedo ser agua.

El joven le dedicó una sonrisa mordaz.

—Permíteme.

Tendió la mano a un lado sin mirar siquiera a derecha o a izquierda. El chico con el moño tieso y la mirada hechizada entregó su botella de licor antes de que Mariko tuviera oportunidad de pestañear.

«¿Por qué lo obedecen sin rechistar?».

Ranmaru se inclinó para acercarse más y Mariko detectó un leve olor a pino y a acero. El joven le sirvió un hilillo de vino de arroz en el vaso con manos firmes. Manos que estaban sorprendentemente limpias. Manos que hacían que Mariko quisiera esconder sus propios dedos mugrientos en los pliegues de su inexistente kimono.

En cuanto se dio cuenta, luchó contra ello. Contra la necesidad de ser la joven correcta para la que la habían educado. Con manos temblorosas, levantó el vaso a modo de brindis y luego se bebió el contenido de un solo trago.

Como no podía ser de otro modo, le entró un golpe de tos por la quemazón del licor. Una tos seca y lamentable. Los hombres que se encontraban a espaldas de Ranmaru soltaron un coro de risotadas broncas. Salvo el chico de los ojos asesinos. Se estremeció al pensar en lo que él encontraría gracioso.

¿Una caja de escorpiones paralizantes? ¿Un frasco de serpientes venenosas?

—Este mocoso no aguanta el alcohol —anunció a través de una carcajada un hombretón fornido con brazos de pino nudoso y un *kosode* de cuero negro reluciente. Aunque teñida por la diversión, la mirada que le dedicó rayaba el desprecio. La indiferencia.

La inquietud prendió de nuevo en su interior. Si el Clan Negro creía que no valía la pena prestarle atención, perdería aquella oportunidad única de ganarse la simpatía de su líder.

El líder de los hombres encargados de asesinarla.

Sin embargo, no podía fingir de buenas a primeras ser algo que no era. Y no era ni una bebedora nata ni una luchadora. A primera vista, no era el típico enemigo temible. Ella era... rara. Curiosa. Lista. Quizá demasiado lista, como siempre le decía su padre. Nunca lo había dicho como un cumplido, pero ella siempre lo había tomado como tal.

Aunque tal vez fuera mejor así. Esos hombres no querrían verla rara, curiosa o lista, cualidades que garantizarían la preocupación en cualquier desconocido. Tal vez le viniera bien ponerse un disfraz diferente, el de un torpe redomado que necesitaba con desesperación que lo guiasen. Que necesitaba la orientación imprescindible del Clan Negro.

Lo que fuera para mantenerlos a su servicio.

Mariko dejó su vaso en la mesa y se aclaró la garganta con unos cuantos golpes en el pecho, obligando a sus nervios a serenarse. Luego alzó la vista y sonrió con timidez a Ranmaru.

—He dejado atrás mi casa hace poco para buscarme la vida y aún no he pasado suficiente tiempo por ahí. Con todo, estoy más que agradecido por la bebida. ¿Me permitirías que te devolviera el favor? —Su sonrisa se agrandó—. Así tal vez aprenda de ti cómo disfrutar mejor de esas cosas.

Ranmaru la observó mientras le rellenaba la copa, con mirada reflexiva y los

carnosos labios fruncidos a un lado.

—Aunque normalmente...

Justo en ese momento, una serie de pasos estruendosos se abrieron camino por la maleza en la linde del bosque, alborotando el pacífico bosquecillo de arces.

—¡Takeda Ranmaru! —gritó al cielo nocturno un hombretón que le sacaba tres cabezas a cualquiera de los presentes—. ¡No consentiré este insulto ni un día más!

Ranmaru se enderezó. Los hombres a su espalda se quedaron callados. Inmóviles.

Todo se sumió en el silencio más absoluto por un instante. Un instante cargado de tensión, de la que se doblega con una espada.

—Pues expón tus quejas sin más demora. —Ranmaru esbozaba una amplia sonrisa. Indolente—. Así ambos asumiremos las consecuencias.

# TROPEZAR PARA SEGUIR AVANZANDO



Takeda.

A Mariko le sonaba el nombre.

Rebuscó en su memoria hasta que desenterró un vago recuerdo.

Uno de un niño de pie en una plaza llena de sangre, llorando en silencio al cielo.

—¿Las consecuencias?

Ostentando una mirada de divertida incredulidad, el gigante dio un paso hacia Ranmaru. Su voz atronadora dispersó los recuerdos de Mariko antes de que pudieran cobrar forma por completo.

En su gruesa mano derecha, sostenía un inmenso *kanabō*. Balanceó el enorme garrote a la luz de una antorcha cercana.

—¿Creías que no te iba a reconocer? —Las púas metálicas que tachonaban uno de los extremos del *kanabō* destellaron débilmente—. ¿Creías que no vendríamos a cobrarnos nuestra venganza?

Hizo un gesto de asentimiento a los hombres que estaban a su espalda. A su generoso despliegue de armas. Esos hombres eran exactamente lo que Mariko se había imaginado que sería una caterva de asesinos: barbudos, sucios y zafios.

Todo lo opuesto al Clan Negro.

De hecho, habría apostado el resto de sus monedas de cobre —incluso un *ryō* de oro entero— a que el pobre desgraciado al que había matado en el bosque cinco días antes había conocido a aquellos intrusos.

Hasta podría haber estado muy familiarizado con ellos.

Su malestar se acrecentó de súbito. Volvió a mirar al Clan Negro. En su interior, sus dos mitades continuaban debatiéndose en silencio: una deseaba permanecer en el meollo del asunto y otra, observarlo todo desde la distancia.

A Ranmaru se lo veía relajado. Tenía las manos a los lados en una pose cómoda. Como si aquel gigante que blandía un garrote con púas no hubiera entrado en su mundo ni pretendiera hacerlo picadillo.

—¿Me has oído, *rōnin*? —El gigante escupió la última palabra lanzándola al aire con el veneno de una maldición.

«*Rōnin*».

Más piezas desperdigadas se alinearon en la mente de Mariko.

Una razón para el comportamiento formal y casi noble de Ranmaru.

Takeda Ranmaru era un samurái sin señor o el hijo de un samurái caído en

desgracia dentro de la nobleza. Alguna vez había formado parte de la vida de Mariko. A juzgar por su edad, no debía de hacer demasiado tiempo de aquello.

De nuevo, la imagen de un niño no mucho mayor que ella de pie junto a unas piedras manchadas de sangre herrumbrosa le llegó en un breve fogonazo y luego se difuminó como un reflejo que ondeara en un estanque.

Observó al *rōnin*.

La idea le fascinó por su ridiculez.

«Un ladrón noble. Un mercenario perteneciente a un linaje de sumaráis».

Aunque Ranmaru continuaba mostrándose impasible, captó un leve tic en su mano derecha, como si ansiara desesperadamente agarrar su espada.

—Te he oído. —Ranmaru descargó el peso sobre sus talones con una calma aparente, y dotó a sus palabras de un deje burlón—. Las dos veces, pedazo de mastodonte.

El gigante gruñó y volvió a blandir el *kanabō*, que cortó el aire con un chirrido.

Una amenaza evidente.

Mariko se hundió más en su asiento.

La cosa pintaba mal.

Tenía que marcharse. Lo último que quería era convertirse en un daño colateral en una refriega de taberna. No obstante, aquel maldito muchacho de ojos asesinos seguía sin quitarle la vista de encima. No la dejaba pensar con claridad.

El grupo de hombres que estaba detrás del gigante se fue separando hasta formar dos líneas rectas a ambos flancos de su cabecilla. Todas las armas estaban cubiertas de varias capas de sangre seca.

No... parecían dispuestos a negociar. Mariko percibió el sonido inequívoco del aire al ser inhalado entre los dientes, como saboreando la excitación. Cuando su mirada recayó sobre uno de los asesinos que se encontraba más cerca de ella, identificó algo que sólo había oído de pasada.

Sed de sangre.

Una sed que sólo podía saciar una carnicería.

El corazón se le aceleró.

Ranmaru suspiró. Mariko se fijó en que, aunque sus hombres no se habían adelantado en respuesta a la amenaza, muchos habían colocado la mano en sus propias armas. Preparados para atacar y deseosos de hacerlo. Dispuestos a defender a su líder, el samurái sin señor.

El *rōnin*.

«Qué raro que un *rōnin* inspire tanta lealtad.

Un chico que mataría a una joven inocente por dinero».

Cogió aire con mesura para que el pulso se le ralentizara. Su determinación se endureció como el acero plegado al que se le da forma una y otra vez bajo una llama candente a lo largo de incontables días y noches.

Hasta que nada pudiera superarlo.

«Seré un junco a merced de la corriente. Un junco de acero plegado».

Aunque los hombres de Ranmaru consideraran a este último digno de admiración, Mariko nunca lo haría.

«Chiyo.

Nobutada».

Ese muchacho merecía que lo colgaran bocabajo y lo ahogaran en la bahía de Edo. Deshonrado, para que todo el mundo lo viera.

Justo cuando aquella visión cobraba forma en su mente, el hombre con una sola pierna que antes estaba a la derecha de Ranmaru se colocó entre el chico y el coloso y llevó sus dedos inquietos a la empuñadura de una daga. Algunos hombres más se desplazaron para resguardar a su líder. Para llevarse los supuestos golpes que pudieran lloverles con el honor que un samurái le rendiría a su señor. Por mucho que lo intentaba, Mariko no comprendía semejante reverencia.

No entre asesinos y ladrones.

Cuando los miembros del Clan Negro se prepararon para el combate, se acordó de algo que su tutor le había dicho. Había sido un sabio de Kisun, muy versado en alquimia y metalurgia. Un amante de la filosofía antigua.

Una tarde de invierno, cuando tenían diez años, Mariko había oído que le decía a Kenshin algo que había calado en su corazón. Que la había dejado pensativa durante la mayor parte de la noche.

«A veces debemos tropezar para seguir adelante».

En aquel momento no lo había entendido. No había empezado a descifrar su significado hasta hacía bien poco.

Quédate quieto —permanece inflexible— y estarás muerto.

«La muerte sigue a la indecisión como una sombra perversa».

Tropieza. Sigue adelante. Aunque primero tengas que levantarte.

Aquello era lo que ese joven *rōnin* debía de haber hecho. Tropezar para seguir adelante.

Y vivir una vida salvaje.

Un acalorado intercambio de palabras la sacó de sus pensamientos. Los hombres de ambos bandos se habían aproximado. Habían acercado posiciones. Los hombres del gigante se hallaban inmersos en un lento frenesí.

Una especie de carga eléctrica se acumuló en el claro, similar a la sensación que precede a una tormenta de verano. Un relámpago irrumpiendo en el cielo nocturno. Un destello de magia atravesando el aire.

Cuando el coloso dio un paso amenazador hacia Ranmaru, todos los miembros del Clan Negro se movieron en tándem. Todos —se fijó Mariko— salvo el que seguía durmiendo en el banco. Al parecer, nada podía perturbar su sueño.

—Se me está acabando la paciencia. —Ranmaru dio un paso hacia los hombres que se habían colocado en actitud protectora delante de él y que ahora se separaron para dejarlo pasar. Algunos habían desenvainado sus espadas y las hojas relucían



azules y naranjas a la luz de las antorchas cercanas—. Si no recuerdo mal, ya te he enviado un mensaje a través de uno de tus... —arrugó la nariz— hombres. Como no sabíamos que ese puesto en particular había caído bajo tu dominio, me ofrecí a pagarte exactamente la cantidad perdida, pero tú exigiste más. Y, por mucho que te empeñes, eso nunca ocurrirá. Que te quede clara una cosa: mis puños están cerrados. —Lo dijo en tono despreocupado, aunque Mariko vio que sus ojos oscuros destellaban.

—¡Qué insulto! —siseó un hombre flacucho con cara de buitre—. ¿Mancillas nuestro nombre mientras nos robas el sustento y crees que unas pocas monedas de cobre arrojadas al suelo serán suficientes?

—Yo no he mancillado vuestro nombre.

—¡Sí que lo has hecho!

Ranmaru frunció el ceño.

—Estoy seguro de que no.

Interesante. Mariko no pudo evitar pensar que esa trifulca se parecía mucho a una riña de niños. A una de sus habituales peleas con Kenshin por cosas como quién se comía el último pastelillo de arroz dulce.

—Si no nos das lo que nos debes, nos veremos obligados a recurrir a otras medidas —continuó el buitre siseante—. Nos veremos obligados a llevarte ante el daimio más cercano y cobrar la recompensa por tu captura.

Ranmaru volvió a suspirar, con amplitud y duración casi exagerada.

—Si creéis que el daimio os dará de buena gana más de cincuenta *ryō* y os despedirá con una sonrisa cuando os marchéis cabalgando triunfantes, estáis muy equivocados.

—¡Basta ya de chácharas! —bramó el gigante—. O vienes con nosotros ahora mismo o nos veremos obligados a matar a cada uno de tus hombres y a llevarte prisionero de todas formas.

Una triste sonrisa cruzó el rostro del líder del Clan Negro.

—Si queréis llevaros algo, llevaos mi consejo —dijo—. Os lo ofreceré sin coste alguno sólo por esta vez: la mejor manera de ganar un combate es evitándolo.

—Las palabras de un ladrón cobarde.

Ranmaru sonrió de oreja a oreja.

—Penséis lo que penséis, creo en el honor entre ladrones. Y creía que estábamos todos de acuerdo; el enemigo son ellos, no nosotros.

El gigante farfulló; la confusión aún le arrugaba la frente.

—Mentira.

Cuando el coloso blandió el *kanabō* por encima del hombro, preparándose para golpear, Ranmaru alzó una mano y detuvo el golpe mortal momentáneamente.

—Iré con vosotros con una condición —aceptó—. Nos lo jugaremos todo a un único combate. Si ganáis, iré con vosotros sin rechistar. Si gano yo, os marcharéis y no volveréis jamás por esta parte del bosque. Bajo pena de muerte. —Pronunció las

últimas palabras con una dureza que Mariko no había percibido hasta el momento en su voz.

Una dureza que le dio escalofríos.

El gigante sonrió.

—¿Quieres luchar conmigo?

El pecho se le hinchó como un pastel de judías dulces.

—El mejor contra el mejor —afirmó Ranmaru.

El sonido estentóreo de la carcajada del gigante le recordó a un perro que se atragantara con un hueso. Mariko tragó con dificultad. Cuando su risa se apagó, dejó reposar el garrote sobre los hombros y puso los brazos en cruz. Sus dedos pendían por ambos extremos. Los flexionó una vez. Dos veces.

—Voy a disfrutar de lo lindo, *rōnin*. Quizá más de lo que disfrutaré con el oro que me den por tu captura. —Conforme hablaba, se iba desplazando hacia un lado, como si calibrara a su presa.

Ranmaru no desenfundó ninguna de las espadas que descansaban a su izquierda. En lugar de eso, sus pies se movieron de manera automática, imitando a su oponente como en un baile mortal.

Cuando tanto él como el gigante hubieron dado tres pasos en un círculo parejo, Ranmaru se detuvo, ladeó la cabeza y se echó a reír.

La frente picada de viruelas del hombretón se contrajo.

—Acabo de darme cuenta —hizo una pausa, como si continuara deliberando— de que crees que vas a enfrentarte a mí.

El gigante entrecerró los ojos y soltó un hondo suspiro.

—¿Qué? —preguntó en un tartamudeo de aire y sonido.

—He dicho el mejor contra el mejor. —Sonrió con picardía—. ¿Qué te ha hecho pensar que estaba hablando de mí?

Se retiró sin darle la espalda a su oponente ni una sola vez. Parecía que aquellos movimientos fueran innatos en él.

Demostraban que nadie se quedaba nunca detrás de Takeda Ranmaru.

Mariko evitó que se le notara el enfado. Le molestaba sobremanera no ser capaz de identificar con claridad las voces masculinas que había oído desde el *norimono* la noche que asaltaron su convoy. Sus sonidos habían estado demasiado amortiguados y sus propios nervios, demasiado tensos.

Pero estaba segura de que una de ellas tenía que pertenecer por fuerza al líder del Clan Negro. Tan segura como que el sol salía por el este. Alguien había enviado a Takeda Ranmaru y a sus hombres para matarla, y estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario para averiguar por qué.

Escudriñó al joven impávido que tenía enfrente.

«Qué pena que no te hayas dado cuenta de que hay otro enemigo esperándote en las sombras, *rōnin*. Puede que no sea muy imponente, pero sin duda es un enemigo mucho más astuto que el mastodonte que tienes delante».

Estudió de nuevo a los demás miembros del Clan Negro.

Algunos se habían embravecido tras la declaración de su líder. Luego una oleada de diversión se transmitió a lo largo de sus miradas colectivas, exceptuando la del chico de los ojos poseídos y el moño tieso. No le había quitado la vista de encima hasta ahora. Sin embargo, incluso él estaba distraído: parecía incapaz de disimular su expectación y no dejaba de pasarse la lengua por los labios.

No le extrañaba en absoluto que aquel joven fuera el mejor del Clan Negro.

Sus ojos destilaban asesinato con cada mirada y llevaba dos espadas ganchudas cruzadas en la espalda, de esas que Mariko sabía que se unían y cortaban cabezas de una sola estocada.

Justo cuando había llegado a la conclusión de que aquel muchacho iba a ser el oponente del gigante, este último también se apartó.

Sólo Ranmaru siguió observando al coloso con una extraña expresión entre dura y blanda. Castigadora y compasiva al mismo tiempo.

Entonces, todos los miembros del Clan Negro se giraron al unísono para mirar...

A su camarada perezoso, que seguía profundamente dormido en el banco.

# UNA BENDICIÓN INMERECEIDA



**K**enshin olió el cadáver antes de verlo.

Un olor empalagoso, mezclado con el de la carne en descomposición. Le llegó a la parte más alta de la garganta y arañó sus sentidos.

Haciendo que el corazón se le desbocara en el pecho.

Su hermana no estaba muerta. Mariko no podía estar muerta.

Él no lo permitiría.

Decidido, continuó rastreando entre los matorrales sumidos en la oscuridad del bosque Jukai. Continuó buscando huellas de su hermana.

Entonces —en los arbustos espinosos que había al pie de un pequeño pinar— se topó con la fuente del olor: el cuerpo de un hombre sucio que se pudría en la maleza. Sin ropa, a excepción de un taparrabos mugriento.

Ante esa escena, el corazón se le calmó. Se acuclilló junto al cadáver en busca de algún detalle, por muy insignificante que pareciera.

Por tercera vez aquella noche, se alegraba de haber dejado a sus hombres en el campamento improvisado. Tras seguir la pista durante dos horas, se encontraba en el corazón del bosque. De no haber tomado la precaución de marcar los árboles mientras avanzaba, el camino de vuelta al campamento habría sido traicionero.

Pese a que le habían asegurado lo contrario, sabía que ninguno de sus hombres descansaba a gusto a la sombra del Jukai. Tres de sus caballos ya habían huido despavoridos y sólo su propio alazán, *Kane*, permanecía impasible. Los susurros de los *yōkai* les pisaban los talones. El propio Kenshin aún no había visto a un solo demonio del bosque, pero —como suele ocurrir con estas cosas— la historia de un hombre se había multiplicado como las setas. Un único relato de un ciervo sin cabeza que los seguía pateando con fuerza. Una única visión de una serpiente plateada con la cabeza de una mujer.

Sólo hacía falta una historia. Las supersticiones se convertían rápidamente en verdades en una noche de suspiros fantasmales y sombras cambiantes.

Sabía que podía ordenar a sus hombres que lo siguieran, que obedecieran cada una de sus órdenes, pero era mucho más fácil para él avanzar solo. Como le ocurría a su padre, no se molestaba en celebrar consejos con nadie, por mucho respeto que se le debiera. Como tampoco se molestaba en abordar los miedos de nadie. Prefería no intentarlo siquiera.

Refrenando su aversión por semejante absurdo, el Dragón de Kai entornó los ojos

ante el cuerpo que yacía bocarriba en el suelo del bosque. El hombre tenía la piel tensa, hinchada por los primeros signos de descomposición. En la garganta, unos gusanos cuyos diminutos cuerpos poseían el color de la pasta de arroz se retorcían en un corte transversal. Le habían perforado un ojo con un arma pequeña, una especie de punzón.

No.

Se inclinó más.

No era un arma.

Estiró la mano para hacerse con las astillas de jade que pendían del extremo.

Una horquilla de carey. Una que reconoció en el acto.

Por segunda vez aquella noche —dos eran ya demasiado—, Kenshin sintió que una oleada de angustia se desplegaba bajo su piel.

Si a aquel hombre le habían perforado el ojo con esa horquilla en particular, no cabía duda de quién la había colocado allí. Lo que significaba que su hermana había sobrepasado los límites de la razón. Nunca había visto a Mariko perder los nervios en un arrebato. Ni creía que tuviera tendencias violentas. Su hermana siempre había sido una erudita de la razón, desprovista de emociones.

Si había asesinado a aquel hombre, este sin duda lo merecía. Apenas podía hacerse una idea de lo que habría hecho para merecerlo.

Pero empezaba a hacérsela.

La oleada de angustia creció hasta convertirse en ira desatada.

Una muerte tan limpia. Una bendición tan inmerecida.

De haber estado él presente, aquel hombre habría sufrido mucho más.

Apretó el pecho contra el peto de su coraza al dar un suspiro para intentar tranquilizarse. Hacía tiempo que la hora de la furia había acabado, ahora lo importante era pasar a la acción. Se agachó aún más, reanudando su búsqueda entre la maleza. Cuando pasó la palma de la mano por los matorrales —rozando los bordes de un nido de golondrina—, sus dedos se enredaron en lo que a primera vista parecía hilo fino y oscuro.

Al levantar la mano hacia la luz de la luna, descubrió unas hebras de pelo negro enredadas en sus nudillos.

El pelo de su hermana se había esparcido por la maleza. Estaba claro que alguien había tratado de ocultarlo por debajo de las zarzas, pero el intento no había escapado a las garras de las criaturas más ingeniosas del bosque.

Se levantó sin emitir sonido alguno. Las hebras de pelo salieron volando de entre sus dedos y se dispersaron en la oscuridad. El desconcierto se apoderó de él.

Volvió a bajar la vista al cuerpo que yacía a sus pies.

El cuerpo de un hombre muerto y desvestido.

Levantó la cabeza. Su mirada se suavizó. No tardó más de un instante, más de un momento en comprender. Alargó la mano y arrancó la horquilla de carey del ojo putrefacto del hombre.

Luego se giró hacia su caballo.  
Para continuar con la búsqueda.  
De una chica vestida de chico.

\* \* \*

No se percató del par de ojos amarillos que lo seguían.

# LA DECISIÓN



**M**ariko puso cara de extrañeza.

«Ese vago no puede ser el mejor luchador del Clan Negro».

Como en respuesta a sus pensamientos, el holgazán en cuestión cogió aire con exagerada lentitud. Como si le molestara sobremanera. Como si el mero acto de inhalar le supusiera demasiado esfuerzo. Se retiró la capucha que le tapaba la cara y se puso en pie con un lánguido estiramiento, semejante al de un gato montés.

Luego se apartó los largos mechones de la frente con la mano izquierda y se aclaró la garganta.

Con la vista ya despejada, se giró hacia su presa. Desde su posición privilegiada, Mariko pudo contemplar sus rasgos, lo que incrementó su confusión.

El chico era alto y delgado. Su cuerpo era todo ángulos y tendones. Una cicatriz en diagonal le cortaba el centro de los labios. Pestañeaba despacio, como si reaccionara después de una fuerte impresión, y sus pesados párpados se abrían y se cerraban sucesivamente. Se abrían y se cerraban. Ni siquiera en un momento tan crucial como aquel, cuando su propia vida podía estar en juego, Mariko logró descifrar su expresión, pues era tan laxa como su apariencia. No cuadraba en absoluto con esa cara de rígidos bordes y agraciados montículos.

Una cara contradictoria.

Tras otro estiramiento en la dirección opuesta, la mirada del joven se posó en el grupo de hombres y armas a su derecha. A continuación, empezó a caminar con sigilo hacia el gigante.

Sus pasos eran instintivos: los andares de alguien que conoce su entorno a la perfección. Si de repente se vieran sorprendidos por una tormenta o la rama de un árbol les cayera encima, no lo pillarían desprevenido.

El modo en que se movía le recordó mucho al de Kenshin, lo que significaba que, a pesar de su comportamiento perezoso, seguramente sería un duro contrincante. Su hermano había estudiado lucha durante buena parte de su vida y sabía que aquella destreza innata no era fruto del azar.

Sí. Era posible que aquel joven lograra vencer al gigante. Al menos si se tomaba la molestia de conseguir un arma, pues todavía no parecía contar con ninguna.

Cuando el chico se detuvo cerca del grupo, Mariko se dio cuenta de otra cosa importante. Aunque sus movimientos eran parecidos a los de Kenshin, había una clara diferencia entre ellos. Una que le hizo desdecirse de su primera comparación.

Su hermano se movía con precisión, cada paso lo daba con una intención deliberada. Aquel chico, en cambio, no daba pasos.

Se deslizaba como un tiburón por el agua.

Y, como el mar, los miembros del Clan Negro se separaron y lo rodearon cuando tomó posiciones delante del gigante.

Aquella especie de carga eléctrica que había empezado a acumularse antes volvió a concentrarse, ahora con mayor intensidad.

Aunque el coloso parecía perplejo por el giro de los acontecimientos, balanceó el *kanabō* de un lado a otro para intimidar a su nuevo oponente con otro alarde de bravuconería.

Al ver que el chico no reaccionaba —ni siquiera hizo amago de esquivarlo—, frunció el ceño.

—¿No necesitas un arma? —masculló.

El muchacho negó con la cabeza y volvió a bostezar.

—No.

Relajó los hombros. Se crujió el cuello.

El gigante escupió un bufido.

—Imbécil arrogante.

—Arrogante no. —El chico se rascó la mandíbula con actitud despreocupada—. Sólo riguroso.

El coloso se echó a reír, incitando a sus hombres a unirse. Un leve carcajeo incómodo se propagó por sus filas, si bien no hizo mucho por aligerar los ánimos. Más bien al contrario.

A Mariko se le aceleró el pulso. Si aquel enfrentamiento derivaba en algo más que en un mero intercambio de poses, era posible que nunca obtuviera respuestas. Que nunca le ahorrara la indebida vergüenza a su familia. Que nunca demostrara su valía más allá del mercado del matrimonio.

También era posible que muriera.

Sí. También era muy consciente de aquello.

Sus conocimientos acerca de cómo ganar una pelea eran puramente teóricos. La trifulca con el borracho del bosque le había confirmado una cosa: su mejor apuesta en un altercado era su mente. Y, aun contando con esa ventaja, le había costado horrores doblegar a un individuo que apenas podía tenerse en pie. Así que ya sospechaba cómo le iría contra un guerrero experimentado en un combate de verdad. Con hombres de todo tipo, siempre había comprobado que a la fuerza bruta se le daba el mayor peso.

Pero ¿y en un combate de ingenio?

Podía ganar cualquiera, ya fuera hombre... o mujer.

Sopesó sus opciones: echar a correr o defender su posición.

«Debería ponerme a cubierto y ver cómo estos imbéciles se matan el uno al otro».

Hasta podría hallar cierta satisfacción en ello.



Pero, si eso ocurría, nunca sabría quién había planeado su muerte.

Ni por qué.

El agudo silbido del *kanabō* al rasgar el aire la arrancó de sus tribulaciones. Parpadeó y miró de nuevo hacia el combate...

Justo a tiempo de ver cómo el guerrero perezoso esquivaba el primer golpe del gigante. Por los pelos. La racha de viento que se levantó volvió a arrojarle los mechones a la cara.

El gigante rio.

—Demasiado lento.

Una relajada sonrisa asomó a los labios cicatrizados del chico. Como si compartiera la diversión de su oponente. Su pulla. Justo cuando Mariko empezaba a considerar esa posibilidad, notó que se producía un cambio en el cuerpo del joven.

Había empezado a temblar.

«¿Tiene... miedo?».

La expectación la aguijoneó. Intentó con todas sus fuerzas que no se notara su creciente curiosidad. Su creciente interés. No. No podía permitir que nada de aquello la entretuviera. Si se entretenía, podía distraerse con facilidad. Y se negaba a morir esa noche en ese antro de mala muerte.

Se levantó, con cuidado de seguir pasando desapercibida, aferrando su vasito de sake. Procurando no hacer ningún movimiento repentino que llamara la atención.

El gigante blandió su *kanabō* y dio un violento revés. Al elevarse, la punta rozó el hombro del chico. Mariko pestañeó en un acto reflejo cuando el muchacho logró evitar a duras penas el impacto completo del golpe. Rodó por la tierra, alejándose de su oponente, y giró para ponerse en pie. Una vez que se hubo enderezado, se percató de que tenía un desgarrón en la manga negra de su *kosode* y profirió una sarta de insultos que Mariko sólo había oído pronunciar a los mozos de cuadra de más bajo nivel en momentos de enfado mayúsculo. Palabras viles y vulgares que habrían hecho que su madre se tapara la boca con las manos y su padre reprendiera con un gesto de cabeza a sus subordinados.

El chico se agarró el hombro desnudo y se encogió de dolor mientras la sangre empezaba a correrle por los dedos. Mientras su temblor se intensificaba.

¿Eso era lo mejor que el Clan Negro tenía que ofrecer?

¿Cómo se las había ingeniado aquel vago para vencer a Nobutada?

Parecía que todo lo que Mariko había experimentado en la última semana fuera una broma.

Frunció los labios.

Si aquella pelea iba en serio, Takeda Ranmaru iba a perder su apuesta.

Y Mariko no estaba dispuesta a verlo perder a manos de alguien que no fuera ella.

Esperaba que algún miembro del Clan Negro acudiera en su ayuda o pusiera fin a semejante farsa, pero sólo tuvo que volver a mirar para percatarse de que ninguno de sus camaradas denotaba el menor signo de alarma por ver a su compañero a punto de

poner en peligro la vida de su líder.

Los hombres de negro continuaron en sus posiciones a ambos flancos del combate. Impasibles. Ranmaru cogió su bebida, como si el asunto no le interesara lo más mínimo, y el cocinero con una sola pierna se apoyó en su *bō* y se dedicó a estudiar su superficie de madera pulida como si buscara un pasatiempo.

Como si tuviera algo más importante en que pensar.

Un destello de triunfo cruzó el rostro del gigante, que alzó su *kanabō* de nuevo y se lanzó a zancadas hacia el muchacho herido, dispuesto a proclamar su victoria.

Mariko se apartó de su mesa y dio unos cuantos pasos en lateral de modo subrepticio. Era obvio que esa pelea estaba acabada incluso antes de empezar.

El joven no hizo ademán de contraatacar. Ni pestañeó por el golpe que se avecinaba. Se limitó a quedarse en su sitio con la mano posada en el hombro herido.

Entonces, su cabeza cayó hacia delante y el pelo negro le cubrió la cara.

El temblor volvió a apoderarse de su cuerpo, que comenzó a desdibujarse. El aire a su alrededor empezó a zumbir. A distorsionarse. Como el espacio que circunda la llama de un farolillo.

Justo cuando el gigante desencadenaba su ataque mortal, el cocinero cojo le lanzó al muchacho su *bō* con habilidad y este lo cogió con una mano sin mirarlo siquiera.

Luego saltó en el aire, muy lejos del alcance de su oponente, y planeó, suspendido en una espuma de sonido, antes de aterrizar con gran estrépito. Tanto que el suelo a sus pies explotó en círculos concéntricos.

Mariko se detuvo en seco. Se quedó anclada en el sitio.

Nunca había visto a nadie moverse así.

Casi como aquella criatura del bosque, la que había intentado avisarla.

Como un fantasma oscuro. O un demonio de la noche.

El coloso se tambaleó, desorientado por esa visión, y estuvo a punto de caer al suelo. El chico ondeó una vez más en el aire, muy lejos de su alcance, y el zumbido que lo rodeaba se fue tornando más y más frenético. En un suspiro, el joven se convirtió en un remolino y cruzó los brazos por encima de la cabeza. El *bō* giró, cogiendo impulso, y surcó el aire como un trueno. Trazó un arco hacia la muñeca del gigante y le asestó un fuerte golpe al caer. Al hombretón le crujieron los huesos y se vio obligado a soltar el garrote. Aulló tan alto que hasta los árboles sacudieron sus ramas con desagrado.

O con diversión. Mariko no lo sabía a ciencia cierta.

Para su consternación, tampoco sabía a ciencia cierta cuál era su propia reacción.

Sin duda, aquello no era entretenido. No era entretenido ver a un hombre de mayor fuerza sucumbir ante un contrincante más pequeño y más listo. Sobre todo, lo bastante listo para ocultar su ventaja con tanta habilidad.

Eso no la entretenía. En absoluto. Aunque la celeridad de su pulso indicara lo contrario.

El fantasma oscuro en que se había convertido el muchacho empezó a detenerse.

Las vibraciones alrededor de su cuerpo fueron cesando hasta convertirse en un lento temblor. Su pecho se hinchó y deshinchó mientras daba grandes boqueadas, como si llevara sumergido en el agua más de lo que cualquier ser humano pudiera soportar.

Plantó los pies en el suelo con la intención de mantener el equilibrio. Ignorando al gigante, que seguía lamentándose a voz en grito.

En el claro se hizo un silencio sepulcral y Mariko volvió a sentir en el aire la amenaza de tormenta. Una chispa a punto de prender, como al golpear un pedernal.

Se adentró en las sombras de la periferia con los dedos aún aferrados al vasito de cerámica. La única arma a la que podía recurrir. Algo con lo que defenderse. Sabía que como hiciera amago de coger la *wakizashi* que tenía al lado, como alguien la viera desplazándose por la oscuridad con una espada en ristre, desataría una masacre a su alrededor.

Mientras continuaba penetrando en el cerco de ramas que se extendía por la linde del bosque, sus ojos siguieron fijos en el círculo de hombres que rodeaban al gigante gemebundo y al fantasma oscuro. El paladín del Clan Negro seguía sacudiéndose en el sitio y dando grandes boqueadas. Sus camaradas parecían serios. Al contrario de lo que hubiera esperado, no celebraron su victoria.

Pues era evidente que esta tenía un precio.

Los hombres del gigante se acercaron a él con pasos vacilantes, como si se cernieran sobre un oso herido. Uno que lo mismo te lamía la mano que le tendías que te la arrancaba de un mordisco.

Mariko continuó procediendo con mucho cuidado, escurriéndose de aquel tugurio como un cangrejo que se oculta en su concha. Sin perder de vista a los hombres que tenía enfrente. Asegurándose de que nadie se daba cuenta de su retirada. O de su posición.

Entonces lo vio. Vio lo que nadie más veía. En lo que a nadie más se le habría ocurrido fijarse, absortos como estaban.

El buitre siseante. El que había ayudado al gigante a provocar la pelea.

Permanecía en un haz de luz a un cuerpo de distancia a su izquierda. Vio que se llevaba la mano a la espalda muy despacio y, cuando adelantaba de un empujón a la bestia que tenía al lado, captó un destello metálico.

La mirada del buitre estaba fija en Takeda Ranmaru.

El miedo que había alentado a huir a Mariko se convirtió en furia.

«Está haciendo trampas».

¡Si no podían ganar con las reglas que ellos mismos habían impuesto, no se merecían ganar en absoluto! Y Mariko nunca se perdonaría haber perdido a su presa ante semejantes ineptos.

Sin pararse a pensar, alzó el vasito de cerámica y dio un trago de sake tibio.

Luego lo escupió en la dirección de la antorcha.

Una llamarada salió disparada hacia el buitre y sobresaltó a todos los hombres que lo rodeaban antes de prender la manga de uno de ellos.

Entre las filas se desataron gritos coléricos.

El chorro de fuego les hizo reaccionar. Les obligó a salir de su trance.

Todas las miradas buscaron el origen del fogonazo.

«Eso no ha sido... muy sensato, Hattori Mariko.

Aprovecha la situación o huye de aquí.

Ahora mismo».

Una vocecilla en su mente le dijo que no llegaría demasiado lejos.

Con la cara pálida, le lanzó el vaso vacío al buitre siseante y este se estrelló en su coronilla, sacándolo de la seguridad que le proporcionaban las sombras y arrojándolo al combate.

—¡Tiene una daga! —lo acusó con voz áspera—. ¡Quiere hacer trampas!

A los hombres del Clan Negro les llevó un largo momento procesar sus palabras. El buitre siseante blandió la daga hacia la luz en un intento de cumplir su misión a toda costa. Pero unas manos y unos codos lo empujaron por la espalda. Por el pecho. Le arrebataron el arma. Ninguno de los miembros de su cuadrilla hizo nada para salvarle. Ni siquiera alzaron sus armas para sublevarse.

En cuanto Mariko miró a Ranmaru, comprendió por qué.

Mientras el caos se había desatado a su alrededor, el fantasma oscuro había tomado posiciones delante de su líder. Aunque la herida que presentaba en el hombro derecho seguía sangrando, sonreía a sus oponentes con una sonrisa teñida de crueldad. Su *bō* giraba en el aire.

Y desafiaba a cualquiera que se atreviese a retarlo a él.

«No existe el honor entre ladrones».

—¡Cabrones tramposos! —El cocinero cojo escupió en el suelo—. ¡Marchaos ahora mismo si no queréis veros en un combate de verdad!

Se desenganchó dos de las dagas pequeñas que llevaba en la cintura y las hizo girar entre las puntas de sus dedos con la maestría de un experto.

El gigante se puso a berrear de nuevo, aferrándose los huesos rotos con la mano. Les gritó a sus hombres que lo ayudaran a levantarse, soltando palabrotas en todas direcciones.

Su furia removi6 las brasas a su alrededor y sus secuaces no tardaron en señalarse con el dedo unos a otros, enfrascándose en otra discusión.

Mariko se agachó bajo las ramas. Para que nadie la viera.

«Debería marcharme».

Pero no podía. Todavía no.

No hasta que averiguara... algo valioso. Hasta que tuviera alguna garantía.

—¡Ya basta! —gritó Ranmaru por encima del bullicio en dirección a los hombres del gigante—. Marchaos de una vez, como acordasteis. Como vuelva a ver a alguno de vosotros por aquí, como me llegue vuestro olor con la brisa, tened por seguro que ese será el último día que paséis sobre la faz de la Tierra.

La algarabía quedó reducida a un susurro. A un momento de decisión.

El gigante soltó un gruñido, hizo un gesto a sus hombres para que se marcharan y los siguió farfullando cosas ininteligibles.

Cuando se hubieron marchado, Ranmaru se dejó ver. Miró al chico fantasma, que se había puesto a su lado, y arqueó una ceja interrogativa. El paladín del Clan Negro levantó su hombro ileso. Como si la herida no fuera más que un mero arañazo.

Ranmaru asintió.

El cocinero cojo tiró una daga al suelo y soltó un gruñido. Al cabo de un instante, un *ryō* de oro aterrizó en la tierra a su lado.

—Eres el demonio, Ōkami —murmuró con dureza.

El chico fantasma lo miró de reojo.

—Bien lo sabes. —Una sonrisa torcida se dibujó en su cara, volviendo blanca la cicatriz que le surcaba los labios—. Puesto que los dos venimos del infierno.

Desde su escondite al lado del árbol, Mariko observó ese intercambio sin saber adonde ir. Ni qué hacer. Quizá lo más sensato fuera seguir su propio consejo y marcharse de una vez. Cuando se disponía a retornar al amparo del bosque, una mano ruda la agarró del antebrazo.

—No tan deprisa —le advirtió en tono inexpresivo el chico de los ojos asesinos y el moño tieso—. El jefe querrá hablar contigo.

# LA CONSECUENCIAS



Una oleada de miedo se apoderó de su corazón. De cada una de sus respiraciones.

La primera intención de Mariko fue zafarse del muchacho. El pánico aumentó cuando este la agarró con todavía más fuerza. Tenía el blanco de los ojos de un color amarillento. Vidrioso. Como el de un muerto.

—Ni se te ocurra salir corriendo. Te daríamos caza como a un zorro ladino. —Se la acercó más y su susurro fue como el roce de un hielo en la oreja—: Me gusta sobre todo cuando los atrapamos vivos. Es mucho más... interesante.

Mariko se obligó a controlar su miedo, aunque el pulso le retumbaba en los oídos. La voz de su tutor le regañaba una vez más:

«Nuestro mayor enemigo suele encontrarse en nuestro interior».

Ella no sería su peor enemigo. El único control con el que contaba ahora era el control sobre sí misma. Si no podía huir, tendría que sacarle el mayor partido posible a su situación.

El chico la llevaba ante su jefe. Ante Ranmaru. Aquella podía ser su única oportunidad de averiguar la verdad.

No la desperdiciaría por culpa del miedo.

Apretó los dientes y se esforzó por hallar un punto de claridad en medio de aquella neblina de terror. Pensó con rapidez. Kenshin no permitiría que lo trataran así, aunque le impusieran un castigo.

Intentó zafarse de nuevo. El chico respondió retorciéndole la muñeca por detrás del hombro izquierdo. Ella reprimió un grito ante la punzada de dolor que se le propagó por el brazo y el costado. Un dolor caliente y agudo. Del tipo que hacía que se te saltaran las lágrimas.

Pero no lloró. Se negaba a revelar la menor muestra de flaqueza.

«Un guerrero nunca muestra debilidad».

Aparentemente satisfecho por su resistencia —como si disfrutara de la idea—, el chico de los ojos asesinos la soltó.

—La próxima vez que intentes huir, te romperé los dedos, nudillo a nudillo. —Se acercó más—. Uno por uno.

Ella le replicó casi sin aliento:

—¿Crees que trataba de huir?

—Sólo un necio se quedaría.

—¿Pretendes que coopere con amenazas? —dijo, fanfarroneando con torpeza.

Él no respondió. Se limitó a empujarla hacia delante, con fuerza. Ella estuvo a punto de trastabillar, aunque recobró el equilibrio en el último segundo. Cuando el chico la acercó de un tirón a la luz de la antorcha más cercana, creyó distinguir una sonrisa.

Entre tirones y empujones la condujo hasta Ranmaru, que había vuelto a tomar asiento a la mesa que parecía reservada en exclusiva para él.

El líder del Clan Negro la estudió en silencio durante unos instantes.

—Bueno, parece que estoy en deuda contigo... —Hizo una pausa, como esperando a que le dijera su nombre.

Por suerte, Mariko tenía uno pensado.

—Takeo. —Bajó una nota el tono de su voz. La puso más ronca—. Sanada Takeo. Ranmaru sonrió despacio.

—Por lo visto, tus padres tenían planes bastante ambiciosos cuando te pusieron el nombre.

—¿Porque me lo pusieron por un guerrero?

—No. Porque le pusieron a su hijo estratega el nombre de un guerrero.

Mariko resopló. Arrugó la frente para compensar su angustia creciente.

—Soy un guerrero. Igual que tú.

Él rio. Se le marcaron las arrugas alrededor de los ojos mientras reflexionaba.

—Quizá seas igual que yo.

Ella frunció el ceño ante su tono burlón.

—Sin embargo, no te llamaré Takeo —continuó Ranmaru—. La conciencia no me permite llamar guerrero valiente a un muchacho flacucho.

Su dictamen resonó en sus oídos, obligándola a elegir un camino. Valor o miedo. Se irguió y eligió el camino del valor: uno de los principios del *bushidō*.

—Todavía no he hecho ningún comentario sobre tu nombre. Pero puedo hacerlo si lo deseas. Y ya que Takeo es mi nombre de pila, insisto en que me llames...

—Señorito Lampiño —anunció una voz detrás de Ranmaru. Mariko volvió a tensarse mientras su valor se marchitaba. Era el paladín del Clan Negro, Ōkami. El chico al que habían puesto el nombre por un lobo—. A este engreído le pega mucho más que Takeo.

Ranmaru sonrió.

—Estoy de acuerdo. Si deseas que te llamen por tu nombre, primero tienes que ganártelo, señorito Lampiño.

Al oír esto, los hombres que lo rodeaban se echaron a reír.

—Puedes llamarme como quieras —comentó Mariko por encima de sus risas, muy consciente de lo petulante que sonaba—, pero eso no significa que yo vaya a responder.

—¿Ah, sí?

La sonrisa de Ranmaru se agrandó.

Mariko se quedó callada, lo que provocó otro ataque de risa en los hombres cercanos. Mientras se divertían a su costa, unos nudos empezaron a formarse en su estómago y un rubor, a subirle por el cuello, por la cara. Odiaba esa sensación. La sensación de ser vulnerable. De que se burlaran de ella. Era la primera vez en mucho tiempo que se quedaba sin palabras y experimentaba un ridículo humillante. Era cierto que mucha gente la consideraba rara, pero la posición y la influencia de su familia habían evitado que se diera de bruces con el juicio de los demás. Cuando lo oía, era a sus espaldas, susurrado tras abanicos lacados o en las sombras de elegantes biombos de papel.

Levantó la barbilla y se mordió la lengua.

«Un guerrero nunca muestra debilidad».

Repitió la cantinela en su mente, dejando que la alimentara, como la yesca a una llama.

Ōkami se deslizó hasta ella con cara de extrañeza, al tiempo que le pasaba una botella de sake a Ranmaru. Los hombres se habían ido callando mientras él la rodeaba lentamente, como acechando a una presa. Mariko hizo todo lo posible por disimular la oleada de indignación que le encendió las mejillas ante su silenciosa evaluación. Ante la obvia libertad que le permitían al Lobo como paladín del clan.

Se detuvo delante de ella y la miró. Mariko casi podía sentir cómo planeaba en el aire aquel mismo zumbido grave que lo envolvía.

La ponía de los nervios.

—Ahora —Ranmaru levantó la botella en su dirección— sí que creo que le debo una copa al señorito Lampiño.

Se quedó esperando a que respondiera; era la viva imagen de la paciencia.

«Mi mejor oportunidad de conocer la verdad».

Sin hacer el menor esfuerzo por ocultar su recelo, Mariko tomó asiento en el banco que quedaba justo enfrente. No se le escapó que los hombres de Ranmaru la observaban como halcones a una paloma.

El líder del Clan Negro sirvió vino de arroz en un vasito y se lo pasó.

Ella lo contempló por encima del borde. Olió su contenido.

Ranmaru, que sonreía ante su desconfianza, se sirvió de la misma botella. Y se lo bebió de un trago.

Como respuesta, Mariko dio un pequeño sorbo.

—¿Y? —dijo el cocinero de los cuchillos como si nada mientras hacía girar la empuñadura de una daga entre las puntas de sus dedos—. ¿Qué tipo de fortuna espera encontrar un muchacho en la linde oeste del bosque Jukai?

Mariko esbozó una sonrisa perezosa y satisfecha. De las que había visto adoptar a muchos de los jóvenes vasallos de su padre en momentos como aquel.

—Del tipo que me haga rico.

Sabía que sonaba ridículo, pero aquello también parecía apropiado.

—Hay muchos tipos de riqueza —meditó el cocinero.



Ella asintió mientras daba otro sorbito al sake.

—Pero sólo uno que importe.

El cocinero ladeó la cabeza.

—¿Y qué tipo es ese?

—El que compra libertad.

El cocinero frunció los labios. No como si la juzgara. No. No creía que estuviera en desacuerdo con ella. Aunque tampoco estaba segura del todo de que estuviera de acuerdo. Tal vez no debería haber sido tan explícita en sus respuestas ni tan lista cuando decidió librar a Ranmaru del buitre siseante. Desvió la mirada hacia Ōkami. El Lobo la miró como si no existiera. Como si fuera invisible. El chico se apoyó en la mesa con una mano en la rodilla. Una mancha de sangre seca seguía la pista de sus venas por el antebrazo derecho, como los afluentes de un río siniestro. De nuevo, parecía carecer de todo interés. Por su apariencia, se diría que estaba más aburrido que una ostra. Aunque, de todos los presentes, era el más difícil de descifrar. Mariko lo había juzgado mal en un principio y eso le hacía sentir... incómoda en su presencia.

En un intento por disimular su repentina inquietud, le dio otro sorbito al sake. Su fuego se le expandió por todo el cuerpo, le calentó la sangre y le provocó un hormigueo en la piel.

¿Un hormigueo en la piel?

—¿Valoras la libertad, señorito Lampiño? —le preguntó Ranmaru mientras hacía rodar la botella por el borde basto de la mesa. Tenía una expresión desenfadada. Relajada.

Cómplice.

El hormigueo que sentía en la piel se intensificó. Una oleada de calor le subió a la cara y le nubló la vista.

«No.

El sake».

Mariko se levantó sin previo aviso.

—Tú... —farfulló—. Has hecho trampa. Eres..., eres...

Ōkami llegó flotando hasta ella. El fantasma oscuro una vez más.

Lo último que recordó con claridad fue un par de ojos de ónice.

\* \* \*

Se despertó repentinamente con el bamboleo de un animal bajo su cuerpo.

Cuando levantó los párpados, un borrón de músculo marrón cobró forma ante su cara. Los músculos de un caballo de guerra. La habían colocado atravesada en la grupa de un caballo como un fardo de grano. De pronto recuperó la consciencia por completo. El recuerdo se apoderó de todos sus sentidos.

¡El líder del Clan Negro la había drogado!

Forcejeó para enderezarse, pero descubrió que tenía las manos atadas y que estas pendían por debajo de su cabeza. Espoleada por la angustia, intentó levantar el cuerpo. Evaluar los alrededores.

Seguían en el bosque, iban por un terraplén embarrado. Inspiró hondo. Allí el aire era más fino. Más fresco. Se encontraban a mayor altitud.

«Cerca de un manantial de agua dulce».

Parecía que iba a despuntar el alba. Y el...

Una mano le dio un guantazo en la nuca, sorprendiéndola por su carácter inesperado.

No pudo evitarlo. Gritó de frustración.

—Sigue gimoteando —dijo Ranmaru—. A mi caballo le divierte.

Mariko alzó el brazo para echar un vistazo por debajo.

No era posible.

La habían colocado a lomos de la montura de Takeda Ranmaru.

—¿Adonde..., adonde me lleváis? ¿Y por qué alguien iba a querer divertir a tu caballo? —gruñó.

Ranmaru empezó a silbar una canción que le resultaba ligeramente familiar.

—Porque, si no lo haces, te destriparé y te echaré de comer al animal. Su comida favorita es la carne de joven pesado. Sobre todo del que gimotea.

—¿Lo sueles alimentar con jóvenes gimoteantes?

Intentó retorcerse para colocarse mejor para descubrir hacia dónde iban.

—No siempre. Si comiera con frecuencia semejantes exquisiteces, al final las aborrecería.

—¿Y cómo te enterarías? —refunfuñó, tragándose el nudo de angustia que se le estaba formando en la garganta.

—A mí ya no me gusta.

Dicho esto, reanudó su silbido.

Mientras le invadía la preocupación, bregó por sentarse erguida. Una mano volvió a darle un guantazo en la nuca.

Mariko gritó; el pánico se estaba apoderando de ella. «Un guerrero nunca muestra debilidad».

—Debo pedirte que te abstengas de...

—Escuchad al señorito Lampiño dando órdenes como el mismísimo emperador —soltó Ranmaru mientras se reía.

Mariko apretó los dientes. Era más fácil para ella admitir la derrota. Pero sabía que era ahora cuando más necesitaba parecer fuerte..., cuando se sentía más débil.

—¿Por qué me has drogado? —le preguntó—. ¿Adonde me llevas?

—Más preguntas. En sus profundidades hallarás la respuesta.

Mariko analizó las palabras de Ranmaru. Dejó que sus pensamientos se ordenaran.

«¿Más preguntas?».

De pronto lo comprendió todo con la claridad deslumbrante de un sol de invierno.

«El viejo del antro. Ha debido de decirle a Ranmaru que he estado preguntando por el Clan Negro».

—Akira-san te susurró algo cuando llegaste anoche —murmuró, y procuró disimular la derrota en su tono. A pesar de sus esfuerzos para pasar desapercibida, las arteras observaciones de un anciano cascarrabias la habían desarmado—. ¿Qué te dijo?

—Sabía que eras listo —declaró Ranmaru en voz alta, e ignoró su pregunta—. Aunque fueras tan pardillo como un potro recién nacido.

«He perdido mi mejor oportunidad.

Estoy muerta».

Dejó caer el cuerpo sobre el animal, lacio ante su fracaso.

—¿Y qué pretendes hacer conmigo? —continuó—. Aparte de utilizarme para dar de comer a tu caballo.

—Deja de hacer preguntas. ¿Es que no aprendes?

«Si voy a morir, ¿qué me queda por aprender?».

No. Tenía que ser valiente.

Y siempre había algo que aprender.

Asió la cuerda con que tenía amarradas las muñecas.

—Uno debe hacer preguntas si pretende aprender cosas.

Mientras hablaba, buscó un punto flojo en sus ataduras.

—Estoy harto de tu curiosidad, señorito Lampiño. —Ranmaru miró a su derecha. A una persona a la que ella no conseguía ver—. Quítame esto.

Una mano la cogió por la parte trasera del cuello de tela sucia.

Mariko se contuvo para no volver a gritar cuando la pasaron de un animal a otro. Esta vez no la colocaron a lomos de un caballo. No. Esta vez la lanzaron bocabajo delante del jinete y el aire abandonó momentáneamente sus pulmones.

En el proceso, captó un fregonazo de pelo negro suelto.

«Ōkami. El Lobo».

Antes de tener oportunidad de asentarse, se giró como un pez fuera del agua. Sabía que era una tontería, pero se negaba a que se la pasaran de un asesino a otro como si fuera un botín de guerra.

—Deja de revolverte. —Aunque Ōkami hablaba en voz más baja, esta era igual de dura—. No soy Ranmaru. No voy a pegarte.

La sensación de estar cerca de él volvió a ponerla nerviosa. El mismo zumbido casi indetectable.

—No me sorprende. —El veneno tiñó su réplica mientras la sangre le bullía por el cuerpo—. Por lo que he observado, pegar no es lo tuyo.

En cuanto se burló de él, un latigazo de miedo la sacudió.

Las risas estallaron a su alrededor. La perilla frontal de la montura de Ōkami se le

clavaba en el estómago y en el busto. Si no hubiera caído en envolverse bien los pechos con un trozo largo de muselina, sabía que lo estaría pasando mucho peor.

—¡El señorito tiene razón! —gritó la voz ronca del cocinero desde atrás—. ¿Por qué tardaste tanto en vencer al gigante, Ōkami? ¿Estás perdiendo facultades?

—El señorito no me dejó terminar. —Ōkami se inclinó hacia delante—. He dicho que no le pegaría... —Estaba tan cerca que sus palabras le traspasaron la piel—. Pero esa no es la única manera de castigar a alguien.

El miedo penetró en Mariko como un cuchillo cuyo objetivo era caliente y certero. Sabía que no podía permitir que un chico como Ōkami detectara el menor rastro de ansiedad. Tenía que librarse de aquellos hombres. Debía aventajarles de algún modo. Mientras buscaba una manera de distraerse —alguna debilidad en la fortaleza que la rodeaba—, estudió los dedos del Lobo. Eran largos. Fuertes. Tenía los antebrazos nervudos y sujetaba las riendas con holgura, de forma relajada, lo cual significaba que era un jinete consumado. Cualquier intento de desestabilizarlo sería una mala idea.

No obstante, a lo mejor podía desestabilizarlo de alguna otra forma.

—¿Qué tipo de nombre es Ōkami? —empezó a decir en tono grave y brusco.

—Tú no aprendes, ¿verdad?

—¿Te has burlado de mi nombre cuando tus padres te pusieron el tuyo por un lobo?

—No lo hicieron.

A pesar de todo, la curiosidad volvió a asaltarle.

—Entonces, ¿es un apodo?

—Cállate —le ordenó—, antes de que te pase a alguien que de verdad te quite la insolencia a guantazo limpio.

Mariko hizo una pausa.

—Los lobos son criaturas gregarias, ¿lo sabías?

Otro retumbo de risas chabacanas sonó desde atrás.

—Debo admitir que el chico es tenaz, incluso cuando se enfrenta a un destino aciago.

Mariko sintió que Ōkami se removía en su silla para dirigirse al cocinero. Sin dudar, aprovechó la oportunidad que había estado esperando para pillarlo desprevenido.

Le mordió justo encima de la rodilla. Con fuerza.

Él maldijo en voz alta, lo que hizo que su caballo se encabritara. Mariko estuvo a punto de caer de cabeza, pero Ōkami la asió con firmeza y la cogió en el último segundo.

Tiró de ella agarrándola fuerte por el cuello de su harapiendo *kosode* y quedaron pecho contra pecho. Mariko esperaba encontrar furia en sus ojos, pero lo que vio fue una expresión impenetrable. No de las frías, sino más bien de las que están cuidadosamente veladas, aunque sus ojos eran clarísimos. Como cristal en una cueva

a medianoche.

Mariko le devolvió la mirada con el corazón desbocado.

—Si fueras yo, habrías hecho lo mismo.

No pudo evitar que la voz le temblara en la última palabra.

—No, no lo habría hecho. —El chico bajó sus negras cejas, ensombreciendo su mirada. Algo tiró de sus labios—. Yo lo habría conseguido.

—¿Y cómo lo habrías hecho, supuestamente?

Su boca se inclinó otra vez y la cicatriz que la surcaba se volvió blanca.

—Deduzco que te crees más listo que todos los que te rodean.

Ella negó despacio con la cabeza.

—Te diré una cosa... —Se le acercó aún más. Su piel emanaba un olor a piedra caliente y a humo de leña. Mariko pestañeó—. No expongas tu cuello a un lobo.

Dicho esto, la levantó de su caballo y la tiró a las aguas poco profundas de una charca cercana.

Mariko ahogó un grito cuando el agua fría la envolvió y el barro se le pegó a un costado. Se sentó derecha y utilizó las muñecas atadas para quitarse hiedras y fango de la frente.

Ōkami esperó en la orilla. Luego giró a su caballo sin mirar atrás.

—Bienvenido a casa, señorito Lampiño —dijo Ranmaru, sonriendo.

—¿A casa? —respondió con voz estrangulada—. ¿De qué estás...?

—Lávate, te hace falta un baño. Luego tráeme leña. —Espoleó al caballo para alejarse del terraplén—. Y no pienses en escapar —continuó diciendo por encima del hombro—. Hay trampas por todas partes. No conseguirías alejarte ni una legua de nuestro campamento.

«Estoy en el campamento del Clan Negro».

—¿Por qué me has traído aquí? ¿Qué pretendes...?

—Hoy vas a trabajar. Mañana... —Ranmaru se encogió de hombros— te echaré de comer a mi caballo.

# ACERO JOYA Y LLUVIA NOCTURNA



U e había perdido la pista.

Había perdido todo indicio del posible paradero de su hermana.

Le había seguido el rastro por el extremo oeste del bosque Jukai, incluso cuando las huellas de Mariko volvían sobre sus pasos y cruzaban las muchas aldeas de la zona.

A pesar de eso, las había seguido. Con insistencia. Ignorando las punzadas de frustración que le atravesaban el pecho. Y, sin embargo, el rastro de su hermana había desaparecido aquella mañana en las sombras de un antro de mala muerte.

Era inexplicable.

El anciano al que había despertado de un codazo lo había ignorado al principio. Había hecho caso omiso de sus preguntas mientras lo echaba a empujones del umbral de su cobertizo destartado.

—¿Sabes cuántos viajeros pasan por aquí cada día, muchacho? —le había contestado al fin con voz ronca, encogiéndose para protegerse del sol—. ¿Cómo voy a acordarme de cada uno de ellos? —Soltó una carcajada que más bien se asemejó a una tos seca—. Mejor pregúntame por la posición de las nubes en un momento dado —espetó, y puso cara de haber mordido la pulpa de un *yuzu*.

Kenshin estuvo a punto de acusarlo de mentiroso. Había algo raro en el modo en que el viejo lo había ninguneado. En el modo en que había desoído la pregunta respetuosa de un joven samurái de renombre.

Debido a la preocupación que sentía por su hermana, había estado tentado de amenazarlo, pero se obligó a relajar los músculos. A asentar la mente. Logró controlarse antes de que sus pensamientos lo llevaran a hacer algo de lo que pudiera arrepentirse.

Nunca cometería un acto tan deshonesto.

Pues, aunque estaba seguro de que el anciano mentía, no tenía ninguna prueba de ello.

El rastro de su hermana se había perdido sin remedio y se vio obligado a regresar al campamento. Lo que encontró al llegar fue todavía más descorazonador. Sus hombres se habían puesto nerviosos en su ausencia. Los suministros empezaban a escasear.

Para colmo, habían perdido el rumbo.

Kenshin se percató de que era hora de regresar a casa. De reabastecerse y cambiar

de dirección.

Sus hombres se entusiasmaron con la noticia, mucho más de lo que le hubiera gustado. Después de todo, no habían cumplido con su misión de rescatar a la única hija de su señor.

Tanto ellos como él le habían fallado a Hattori Kano.

Bien era cierto que Mariko nunca había gozado de mucha popularidad entre los hombres de su padre. Era un duendecillo curioso armado con un sinfín de preguntas que no desperdiciaba ninguna ocasión de aprender. Incordiaba a los herreros, espiaba a los alquimistas, observaba a Nobutada —el mejor espadachín de entre los samuráis de su padre— practicar su kata.

Kenshin siempre había sido consciente de lo mucho que incordiaba a los hombres que cabalgaban bajo el estandarte de su padre. Aquel no era sitio para una joven. Ni aquellos, los intereses adecuados para la hija de su estimado daimio.

No obstante, a esos hombres había que controlarlos. De una vez por todas. Las palabras no eran suficientes en los tiempos que corrían.

Había que darles ejemplo y no cabía duda de que su padre estaría de acuerdo.

Cuando el convoy coronó la colina que daba al valle de los dominios familiares, uno de los *ashigaru* empezó a cantar una melodía al compás de la marcha. Una melodía que rendía tributo a la belleza del hogar cantada por un humilde soldado de infantería. Los hombres que iban detrás de Kenshin se alegraron al oírla y se propagó por las filas como las olas del mar.

Exultantes. Bulliciosos. Incluso ante el fracaso.

El enfado latente de Kenshin alcanzó el punto de ebullición. Tiró de las riendas de su caballo y lo obligó a girar desde la vanguardia del convoy. *Kane* se encabritó antes de plantar sus cascos en la tierra fragante. El convoy se detuvo en seco.

La melodía cesó.

A Kenshin le llevó un instante localizar a su presa. Cuando lo hizo, espoleó a su caballo de guerra y recorrió la ordenada formación de los *ashigaru*.

—¡Tú! —le dijo al joven soldado que había estado cantando—. ¡Un paso al frente!

Los que se situaban a ambos lados de este retrocedieron al unísono sin deshacer la formación.

El cantor era un niño. Posiblemente ni siquiera llegara a los diecisiete años que tenía él.

El sudor se concentró bajo el *hachimaki* del joven. Kenshin observó cómo la fina cinta de cáñamo que rodeaba la frente del chico empezaba a resbalar y el blasón de los Hattori del centro, a oscurecerse.

Antes de dar un paso adelante, el chico se la recolocó. Luego se enderezó.

Kenshin admiró brevemente su valentía. Y se arrepintió por un instante de lo que estaba a punto de hacer. Pero la imagen del rostro serio de su padre refulgió en su mente.

Y el arrepentimiento se desvaneció.

—¿Por qué cantas, soldado? —Su voz rasgó el silencio como una esquirla de hielo que se desprendiera de una montaña.

El muchacho hizo una reverencia.

—Lo siento, mi señor.

—Responde a mi pregunta.

—Yo... he cantado por error, mi señor.

—Una verdad rotunda, pero sigue sin ser una respuesta. —Kenshin acercó el corcel—. No me obligues a repetirte la pregunta.

El *hachimaki* estaba ahora empapado.

—Cantaba porque estaba contento.

Kenshin acercó aún más el caballo. Tanto que los ollares del animal se ensancharon con el olor del muchacho. Como si *Kane* hubiera olido su próxima comida.

El chico retrocedió ante el brillo malicioso de sus ojos.

—¿Contento? —Bajó la voz—. ¿Estabas contento por no haber cumplido tu misión?

—No, mi señor. —Una ínfima duda.

La frustración calentó la piel del samurái.

—¿Cuál es tu propósito en el mundo, soldado?

—Servir al honorable clan Hattori. —Lo dijo bien alto, como quien se sabe las palabras de memoria.

Kenshin se echó hacia delante en su silla con una punzada en el estómago.

—Y así lo servirás.

Y, sin avisar, le dio una patada en la cara. El muchacho, sobresaltado, se puso a gritar en el mismo momento en que se oía un crujido de huesos rotos y a continuación se desplomó en el barro con un sonoro plof junto a los cascos de *Kane*. Sangraba por la nariz y por la boca.

Mientras Kenshin contemplaba cómo el joven se tragaba su dolor —aceptaba su castigo—, otro susurro de arrepentimiento le subió a la garganta.

Una duda insólita.

Se apresuró a tragársela y elevó la mirada al resto del convoy.

—No hay ningún motivo para estar contentos. —Dejó que su voz reverberara entre las filas de los *ashigaru* y de los samuráis a caballo—. No hay nada que celebrar. Nuestra misión ha fracasado. Pero sabed una cosa: el fracaso no perdurará. Todos dispondréis de una noche de descanso. Por la mañana nos pondremos en marcha. —*Kane* estampó los cascos en el sitio y el chico maltrecho se fue enroscando más con cada golpetazo—. Y no habrá más canciones, ni risas ni celebraciones hasta que hayamos cumplido con nuestro propósito.

Espoleó al caballo de vuelta hacia la cabecera del convoy, pero no se detuvieron allí, sino que echaron a correr a galope tendido por un camino distinto.



Uno que les proporcionara una pequeña ventaja.

Hattori Kenshin no quería que lo recibieran en la puerta principal como si regresara victorioso de la guerra.

No se lo merecía.

El camino que había escogido conducía a la entrada trasera del complejo familiar. Una entrada que no frecuentaban los miembros de la nobleza.

Ante él se alzaba un portillo cuyos listones de madera, muy juntos, formaban un arco. Unas piedras apiladas cercaban el perímetro, colocadas con precisión para hacer que la argamasa fuera totalmente innecesaria.

El patio trasero albergaba a muchos de los sirvientes y vasallos más importantes del clan Hattori y también servía de residencia a unos cuantos eruditos y artesanos a los que el padre de Kenshin hospedaba, a algunos desde hacía años. Todo ello con el deseo de granjearse una reputación como un daimio loable cada vez más influyente.

En realidad, Kenshin prefería entrar en casa por esa puerta; le ofrecía la oportunidad de estar presente sin ser visto. Si lo hiciera por la principal, su madre lo estaría esperando acompañada por un séquito de criados. Y su padre la seguiría a sólo unos pasos.

El portillo se abrió y dirigió a *Kane* hacia los establos de la parte de atrás. En cuanto desmontó, un mozo de cuadra acudió corriendo en su ayuda.

—Yo mismo almohazaré a mi caballo —le dijo al sirviente—. Y, por favor, no informes a mi madre de mi llegada hasta que haya terminado.

El joven criado retrocedió e hizo una profunda reverencia.

Kenshin llevó al alazán al primer puesto vacío y se tomó su tiempo en retirar la armadura de cuero endurecido del lomo sudoroso del animal. El caballo, al verse libre de aquel impedimento, resopló y pateó el suelo. Siempre había sido muy inquieto. Kenshin sonrió, cogió una almohaza y empezó a cepillarla.

Adoraba esa tarea. Una que rara vez tenía la oportunidad de acometer cuando estaba en casa.

A su espalda, unos pasos livianos cruzaron susurrando las esterillas que recubrían el suelo del establo.

No se giró.

—Madre, yo...

—Sois el último animal que esperaba encontrar en el establo.

Una sonrisa se asomó en sus labios.

—El último animal que esperaba encontrar en el establo, *mi señor*. —Kenshin se volvió conforme hablaba, sin molestarse en disimular el placer que le causaba la llegada de aquella visita inesperada.

Una muchachita vestida con un sencillo kimono de seda azul marino estaba apoyada en la puerta. Arrugó su bonita nariz simulando un gesto de disgusto ante sus palabras.

Siempre se habían reído de las fórmulas de tratamiento.

Pues aquella joven no era en realidad ninguna de las sirvientas de Kenshin.

A pesar de lo que su padre dijera en privado.

—Como de costumbre, no me sorprendes, Hattori Kenshin. —A medida que hablaba, su tono se fue volviendo más monocorde, casi lúgubre.

La diversión había empezado a desvanecerse. Muy rápido.

Demasiado rápido.

Kenshin carraspeó y borró la sonrisa de su cara, aunque le hubiera gustado seguir bromeando. La chica tenía unas manchas en la nariz y en la mejilla. Habría apostado diez *ryō* de oro a que eran del polvo de lija, como cuando eran pequeños. Como cuando ella ayudaba a su padre, el célebre artesano Muramasa Sengo, a pulir las armas en la forja cercana.

Los recuerdos, cálidos y agradables, lo removieron por dentro. No debía volver a sonreír a esa joven con tanta familiaridad. Estaba decidido. Por mucho que lo deseara.

Aquel gesto no los beneficiaba.

Una duda se alojó en su garganta. Una sensación horrible que sólo experimentaba en presencia de la chica.

—¿Quieres que me marche?

—Bueno, no tengo intención de almohazar a tu caballo, por mucho que seas el temible Dragón de Kai. —Aunque sus palabras eran tajantes, gotas de agua en la arcilla, su voz era serena.

Apropiada para ella. Amaya.

Una lluvia nocturna.

Tajante pero serena.

Kenshin apretó los dientes.

—No deberías...

—Hace tiempo que no llevas a pulir tu espada. —A maya dio un paso hacia él—. Mi padre lo mencionó ayer. —Alzó la mano izquierda—. Dámela. —Lo dijo como si no hubiera nada entre los dos.

Como si Kenshin no significara nada para ella.

La duda le agarrotó más la garganta. Se la sacudió de encima relajando los hombros, como una carga no deseada.

Mejor que Amaya pensara que no significaba nada para ella. Mejor para ambos.

Cuanto antes se convenciera él también, antes sería verdad.

Sin mediar palabra, se desató la *katana* y se la tendió.

Amaya desenvainó la hoja de su *saya* ornamentada. Sus ojos recorrieron el intrincado *tsuba*: el guardamano con la filigrana de oro y cobre del blasón de los Hattori; las fauces abiertas del dragón con incrustaciones de esmalte turquesa. La joven chasqueó la lengua al contemplar la espada en sí.

—¿Todavía no lo sabes? —le regañó levemente—. Una obra de arte como esta merece que la cuiden.

Kenshin vio cómo examinaba las muescas en el acero joya meticulosamente forjado. Las marcas de uso y descuido. Los ojos de Amaya eran dos mansos charcos grises separados por un surco de preocupación. A Kenshin le entraron ganas de alisárselo con una rápida pasada del pulgar.

Era aquella marca —aquella preocupación por algo por lo que la joven ya no debería seguir preocupándose— lo que le hacía bullir la sangre.

A pesar de sus esfuerzos por ocultarlo, Muramasa Amaya siempre se preocupaba por las cosas más de lo debido.

—Tienes razón —repuso—. Cualquiera cosa que haya hecho Muramasa-*sama* merece que la cuiden. —Sus palabras estaban cargadas de ternura.

Esos ojos mansos se alzaron hacia él. Sin vacilar.

—Padre estaría de acuerdo. —Se interrumpió y desvió la mirada—. Me ocuparé de que la afilen y te la devuelvan esta noche.

—No tienes por qué.

—Sí. —Amaya enfundó la *katana* en su *saya* con un suave golpe de muñeca—. Padre no querrá que una espada forjada por él presente este estado tan lamentable. —Lo dijo como si su padre, quizás el herrero más célebre de todo el imperio, fuera a pulir y afilar la espada personalmente, aunque Kenshin sabía que sería ella misma quien lo hiciera.

Lo sabía con la certeza de que el sol salía cada amanecer.

Una aguda punzada le atravesó el corazón.

Pero no respondió. No hizo nada.

Era mejor así.

Cuando Amaya se giró para marcharse, le lanzó una mirada por encima del hombro. Si no la conociera bien, habría pensado que vacilaba.

—Mariko... no está muerta, Kenshin. No puede estarlo.

—Lo sé.

—Bien. —Asintió una vez—. No cejes en tu empeño de buscarla.

—No lo haré.

Una pequeña sonrisa se dibujó en su cara.

La determinación de Kenshin flaqueó.

—Amaya...

Acortó distancias. Deseaba con desesperación quitarle las manchas de la cara y borrarle con una caricia aquel surco de preocupación entre los ojos. Levantó la mano hacia su rostro.

Pero ella retrocedió.

—Buenas noches, *mi señor*.

E hizo una profunda reverencia.

Kenshin no percibió en ella ni una pizca de su burla habitual. De su humor característico.

Lo echó de menos hasta lo indecible.

Pero era un joven sensato. Se hizo a un lado y agachó la cabeza a modo de despedida.

Aun así, cuando Amaya se giró para marcharse, no pudo evitar dar un paso al frente, como si sus pies obedecieran las órdenes tácitas de su corazón.

No podía verla marchar.

Otra vez no.

Lo que hizo fue pasar por su lado con frialdad y salir al sol de la tarde. Casi se detuvo en seco cuando vio a su madre en el patio. Esperando. No lo miraba a él. Sus ojos cómplices estaban fijos en Amaya. Sus pupilas penetrantes siguieron a la hija de Muramasa Sengo hasta que la delgada sombra de la chica se perdió al doblar la esquina más cercana.

Kenshin no titubeó al aproximarse a su madre. Se inclinó ante ella.

—Madre.

—Hijo. —Escruñí su rostro, aunque Kenshin no supo muy bien por qué—. ¿Tu hermana?

Él negó con la cabeza.

Los hombros regios de su madre se hundieron mínimamente. Sólo alguien que se hallara a muy corta distancia habría reparado en ello.

En eso al menos podía consolarla. Le puso una mano en la mejilla.

—Está viva, madre —afirmó—. Te lo prometo. Mariko está viva.

El fuego de la verdad llameó en los ojos de la dama.

—Tráenosla sana y salva, Kenshin.

—Descuida.

—¿Tienes un plan?

El joven asintió.

—Mañana parto a la ciudad imperial.

—¿Esperas encontrar a tu hermana en Inako?

—No. —Sus labios dibujaron una línea recta—. Espero encontrar respuestas.

## MUCHOS TIPOS DE FUERZA



Mariko nunca había creído que pudiera odiar a alguien con semejante ferocidad. Siempre había considerado ese sentimiento un ejercicio fútil; el odio no servía para nada, salvo para fastidiar a su portador.

Sin embargo, aquellas últimas horas le habían demostrado que estaba equivocada.

Odiaba a todos aquellos hombres. A cada uno de ellos. Con más fervor del que habría imaginado que fuera posible. Ni los recientes decretos de sus padres habían suscitado ese tipo de furor. Por supuesto, su matrimonio concertado había provocado una reacción. Amargura, desde luego. Incluso rabia. Una serie de emociones con las que había lidiado durante varias semanas. Pero ¿odio?

Nunca.

Ese día, en cambio, la venganza asesina consumía sus pensamientos. Había soñado que le prendía fuego al campamento del Clan Negro al menos diez veces durante la última hora.

Había trazado un plan y había dejado que se entretajara en su mente como un tapiz en un telar. Había fantaseado con colocar yesca entre los arbustos con sumo cuidado al amparo de la noche. Había imaginado cómo preparar sus propias trampas. Unas que fueran mucho más ingeniosas que las que pudiera urdir cualquiera del Clan Negro, por supuesto. En su mente, había seguido sigilosamente un fino cordel empapado en alquitrán hasta un refugio ideado con antelación y luego le había prendido fuego con total serenidad. Sólo había hecho una pausa para ver arder a los miembros del clan como los demonios del infierno que eran.

La visión se materializó, un respiro de su realidad que agradecía.

Justo cuando una piedrecita caía del cielo y le daba en toda la cabeza.

El dolor se le extendió por el cráneo como un chorrito de agua humeante. Su sueño de venganza cobró forma de nuevo, volviéndose incluso más vívido por la multitud de detalles. Ahora los mismísimos demonios del bosque se levantaban a su orden, listos para sembrar su caos fantasmal.

Otra piedra pasó casi rozándole el hombro.

Una más grande esta vez.

Se negó a gritar. A caer al suelo hundida en la vil miseria.

—Aligera el paso, muchacho —entonó una severa voz cercana.

Mariko tenía los labios resecos y le temblaban las rodillas. No obstante, recogió cuatro troncos más y los acarreó pegados al pecho. Trataba de canalizar el valor como

una fuente de fuerza, pero no obtenía respuesta. Por extraño que pareciera, era el miedo lo que la empujaba a seguir adelante. Miedo a fracasar en su tarea de averiguar la verdad.

Miedo a que el Clan Negro descubriera que no era un chico.

No había comido desde la tarde anterior y, a menos que contara el agua embarrada que había escupido aquella mañana, lo último que había bebido era el sake de la noche anterior. La misma noche horrible en que la habían capturado.

Su torturador se paseaba por su lado, echando tierra oscura a patadas en su camino con evidente placer.

—¿Sólo cuatro? —se burló—. A este paso vamos a echar todo el día —dijo el chico en tono desdeñoso con los ojos amarillentos entrecerrados—. No había visto a semejante debilucho en toda mi vida.

A Mariko se le abrió un vacío en el pecho al oír sus palabras y el corazón le dio un vuelco. El chico le sostuvo la mirada en todo momento, incluso cuando lanzó otra piedrecilla al aire. Para atraparla y lanzarla otra vez.

Jugando con ella.

Mariko se preparó para el inevitable impacto del guijarro. Por supuesto —aunque aligeró el paso—, la piedra le dio en la parte trasera de la pierna y se le clavó en la pantorrilla con la ferocidad de una diminuta criatura del bosque.

La indignación le burbujeó en la garganta. La misma garganta que necesitaba beber agua desesperadamente.

Su torturador dio un paso y se le plantó delante, saboreando su obvia aflicción.

Ren. El chico de los ojos asesinos y el moño tieso.

Resultó que sus primeras sospechas eran fundadas. La mirada embrujada de Ren enmascaraba algo más oscuro: a un muchacho que sonreía ante el sufrimiento, como si extrajera una gran dicha de él. Lo habían designado como su guardián y él se había entregado a la tarea como sólo una persona así podía hacerlo.

Como un zorro en un nido de golondrinas.

—¿Me has oído, señorito Enclenque?

El chico se inclinó para acercarse con expresión más siniestra. Un pequeño tronco de leña pendía de la punta de sus dedos.

Mariko cerró los ojos y se puso rígida.

Hasta el momento había conseguido mantener la compostura. No había llorado ni una sola vez. No había pedido ni una gota de agua. Cuando la Muerte viniera inevitablemente a buscarla, no se encontraría con una llorica desgraciada. Controlaría sus emociones costase lo que costase.

Ren le atizó el lateral de la cabeza con los nudillos de la mano libre. Mariko abrió los ojos al instante. La había tocado. Le había golpeado. Una oleada de rabia le enrojeció la vista. Parpadeó para desecharla.

Ahora Hattori Mariko era una guerrera.

«Y un guerrero nunca muestra debilidad».

El muchacho le sonrió, como si pudiera traspasarla con la mirada y viera la horrible verdad de su alma. Aunque era poco más alto que ella, se regodeaba de ello. Mariko sospechaba que no siempre se topaba con hombres de menor estatura.

Por desgracia, el hecho de que ambos tuvieran prácticamente la misma altura no le otorgaba ninguna ventaja. Ren era más fuerte, tenía una gran musculatura. Podía ver las cicatrices y los callos de sus manos y antebrazos. Aquel chico estaba acostumbrado al trabajo duro.

Cuando la pilló observándolo, resopló con sorna.

—He dicho que si me has oído, so debilu...

—Te he oído.

Su sonrisa desapareció y, con total despreocupación, dejó caer el tronco que tenía en la mano en lo alto de los que Mariko llevaba apretados contra el pecho.

Ella flaqueó por primera vez y a punto estuvo de tirar la carga.

—¡Muévete! —Desenvainó una de las espadas curvas que llevaba a la espalda. Un par de armas mortales, modeladas en forma de hoz—. El jefe ha dicho que, si no me gusta tu trabajo, puedo cortarte en trocitos y echarte de comer a Akuma.

Se presionó el cuello con el extremo plano de la hoz, burlándose aún más de ella.

Mariko inspiró hondo y continuó su camino, ignorando el dolor creciente de sus brazos. Ignorando la quemazón seca de la garganta y la repentina amenaza de las lágrimas. El sudor le nublabla la vista. Le volvía las manos resbaladizas.

Cómo deseaba poder salir corriendo. Desvanecerse en el bosque como un fantasma sin mirar atrás. Aquella idea le resultó cautivadora. Se aferró a ella por un instante.

«Chiyo. Nobutada.

La oportunidad de demostrar mi valía».

Cuatro pasos.

Esos fueron los que pudo dar antes de derrumbarse en el suelo y de que los troncos salieran rodando.

Su torturador soltó una risa siniestra.

—Este va a ser un día largo para ti. Qué pena que también vaya a ser el último.

Ella apretó la cara contra la tierra; el pulso repiqueteaba en sus oídos. El suelo tenía un olor fragante y vivo. Quería adentrarse en él. Desaparecer. Cavar para llegar al otro lado.

—Levántate.

Un nuevo torturador. Uno cuya voz ya reconocía.

Y odiaba. Sin la menor duda.

—Levántate.

Ahora estaba más cerca. Su voz era aún más bronca.

Mariko apoyó las manos en la tierra y se arrodilló.

Ōkami se la quedó mirando con los brazos cruzados y una expresión extraña. Una mezcla de aburrimiento y diversión predatoria.

—Arriba.

Pasó un breve instante de rebelión silenciosa. Mariko lo miró a los ojos y se sorprendió al sentir que un repentino destello de coraje prendía en su interior. El mismo coraje que llevaba todo el día tratando de canalizar. Ōkami no apartó la vista, aunque enarcó una de sus cejas en actitud interrogativa.

—Inútil. —Inspiró por la nariz—. Completamente inútil.

Acto seguido, el Lobo se giró y descartó a Mariko casi en la misma inspiración.

La rabia que había permanecido latente durante tanto tiempo entró en erupción en su pecho. Se puso en pie como pudo, agarrando un tronco con una mano. Lo empuñó como un garrote y apuntó a la arrogante cabeza del chico.

Ōkami esquivó el golpe sin perder pie. Su expresión ni siquiera registró aquella intentona. Seguía siendo la viva imagen del aburrimiento.

Pero tal vez un poco menos divertida.

«Cree que soy patética.

Inútil».

Con las puntas de los dedos ardiendo de furia, Mariko asestó otro garrotazo. La fuerza que hizo estuvo a punto de elevarla en el aire.

Ōkami rodó por el suelo del bosque, más rápido que un relámpago sobre un lago. Cuando se levantó, blandía una larga rama en la mano izquierda, con la que le golpeó una vez en el codo. Una mezcla de punzada y hormigueo le recorrió el brazo. El tronco cayó al suelo.

Cuando cerró el puño —dispuesta a embestirlo—, él la golpeó en el hombro con la misma rama; la mano se le abrió por voluntad propia. Se opuso a su intento de volver a cerrarla. Por primera vez desde que le habían asignado la tarea de mover troncos de un rincón abandonado del bosque a otro, gritó en gutural protesta.

No por dolor, sino por odio.

Puntos de presión. El muy malnacido estaba atacando sus puntos de presión.

—¿Has tenido ya bastante? —le preguntó Ōkami mientras se sacudía con absoluta calma unas pequeñas hojas del *kosode* negro.

Mariko soltó un resoplido penoso.

—Estás haciendo trampa.

—Eres un inútil.

—Yo no soy ningún inútil.

Empezó a restregarse la cara con la manga para quitarse la tierra, como había visto hacer a menudo a los soldados.

Ōkami alzó la rama ante él a la altura de sus hombros.

—Demuéstrame.

—¿Qué?

Mariko pestañeó. A su lado, Ren soltó una risotada ominosa y se apartó para ir a apoyarse en un tronco nudoso.

—Quítame la rama —la instó.



Ella lo miró con los ojos como platos. Su mente se abrió a una infinidad de posibilidades, cada una de las cuales desechaba en rápida sucesión. Lo miró de arriba abajo. Su impresionante altura. Un cuerpo entrenado para la guerra envuelto en músculo sinuoso. El largo brazo extendido hacia ella y unos dedos expertos que aferraban la rama.

Completamente preparado para darle una lección magistral.

En un esfuerzo supremo por transmitir desprecio, Mariko escupió el resto de tierra que le quedaba en la boca.

—¿Qué me darás si te la quito?

—No estás en condiciones de negociar.

Ladeó la cabeza y la cicatriz que le atravesaba los labios pareció plateada con un rayo de sol.

—Al menos dime por qué me habéis traído aquí. Qué pretendéis hacer conmigo.

—Yo no tengo ninguna intención de hacer nada con nadie. —Sus ojos negros destellaron—. Aparte de pasar mis días durmiendo, comiendo y bebiendo.

Mariko se contuvo para no poner cara de estar juzgándolo. Los motivos por los que semejante vago había elegido trabajar al servicio del Clan Negro escapaban a su comprensión.

—Si no vas a contestar a ninguna de mis preguntas, me das pocos incentivos para enfrentarme a ti. —Dejó que las palabras cayeran de sus labios como rocas por una ladera: dando batacazos—. Sobre todo cuando sé que voy a perder.

—Vas a perder porque eres lento y no estás entrenado.

—Supongo que eso es lo que me convierte en un inútil a tus ojos —replicó ella—. Eso y mi obvia falta de fuerza.

Otra carcajada siniestra emanó de Ren. Una carcajada que sólo sirvió para irritarla más.

—Hay muchos tipos de fuerza, señorito Lampiño. —La rama cayó al lado del Lobo; su tono era reflexivo—. Fuerza del corazón. Fuerza de la mente.

Aunque le sorprendió oírle expresar aquellos sentimientos, tuvo la precaución de disimularlo.

—Muéstrame a un guerrero que crea que eso es verdad y trataré de arrebatarle la rama.

Una sonrisa burlona empezó a formarse en los labios del chico.

—Sé ligero como el viento. Silencioso como el bosque. Fiero como el fuego. Firme como la montaña. Y podrás hacerlo todo..., incluso quitarme esta rama.

Mariko no pudo evitar resoplar antes de cruzar los brazos como habría hecho su madre.

—Innecesariamente críptico, sobre todo cuando las palabras hacen posibles todas las cosas.

—Me alegro de que estemos de acuerdo. —Volvió a levantar la rama—. Quítamela, señorito Lampiño.

La joven entrecerró los ojos hasta convertirlos en dos ranuras.

—Las palabras *no* hacen posibles todas las cosas. Las ideas son las semillas de la posibilidad.

—Sin palabras, las ideas no son más que pensamientos sin voz. —Ōkami sujetó la rama con firmeza. Impávido.

—Sin ideas, las palabras nunca habrían llegado a existir.

—Muy bien. Transmíteme una idea sin palabras. —Otra sonrisa lenta y burlona—. Ahora quítame la rama.

Mariko, cuya ira iba en aumento, le devolvió su inquebrantable mirada. Aunque la expresión del chico seguía siendo de diversión indiferente, una llama prendió detrás de sus ojos como un sol a medianoche. Aquella visión la empujó a tomar una decisión final. Una de deshonor. Una que estaba segura de que lamentaría.

—Prefiero librar batallas que sé que puedo ganar.

Dicho esto, se inclinó para recoger el tronco más cercano a su contrincante. Justo cuando él bajaba la rama por segunda vez, ella se enderezó como una flecha y lo embistió con todo su peso en el hombro derecho, el que tenía herido. El que sabía que todavía tenía la herida fresca por el golpe que el gigante le había propinado con su *kanabō* la noche anterior.

El Lobo lanzó un fuerte gruñido cuando ambos cayeron al suelo hechos un ovillo. Mariko aterrizó encima de él —mientras se abalanzaba a por la rama—, pero Ōkami la puso bocabajo contra el suelo y le exprimió hasta la última pizca de aire del cuerpo al apoyarse en ella con innecesaria intensidad. Le entró un poco de tierra mojada en la boca, lo que le hizo escupir, sacudirse y sufrir arcadas.

Intentó darle un codazo en la cara, pero se encontró con otra risa irónica.

—Te debo una herida, Sanada Takeo —le susurró al oído—. Y yo siempre pago mis deudas. —La puso en pie de un tirón como si no fuera más que un saco de aire—. Ahora regresa al trabajo.

La humillación arraigó en su pecho y tiró de su mismísimo centro como un anzuelo. Se pasó la mano por la boca para limpiarse la tierra y se estiró el sucio *kosode* con la esperanza de minar su determinación como él había hecho con la suya.

—Esto es una pérdida de tiempo. Si tu glorioso líder me hubiera garantizado el uso de una carretilla, hace horas que habría acabado de acarrear estos troncos.

Era un argumento sensato. Uno con el que él —más que nadie— debería estar de acuerdo, pues no disfrutaba precisamente haciendo esfuerzos innecesarios.

El Lobo hizo una pausa para restregarse el hombro. Durante un segundo, creyó que iba a darle la razón. Sobre todo cuando detectó un indicio de entusiasmo en su cara. Luego se retiró el pelo negro de la frente, como si estuviera desterrando la idea.

—Si esta es la última tarea de tu vida, desempeñarla concienzudamente nunca será una pérdida de tiempo.

Una fría corriente de miedo ensombreció la rabia de Mariko.

—Tú... en realidad no quieres decir eso. Si pretendierais matarme, ya lo habrías

hecho. ¿Por qué me habéis traído aquí? ¿Con qué objetivo? —Concentró lo que le quedaba de miedo en añadir algo incisivo, ingenioso—: Y si esta es realmente la última tarea de mi vida, preferiría estar haciendo otra cosa..., pensando en otra cosa...

—¿Malgastarías tu último día pensando? —le preguntó, mirándola de arriba abajo sin pestañear.

—Lo pasaría pensando en algo importante. Haciendo algo honorable.

«Como revelar la ubicación de vuestro campamento.

O poner punto final a vuestra banda de ladrones sanguinarios».

—¿Pensando? —interrumpió Ren mientras escupía en la tierra junto a ella—. El conocimiento no da de comer a nadie. Ni gana ninguna guerra.

—Tu postura no me sorprende lo más mínimo.

No se molestó siquiera en desviar la mirada hacia el chico del moño tieso.

—¿Honorable? —Ōkami se acercó todavía más mientras seguía apretándose el hombro con la mano. El olor a cobre de la sangre fresca colmaba el aire—. ¿Consideras un acto de honor atacar a un hombre herido sin previo aviso?

A Mariko se le subieron los colores. Supo que lamentaría aquella decisión en cuanto la tomó. El honor era un principio fundamental del *bushidō*, y su elección de engañarlo y aprovecharse de su debilidad era, sin lugar a dudas, de lo más deshonrosa.

—Yo... —Tragó saliva—. Me he visto obligado a pasar a la acción.

—Como suele ocurrirles a muchos hombres.

—Yo...

—No te molestes en explicarlo. El honor no tiene peso para mí. —Continuó escudriñándola—. Y creo que el conocimiento es un veneno para una mente débil.

Una letanía de réplicas se acumularon en la garganta de Mariko, pero ninguna de ellas parecía suficientemente buena. Suficientemente sabia. Así que decidió vencer a las palabras con el silencio.

Con una idea.

—Nunca dudes. Nunca temas. Nunca pienses demasiado. —Ōkami la observaba mientras hablaba. Como si buscara algo que se le escapaba—. Esa es la única manera de conservar la vida.

Sus palabras emitieron un destello de razón que la perturbó aún más. Apretó los labios. La piel del centro se resquebrajó cuando la sal de la sangre le llegó a la lengua.

La ira le recorría la piel como una especie de hormigueo. Ira hacia él. Ira hacia ella misma.

Cómo le habría gustado tener una respuesta perfecta preparada. Una que pudiera disparar a modo de piedra pulida.

Sin mediar palabra, se inclinó para recoger los troncos caídos.

Cuando volvió a erguirse, creyó ver que el Lobo se estremecía como si le

hubieran encendido un farol delante de los ojos.

El joven se estiró y bostezó.

—Pensándolo mejor, lleva al señorito Lampiño ante Yoshi —le indicó a Ren—. Asegúrate de que come algo. Un árbol bien regado da fruta más dulce.

Cuando se giró para marcharse, el valor empujó a Mariko a cruzarse en su camino por última vez.

—Contesta al menos a una pregunta. Después de drogarme y de arrastrarme hasta aquí en contra de mi voluntad, me lo debes.

Él esperó con unos rasgos marcados por la más fría indiferencia.

Mariko respiró hondo.

—¿Qué soy: un prisionero o un sirviente?

Ōkami hizo una pausa antes de responder:

—Elegimos lo que somos en cualquier situación, ya sea una palabra o una idea.

Y, esbozando una media sonrisa, se marchó.

«Cómo detesto a este chico».

Antes de que tuviera la oportunidad de organizar sus pensamientos, Ren la atrajo a su lado de un tirón. Miró por el rabillo del ojo mientras Ōkami se amarraba el bō del través en la espalda, se montaba en un caballo gris y salía al galope del campamento, tras saludar con un gesto de la cabeza a los guardias que patrullaban el perímetro.

Cómo deseaba vencerlo en algo.

Ojalá pudiera derrotarlo en todo.

No era tan listo como se creía. Empezó a rumiar maneras de destruirlo. De hacérselo pasar mal.

Y suplicar clemencia.

Sin embargo, no podía malgastar sus energías en semejantes emociones menores. No cuando la apremiaban tantas otras preocupaciones. Necesitaba enterarse de por qué el Clan Negro la había llevado a su campamento. ¿Cabía la posibilidad de que hubieran descubierto quién era? ¿La habrían tomado como rehén?

Un escalofrío le recorrió la espalda sólo de pensarlo.

En cuanto el miedo la arrolló, se disolvió. Si hubieran sabido quién era en realidad, ya la habrían matado. Y no le habrían permitido siquiera la libertad limitada que le habían ofrecido hasta entonces.

Suspiró. A cada paso que daba se topaba con otra pregunta. Necesitaba saber por qué el Clan Negro la había llevado allí. Quiénes eran exactamente. Pero, sobre todo, necesitaba descubrir por qué los habían enviado a asesinarla.

Y quién lo había hecho.

Miró a Ren de reojo de camino al centro del campamento. A través de la neblina del sol vespertino, sus ojos amarillentos le recordaron a los de una serpiente que yace acechante en la hierba veraniega. Que reptaba por las sombras mientras persigue a su presa, apaciguando todo cuanto hay a su alrededor hasta crear una falsa sensación de

seguridad.

Quizá la mejor manera de que obtuviera respuestas fuese que ella hiciera lo mismo. Que dejase de ser difícil. Que empezase a prestar atención.

Que siguiera las órdenes. Que generase confianza.

Primero necesitaba descubrir un modo de resultar útil al clan. Luego, cuando los hombres estuvieran sumidos en una falsa sensación de seguridad, asestaría el golpe. El desasosiego le retorcía las entrañas mientras sopesaba aquella línea de acción, pues no era una de honor, sino una de engaño. Era más perturbadora que su elección de vestir ropas de chico y salir en busca del Clan Negro.

Un verdadero guerrero se enfrentaría a sus enemigos sin achantarse y no iría escondiéndose entre las sombras.

Pero le quedaba mucho por saber. Mucho por averiguar.

Y empezaba a darse cuenta de que el honor no le era de ninguna utilidad en una guarida de ladrones.

Acarició brevemente la idea de preguntarle a Ren cómo funcionaban los poderes de Ōkami. ¿Que el muy necio creía que el conocimiento no ganaba guerras? El conocimiento lo era todo en una guerra, especialmente en una de ingenios. Podía engañar al muy imbécil para que le revelara información clave. Descubrir cómo lograba moverse así. Por qué el uso de sus poderes parecía pasarle tanta factura.

Cuando miró por última vez por encima del hombro, descubrió que también quería saber adonde iba.

Y hacia quién.

Aunque de momento permanecería en las sombras y esperaría.

# FLAQUEZA DE ESPÍRITU



**E**l hombre de la pata de palo se cernió sobre un caldero de hierro humeante y se asomó para vigilar su contenido con la dedicación de una gallina clueca. Hizo una pausa para atizar el fuego. El fuelle de cajón tiznado de hollín chirrió cuando avivó las llamas con una racha de aire.

Como Mariko había sospechado al principio, aquel tal Yoshi era el cocinero.

Cuando otra vaharada de vapor se elevó del caldero, el hombre retrocedió y una especie de sonrisa se desplegó en su cara. Era ligeramente corpulento por el centro. La frente enrojecida le brillaba de sudor y una de sus orejas parecía mayor que la otra.

Se inclinó hacia delante cuando Mariko y Ren se aproximaron. Sus ojos seguían fijos en el contenido del caldero.

—Yoshi-san.

Ren empujó a Mariko clavándole el hombro en la espalda para que se acercara y ella evitó fruncir el ceño al dar un trompicon.

—¿Todavía sigues aquí? —murmuró Yoshi sin girarse siquiera.

El tono desdeñoso le recordó al de su padre, aunque Yoshi parecía varios años más joven que Hattori Kano. Mariko apretó los labios.

—Me parece que no tengo elección. —Bajó la voz y le dio un matiz áspero, como si se hubiera tragado un puñado de arena.

Era cierto que había accedido a colaborar, pero sabía que sólo un estúpido estaría encantado de ser el prisionero del Clan Negro. Sobre todo cuando hacía tan poco que la habían capturado.

—Claro que tienes elección —le aseguró.

—No acierto a ver cuál.

El hombre se volvió para mirarla de lleno; una larga cuchara de madera le colgaba de un puño.

—Podrías echar a correr. —Lo dijo con tono circunspecto, y se le marcaron las arrugas alrededor de la boca.

Mariko se paró a pensar. Se preguntó qué habría animado a Yoshi a hacer semejante sugerencia.

—Me atraparían.

—Cierto. —Asintió con la cabeza y se tamborileó con la cuchara en el muslo casi siguiendo un patrón rítmico—. Es probable que te atraparan.

—Entonces, ¿por qué arriesgarse?

—Sin riesgo, la vida es demasiado predecible.

Lo miró fijamente y se obligó a adoptar una expresión neutra. No había esperado encontrarse con un filósofo escondido bajo la apariencia de cocinero.

—Nacemos, vivimos y morimos. Todo lo que importa en la vida es predecible. Una roca se asienta en el suelo. Una flor emana un aroma. Un...

—Una flor puede brotar abriéndose paso a través de una roca si se le da el tiempo necesario.

—Y la luz necesaria. El agua necesaria. El...

Yoshi se echó a reír y su risa la atravesó con una calidez que la aturdió. No quería que ningún miembro del Clan Negro le cayera bien y mucho menos aquel tipo corpulento que blandía una cuchara de madera. Él siguió riendo, y el timbre rudo de su risa hizo que el sonido se clavara en los haces de luz de arriba. Se volvió hacia su preciado caldero de líquido humeante y sumergió la cuchara en sus profundidades con el mismo esmero que había demostrado con anterioridad.

La curiosidad de Mariko crecía por momentos y dio un paso al frente para asomarse a la tina en ebullición, decidida a ver lo que se afanaba tanto en preparar.

Al remover el líquido burbujeante, un objeto familiar apareció en un remolino.

«¿Huevos?».

—Pareces decepcionado.

Yoshi la miró con recelo.

Ella arrugó el entrecejo.

—Sólo son huevos.

El hombre hizo una mueca adelantando los labios mientras extraía un huevo del caldero y lo soltaba con cuidado en otro recipiente de agua cercano.

—Estos huevos no son convencionales.

Yoshi empezó a removerlo con la punta de la cuchara.

Se hizo un silencio incómodo entre ellos, hasta que Mariko ya no pudo contenerse más:

—¿Por qué lo lavas después de hervirlo?

—Es agua fría —explicó Yoshi mientras sacaba el huevo de su baño helado y lo alzaba hacia la luz—. Dos extremos que hacen que esté perfectamente cocinado.

Golpeó el extremo redondeado contra el costado del caldero y luego hizo lo propio con el apuntado. A continuación se lo llevó a los labios y sopló con fuerza, como si quisiera enfriarlo por completo en un único intento.

El huevo se desprendió de su cáscara y cayó en la mano paciente del cocinero.

—Cómetelo —le ofreció.

La última vez que Mariko había probado algo que le había ofrecido un miembro del Clan Negro, se había despertado atravesada sobre la grupa de un caballo. Sin embargo, el hambre se apoderó de ella en cuanto cogió el huevo. Un guerrero más fuerte se habría negado a comer cualquier alimento que le ofreciera su enemigo, pero

no era el caso. No era más que un gorrioncillo famélico.

Dio un pequeño mordisco. La clara estaba fría y cremosa; era ligera como una pluma. La yema era del cálido amarillo de un diente de león. El vapor emanaba de ella en una espiral perfecta. En pocas palabras, probablemente fuera lo más delicioso que había probado en toda su vida. Abrió la boca para engullir el resto de un bocado.

—¡Espera! —la frenó Yoshi, sobresaltándola.

De un pequeño frasco de cerámica, extrajo un trocito de jengibre encurtido de la mitad del tamaño de su palma y, en apenas un instante, se sacó una daga ganchuda del cinto, lo cortó en dos finísimas rodajas que colocó en lo alto del huevo y la alentó a comérselo enarcando las cejas.

Mariko se equivocaba.

Aquello sí que era lo mejor que había probado en toda su vida.

Aunque tenía la boca llena, farfulló unas palabras de agradecimiento. Le molestó darle las gracias a un miembro del Clan Negro, pero ya había tomado una decisión: durante el tiempo que la retuvieran allí, seguiría sus órdenes. Se las ingeniaría para serles útil.

Y esperaría el momento perfecto para asestar el golpe.

Cuando empezó a hablar, una piedra impactó en el costado del caldero de hierro. Mariko dio un repullo y escupió sin querer el preciado huevo. Antes de que pudiera reaccionar, Yoshi se sacó otra daga del cinto y la lanzó a los arbustos que quedaban detrás de ella.

Ren soltó un grito cuando la daga se clavó en el tronco de un árbol a escasa distancia de su hombro. Las ramas que lo rodeaban se sacudieron por el impacto.

—La hora de comer es sagrada —le regañó el cocinero—. Y tú lo sabes mejor que nadie.

—El jefe ha dicho que podía hacer lo que quisiera con el nuevo —espetó Ren, furioso—. Hasta me ha dado permiso para matarlo si incumple alguna de nuestras reglas.

«¿El nuevo? ¿Reglas?».

Mariko hizo un esfuerzo por mantenerse impávida cuando una oleada de pensamientos se arremolinó en su mente. La cara de Yoshi, ya roja de por sí, se encendió aún más. En aquel momento, supo que había hecho bien en guardar silencio.

Ren acababa de revelar algo que, obviamente, no debía divulgar.

Yoshi dio un paso deliberado en su dirección. Un paso cargado de advertencia.

—Pero no ha dicho que puedas hacer lo que te plazca conmigo. Y mientras Sanada Takeo esté conmigo, insisto en que lo dejes en paz.

—Bien —aceptó Ren con sus ojos amarillos llameantes—. ¡Que disfrutes de tu comida, señorito Lampiño! ¡Puede que sea la última! —Mientras gritaba su amenaza, intentó desembarazarse de las ramas que tenía enganchadas en los pies. Cuando lo consiguió, dio media vuelta para marcharse con una cara que prometía crueles



represalias en el futuro cercano.

«¡Qué predecible!».

Mariko miró el huevo estrellado en el suelo y se planteó recogerlo y comérselo tal como estaba, con tierra y todo.

Le parecía una lástima desperdiciar algo tan delicioso.

—Si esta es mi última comida —murmuró—, ¿cómo es posible que se me haya caído de los labios antes de comérmela?

El timbre rudo de la risa de Yoshi se tornó ahora más suave.

—A pesar de mi primera impresión, tienes talento para el drama. Y que esta sea o no tu última comida dependerá de lo que Ranmaru decida. —Transfirió otro huevo del caldero humeante al cuenco de agua fría—. Aunque debo decir que, para ser alguien a las puertas de la muerte, se te ve muy tranquilo.

Mariko se mordió el labio inferior, de nuevo considerando qué tipo de información pretendía sonsacarle con esa hosca amabilidad.

Y qué tipo de información podía sonsacarle ella a cambio.

—No estoy tranquilo —optó por decir al final—. Hago un esfuerzo constante por reprimir mi miedo.

—¿Y por qué te molestas?

—Porque no quiero parecer débil.

Otra sonrisa se dibujó en los labios del cocinero cuando le descascaró otro huevo.

Su amabilidad podía ser una táctica. Un modo de conseguir que bajara la guardia. Una crueldad extrema atemperada por una extrema consideración. Como lo del huevo.

Tal vez todo fuera un truco.

Sin embargo, el huevo, aquel simple huevo, era demasiado maravilloso. Demasiado perfecto.

¿Cómo podía ser malo alguien que preparaba un huevo con tanto esmero?

Suspiró para sí.

Si la amabilidad de Yoshi era falsa o un truco, se dejaría embaucar. Un sacrificio en aras de un objetivo mayor.

«Sigue las órdenes. Genera confianza.

Golpea cuando menos se lo esperen».

Averiguaría quiénes eran aquellos hombres. A quién servían.

Y por qué habían intentado matarla.

Cuando los arbustos que quedaban a su espalda volvieron a agitarse, Yoshi se sacó otra pequeña daga del cinto y apuntó. Acto seguido, se oyó un grito y unos pasos que huían presurosos.

Mientras masticaba, Mariko se maravilló de la fluidez de sus movimientos. La pata de palo no lo ralentizaba, pero tampoco le concedía ninguna ventaja, como suele ocurrir en las historias. No era ni un don ni una bendición.

Estaba ahí, sin más. Igual que él.

Y era un experto lanzador de puñales; parecía que hubiera nacido para ello, como un águila que levanta el vuelo.

Aquel descubrimiento le hizo plantearse una nueva idea:

«Tal vez la verdadera flaqueza sea la flaqueza del espíritu».

—¿Cuánto tiempo te llevó aprender a lanzar un *kunai* así? —le preguntó con evidente admiración.

—Casi toda mi vida.

Sus ojos se posaron en el intrincado cinturón de cuero que llevaba en la cadera. En el despliegue de armas pulidas de variable forma y tamaño.

—¿Y de qué sirve tener tantos cuchillos distintos?

—Algunos *kunai* son mejores para las distancias cortas. Otros, para las largas. ¿Y el resto? Ese es uno más de los secretos que me guardo —bufó.

Mariko pensó en Ren y en sus guijarros.

—Ojalá yo tuviera esa habilidad. —Torció los labios—. Me habría sido de gran utilidad un día como hoy.

—Podrías aprender. Cualquiera puede hacerlo con el entrenamiento adecuado.

—Yo no estoy tan seguro. —Unas líneas de duda surcaron su frente—. ¿Tú también vas a decirme que he de ser tan ligero como el fuego para poder mover montañas en el viento?

Yoshi soltó una sonora carcajada.

Mariko tuvo que reprimir una sonrisa.

—Además, no deberías menospreciar tus habilidades. Así nos insultas a los dos al mismo tiempo: a mí y a ti mismo —añadió a continuación.

Él volvió a enarcar las cejas. Mariko sospechaba que la gente no solía hablar con él de manera tan directa.

—¿Ah, sí?

—Sí. Te insultas a ti mismo menospreciando unas habilidades que te ha llevado toda una vida adquirir. Y al mismo tiempo me insultas a mí al decirme que me basta con poner un poco de mi parte, como si el único impedimento fuera mi falta de esfuerzo. —El discurso de la joven fue ganando velocidad con cada palabra. Dio un hondo suspiro antes de continuar—: Para intentar siquiera algo, primero uno debe creer en sus posibilidades, y luego se le debe conceder una oportunidad —remató, y miró intencionadamente a su corpulento interlocutor.

La sonrisa de este se tornó astuta.

—Por desgracia, Sanada Takeo, aquí no se te concederá la oportunidad de lanzar un puñal. Aunque tomamos nota de tu voluntad de intentarlo. Y la apreciamos.

—No es que tenga voluntad de intentarlo, más bien es un continuo desafío vital —rumió—. Aprender, incluso cuando el propio conocimiento te falle.

—Más bien es un continuo desafío juvenil —replicó él con sequedad mientras echaba más huevos en el caldero bullente—. Pero no te preocupes; te prometo que todas las grandes oportunidades que se presentan en la vida son el resultado de algún

tipo de esfuerzo.

—¿Puedo preguntarte qué es lo que más esfuerzo te exige a ti? —lo pinchó Mariko.

El cocinero se pasó una manga por el sudor que se le acumulaba en la frente. Luego se dirigió a los arbustos para recoger la daga que le había lanzado a Ren y la sacó haciendo palanca del punto del tronco donde se había clavado. La alzó hacia la luz y volvió a colocársela con cuidado en la cadera.

—Aprender a manejar una nueva espada —respondió.

A Mariko se le formó una arruga en el puente de la nariz.

El hombre continuó:

—Cada espada tiene su propio camino. Cada empuñadura es diferente. Cada espiga es única. Cada daga tiene un equilibrio distinto.

De nuevo, Mariko se quedó pensando.

—¿La consistencia no facilita las cosas? La consistencia del forjado del acero. De la forma de la hoja.

—La consistencia no lo es todo. No cubre todas las opciones, y siempre existe la posibilidad de que sea la empuñadura la que dé en el objetivo en vez de la hoja. Por muy diestro que seas, nada te garantiza que puedas evitarlo siempre.

Mariko examinó la daga ganchuda que Yoshi había empleado para cortar las rodajas de jengibre encurtido.

—Dos espadas sujetas por el centro con forma de cruz podrían ser más certeras. —Siguió meditando—. O incluso tres. Como una estrella.

—¿Y por qué no cuatro? —se burló Yoshi—. Te aseguro que nunca me verás empuñando una cosa de esas. Para que un *kunai* sea efectivo, tiene que ser ligero. — Con un movimiento fluido, desenvainó uno de sus puñales y lo lanzó hacia la misma rama—. Rápido.

Mariko contempló la empuñadura oscilante. Yoshi había clavado la daga en el mismo punto que antes. La había encajado en el mismo agujero formando un ángulo casi idéntico. El modo en que oscilaba —temblaba con movimientos regulares— le recordó a Ōkami y sus misteriosas habilidades. Frunció el ceño.

No quería que le recordaran algo que aún no comprendía.

Sobre todo algo relativo al Lobo.

Se agachó. Cogió una ramita y empezó a dibujar.

«Pues sí».

¿Por qué no cuatro?

## EL JUBOKKO



quella noche, Mariko despertó de su duermevela al oír un grito.

La sobresaltó y la puso en alerta, como si le hubieran arrojado un cubo de agua helada. Se rasguñó la frente con la piedra que había utilizado como almohada. Hundió las uñas en el suelo empapado.

Los alaridos que resonaban en el bosque eran los de un animal torturado, no los de un hombre.

No podían ser los de un hombre.

Ningún humano podía emitir tales sonidos.

Puesto que los gritos continuaban, cada latido de su corazón la recorría por completo, como un tambor tenso bajo la piel. Abrió un ojo y trató de enfocar la vista en las sombras del bosque. De ahogar aquellos sonidos agónicos.

Unos hombres con antorchas se estaban reuniendo en la distancia. Entre los árboles se distinguían varios anillos de fuego.

Por un momento, pensó en salir corriendo. Los del Clan Negro estaban distraídos, tal vez no notarían que se había escabullido en mitad de la noche. Tal vez pudiera encontrar el camino para salir del bosque sin caer en ninguna de sus supuestas trampas.

Tal vez.

Alguien le dio un puntapié en las lumbares, asustándola todavía más.

—Levántate. —Era Ren—. Ya. —El tono de su voz era sorprendentemente triste.

Mariko se puso en pie como pudo, demasiado desconcertada por los gritos como para protestar. Siguió al muchacho, que sujetaba una antorcha en alto, entre los árboles.

De no ser por los gritos, el bosque habría estado sumido en un silencio sepulcral. El viento no agitaba las ramas y tampoco oía el sonido de ningún ser vivo en el aire que la rodeaba, sólo el crepitar de la antorcha de Ren. El crujido de las ramas bajo sus pies descalzos.

Y los gritos.

Ren caminaba en silencio y ella le iba a la zaga. A medida que se aproximaban al grupo de antorchas, los gritos aumentaban de volumen.

Tuvo que contenerse para no taparse los oídos.

Se aproximaron a varios miembros del Clan Negro que rodeaban la base de un árbol cuyas ramas se retorcían en la oscuridad como dedos esqueléticos que se

alzaran al cielo.

A primera vista, parecía completamente normal.

Pero lo que Mariko vio cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad a punto estuvo de arrancarle un grito de los labios. En la base del árbol había un joven. Sus miembros estaban enredados en las raíces. Raíces que habían surgido del suelo y que lo habían envuelto como una enredadera espinosa. Unos finos hilillos de sangre le caían por la cara. Por los brazos. Por el estómago.

Las espinas le habían perforado la piel. Se le clavaban cada vez más a medida que los zarcillos enredados alrededor de su cuerpo lo oprimían.

Pero el horror no terminaba ahí.

Cuando el golpeteo de su pulso se aplacó, oyó cómo estos emitían un sonido como de succión y a continuación vio que unas hojas oscuras y susurrantes cobraban vida en las ramas esqueléticas.

Los zarcillos —el propio árbol— se estaban alimentando del chico.

El árbol le estaba drenando la sangre.

El muchacho volvió a gritar y el sonido se vio amplificado por la angustia más descarnada.

Ranmaru y Ōkami estaban ante él, observándolo.

Mariko quería implorar clemencia. Estaba segura de que podían cortar las ramas para liberar al joven. Para salvarlo de una muerte tan lenta y horrible. Se estiró para alcanzar un tallo espinoso con intención de arrancarlo del mismísimo suelo.

El Lobo, rápido como un rayo, la agarró del codo.

—No lo toques.

Ella pestañeó y la calidez de su mano la abrasó a través del fino cáñamo de su *kosode* robado. Parecía extrañamente serio. Mucho más que de costumbre. Sus ojos negros le recorrieron la cara. Lo que fuera que viese en ella suavizó brevemente su expresión.

—Si tocas el *jubokko*, también te atrapará a ti —le advirtió.

Horrorizada por aquella revelación, dejó caer la mandíbula y abrió los ojos desorbitadamente ante el chico moribundo que tenía delante.

Ranmaru miró en su dirección.

—No lo mires con lástima. —El chico gritó de nuevo. Sus alaridos iban atenuándose por momentos—. Lo enviaron a encontrar nuestro campamento. A encontrarlo y asesinarlos mientras dormíamos, como una serpiente traicionera.

—Ni la más traicionera de las serpientes merece morir así —dijo Mariko con voz ronca.

Ren se la quedó mirando al oír esas palabras. Sus ojos vidriosos parpadearon en su dirección con una expresión perturbadora incluso en la oscuridad.

—Él no es una serpiente. Es algo mucho peor.

Ōkami cerró uno de los puños en torno a un trapo manchado. Mariko atisbo el borde de un blasón blanco entre sus pliegues, pero no pudo distinguir el clan al que

pertenecía. Ni nada relevante.

Los gritos del joven habían pasado a ser mudos. Su boca permaneció abierta unos instantes y luego se cerró entre temblores, y los dientes le castañetearon como insectos que se escabulleran por una piedra. Después, el árbol volvió a sorber y varias flores negras se abrieron.

El horror de Mariko aumentaba a cada segundo que pasaba. Quería apartar los ojos de aquella visión. Apartarlos de la verdad. Reflexionó un instante sobre si preguntarle a Ren por qué la había llevado hasta allí.

Por qué la habían obligado a presenciar ese horror.

—Podrías acabar con esto —soltó mirando a Ranmaru. Mientras hacía un esfuerzo por mantener la voz controlada, desvió la vista hasta la cara de Ōkami. Hasta la antorcha que titilaba alrededor de sus hondonadas esculpidas—. Podrías acabar con su sufrimiento —le dijo a este último, movida por una repentina necesidad de bondad en el espantoso panorama que la rodeaba—. No dejes que muera así. No es más que un crío. —Se mordió el labio inferior—. Un crío... como yo.

En cuanto pronunció aquellas palabras, lo comprendió todo.

Comprendió por qué la habían llevado a presenciar ese espectáculo dantesco.

La mirada de Ōkami era firme y clara. Sus ojos —tan centrados, incluso en medio de semejante dolor— se clavaron en los suyos. Negros y brillantes, como el ónice incrustado en la empuñadura de la espada de su padre.

—Somos lo que hacemos. —Aunque sus palabras sonaban feroces, estaban teñidas por el desencanto—. Este chico ha venido a nuestra casa con intención de matarnos. Él y los suyos deben pagar.

De nuevo su puño aferró con fuerza la tela manchada y su blasón oculto.

—¡Somos mucho más de lo que hacemos! —Mariko se le acercó, como si la cercanía pudiera invocar una sensación de verdad—. Somos... —rebuscó en su mente las palabras adecuadas— ¡nuestros pensamientos, nuestros recuerdos, nuestras creencias!

Su mirada recayó en el chico moribundo. En el árbol maligno que le estaba arrebatando la vida lentamente.

—Este árbol no es el bosque —dijo en voz baja—. No es más que una parte.

—No. Un asesino es un asesino. Un ladrón es un ladrón. —Ōkami ladeó la cabeza hacia la suya, igual de firme en su convicción—. En esta vida, cree en los actos y nada más que en los actos.

Mariko se clavó las uñas en las palmas de las manos. Reprimió la necesidad de agarrarlo por los hombros y sacudirlo para que entrase en razón.

El no lo impidió. Ni se movió para ayudar.

Fue Ranmaru el que al final se acuclilló ante el chico moribundo. Cuando el líder del Clan Negro habló, su voz sonó amable. Casi reconfortante.

—Hace muchos años, había tres jóvenes que se criaron juntos cerca de un bosque no muy distinto a este.

Limpió el sudor de la frente del muchacho con un trozo de muselina limpio.

El muchacho boqueó. A Mariko se le tensó el pecho.

—Cuando eran niños, jugaban juntos. Estudiaban juntos. Se retaban como sólo los amigos saben hacerlo. Cuando crecieron, uno viró hacia la justicia, otro hacia el honor. —Ranmaru bajó la voz—. Y el último hacia la ambición.

»Con el tiempo, los tres jóvenes se convirtieron en guerreros por derecho propio y cada uno de ellos tuvo hijos. Cuando ganaron en años e influencia, el ambicioso se dio cuenta de que el amigo que valoraba el honor por encima de todas las cosas nunca se comprometería por nada, ni por sus seres más queridos.

Con serena solemnidad, alcanzó el puño resplandeciente de la *katana* que llevaba a un lado.

—De modo que manipuló al amigo que le quedaba, el que valoraba la justicia por encima de todo. Con la destreza de un sastre, entretejió mentiras en la verdad. Plantó las semillas de la duda. Hizo que el hombre que valoraba la justicia creyese que su amigo honorable socavaría todo lo que trataban de conseguir.

El chico tenía la mirada clavada en el líder del Clan Negro. Cuando este desenvainó su *katana*, él inspiró por la nariz. La comprensión suavizó las arrugas de su cara. Asintió débilmente.

—Cuando su amigo honorable fue acusado de traición, el ambicioso se giró hacia el último del trío, atendiendo a aquel mismo sentido penetrante de la justicia.

Hizo un alto en su discurso, pidiendo permiso de manera tácita. El muchacho desvió la vista desde la espada hasta él. Asintió una vez más, agradecido.

Con un suave asentimiento por su parte, el líder del Clan Negro le presionó el pecho con la punta de la *katana*.

—Y así, el amigo que valoraba la justicia por encima de todo ejecutó a su amigo honorable... delante de su único hijo. Pero cuando se percató de lo que había hecho, del error que había cometido, intentó compensarlo. Intentó enmendar aquel terrible mal y generar una justicia renovada.

Desde donde estaba plantado ante ella, Mariko vio cómo Ōkami apretaba la mandíbula. El sonido de la hoja al penetrar en la piel se elevó en la noche cuando Ranmaru la empujó. Rauda y certera. El muchacho, con una sonrisa de agradecimiento en los labios, levantó los párpados con lentitud una última vez mientras la vida abandonaba su cuerpo.

—Por sus esfuerzos para enmendar el error, el hombre que valoraba la justicia fue colgado por los pies en la bahía de Edo, ahogado delante de su familia. —Ranmaru ladeó la cabeza. Como si deseara hablarle directamente a su amigo, pero no pudiera—. En el silencio de la noche, el hijo de ese ahogado, un lobo por derecho propio, prendió fuego a la tienda del delator de su padre y huyó a las montañas.

El aire se arremolinó a su alrededor con pensamientos tácitos. Con innumerables sentimientos no pronunciados a lo largo de los años y las generaciones.

Con todo, Mariko lo comprendió.

El relato que el líder del clan había contado se refería a él y a Ōkami. El relato de dos niños que habían perdido a sus padres por culpa de un hombre ambicioso. Un hombre que una vez había sido su amigo más querido.

El padre de Ōkami había traicionado al de Ranmaru. Esa era la razón por la que el primero servía al segundo. La razón por la que debía una lealtad tan inquebrantable al Clan Negro. Esos dos niños estaban unidos de manera inextricable por la traición. Unidos por la vida y por la muerte.

Una amistad forjada con sangre y fuego.

Cuando la historia del líder del clan se desvaneció como un fantasma en la noche, la imagen que llevaba varios días acudiendo a su mente —el recuerdo de un niño en un patio que miraba las piedras teñidas de rojo por la sangre de su padre— cobró forma.

Como había creído en un primer momento, aquel niño era Takeda Ranmaru.

Ya no era ningún niño, sino un joven, imbuido de un propósito sombrío. Uno que Mariko sólo había empezado a descifrar. En contra de su voluntad, su curiosidad disminuyó, como la marea que se retira de una orilla solitaria. En su lugar emergió una tristeza indefinida..., una especie de compasión vacilante. No podía imaginar lo que supondría perder a su familia ante sus ojos. Perder en un instante a todos sus seres queridos. A su madre. A su padre. A Kenshin...

Pero podía ocurrir.

Aquel bosque se lo había demostrado, incluso en el transcurso de unos pocos días.

Cuando consideró la posibilidad de semejante pérdida, una pesadez se instaló en su piel y una quemazón empezó a subirle por la garganta.

La quemazón de la injusticia.

Ranmaru había matado a los hombres de su padre. Y a Chiyo.

Había intentado matarla a ella.

Y eso nunca lo olvidaría.

«Sigue las órdenes. Genera confianza.

Golpea cuando menos se lo esperen».

—Observa con atención, Sanada Takeo. —Ranmaru sacó la espada del cuerpo desplomado del muchacho muerto y se enderezó—. Este bosque nos protege. Estos árboles (los *jubokko*) están por todas partes. Nuestro bosque está custodiado por los *yōkai* y ellos no te mirarán con buenos ojos si intentas escapar. Si intentas traicionarnos de algún modo. —Se giró para encararla—. Pero, si eres leal, puede que un día el bosque Jukai también te preste servicio.

Mariko bajó la vista hasta el joven sin vida. Su piel había adquirido una tonalidad cerosa.

A su izquierda, Ōkami se decidió a hablar y sus palabras resultaron un susurro en una ráfaga de viento agonizante:

—Nunca lo olvides, Sanada Takeo: en este bosque no hay donde esconderse.





# ESTRELLA ARROJADIZA



**E**n el transcurso de los cuatro días siguientes, Mariko permaneció a la escucha, cumplió órdenes sin rechistar y se enteró de que gran parte de los aproximadamente veinte miembros que componían el Clan Negro abandonaban el campamento a horas intempestivas y a menudo regresaban cargados con pequeños cofres de sedas, sacos de cuero llenos de *ryō* de oro y un sinnúmero de latas de monedas de cobre. Después se marchaban de nuevo al amparo de la oscuridad y se adentraban en la espesura con su botín de objetos robados, desapareciendo en mitad de la noche.

«En este bosque no hay donde esconderse».

Las palabras de Ōkami reverberaron en su mente como un refrán encantado y le dieron permiso para echarse a temblar cuando creyó que nadie la miraba. Para abrazar sus miedos como nunca había hecho.

Había descubierto que era sensato encarar sus miedos de frente. El hecho de reconocerlos la volvía más cauta, más lista. Quizá la ayudaran a obtener un poco de información. Algo que le compensara todo ese esfuerzo. Algo que justificara los horrores que había presenciado cuatro noches antes en el bosque Jukai.

Tenía que ganarse la confianza del clan o, si no su confianza, al menos su admiración. Sólo así podría empezar a cavar el camino hacia la verdad, como un ejército de termitas dispuestas a diezmar una estructura desde dentro.

Si el incidente con el *jubokko* le había enseñado algo, era que la única manera de ganarse la confianza de Ranmaru era a través de Ōkami. El lazo que los unía parecía inquebrantable. El tipo de confianza construida a base de tiempo. Por desgracia, no alcanzaba siquiera a imaginar cómo granjearse el favor del Lobo. El chico no era muy expresivo que se dijera.

Así que no le quedaba más remedio que intentar llamar la atención de Ranmaru por sí sola.

Tan decidida estaba a apañárselas para impresionar al líder del Clan Negro que había tardado cinco días en armarse de valor, en pasar a la acción.

Y, aunque ahora tenía un plan, aún se sentía insegura y todo el tiempo libre que le dejaban lo empleaba en repasar los detalles. En considerar las posibilidades. Todo ello mientras intentaba ahuyentar de su mente la probabilidad de que su gran secreto fuera revelado en cualquier momento.

De que un miembro del clan descubriera que no era un chico en realidad.

El miedo volvió a apoderarse de ella y a inmovilizarla durante unos instantes. A debilitarla. La única solución pasaba por devolverle su frío abrazo una vez más.

Aquel miedo la alimentaba.

Le aportaba decisión.

Cuadró los hombros y remodeló sus pensamientos.

Ranmaru todavía no le había prestado atención ese día. A sus ojos no era más que una hoja entre muchas. Y lo mismo ocurría con Ōkami: un pozo sin fondo cubierto de años de desidia. Sólo dos miembros del Clan Negro seguían prestándole atención: Ren y Yoshi. El primero no perdía ocasión de molestarla y el último se había propuesto instruirla a toda costa en las cosas más intrascendentes, como avivar un fuego, hervir agua o extraer raíces comestibles. Desde que el *jubokko* le había exprimido la vida al joven intruso, a Mariko le habían encomendado las tareas más triviales del campamento.

Fregar cacharros. Desplumar aves.

Y, por supuesto, buscar leña para el fuego.

Pero esa falta de atención sólo hacía que perseverase más en su empeño. Que su objetivo fuera más elevado. Ahora que se había infiltrado en las filas del Clan Negro, se había propuesto llegar hasta su círculo más íntimo. Aquella era la única manera que tenía de obtener información importante.

Y de descubrir la verdad de por qué los habían enviado a matarla.

Lo más valioso que había llegado a averiguar en los últimos días era que Ōkami se marchaba solo del campamento algunas mañanas armado con un simple *bō*.

Y no regresaba hasta bien entrada la noche.

No es que su ausencia le importase demasiado. El Lobo se pasaba la mayor parte del tiempo escondido en su tienda. Pero Mariko no era tan tonta como para pensar que malgastaba sus esfuerzos. Esas ausencias repetidas indicaban algo.

¿Adonde iba?

¿Era posible que fuera a reunirse con quienes ejercían su influencia sobre el clan?

¿Con quienes deseaban su muerte?

Mientras hurgaba entre las múltiples posibilidades que se abrían paso ante ella, continuó peleándose con una tela de cáñamo sucia que habían dejado junto a sus pies cuando estaba dormida. Apretó los dientes, estiró el basto rollo de tela como pudo e intentó sujetar un trozo en un poste de bambú. Alguien —probablemente Yoshi— le había procurado los medios con los que construir su propia tienda.

Se había sentido extrañamente eufórica al descubrir el regalo.

Lo de la tienda le demostraba que al menos uno de los miembros del Clan Negro la consideraba útil. Deseaba que se quedara. Se acordó de la metedura de pata de Ren al divulgar los planes de Ranmaru de convertirla en el nuevo miembro del clan. A lo mejor aquello era una señal de que había progresado en ese sentido. Aunque la actitud desagradable de Ren indicara lo contrario, era evidente que alguien del campamento abogaba por esa idea. Hasta le habían proporcionado un sitio que

considerar propio. Aquella noche sería la primera que no tendría que dormir sobre una pila de roca y escombros.

Si es que llegaba a armar esa maldita cosa.

Justo cuando estaba a punto de sucumbir al deseo de tirar la tela de cáñamo a la maleza, una mano llena de quemaduras se la arrebató de las manos.

Yoshi se cernió sobre ella con su cara roja moteada por la irritación.

—¿Todavía estás intentando montar la tienda?

Se sentó en el suelo y colocó la pata de palo ante él. Mariko se quedó pensativa durante unos instantes. En los últimos días había querido preguntarle varias veces cómo había perdido la pierna, pero ya había aprendido un par de cosas del hosco cocinero: nunca revelaba información sin un propósito...

Y no permitía que nadie pusiera excusas.

—Como sin duda ya sabes, Yoshi-san, nunca he tenido esa habilidad, probablemente porque nunca se me ha concedido la oportunidad —bromeó con torpeza—, pero, aunque ese fuera el caso, me da la sensación de que me falta algo.

Yoshi hurgó entre las cañas de bambú y la maraña de cordel a sus pies.

—¿Quién te ha dado esto? —le preguntó, haciendo un mohín.

—Creía que habías sido tú. —Pestañeó confundida—. Pero si no has sido tú, quizás haya sido Ren. No ha dejado de preocuparse por mi bienestar —remató con acritud.

Las arrugas de la frente del cocinero se alisaron al comprender.

—Te faltan dos piezas clave de la estructura.

Tal vez sí que hubiera sido Ren quien le había dejado la tienda; sólo él disfrutaría viéndola sufrir al intentar acometer aquella tarea imposible.

—Maldito..., maldito patán.

—No te enfades con él. —Yoshi sonrió a medias—. Ren ha tenido una vida difícil. Más que un patán, es un gato herido.

—Los gatos heridos siguen teniendo garras —murmuró Mariko.

—Cierto. —El hombre se echó a reír—. Te buscaré las piezas que faltan. —La miró detenidamente con un ojo entrecerrado—. ¿Ya le has comentado tu idea a Haruki?

Ella se removió, incómoda.

—No.

—Entonces ve a hablar con él mientras yo te monto la tienda. —Lo dijo como si esperase que siguiera sus instrucciones sin rechistar.

Experimentó una extraña mezcla de alivio y preocupación. Por una parte, odiaba que le dijeran lo que tenía que hacer, pero también apreciaba que alguien se molestara en intentarlo.

A pesar de las murmuraciones de su mente, su corazón no permitía que Yoshi le cayera mal.

—Quizá no deberías ayudarme —comentó—. Alguien podría robarte la estructura

de tu tienda como castigo.

—¿Alguien? —Estalló en una carcajada.

—No pienso nombrar a nadie. —Le devolvió la sonrisa—. Pero cierta persona podría tomar represalias contra ti por ser amable conmigo.

—Nadie se atrevería. A menos que esa persona en cuestión pretenda morir de hambre. Ninguno de vosotros sabe cocinar siquiera el arroz, así que no digamos ya algo con sustancia. —Y, con aquel comentario, la espoleó en dirección a la colina que quedaba a su izquierda.

A continuación, enrolló la tela de cáñamo y se levantó con la intención de encontrar a Ren y los postes de bambú que faltaban.

La angustia se apoderó de Mariko. Por un momento, consideró la posibilidad de desobedecer las órdenes de Yoshi. O de mentirle al respecto después. Pero el cocinero gruñón acabaría por descubrir la verdad y no le haría ninguna gracia enterarse de que había vuelto a postergar un día más su cita con el herrero. Por no mencionar la deshonra de aquel engaño innecesario. No es que el embuste en sí le supusiera un problema. Sabía que en ocasiones era necesario, sobre todo cuando estaba en juego la supervivencia. Pero las mentiras flagrantes no eran lo mismo. De modo que dio un suspiro y echó a andar hacia la pequeña colina cercana, atraída por el hilillo de humo que se elevaba de la pared de tela que la coronaba. Una de las caras del cerro estaba ensombrecida por un saliente de roca: uno de los muchos pequeños afloramientos que con el tiempo emergían en la montaña nevada que se encumbraba a lo lejos. El segundo día que había pasado en el campamento, ya había reparado en su posición estratégica. Esa colección de riscos les proporcionaba una fortaleza natural y los protegía de cualquier ataque.

Hundió los talones en la tierra blanda y empezó la remontada; las pantorrillas le dolían por la abrupta pendiente. Mientras caminaba, su mente no dejaba de murmurar.

Yoshi había sido el primero que la había animado a comentarle su idea de la estrella arrojadiza al herrero del clan. Le había dicho que su idea tenía mérito. Y no la había llamado tonta ni una sola vez ni había considerado su esfuerzo inútil o fuera de lugar. Era una sensación extraña. Que uno de sus enemigos fuera el primero entre todos sus conocidos en apreciar sus ideas.

Se detuvo ante la pared de tela tiznada por el humo e inspiró profundamente para armarse de un valor duradero.

—¿Hola? —dijo con voz áspera.

Cuando el herrero salió de detrás de la pared de tela de su *jinmaku*, Mariko soltó todo el aire retenido de golpe y sintió un profundo alivio.

Haruki, el herrero, no era otro que el joven en el que se había fijado aquella primera noche en el antro. El que tenía la piel brillante y parecía salido de un cuento infantil sobre un muchacho que flotaba por el cielo y volaba entre las nubes con ayuda de un parasol de papel engrasado. Se acordó de cómo se había quedado mirando el bamboleo de las hojas de los arces con una serenidad casi pasmosa.

Al menos aquel chico no se atribuiría la responsabilidad de torturarla como había hecho Ren.

O eso esperaba.

Haruki era alto y delgado, y tenía la cara estrecha y los ojos muy separados. El flequillo era demasiado corto para que le llegara al moño de la coronilla y los mechones le caían sueltos y lacios. Sólo sus manos y su *hachimaki* se veían manchados de hollín. La estudiaba en silencio. Un silencio que no pretendía juzgarla y que ni siquiera estaba marcado por la curiosidad.

Simplemente esperaba a que fuera ella la que rompiera el hielo.

—Yoshi me ha dicho...

—Me preguntaba cuándo vendrías por aquí. —Haruki le sonrió con la mirada; su voz era agradable y precisa—. Yoshi me habló de ti la semana pasada.

Mariko se quedó atónita.

—No sabía que te hubiera dicho nada.

—Una de las primeras cosas que aprendemos aquí es que no hay que contarle demasiado a Yoshi. Le gusta chismorrear casi tanto como le gusta su comida.

Se limpió las manos en un trapo que le colgaba del cinto de piel oscura y a continuación se enjugó el sudor del cuello. Al hacerlo, el *kosode* se le desplazó y se le vieron varias cicatrices que le envolvían el hombro como unos dedos monstruosos.

«Han debido de darle fuertes latigazos en el pasado».

Se mordió la lengua para no hablar antes de tiempo. Y hacer preguntas que no necesitaban respuesta.

«No debería importarme. No me importa».

—Me llamo Haruki —se presentó el joven, agachando la cabeza en una pequeña reverencia.

Mariko hizo de tripas corazón y le devolvió el gesto.

—Sanada Takeo.

—Lo sé.

Ella frunció los labios. ¿Por qué los chicos siempre tenían que demostrar que sabían más que nadie?

—Supongo que Yoshi también te habrá contado por qué quería venir.

—Me dijo que querías enseñarme algo.

Era una respuesta elusiva y Mariko desconfió en el acto.

—¿Y no te... picó la curiosidad? —inquirió, mordaz.

—Haces muchas preguntas, ¿no? —Haruki sonrió con calma—. Pero no, no me picó la curiosidad. Suponía que aparecerías por aquí cuando estuvieras listo.

De nuevo, esperó a que ella hablara.

Mariko se negó a seguir pensando que cada nuevo conocido albergaba propósitos ocultos. El tal Haruki se reiría de ella. O la despacharía. Yoshi le había dicho que su idea era buena y aquella era la única manera de averiguar si ambos tenían razón.

Alzó la mirada para encontrarse con los ojos del herrero.

—Quería preguntarte si podrías hacerme una especie de... *kunai*.

—¿Un puñal arrojadizo? —Volvió a escudriñarla, aunque ella fue incapaz de descifrar su expresión—. ¿Para ti?

«Sí. Básicamente».

—No, para mí no. —Inhaló hondo—. Me refería a un *kunai* basado en mi diseño. Uno con muchas puntas. —Conforme hablaba, se arrodilló delante de él y empezó a dibujar en la tierra con un palito—. Casi un círculo. —Bosquejó lo que a primera vista parecía un sol que irradiaba seis rayos curvos—. Si arqueas las hojas en la misma dirección, puede lanzarse de manera rotatoria, permitiendo que vuele más rápido y que llegue más lejos.

Haruki se acuclilló a su lado y estudió el dibujo.

—Sería difícil de hacer —repuso al cabo de un tiempo—. Y la cantidad de acero necesario sería bastante costosa, sobre todo para un arma que un guerrero podría desechar.

—¿Y si usas hierro? Es más maleable y menos caro que el acero.

Haruki escudriñó el dibujo por segunda vez, aún medítándolo.

—Aunque la hiciera de hierro, tardaría demasiado en confeccionar un arma como esta. Lo siento. Cada uno de estos pinchos tendría que afilarse por separado.

Mariko asintió, intentando disimular su decepción. Disponer de un arma semejante le proporcionaría una ventaja en muchos aspectos, la mayoría de los cuales debía mantener ocultos en la recámara de su mente. Por el momento. Antes de que acabara sucumbiendo a la decepción, apuntaló su determinación y se recordó aquel pensamiento:

«La verdadera flaqueza es la flaqueza del espíritu».

Se negó a rendirse con tanta facilidad.

—¿Y si pudiéramos hacer un molde? ¿O quizá reducir el número de hojas? —Borró con el palito el modelo anterior y diseñó otro—. El molde podría hacerse primero con cera de abeja, como una punta de flecha. De ese modo se afilaría con relativa facilidad.

Haruki se levantó y rodeó el nuevo dibujo para estudiarlo con la cabeza inclinada. De repente, se detuvo.

—Ven conmigo —le indicó en tono tajante.

Y comenzó a bajar la colina a toda la velocidad que le otorgaban sus largas piernas. Ella corrió hasta ponerse a su altura mientras el muchacho se dirigía a zancadas a otra tienda en el camino, una más grande con un guardia apostado en la entrada. La tienda a la que Mariko llevaba intentando acceder desde que la trajeron al campamento del Clan Negro en contra de su voluntad.

La tienda de Takeda Ranmaru.

En la puerta, varios miembros jóvenes del clan veían cómo dos veteranos curtidos jugaban una partida de *go*. Todo apuntaba a que se estaba apostando sobre el resultado, a juzgar por las monedas de plata y cobre que salpicaban un tatami raído.

Al lado habían arrojado otras más pequeñas que casi pasaban desapercibidas. Mariko se metió una bajo la sandalia disimuladamente para hacerse con ella más tarde.

«Puede que llegue el momento en que necesite dinero».

Antes de que tuviera ocasión de cogerla, Haruki se paró a esperarla cerca de la entrada. Ella le lanzó lo que creyó que era una sonrisa inocente y dio un paso adelante, arrastrando la moneda de cobre bajo su sandalia de paja.

El herrero empezó a hablar con Ranmaru incluso antes de que se pusiera a su altura. Al contrario de lo que había creído en un principio, no era de los que se andaban por las ramas.

—Su idea no es mala. El arma sería pequeña. Ligera. Y mucho más fácil de lanzar que un *kunai* tradicional. Pero el tiempo y el coste que llevaría fabricarla casi anulan su valor.

Como era de esperar, el líder del Clan Negro no se sorprendió al verlos. Ni al escuchar la conclusión de Haruki.

Como Mariko sospechaba, Yoshi ya le había hablado de su invento.

Abrió la boca para comentar algo, pero, de repente, alguien entró en la tienda y la empujó hacia delante con brusquedad. Alguien cuyo olor anunciaba su presencia antes de que lo vieran.

Piedra cálida y humo de leña.

Por la gracia de los dioses antiguos, Mariko se las arregló para permanecer casi en el sitio cuando Ōkami la apartó de un codazo para abrirse paso.

—Perdóname —le dijo, procurando por todos los medios guardarse el sarcasmo para otra ocasión—. Debe de costarte mucho ver lo que tienes delante.

Bueno, al menos lo intentó.

—No. —La cara de Ōkami la retó en silencio y sus ojos la fulminaron cuando le devolvió la mirada—. Te he visto. —Por un instante, Mariko creyó captar un atisbo de diversión cuando pasó por su lado—. Y, aunque no te hubiera visto, sin duda te habría olido. ¿Cuándo fue la última vez que te bañaste?

De nuevo fue presa de aquella horrible sensación de que se burlaran de ella. Una sensación cruel e implacable que le hacía sentirse mucho más pequeña que cuantos la rodeaban. Muy inferior a todo, cuando lo que deseaba era justamente lo contrario: ser más alta, más fuerte y más valiente. Mucho más. Una sensación que le hacía tener miedo de ser ella misma. Miedo de que aquellos hombres vieran cómo cada paso que daba era una mentira.

«Ya basta. No es momento de ser débil».

En lugar de permitir que el miedo la achantase, dejó que la alimentara.

Que se le acumulara en el estómago. Que se le retorciera en la garganta.

Que se reconvirtiera en rabia.

No. No tenía tiempo de enfadarse con Ōkami. Enfadarse con él significaba que le importaba, y nada más lejos de la verdad. Era mucho mejor no preocuparse por él.

Apretó los labios y contempló malhumorada la espalda esbelta y musculosa que



tenía delante.

Cuando el chico se dio cuenta de que no había respondido a su provocación, la miró por encima del hombro. La confusión que se dibujaba en su cara casi hizo que valiera la pena el esfuerzo.

El Lobo se pasó una mano por el pelo con aire distraído, se dirigió hacia uno de los rincones de la tienda y se acomodó sobre una pila de cojines de seda. Luego cerró los ojos como si se dispusiera a descansar.

—¿Qué tal en Hanami? —le preguntó Ranmaru, pasando por alto su evidente deseo de dormir.

A su derecha, Mariko oyó que Haruki suspiraba para sí.

Ōkami ignoró la crítica tácita del herrero.

—Como siempre.

Bostezó y se hundió en los cojines.

«¿Hanami?».

Estaba claro que aquel holgazán con tan poco sentido del honor frecuentaba el distrito del placer más infame de Inako. Aquello por lo menos explicaba dónde había estado metido día sí y día también.

El descubrimiento trajo consigo toda una serie de interrogantes.

Inako estaba a varias horas del bosque a caballo.

—¿Has ido a Inako? —le preguntó automáticamente—. ¿Por qué has hecho un viaje tan largo sólo para ir a Hanami? ¿Es que no hay casas del placer cerca de aquí?

—¿Casas del placer? —se mofó él—. Es obvio que el señorito Lampiño no tiene la menor idea de los deleites que Hanami tiene que ofrecer.

Aunque sus ojos permanecieron cerrados, sus labios se curvaron hacia arriba dibujando una sonrisa torcida. Ranmaru frunció el ceño por toda respuesta.

Mariko se enfureció.

—Aunque nunca haya visto Hanami con mis propios ojos, sé perfectamente lo que ocurre en un...

—Mentiroso.

Mariko se cruzó de brazos. El enfado culebreó en su pecho, pero tomó la decisión de no contestar nada, pues había descubierto que era lo mejor en aquel tipo de situaciones.

Situaciones en las que sabía que las palabras no le servirían de nada.

Los ojos oscuros de Ōkami se abrieron de súbito y le pareció toda una proeza el modo en que el joven cambiaba de la apatía distraída a la consciencia absoluta en un suspiro.

—Interesante. —Se puso en pie y se deslizó hacia ella de nuevo como el tiburón que busca sangre en el agua—. Te he llamado mentiroso y no has dicho nada para refutarlo. Cosa rara, teniendo en cuenta tu consideración por todo lo honorable.

Cuanto más se le acercaba, más crecía la preocupación de Mariko. Más quería batirse en retirada. A veces la veía con tanta claridad que le hacía sentirse incómoda.

La irritación volvió a acumularse en el estómago. A anudarse en forma de rabia.

«No me plegaré a mis emociones».

El Lobo bajó la mirada hacia ella, igual que la noche en que se conocieron. Mariko se mantuvo en sus trece e ignoró su deseo de huir.

—Es evidente que no tienes la menor idea de lo que es Hanami —comentó el joven en voz baja—. Mientes a la par que respiras mientras aseguras valorar el honor sobre todas las cosas. —Su risa fue una ráfaga de aire y sonido—. ¿Qué otros secretos escondes en esa cabecita fría, Sanada Takeo? ¿Y qué haría falta para robártelos? —susurró con los ojos brillantes como hielo negro.

La sangre le subió por el cuello y le encendió la cara. Como antes, convirtió el miedo en furia, en una extraña especie de calor que empezó a arremolinarse en el espacio que los separaba.

—No conoces ni la primera parte de mí —se defendió, medio temblando—. Y..., y nunca conocerás la última. —Fue lo más parecido a una amenaza que se atrevió a proferir.

La sonrisa del joven fue fría. Elogiosa.

—Te he puesto rabioso.

—La rabia puede ser buena —intervino Ranmaru con rasgos indescifrables—. Puede hacerte más duro. Más fuerte.

—A lo mejor mi fortaleza no es igual que la tuya. A lo mejor la mía es ligera como una pluma.

«Letal como una idea». Sus manos continuaron temblando bajo la atenta mirada de los dos chicos, aunque se aventuró a devolver la que le lanzaban los ojos calculadores de Ōkami.

El Lobo asintió, pero Mariko no vio ninguna burla en su gesto. Sólo la misma intensidad extraña, como si de verdad la elogiara.

—Controla tu rabia, Sanada Takeo. Es una emoción que lo envenena todo.

—No estoy rabioso. Puede que no me conozcas tan bien como crees —respondió, deseando que se callase, decidida a no seguir discutiendo con él.

Discutir con Ōkami era como intentar agarrar el humo.

La única respuesta de este fue otra media sonrisa surcada por una cicatriz blanca, aunque aquella sonrisa no era ni mucho menos alegre. No. A pesar de su hiriente tendencia a la burla, no era lo que se dice alegre. Para nada. Era un chico al que le gustaba prender fuego a las cosas y verlas quemarse. La rabia de Mariko se tornó rápidamente en hostilidad. Le fastidiaba sobremanera que le provocara tales emociones con tan poco esfuerzo.

Ranmaru se interpuso entre ellos. Para separarlos. Para disipar el calor que se elevaba en el aire.

—Te propongo un trato, señorito Lampiño —le dijo—. Si ayudas a Haruki a encontrar la manera de hacer esta... ¿cómo la llamas?

El herrero se dispuso a contestar; sus labios ya dibujaban las palabras...

—Estrella arrojadiza —se le adelantó ella entrecortadamente.

Su atención se concentró en Ōkami mientras este regresaba a su rincón de cojines y entrelazaba las manos bajo la cabeza. No estaba dispuesta a quitarle los ojos de encima.

Como él mismo le había advertido en una ocasión, nunca debía exponer su cuello a un lobo.

Ranmaru continuó hablando con su característico tono contemplativo:

—Si lo ayudas a encontrar la manera de fabricar una estrella arrojadiza, la próxima vez que Ōkami vaya a Hanami lo acompañaremos.

Al oír aquello, el Lobo se levantó de nuevo, grácil como de costumbre, si bien un poco molesto. Una sonrisa viperina se desplegó en la cara de Ren justo cuando Ranmaru esbozaba otra de satisfacción. Estaba claro que aquella nueva propuesta era del agrado del líder del clan. Quizá simplemente para llevarle la contraria a su mejor amigo. Toda una proeza a ojos de Mariko.

En respuesta, Ōkami se acercó con la mandíbula tensa.

Una amenaza tácita. Hacia ella o hacia Ranmaru, no estaba muy segura. Ni le importaba. Pues también le agradaba irritarlo.

La sonrisa del líder del clan se ensanchó.

—En Hanami podemos... ¿Cómo lo llamaste aquella noche, señorito Lampiño? Ah, sí, enseñarte a «disfrutar mejor de esas cosas».

Ante la evidencia de aquellas palabras, la sangre le bajó por el cuello.

—No..., no creo que sea necesario. —Sus ojos revolotearon por la tienda y supo que su piel había adoptado una palidez enfermiza—. Como he dicho antes, sé perfectamente lo que ocurre en Hanami y...

—Cuando vayas a mentir, no mires primero al cielo —le recriminó Ōkami—. Los antiguos dioses no te ayudarán.

—Me aseguraré de seguir tu consejo en el futuro —replicó con brusquedad, y su mirada se posó en la cicatriz que le surcaba los labios—. Pero estaba ocupado haciendo una promesa para remediar sus errores pasados.

El chico alzó las cejas en un gesto interrogativo.

—Esta vez he prometido que te cortaré la lengua en lugar de hacer una simple advertencia. —Casi jadeó cuando las palabras salieron de su boca.

Eran las palabras de una persona diferente.

Salvaje. Peligrosa. Sin miedo.

Tal vez Sanada Takeo tuviera mucho más carácter que Hattori Mariko. Tal vez a Sanada Takeo no le importara arriesgarse a recibir un castigo si con ello se ganaba el respeto de los presentes. Aunque los latidos del corazón le martilleaban las venas, se mantuvo inexpresiva. Impertérrita.

El Lobo entrecerró los ojos. Los músculos de su mandíbula se crisparon, pero Mariko no logró distinguir si fue por rabia o por diversión.

Se hizo un silencio cargado de tensión. Entonces, Ranmaru se echó a reír. A carcajadas. Con una risa espontánea y despreocupada, diferente a todo lo que había oído salir de sus labios hasta el momento. Incluso Haruki y Ren parecieron sobresaltarse por el estruendo. Cuando su torturador hizo ademán de empujarla como castigo por el insulto, Mariko lo esquivó y quedó fuera de su alcance. Pero Ren fue a por ella, empeñado en darle una lección. Su insistencia la obligaba a invadir el espacio que ocupaban Ranmaru y Ōkami.

Sin pensarlo, se desplazó a la izquierda.

Y una moneda de cobre quedó al descubierto junto a su sandalia.

Transcurrió un instante desgarrador antes de que Ōkami se agachara a recogerla. El joven no se apartó y le dedicó una sonrisa afilada. Mariko chocó con él evitando encogerse. El chico le entregó la moneda desde una cercanía que le permitió oler el humo de leña en su ropa y sentir cómo el calor emanaba de su piel.

Un bajo zumbido empezó a percibirse a su alrededor. Se tragó la cobardía en el acto, agradecida por las sombras que ocultaban el rubor de sus mejillas.

¿Era debido a la rabia, entonces? ¿La rabia desencadenaba las habilidades de Ōkami?

¿Estaba enfadado con ella? ¿O le divertía? ¿Por qué le costaba tanto calar a ese maldito chico?

—Así que también te has convertido en un ladrón—la acusó en voz baja mientras su oscura mirada se llenaba de una luz inesperada—. Fabrica tu estrella arrojadiza y llévate tus ganancias a Inako, pero no te sientas afortunado cuando lo hagas. Las calles de la ciudad imperial son sólo un poco menos indulgentes que yo.

\* \* \*

El líder del Clan Negro esperó hasta que Ren, Haruki y Sanada Takeo no pudieran oírlos. Luego miró a su mejor amigo, su mejor confidente desde los tiempos más oscuros.

—¿Qué piensas del nuevo? —le preguntó.

Su compañero frunció el ceño mientras miraba a la entrada de la tienda antes de responder.

—Es... bastante inteligente. E igual de raro.

—Raramente inteligente, entonces.

—Dos cualidades que suscitan preocupación. No confío en él.

—¿Y qué es confiar? —dijo Ranmaru. Tiró un cojín de seda en la tierra compacta y tomó asiento detrás de una mesa baja repleta de arañazos y de libros de cuentas desperdigados—. En cualquier caso, no es propio de ti preocuparte por eso.

Ōkami se quedó de pie.

—Deberíamos dejarlo en Inako. No duraría ni un día en sus entrañas.

—O quizá deberíamos dejar que el bosque se cebe con él —propuso el líder encogiéndose de hombros.

—Quizá. —El Lobo no sonó para nada convencido.

Ranmaru dejó de hojear uno de los libros de cuentas.

—¿Sospechas que sabe algo?

—No, pero me hace sentir... incómodo. No entiendo muy bien por qué tanto empeño en traerlo aquí. Por qué te parece tan buena idea que se una a nuestras filas.

Ranmaru hizo una pausa. Ambos eran conscientes de que muy pocas cosas incomodaban al Lobo. Durante sus años de formación, este se había esmerado a conciencia en causar dicha sensación en los demás para aprovecharse de ello después.

Era mucho más fácil doblegar la voluntad de los que se sentían incómodos.

—Sanada Takeo es distinto al resto de miembros del clan —apuntó el líder—. Se le ve confundido de un modo que me intriga. Es inteligente de un modo que podría ser útil para nuestra causa. —Se interrumpió de nuevo—. ¿Qué es lo que te hace sentir incómodo de él? Es raro que alguien tan insignificante te moleste tanto. —Una sonrisa incipiente comenzó a formarse en sus labios—. O que campe a sus anchas después de desafiarte tantas veces.

Ōkami tardó un poco en responder.

—¿A ti no te hace sentir así? —preguntó al fin con voz inexplicablemente vacilante—. ¿No te hace... preguntarte cosas raras?

—No —respondió Ranmaru—. No más de lo normal. Coincido contigo en que es raro, pero ¿tú has visto a Ren?

—Ren es un chico perdido entre dos mundos. Suele ocurrir cuando ves cómo masacran a tus padres delante de ti —argumentó Ōkami—. No me extraña que sea raro.

—Bueno, es posible que a Sanada Takeo le haya ocurrido algo parecido.

—Quién sabe. Pero no es probable. Está demasiado verde como para haber sufrido algo tan tremendo. ¿Has visto lo que ha tardado en montar una simple tienda?

—Creí que le habías dejado la tienda para ponerlo a prueba.

—Eso es irrelevante. Siendo tan inteligente como es, debería haberse dado cuenta de que faltaban piezas mucho antes de que Yoshi se lo dijera. Es obvio que ese chico no ha tenido que arreglárselas por su cuenta en toda su vida. Salta a la vista que es un mimado, probablemente el hijo de un hombre rico..., muy leído, pero con nada de mundo.

Ranmaru suspiró.

—Entonces lo dejo a tu merced. Sea cual sea la decisión que tomes respecto a si se va o se queda, la apoyaré. —Enarcó la ceja izquierda—. Pero te responsabilizarás de él en Inako. Te has ganado ese privilegio por enfrentarte a él como lo has hecho hoy. Y, si yo fuera tú, tendría cuidado y no dejaría que Sanada Takeo me molestara tanto.

Al oír aquello, el Lobo se giró con la clara intención de negarse en redondo, pero

Ranmaru levantó una mano y le cortó antes de que pudiera hablar:

—Llévate a Takeo a la casa de té como has prometido y después haz con él lo que te plazca. —Alisó una hoja en blanco de papel *washi* y empezó a restregar un palito impregnado de tinta en el tintero que tenía al lado—. Aunque me inclino por dejar que se quede: puede ser una buena baza, a pesar de sus ideas raramente inteligentes.

Ōkami no respondió en el acto.

—Ya veremos.

# ROBLONES DE ORO Y AGUAS DE PÉTALOS ROSADOS



Inako.

Una ciudad de cien puentes arqueados y mil cerezos. Una ciudad de barro, sudor y aguas residuales. Una ciudad de grullas doradas y puestas de sol ambarinas.

Una ciudad de secretos.

La ciudad imperial había cambiado en los cuatro años transcurridos desde que Kenshin había estado por última vez dentro de sus muros.

Saltaba a la vista que había crecido. Ahora las afueras se adentraban en los campos y los bosques que antes bordeaban sus límites. Un río serpenteaba plácidamente por el centro de la ciudad lleno de flores muertas. Sus aguas de pétalos rosados eran una pincelada que separaba los tejados de cada orilla: una oleada de arcilla gris azulada que se alzaba como el mar agitado por una tormenta.

Su madre le había dicho una vez que la historia de la ciudad imperial podía contarse al completo a través de las tejas de sus tejados. La arcilla curvada marcaba el lugar donde los barrios más lujosos de Inako daban paso a sus calles más pobres, a sus carriles más pisoteados. Donde las tejas redondeadas y los ángulos relucientes se hundían en el abandono polvoriento. Donde se desvanecían en las partes de la ciudad por las que nunca había pasado.

El número de caballetes rotos o deformes había aumentado en los últimos cuatro años. Resultaba extraño que, con independencia de la riqueza o de la posición social, todos parecieran utilizar el mismo tipo de teja. El mismo color. La misma forma.

Un extraño maridaje de caos y conformidad.

Al mismo tiempo, ahora Inako le parecía más pequeña, pese a su obvio crecimiento.

Kenshin reflexionó sobre ello mientras atravesaba las puertas de entrada de la ciudad acompañado de sus hombres a lomos de sus caballos. A cada lado de un largo carril de tierra había comerciantes que vendían fruta perfectamente apilada y productos agrícolas recién lavados. Varios niños vendían a domicilio pequeños sacos de cáñamo llenos de galletas de arroz crujientes; tenían la cara y las manos limpias a pesar del aspecto andrajoso de sus ropas. Un puesto que mostraba bolas perfectas de *daifuku* dulce llamó su atención al pasar. Sonrió al recordar lo mucho que a Mariko le gustaban los esponjosos pastelitos de arroz rellenos de pasta dulce de judías. ¡La de

veces que se habían peleado por el último *daifuku* siempre que su padre les traía a casa una caja que había comprado en Inako!

De niños, habían reñido bastante a menudo y sus peleas se habían hecho legendarias. Tan épicas como las guerras descritas en las lecciones de historia, repletas de subterfugios y elegantes distracciones. Kenshin siempre había intentado ganarle en el plano físico, mientras que Mariko había luchado por derrotarlo en el mental.

Su hermana había ganado más veces de las que a él le habría importado admitir.

Sonrió para sí mismo cuando una cascada de recuerdos descendió sobre él.

Mariko no estaba muerta, simplemente estaba librando una batalla distinta. Aunque aún debía comprender su propósito, creía en su hermana menor. La apoyaba.

Igual que sabía que ella creía en él y también lo apoyaba.

Siempre estarían ahí el uno para el otro. Pasara lo que pasara.

Su pequeño convoy se detuvo mientras los guardias imperiales inspeccionaban la interminable hilera de carretas y viajeros agotados que entraban en la ciudad.

En cuanto vieron el blasón de los Hattori, les hicieron un gesto a él y a sus hombres para que pasaran sin guardar la cola. Kenshin sólo se había llevado a quince de sus mejores soldados: cinco samuráis y diez *ashigaru*. Antes de abandonar los dominios de su familia al amanecer, se había dado cuenta de que un contingente de hombres mayor generaría más comentarios. Alimentaría la especulación.

No quería que nadie sospechara cuál era el verdadero propósito de su viaje a Inako. Aunque era improbable, aún cabía la remota posibilidad de que no todo el mundo en la corte supiera lo que le había ocurrido a su hermana en el bosque Jukai. Cuando volvió a casa, varios de los consejeros de su padre le informaron de que era posible que el Clan Negro estuviera detrás del saqueo del convoy de Mariko y del incendio de su norimono. La infame banda de ladrones era conocida por frecuentar esa parte del bosque. Al principio había pensado en ir a buscarlos. En dispersar a sus soldados por las colinas y darles caza.

Sin embargo, hacer eso incuestionablemente parecía... demasiado fácil. El Clan Negro no solía atacar convoyes en los que viajaran mujeres y niños. Echarles la culpa sin más parecía premeditado. Como si alguien pretendiera que dividiese sus fuerzas y perdiera su posición en poco tiempo. Esa sugerencia apestaba a la misma distracción elegante a la que se había acostumbrado cuando guerreaba con su hermana.

Salvo que ahora la batalla no se libraba por un dulce, sino por vidas.

Si podía estar seguro de algo era de que semejantes maquinaciones siempre habían sido y siempre serían propias de los que ostentaban el poder.

Primero quería oír lo que los nobles de la ciudad imperial tenían que decir al respecto. Esperaba que la historia del Clan Negro no se hubiera extendido demasiado. Esperaba que se hubiera quedado en los círculos más íntimos de Inako y permaneciera así el máximo tiempo posible, al menos hasta que lograra recuperar a Mariko sana y salva. Y antes de que se corriera la voz de la desgracia de su familia



por todo el imperio y arruinara el apellido Hattori sin remedio.

El recelo se apoderó de él mientras recorría las callejuelas sinuosas con la espalda recta y los rasgos impenetrables. Tras él, un pequeño grupo de samuráis a caballo y soldados a pie con estandartes adornados con el blasón de los Hattori lo seguía en perfecta formación.

El olor a agua dulce y a polvo arremolinado colmaba el aire a medida que el convoy se acercaba al profundo foso que rodeaba el castillo Heian. Kenshin dejó a sus diez *ashigaru* y a tres de sus samuráis en una hilera de barracones vacíos justo al otro lado de la pared de piedra curvada al borde del foso. Luego, él y los dos samuráis restantes cruzaron el puente levadizo de madera y se detuvieron ante las primeras puertas negras y altísimas que daban paso al castillo. Unas bisagras chapadas en oro y unas aldabas anulares brillaban con el sol vespertino mientras él y sus hombres esperaban para hablar con las tropas imperiales encargadas de la torre de vigilancia. Cuando dos de los soldados dieron un paso al frente para dirigirse a él de manera formal, se percató de los banderines de seda que ondeaban a cada lado de las puertas de un negro lustroso. Incluso los roblones estaban bañados en oro.

No se había reparado en gastos para hacer que el castillo Heian fuera la digna sede del soberano divino del imperio.

Los guardias imperiales permanecieron rígidos, inspeccionando las armas que él y sus hombres deseaban portar consigo. Como samuráis, a cada uno le estaba permitido entrar en el castillo con las dos espadas de costumbre: una *katana* y una *wakizashi* más corta. Las armas ocultas se consideraban deshonorosas, al igual que el acto de desenfundar una espada en presencia del emperador.

Justo antes del segundo par de puertas, Kenshin y sus samuráis recibieron instrucciones de dejar sus caballos con uno de los mozos del establo que esperaban allí cerca. A continuación, empezaron a subir la inmensa escalinata de piedra que conducía a los jardines imperiales. El peso de su armadura y el calor de los rayos de sol de primeros de verano ralentizaban su paso, pero también le ofrecían la oportunidad de asimilar el esplendor del castillo que se alzaba ante él: cada una de sus siete plantas con gabletes y tejados dorados resplandecían, absorbiendo y reflejando interminables haces de luz.

Cuando la primera de las ocho murallas concéntricas apareció ante sus ojos, hizo una pausa. Esa serie de *maru* era famosa incluso fuera de los dominios del imperio. Se decía que sus mecanismos internos estaban encantados, que los había creado un tipo de brujería intemporal. El primero, el más grande, estaba rematado por un estanque y unos senderos de gravilla blanca configurados a modo de laberinto. El patrón que describían sus caminos en forma de espiral servía para dos propósitos: uno relativo a la belleza y otro al ofuscamiento. Estaba diseñado para confundir, pues las entradas y salidas no seguían un orden lógico; los círculos concéntricos se movían en diferentes direcciones y a diferentes velocidades tanto de día como de noche, a modo de ruedas que giraran unas dentro de otras. Sin un escolta experto, un invitado podía

perderse en el castillo Heian sin pretenderlo siquiera.

¿Y un intruso?

Nunca saldría de él con vida.

Kenshin se detuvo antes de dar el último paso que conducía a la hierba recortada del primer *maru*.

Aquella era la única ocasión en la que había estado en Inako sin su padre. Sin su familia. Aquel sería el primer día en que él y sólo él representaría a su clan ante su emperador.

No había esperado sentirse tan incómodo al percatarse de ello.

Pero no lo demostró. Nunca lo demostraría.

Se limitó a subir el último escalón, con cuidado para no perder el equilibrio. Para disfrutar íntimamente de aquellos breves momentos.

Mientras pudiera.

\* \* \*

Al contrario de lo que había esperado, no recibió instrucciones de presentarse ante el emperador tras su llegada.

Una circunstancia que le daba un poco de margen.

En vez de eso, les dijeron a él y a sus hombres que esperaran un rato en el *maru* encantado. Cruzaron el césped perfectamente recortado y sólo se detuvieron a admirar la carpa centenaria y sus bandadas de peces koi naranjas y blancos que nadaban bajo las aguas de un estanque celeste. Poco después, uno de los asistentes del emperador hizo una profunda reverencia ante él y los condujo con calma hacia otro *maru* que había tras otras puertas interiores. Cuando pasaban por la entrada arqueada, advirtió que el suelo cambiaba bajo sus pies. Lo sintió rotar despacio para borrar su rastro y evitar que él y sus hombres fueran vistos. A continuación, salieron con premura de la segunda muralla y bajaron a toda prisa por una escalera que conducía a un campo cubierto de hierba y rodeado por una congregación de espectadores ricamente vestidos.

Comprendió enseguida por qué los habían llevado hasta allí en lugar de que el emperador los recibiera formalmente.

Habían llegado al castillo Heian en pleno espectáculo.

El emperador Minamoto Masaru se hallaba sentado en su trono negro lacado bajo un dosel de seda octogonal situado encima de una tarima con gradas. Las balaustradas que lo flanqueaban estaban pintadas de bermellón y ocho fénix de plata coronaban cada uno de los postes. Colgados entre estos últimos había espejos y cortinas de seda hilada, en cuyo centro aparecía estampado el blasón imperial del clan Minamoto.

Resultaba extraño que el emperador hubiese elegido mostrar el fénix junto a su

propio escudo de armas. El de los Minamoto consistía en unas flores de genciana y unas hojas de bambú, que significaban prosperidad y que garantizaban a su portador protección contra el mal. El del fénix siempre se había asociado al clan Takeda, una larga dinastía de sogunes que había caído en desgracia enterrada bajo una nube de vergüenza. Cuando el último del linaje de los Takeda desapareció diez años atrás, el milenarismo reinado conjunto entre el emperador y el sogún —un emperador para gobernar al pueblo y un sogún para liderar el ejército— se desintegró.

Se perdió en el olvido.

Una parte de Kenshin entendía por qué el hijo de Takeda Shingen era reacio a dar un paso al frente, aun tras una década de exilio: su clan había caído en desgracia. Habían obligado a su padre a acabar con su vida tras descubrir que había conspirado para cometer traición contra el emperador. Este había sido muy generoso al ofrecer a un felón el honor de una muerte digna de un guerrero. Una oportunidad de morir para que su hijo viviera.

Nadie sabía a ciencia cierta dónde podía encontrarse aquel hijo deshonrado, aquel *rōnin*. Si continuaba con vida, rondaría su edad. O quizá fuera un año mayor, más o menos. Con el tiempo, los soldados borrachos habían divulgado rumores que se habían extendido por jardines iluminados por farolillos y propagado como un fuego incontrolado que agitaran unos abanicos: el hijo de Takeda Shingen se había convertido en un mendigo. En un ladrón. En un pirata. En un putaño. El y su familia perdida se habían convertido en carne de leyenda. En una advertencia para todos aquellos que se atrevieran a pronunciarse en contra del emperador.

No importaba lo mucho que un hombre ascendiera en la vida, la muerte era la mayor igualadora.

Como resultado de la traición de Takeda Shingen, tanto el poder del ejército como la voluntad del pueblo descansaban ahora en el emperador. Tal vez esa fuera la razón por la que Minamoto Masaru había pensado casar ambos símbolos bajo su propia bandera. Un fénix que volaba junto a un blasón de flores de genciana. Un pájaro que había resurgido de las cenizas de una historia sangrienta.

El retumbar de una estampida de cascos sacó a Kenshin de sus cavilaciones. Unos vítores emergieron del gentío sentado en cojines afelpados, mientras sus sirvientes mantenían en equilibrio coloridas sombrillas de seda por encima de elaborados tocados. Los nobles se hallaban más cerca del emperador. La emperatriz y sus doncellas estaban agrupadas en una plataforma más baja situada a la derecha.

En el campo herboso que tenían delante, el *yabusame* —la fuerza de élite de arqueros montados del ejército imperial— hacía una exhibición. La mayor parte de la corte había acudido para participar en el acto. Kenshin se había enterado, por otros que frecuentaban Inako, de que el emperador solía invitar a la nobleza y a sus huéspedes a presenciar el poderío del ejército.

Las habilidades de sus mejores soldados y excelentes sumaráis.

Aunque sólo estaba ligeramente interesado en ver la demostración, se mantuvo

lejos de la reunión de nobles vestidos con sus galas de seda y de las damas de la corte que agitaban sus abanicos plegados. Apartado y marginado, como solía sentirse en semejante compañía. Nunca se había encontrado a gusto rodeado de los habituales de la corte imperial. No es que recelara de ellos; sabía que esas muestras de extravagancia eran necesarias. Ofrecían a los forasteros un atisbo de la gloria del imperio y daban a sus ciudadanos la oportunidad de disfrutar de su grandeza.

Mientras continuaba contemplando la exhibición, su expresión empezó a agriarse.

Esos eran jinetes avezados. Arqueros avezados. Lo mejor que el imperio tenía que ofrecer.

Aun así, seguía siendo un espectáculo. Y semejante falta de modestia no encajaba con los ideales del *bushidō*. No encajaba con el camino del guerrero.

Las armas no estaban destinadas al espectáculo.

Estaban destinadas a la guerra. A ser utilizadas en defensa del señor del samurái. En defensa de la propia familia.

Y, sobre todo, en defensa del emperador.

Un miembro del *yabusame* pronto atrajo la mirada de todos los presentes. El joven jinete cabalgaba a lomos de un caballo moteado. Uno de los lados de su fina túnica de seda le colgaba del hombro derecho —y revelaba el *yoroihitatare* plateado y blindado de abajo— liberando su brazo para poder ejecutar movimientos sin estorbos. Con un arco reforzado de ratán, disparaba flechas sibilantes a un poste lleno de muescas, tres veces en rápida sucesión mientras cabalgaba más rápido —y de manera más temeraria— que cualquiera de sus pares. El joven guerrero no agarró las riendas, sino que dirigía a su caballo con las rodillas. Incluso de lejos, Kenshin distinguió cómo montaba: talones bajos, fijos en su sitio, firmes. Para estar en el *yabusame* era requisito indispensable contar con un dominio excelente del caballo, así como con la habilidad de disparar flechas a grandes velocidades con asombrosa precisión.

El guerrero no erró el tiro ni una sola vez.

Unos susurros de admiración se propagaron por la muchedumbre. Llegaron a ser un murmullo constante cuando un muchacho menudo vestido con sedas teñidas de un tono extraño de amarillo —casi como de oro bruñido— tomó posiciones en el extremo opuesto del campo.

Kenshin no lo reconoció en el acto, pero estaba seguro de que debía de ser el príncipe heredero, Minamoto Roku. Aunque nunca antes lo había visto, había oído decir tanto a su padre como a Nobutada que no poseía un aspecto imponente, pero que conseguía destacar en la corte.

Y ahora entendía por qué. El muchacho tenía un porte noble. Sus finos hombros y la inclinación de su barbilla afilada destilaban una clara altivez. El único miembro de la corte con túnicas más refinadas era el propio emperador.

El príncipe heredero clavó tres kaburaya en el suelo. Kenshin se percató de inmediato de que las puntas sibilantes no parecían ser del tipo romo que solía

utilizarse para entrenar. Sin detenerse a pensar, el príncipe colocó una de aquellas flechas en el tendón de su arco. En ese preciso momento, el mejor arquero del *yabusame* —el que antes había captado la atención de todos— rompió filas y cabalgó en su dirección.

Sin intención de detenerse.

Kenshin sintió una punzada de preocupación. Varios miembros de la nobleza se pusieron en pie alarmados.

Sin el menor atisbo de inquietud, Minamoto Roku disparó una flecha al guerrero del corcel gris y blanco. Este la esquivó, deslizándose sin esfuerzo de su montura al tiempo que el caballo continuaba su frenético galope. Agarró las riendas mientras sus pies rozaban la suave tierra. Cuando el príncipe disparó otra flecha, el guerrero volvió a saltar a su silla, evitando sin esfuerzo su trayectoria, y continuó cabalgando hacia el príncipe, decidido.

Los tiros del heredero estaban bien medidos, bien apuntados.

Y estaban destinados a dar en el blanco.

Pero el jinete se le acercaba cada vez más y se negaba a desviarse. Se negaba a rendirse.

En el último segundo, el príncipe disparó otra flecha dirigida al pecho del arquero, que la atrapó en pleno vuelo y, más rápido que un relámpago, la colocó en su arco y la disparó de vuelta a su dueño.

La flecha se clavó en el suelo en un ángulo perfecto, a escasa distancia de los pies del príncipe.

Este sonrió.

En cuanto el guerrero refrenó a su caballo cerca de él, desmontó y se quitó el yelmo. Luego hizo una profunda reverencia. Los dos jóvenes se sonrieron y se dieron palmadas en la espalda como muestra de admiración.

Los tímidos aplausos se convirtieron en vítores.

Sólo a los miembros de la familia real se les permitiría tocar al príncipe heredero con semejante impunidad.

Kenshin vio el parecido. A pesar del hecho de que el miembro del *yabusame* le sacaba casi una cabeza. Y era mucho más ancho.

El jinete era el príncipe Raiden.

El prometido de su hermana.

\* \* \*

—Lamenté mucho enterarme de la reciente muerte de tu hermana, Kenshin-sama —dijo Minamoto Roku mientras se dejaba caer en su asiento con cojines ante una mesa baja en el rincón de sus aposentos.

Aunque las palabras del príncipe heredero sonaban sinceras, Kenshin no sintió

ningún calor en ellas. Había pronunciado la frase con total frialdad, con la misma entonación que habría utilizado para comentar una racha de mal tiempo. La falsedad en el tono del príncipe le molestó, pero reprimió su irritación. Después de todo, estaba en presencia de la realeza. En una audiencia con los dos hijos del emperador.

Con el prometido de Mariko.

Y el futuro soberano divino de Wa.

Un futuro soberano que, en ese instante, estaba demasiado preocupado ordenando pliegos de papel *washi* de marfil en la mesa que tenía delante. Alisando su superficie. Anclando sus esquinas con pesos. Preparándose para practicar su caligrafía.

Roku miró a Kenshin —como si esperase que este desarrollara algo más el tema de la prematura muerte de Mariko— antes de sonreír para sí mismo y trazar lentamente un círculo con una barra de tinta en el hueco de la piedra de entintar tallada que quedaba a su derecha.

En situaciones como aquella, Kenshin deseaba que Mariko se encontrara a su lado. Ella se anticiparía a lo que todos harían o dirían. Ataría sus emociones y las mantendría a raya. Su hermana iba leguas por delante de cualquiera en la mayoría de las conversaciones, muy por delante del presente de cualquiera. Él, por el contrario, solía enredarse en ellas. No es que su hermana fuese una conversadora nata, sino que siempre parecía saber lo que la gente pretendía decir incluso antes de que lo hiciera.

Calaba a la gente con la misma habilidad con que leía un libro.

Tal habilidad le sería muy útil en ese momento.

Pero él era un guerrero, no un emisario o un estratega.

Se aclaró la garganta.

—Yo no creo que Mariko esté muerta, su alteza imperial.

Miró al prometido de su hermana para ver si detectaba alguna reacción: Minamoto Raiden intercambió una conversación sin palabras con su hermano, pero Kenshin no pudo deducir el sentimiento que ocultaba su expresión.

Podía ser preocupación. Podía ser rabia. Podía ser sospecha.

O tal vez todas esas cosas juntas.

A Kenshin le frustraba sobremanera lo bueno que era detectando cosas tangibles con la destreza de un halcón sin que se le escapara el más mínimo detalle y lo mucho que distaba de ser uno cuando se trataba de analizar lo intangible, las sutilezas tácitas de la vida. En ese caso, era más bien un topo que deambulaba por un mundo sumido en la oscuridad. Incluso había ignorado por completo los sentimientos de Amaya hasta que fue demasiado tarde.

Al cabo de un rato, Minamoto Raiden dio un suspiro tranquilizador. Intercambió otra mirada con el príncipe heredero, cuya expresión permanecía neutral, y se inclinó hacia delante de manera casi conspiratoria.

—Kenshin-sama —empezó a decir el prometido de su hermana—, me han contado que una banda de ladrones atacó el convoy de Mariko en el bosque Jukai. Varios miembros de la guardia personal de mi padre creen que fue obra del Clan

Negro, aunque yo no estoy tan seguro. Parece demasiado... simple. Demasiado predecible. Por no mencionar que no responde a la conducta típica del clan. — Descansó un codo en una rodilla y se inclinó aún más hacia él—. ¿Es posible que tu hermana siga con vida pese a que todas las pruebas apunten a lo contrario?

Mientras hablaba, la preocupación se filtraba en las pequeñas arrugas que enmarcaban su boca. Sólo tenía diecinueve años, pero el resultado de esa preocupación le hacía parecer endurecido por la lucha. Agotado. Aquella visión consoló extrañamente a Kenshin, al igual que las palabras que pronunciaba. Estaban en sintonía con sus primeros pensamientos. Pero también era posible que fuera una treta destinada a ganarse su confianza. Destinada a plantar la semilla de una duda inesperada.

No obstante, Minamoto Raiden parecía mucho menos calculador que el príncipe heredero. Mucho menos confabulador. Y él agradecía que pareciera valorar la sinceridad más que su hermano menor. El carácter de Raiden estaba más en sintonía con el suyo. Dado que aquella ocasión marcaba su primer trato con el prometido de su hermana, esos sentimientos le hicieron sentir en cierto modo a gusto. En ese momento, los ojos negros del príncipe heredero, los del chico menudo y pálido vestido de seda dorada que practicaba con calma su *shodō*, eran los únicos que albergaban algún rastro de subterfugio.

Tal vez Minamoto Roku había sido el que había orquestado el ataque al convoy de Mariko.

Aunque...

Una parte de él no llegaba a creer que este atacara a su propio hermano matando a su futura esposa. Después de todo, ¿qué ganaba con eso? Roku seguía siendo el primero en la línea sucesoria al trono. Y en todos aquellos años, jamás había oído que Raiden tuviera intención de usurpar a su hermano menor. Podrían haber estado en guerra; en el pasado, hermanos en situaciones similares a menudo se habían matado por el poder, pero aquel no parecía ser el caso. Todo indicaba que esos dos eran amigos íntimos, verdaderos confidentes, a pesar de la enemistad que se profesaban sus respectivas madres.

Tal vez se hubiera equivocado al sospechar que miembros de la nobleza habían conspirado para asesinar a su hermana. Que alguien de Inako había intentado frustrar las nupcias entre el primogénito del emperador y la hija de un ambicioso daimio.

O tal vez Minamoto Raiden también fuera bueno calando a la gente.

Como si pudiera oír el tenor de sus pensamientos, este le mostró una sonrisa tranquilizadora. Hizo amago de empezar a hablar, pero su hermano menor lo silenció de inmediato.

El príncipe heredero los fulminó con la mirada. En cuanto se aseguró de haber captado su atención, sus ojos se desviaron hacia el biombo plegable ricamente labrado que quedaba a su izquierda.

—Este no es lugar para hablar de esas cosas —dijo en un duro susurro—. Las

paredes del castillo Heian tienen oídos. —Estas últimas palabras las formuló en un tono apenas audible.

Un susurro refinado que contradecía su desinterés inicial.

Tras dar ese consejo, se recogió la manga derecha, sumergió el pincel en la tinta y colocó las cerdas por encima del papel *washi* en un ángulo perfecto.

—Quizá te apetezca compartir una taza de té con nosotros más tarde, Kenshin-sama —añadió con una voz tan apacible como antes, colmada de la misma falta de interés fingida.

Pero provista de un tono destinado a que se oyera. A que tanto los sirvientes que los asistían como los observadores fortuitos la interpretaran.

En su empeño por conocer la verdad, Kenshin casi lo había olvidado.

Inako era, ante todo, una ciudad de secretos. Unos secretos que podían robarse y venderse al mejor postor a la primera oportunidad.

Raiden asintió en señal de comprensión y se levantó de súbito.

—¿Serás nuestro invitado esta noche, Kenshin-sama?

Kenshin no era tan necio como para cuestionar el repentino giro de la conversación. Puede que no estuviera muy versado en detectar las emociones, pero era el Dragón de Kai y conocía el fuerte olor de la sangre fresca. Del camino que había que seguir. Discretamente. Con cuidado.

—Para mí será un honor, mi señor —repuso—. ¿Dónde deseáis ir?

Raiden sonrió, y aquel gesto le recordó mucho al gruñido de un oso. Bajó la voz hasta que se convirtió más en un resuello que en un sonido:

—A la mejor casa de té de Hanami.



# HANAMI



**M**ariko había estado una vez en Inako, cuando era más joven.  
Cuando era pequeña.

Pero ahora que se hacía pasar por un chico, todo le parecía completamente distinto. Y no se debía sólo a que le hubieran quitado una venda de los ojos pocos minutos antes.

Todo era más nítido. Los colores, más vivos. Los olores le inundaban las fosas nasales y las cosas pasaban ante sus ojos en rápidos fogonazos: calamares marinados que chisporroteaban al fuego, farolillos de papel tintado de alegres colores que colgaban por encima de rollos de seda brillante, un amplio surtido de abanicos pintados y de caquis recién cortados en rodajas, y tofu cremoso que flotaba en barriles de agua fría. Lo olió y saboreó todo en el aire con el desenfreno de una niña en un sueño agitado.

Se sentía libre. Más de lo que recordaba haberse sentido en mucho tiempo.

A pesar de su situación actual.

«Al menos en Inako no hay muchas probabilidades de que me atrape un árbol que succiona sangre. Ni de que me tiren piedras puntiagudas».

Ranmaru la escudriñó. La pilló sonriendo con júbilo no disimulado.

—¿Esta es tu primera visita a la ciudad imperial?

Mariko pensó con rapidez.

—Sí.

Aquella respuesta explicaba a las claras lo embelesada que se sentía y también le ayudaba a evitar más preguntas sobre su pasado. Al Clan Negro no le había importado lo más mínimo quién era antes de llegar al bosque y le interesaba prolongar esa situación el mayor tiempo posible.

—Intenta no parecer un paleta cuando lleguemos a la casa de té —le recriminó Ōkami desde lo alto de su caballo de guerra a su derecha.

Mariko asió con fuerza las riendas e hizo un esfuerzo por morderse la lengua. Por ignorar la cuerda que iba del caballo del Lobo hasta el suyo y que la mantenía unida a él.

A su izquierda, Ranmaru se echó a reír y sus ojos pardos chispearon.

—O cuando veas por primera vez a Yumi, la chica más guapa de todo el imperio.

—Dudo que el señorito Lampiño haya visto a una *geiko* en su vida —intervino Ōkami—. Y más aún que haya estado con una chica guapa. —Aunque quería

provocarla, lo dijo con frialdad, en un tono de esmerada indiferencia.

«¿Una *geiko*?».

Así que no viajaban a una casa de mala reputación, como había supuesto en un principio... Una *geiko* nunca pondría el pie en un antro de perdición semejante.

A pesar de todo, guardó silencio y se quedó rumiando algunas represalias tácitas. Ranmaru arqueó las cejas.

—Dinos, señorito Lampiño, ¿todavía no te has estrenado?

Mariko se removió en su asiento, visiblemente incómoda. De todas las preguntas posibles, era obvio que Ranmaru elegiría aquella. ¿Qué se le iba a hacer? Si se dejaba que los hombres hicieran lo que les diera la gana, eran así de predecibles.

—Claro que me he estrenado. He estado con... muchas mujeres.

Al menos era una verdad a medias. Ya no era una doncella, aunque esa única ocasión no la había propiciado otra chica.

La había propiciado la rebeldía.

Recordó la cara del joven mozo de cuadra que, por capricho del destino, había acompañado a su señor hasta las tierras de su padre una mañana de primavera no hacía demasiado tiempo. Recordó su sonrisa amable. Su entusiasmo. Su despreocupación.

Fue aquella sonrisa la que la atrajo hasta él. La que lo atrajo a él hasta un pajar bañado por el sol para perderse en su abrazo.

Había sido amable. Cariñoso.

No fue hasta pasadas algunas horas cuando Mariko se dio cuenta horrorizada de lo que había hecho. Sus actos podrían haberle costado la vida a ese muchacho amable y cariñoso. Ni una sola vez en todo el tiempo que habían pasado retozando por el heno fragante se había parado a pensar en lo que le ocurriría al chico si los pillaban. Había predominado la intensa rabia que sentía hacia sus padres. Le había cegado su insaciable deseo de tener el control.

Pensó en lo que Ōkami le había dicho dos semanas atrás:

«La rabia es una emoción que lo envenena todo».

Ni siquiera en su mente le gustó admitir que el Lobo llevara razón en algo.

La mañana de su perdición se había vestido de campesina y, así disfrazada, había seducido al mozo. Le había dado el regalo que sus padres acababan de intercambiar por el favor del emperador. El regalo que sus padres habían vendido de forma tan calculadora.

A pesar de los riesgos, no se había arrepentido nunca de su decisión, aunque el hecho en sí era embarazoso. No desagradable, pero tampoco valía tanto la pena como para que se armara aquel revuelo. Y, por supuesto, no valía tanto la pena como para que cediera el control de sí misma.

Pero había sido su primera vez y, aunque sólo fuera por esa ocasión, había querido que su cuerpo fuera sólo suyo. Había querido decidir por su propia cuenta. Su cuerpo no estaba en venta; no pertenecía a sus padres para que lo vendieran al mejor

postor, ni pertenecía a Minamoto Raiden ni a ningún otro hombre.

Se acordó de cuando Chiyo le había dicho que encontrar a tu pareja era como encontrar a tu otra mitad. Nunca lo había entendido.

Ella no era ninguna mitad, sino un todo.

Una mano ondeó ante su cara. Entonces su vista se despejó y los rasgos de Ranmaru cobraron forma cuando este intentó traerla de vuelta al presente.

—¿En qué estabas pensando? —le preguntó el líder del Clan Negro—. Estabas muy lejos de aquí, ¿no? —Aunque sus palabras sonaron desenfadadas, su mirada cortaba como una cuchilla.

—En la familia —respondió con calma—. Y en el derecho.

Delante de ellos, creyó ver que Ōkami ralentizaba a su caballo, pero no volvió la vista atrás ni se inclinó para oír lo que estaban diciendo. Tal vez se hubiera imaginado que aflojaba el ritmo.

Ranmaru siguió estudiándola de reojo.

—Interesante que unas ambas cosas.

—Para mí no es nada interesante. La familia puede darte derecho a muchas cosas. Y puede creerse con el derecho de obtener mucho de ti a cambio.

—¿Por eso tú huiste de la tuya?

Mariko tragó saliva. Siempre había sabido que no podría eludir eternamente las preguntas acerca de su pasado. Los hombres como Ranmaru —incluso los jóvenes como él, despiertos y carismáticos— no llegaban a los puestos de poder a base de fe ciega.

Una simple mentira —con un poso de verdad— podía ser su mejor respuesta.

—Mi padre me concertó un matrimonio y yo tenía otros planes. Como no pudimos llegar a un acuerdo, me fui. —La explicación fue sobria. Abrupta.

—¿Querías casarte con otra persona?

—No.

—Entonces, ¿no eres uno de esos pobres obnubilados con la idea del amor? —se mofó.

Ella frunció el ceño.

—Claro que no. —En ese caso, la mentira era innecesaria.

—¿No crees que tu gran amor está ahí fuera esperando a que lo encuentres?

—¿Y tú? —Mariko bajó la voz y la tiñó de descrédito.

Los labios del líder del Clan Negro se desplegaron en una sonrisa relajada.

—Creo que las estrellas se alinean para que las almas se encuentren. Aunque está por ver si las almas se unen en el amor o en la vida.

Mariko se quedó desconcertada. Era una... bonita opinión. De haber ido vestida con sedas delicadas como una joven, habría sentido que su mirada se ablandaba. Que sus mejillas se sonrojaban.

Las palabras bonitas lo eran hasta para la mente más práctica.

Pero, en lugar de eso, se concentró en la tela raída de sus riendas y tosió con

evidente malestar.

—¡Oh! —exclamó Ranmaru en tono de mayúscula satisfacción—. He conseguido avergonzar al señorito Lampiño simplemente hablando de amor. Y ni siquiera he tenido que mencionar a las mujeres. —Se giró hacia Ōkami con la palma extendida—. Me debes cinco *ryō*.

Mariko se enderezó en su silla y se puso rígida.

—Eso... es mentira.

—¿Qué parte? —Ranmaru pestañeó.

—Has mencionado a Yumi. —Resopló y, a continuación, bajó la voz y dijo en tono monocorde—: La chica más guapa de todo el imperio.

Ante eso, el Lobo se echó a reír. Empezó con suavidad, como el redoble de un tambor, y luego se elevó hasta convertirse en una lluvia firme, aunque no era una risa abundante. Su sonido no le llenó los oídos con su meliflua resonancia, pero era claro y profundo, al igual que el color de sus ojos.

Y una parte de ella no pudo evitar pensar que, de haberse tratado de otro chico, en otro momento y lugar, hasta le habría gustado aquella risa.

Habría disfrutado siendo su causante.

Pero se trataba de un miembro del Clan Negro, la banda de mercenarios que había intentado matarla. Que había matado a Chiyo y a Nobutada.

Odiaba a aquel chico y todo lo que representaba.

Era peligroso para ella considerar otra cosa, aunque fuera durante apenas un segundo.

Aferró con más fuerza las riendas, como si quisiera aferrarse a sí misma.

—¿A mí me corresponde algo del oro? —soltó mirándolo con cara de expectación.

—No. —Él no vaciló al contestar.

—Te he ahorrado dinero. ¿No debería recibir al menos la mitad como recompensa?

—Que te llesves la mitad de mi dinero no me supone ningún ahorro.

Mariko acercó su caballo al de él.

—¿Creías que Ranmaru iba a avergonzarme hablando de amor? —dijo con desdén, al tiempo que una mueca se formaba en sus labios.

—Creo que es facilísimo provocar ciertas reacciones en ti.

Mariko pestañeó. Abrió la boca. La cerró.

Ōkami esbozó una sonrisa.

—Es mejor que no digas nada. Así no tendré que pillarte en otra de tus mentiras.

Y echó a andar, tensando la cuerda tras él.

Mariko apretó los dientes y se obligó a guardar silencio. Arrugó la nariz cuando un carro lleno de estiércol pasó por su lado; las moscas le revolotearon en la cara y las espantó con la mano.

No le importaba que Ōkami la tuviera por mentirosa. Ella lo tenía a él por

inmoral.

Lo cual era mucho peor.

En un intento por acallar su enfado, alzó la voz:

—Los asuntos del amor no suponen nada para mí, ya puestos. Como todas las cosas que no se pueden demostrar.

—¿Y eso por qué? —preguntó Ranmaru.

—El amor es... —Se removió en su montura con la intención de parecer más alta, de transmitir una mayor autoestima—. No es algo que pueda comprenderse o explicarse. Es intangible. Como la magia. Los que no poseen su poder no pueden atraparlo por completo.

Ranmaru ladeó la cabeza.

—Eso suena muy triste.

—Y apesta a estiércol de caballo —remató Ōkami por encima del hombro—. Como las palabras de alguien que aún tiene mucho que aprender.

De nuevo, Mariko se enfureció ante la pulla.

—Sólo alguien que tiene mucho que aprender pensaría eso de otra persona.

—O alguien que tiene mucho de lo que arrepentirse —apuntó Ranmaru en voz baja. Con sobriedad.

Ōkami no miró en su dirección mientras hablaba.

—Sí que tengo muchas cosas de las que arrepentirme en mi vida.

Incluso desde la distancia, Mariko vio que su cara se ensombrecía. Por una vez creyó percibir un atisbo de vulnerabilidad en el Lobo. Se acercó más. A la espera. Conteniendo la respiración.

Si había algo —lo que fuera— que hacía débil al paladín del Clan Negro, ansiaba saber qué era.

«Sigue las órdenes. Genera confianza.

Golpea cuando menos se lo esperen».

—Mi vida ha estado llena de muerte, mentiras y mujeres de vida alegre. —Ōkami se echó hacia atrás un mechón de pelo negro y la miró a los ojos, manteniéndola atenta. Cautivada—. Me arrepiento de todo lo demás —remató mientras esbozaba una sonrisa, y sus ojos caídos y de párpados pesados chispearon burlones.

Estaba claro que no tenía remedio.

Mariko estuvo a punto de gruñir de pura frustración, pero se mordió la mejilla para evitarlo. Para controlar la necesidad de replicarle. Aquella vez el chico refrenó a su caballo para ponerse a su altura. Continuó a su lado, aunque no la miró en un buen rato.

—Así que no crees en sentimientos estúpidos como el amor. —La contempló de aquel modo elogioso de antes. Aquel teñido de aprobación.

Que sólo avivó su necesidad de llevarle la contraria.

—Yo no he dicho eso.

—Has dicho que preferías las cosas que pueden demostrarse.

—Me refería a que es difícil demostrar un sentimiento como si fuera un hecho. Pero ya sé que no es la primera vez que pasa. Lo he visto con mis propios ojos.

Mariko había presenciado cómo Muramasa Amaya, la hija del afamado herrero de su padre, se enamoraba de Kenshin. Loca y desesperadamente. Cuando eran pequeños, su hermano no había sabido interpretar las señales, pero ella sí. En los momentos en que Amaya creía que nadie la miraba, se fijaba en él. Se recreaba. Y esa mirada de la que Mariko era testigo a menudo le hacía sentirse vacía.

A menudo le hacía desear que alguien la contemplase de ese modo. Aunque sólo fuera una vez.

—¿Y fue algo mágico? —le preguntó Ōkami en tono circunspecto.

Mariko esperaba que se burlara de ella, pero, cuando se giró hacia él, preparándose para encajar su hiriente desdén, comprobó que se equivocaba.

Los ojos del Lobo eran dos lagos cristalinos de aguas profundas, y no escondían nada. Dos espejos negros que la arrastraban a su interior. Que la interrogaban.

Una oleada de calor le recorrió la piel.

—Sí. —Se esforzó por que su voz sonara inexpresiva—. La chica me miró como si yo fuera mágico.

Los ojos de Ōkami permanecieron imperturbables. Un cielo sin estrellas.

Fue ella la que desvió la mirada primero, sólo para ver cómo Ranmaru se echaba a reír.

El Lobo chasqueó la lengua y espoleó a su caballo hasta situarse fuera del alcance de su oído, y la cuerda que los unía se tensó otra vez. Mariko se removió en su asiento y se arrepintió con todas sus fuerzas de no haber cambiado de tema. Ojalá pudiera volver atrás y comenzar de nuevo la conversación.

—¿Acaso has amado a alguien? —le preguntó a Ranmaru sin rodeos, satisfecha de verlo sobresaltarse, aunque sólo fuera por un minúsculo instante.

«Se lo tiene merecido por empezar todo este lío».

El líder del clan vaciló antes de responder.

—Sí.

—¿Y fue algo mágico? —La irritación manaba de cada sílaba.

—A veces lo es. —Su sonrisa no era franca—. Y otras veces es como un asedio interminable.

Mariko le lanzó una mirada incrédula.

El joven sonrió más, como si él mismo intentara convencerse de la verdad.

—Sospecho que muy pronto entenderás lo que quiero decir.

Se echó hacia delante y dio la conversación por zanjada antes de que empezara siquiera. No iba a permitir que Mariko captara ni un solo destello de su vida privada.

A pesar de su creciente curiosidad, ella decidió no insistir.

Continuaron hasta el centro de Inako. Hasta un río serpenteante cubierto de varias capas de pétalos secos. Cuando torcieron un recodo en el camino, un puente con arcos de piedra gris oscura apareció ante ellos; su áspera superficie estaba manchada

de líquen verde y musgo goteante. Antes de cruzarlo, ataron los caballos a un poste y pagaron a un anciano encorvado para que los vigilara.

Los ojos de Mariko repasaron la fila de caballos que el viejo ya tenía a su cargo.

En un principio, le pareció una tontería. Cualquiera que contara con una daga pequeña podía robárselos. Pero los corceles que le habían confiado eran buenos ejemplares, embridados con riendas de vivos colores. Con borlas de oro y plata. Engalanados con los blasones de las mejores familias de Inako.

Sólo a unos tontos se les ocurriría robarle a la gente más poderosa de la ciudad imperial.

«A unos tontos como el Clan Negro».

El río fluía de forma apacible ante ella. Los farolillos de colores que colgaban de las balaustradas a cada lado del puente se mecían con suavidad. En un extremo —a lo largo de la ribera contraria—, una hilera de cornejos intercalados con cerezos lo ensombrecían todo. Lo mantenían oculto. En secreto. El aroma a jazmín y almizcle los tentaba con sus dedos invisibles, haciéndoles señas para que se acercaran. Mientras seguía a los dos muchachos al otro lado del puente, una lluvia de pétalos rosas y blancos le acarició la piel antes de caer en cascada en el agua como gruesos copos de nieve.

Nunca había visto nada semejante.

Sin que se lo dijeran, sabía que se estaban adentrando en uno de los distritos más legendarios de la ciudad imperial.

Hanami.

\* \* \*

Vista desde la distancia, la estructura de una sola planta parecía una simple casa de té. Mariko, Ōkami y Ranmaru esperaron junto a una portezuela de lo más corriente. Y tocaron una campana igual de corriente.

Su repique líquido reverberó en un crepúsculo casi estival. El cielo se demoraba en la hora azul, justo después del anochecer. La portilla se abrió con un crujido y Mariko siguió a Ōkami y a Ranmaru cuando estos acompañaron a una joven sin maquillaje que iba ataviada con un kimono de seda. Sus pasos eran ligeros. Rápidos. Como si volara rozando las nubes. Los condujo a una puerta corredera y se detuvo sólo para cederles el paso.

Cuando Mariko vio lo que tenía ante sí, frenó en seco y reprimió un grito.

Aquello era cualquier cosa menos una simple casa de té. Nunca había soñado con nada parecido.

Los adoquines que serpenteaban por un jardín verde y exuberante eran lisos y negros. Perfectamente redondeados. Algún sistema ingenioso —oculto a la vista— había redirigido un riachuelo burbujeante y lo había reconducido hasta que se

precipitaba por tres cascadas, ninguna de ellas más alta que su brazo, en cuya base se concentraba un remolino de espuma que giraba en torno a brillantes nenúfares y flores de loto blancas como la nieve. Unos koi diminutos y dorados nadaban bajo la superficie de una pequeña laguna azul.

Cada pared exterior de la casa de té principal constaba de puertas con paneles corredizos y marcos de madera entramada. Al mirarlas de cerca, se percató de que los paneles no estaban hechos de papel de arroz, como era la costumbre, sino de seda fina.

Rimbombante hasta la extenuación.

Intercalados entre los bajos aleros del tejado había farolillos de hierro fundido con la forma de minúsculas pagodas y unas llamas azules sobresalían por el entramado de sus listones. Varios braseros de bronce perfumaban el aire con una mezcla embriagadora de dama de noche y almizcle. Aunque acababa de oscurecer, la casa de té resplandecía de luz y calidez, y del interior llegaba el sonido amortiguado de una música rítmica y de la alegría compartida.

Mariko esperaba encontrarse con un lugar sórdido, un lugar donde los hombres iban a perderse en sus fantasías.

Pero de momento no era para nada así. Sólo percibía una belleza tranquila. Lo único que experimentaba era serenidad, aunque sabía que no debía fiarse de aquellas impresiones. Era obvio que formaban parte de un ardid para desarmar incluso al más crítico de los clientes.

El tiempo no tardaría en revelar la verdad.

Cuando Ranmaru se quitó las sandalias y franqueó el umbral de la casa, no dudó en seguirlo. Se ajustó la ropa, de pronto consciente de un hecho incómodo: no iba vestida apropiadamente. Su atuendo era demasiado grande y, desde que se lo prestaron, sospechaba que pertenecía a Ren, que era el único miembro del Clan Negro con una altura comparable. En aquel momento, no le había importado ponerse algo que le quedara mal y que no se ajustara ni de lejos a los cánones de la moda de la ciudad imperial. Ni tampoco le había importado llevar la ropa de Ren. Le daba igual lo que la gente pensara de su aspecto.

Hasta entonces, ni siquiera se había fijado en lo que llevaban sus compatriotas; aquello también le había parecido irrelevante. Estando entre hombres, las ropas de gala eran baladíes.

Pero en ese instante, cuando Ranmaru y Ōkami se giraron para esperarla, fue súbitamente consciente de su apariencia. Se sintió casi cohibida. Y odiaba esa sensación.

Como una niña, a pesar de sus esfuerzos por aparentar lo contrario.

La túnica de Ranmaru, que le llegaba hasta la rodilla, estaba hecha de fina seda verde oscura. Se la había puesto sobre unos pantalones *hakama* plisados y había conseguido mantenerse impoluto durante todo el trayecto del bosque a la ciudad imperial. Ōkami, por su parte, llevaba un *haori* azul marino que colgaba abierto sobre



un *kosode* de seda blanca anudado con una cuerda negra.

Aunque ambos jóvenes en realidad sólo eran un par de *rōnin* —y de infames ladrones, ya puestos—, parecían sentirse como pez en el agua en esa casa de té llena de maravillas y misterios, mientras que Mariko se asemejaba a un gato callejero al que hubieran estrujado para secarlo después de una larga lluvia de primavera.

«Supongo que no se puede hacer nada».

Se puso una máscara de fortaleza y se obligó a seguir adelante, hasta que se detuvo a la altura de Ōkami.

Este se dio la vuelta con la misma prontitud y sólo paró para enjuagarse las manos en una jofaina llena de agua aromatizada con frescos pétalos de rosa. Ella imitó todos sus gestos y se sintió fuera de lugar en todo el proceso. Como si alguien fuese a arrancarle la máscara de la cara en cualquier momento y a revelarle al mundo que era un fraude.

Una puerta con paneles de seda se describió ante ellos y desveló otra de las capas del esplendor oculto de Hanami. Otra de las capas de aquel lugar de belleza y exceso.

Mariko siempre se había burlado en secreto de lo que contaban acerca de aquellos excesos.

Hablaban de las *geiko* como obras de arte vivas y flotantes, y la mera idea hería su sensibilidad: que una mujer bella no pudiera ser nada más que una forma de entretenimiento a merced de los vicios y placeres de los hombres.

Sin embargo, mientras observaba —petrificada— cómo una *geiko* vestida con varias capas de seda *tatsumura* se paseaba por el impecable suelo de tatami, se dio cuenta de lo equivocada que estaba. Esa joven no actuaba con servilismo. Ni daba la impresión de que su existencia dependiera en absoluto de los caprichos de los hombres. Ni una sola vez su mirada recayó en los nuevos visitantes. Tenía la cabeza alta y unos andares orgullosos. La elegancia con la que se movía —la gracia con la que daba cada paso— era un claro testimonio de años de práctica y tradición.

La joven no era un juguete. Ni mucho menos.

Andaba de una forma insinuante, del mismo modo que lo haría un bailarín sobre un escenario o el pincel de un pintor sobre un lienzo; con la más simple de las emociones.

Cuando hubo cruzado al otro lado de la larga sala rectangular, se volvió con estudiada elegancia, se arrodilló en un rincón y se alisó los pliegues del kimono bajo las rodillas de una pasada. Una asistente le tendió un lustroso *shamisen* de madera. Cuando la chica cerró los ojos y empezó a tocar las cuerdas con una púa de marfil labrado —y su suave música comenzó a brillar con la misma luz ambarina que arrojaban los farolillos—, Mariko reparó en otra cosa: había emitido un juicio antes de darle siquiera una oportunidad, la misma que ella le había pedido a Yoshi el primer día en el campamento del Clan Negro.

La música que tocaba era embaucadora. Una canción repleta de velado sentimiento. El ritmo era tórrido, pero la melodía no quemaba, más bien hipnotizaba.

El zumbido grave y constante de la cuerda más profunda resonaba en el espacio y sumía a Mariko en un leve sopor.

La actuación de la *geiko* rezumaba orgullo. Pasión. Por encima de todo, tocaba para sí misma. Y Mariko lo apreció más de lo que habría podido expresar con palabras.

Cuando la canción terminó, los tres tomaron asiento en un grupo de mesitas individuales a un lado de la habitación rectangular; dos hileras ordenadas dispuestas en paralelo cercaban el perímetro. El suelo estaba cubierto de esterillas de tatami nuevas cuyos bordes habían sido ribeteados con seda púrpura.

Mariko se sentó ante una de aquellas mesas e imitó sin pensar los movimientos de Ōkami. Se odiaba por ello. Nunca se le habría ocurrido emular a nadie como él. A nadie tan petulante. Tan desinteresado por las cosas verdaderamente importantes de la vida.

Justo cuando hubo terminado de remeter el dobladillo de su túnica alrededor del cuerpo, le colocaron por delante un cuenco de porcelana negra vidriada lleno de arroz aromático; unos palillos lacados descansaban sobre un atril de jade pulido. Otras asistentes, vestidas con la misma seda sencilla de la chica de la entrada, llevaban raciones de comida individuales: filetes de pez limón cubiertos con una salsa de acedera fresca y pasta de miso blanco, una rodaja de besugo jugoso acompañada de un pequeño cuenco de salsa *ponzu*, oreja de mar fresca marinada en salsa de soja dulce y aderezada con cebolleta picada...

Cuando tocó el pez limón con la punta de los palillos, el pescado se abrió en láminas. Láminas sabrosas y tiernas que se fundieron en su boca. Delante de cada cliente había jarras de sake pintadas a mano y vasitos a juego. Pronto la sala se puso a rebotar y el tema de conversación pasó a ser más insinuante. Más obsceno. Más ruidoso.

«Hombres».

Negó con la cabeza y miró en derredor, manteniendo a raya el rubor que asomaba a sus mejillas.

Las pagodas en miniatura que colgaban a intervalos alrededor de la estancia irradiaban pequeños haces de luz y las llamas de su interior titilaban entre las intrincadas lamas, creando sombras que bailaban por los paneles e iluminando las paredes cubiertas de seda.

Cuando terminó de comer, la puerta corredera del extremo contrario de la sala principal se abrió. Al principio, creyó que la muchacha que estaba ante ellos era más joven que las demás *geiko* presentes. Quizás incluso más joven que ella misma. Cuando la chica echó a andar —acariciando las esterillas con cada uno de sus pasos—, vio el destello de seda roja acolchada que llevaba en el centro del peinado, justo en la coronilla: era el signo de una *maiko*, una aprendiz de *geiko* que aún debía abrirse hueco entre las filas oficiales del mundo flotante de Hanami. La cola de su largo kimono ondeaba tras ella como un suave remolino de viento. Ni en sus mejores

días Mariko podía llegar a imaginar la habilidad que hacía falta para caminar con tanta gracia cargada con el peso de tres túnicas interiores y un kimono de seda rosa pálida y brocados turquesas profusamente bordado. Sólo el *obi* parecía pesar una tonelada, con el inmenso lazo adornado que llevaba en la espalda.

Cuando pasó por su lado, le dedicó una sonrisa. Una que le hizo pensar que aquella joven conocía la respuesta a todas las preguntas jamás formuladas. La destreza de la *maiko* en el arte del cortejo no escondía la inteligencia calculadora de sus ojos pintados y, si hubiera tenido que adivinarlo, también habría dicho que poseía una mente formidable. El toque de dureza en su mirada le daba un aspecto aún más misterioso. Todos los hombres de la sala la contemplaban extasiados. Ōkami la observó fijamente mientras cruzaba la estancia medio flotando y asintió una vez cuando la chica miró en su dirección. Ranmaru la siguió con los ojos, preparado para cogerla si se caía, y en apariencia encantado de hacerlo, incluso desde la otra punta de la habitación. Sin embargo, a Mariko no se le escapó el brillo de dolor —el trasfondo de tristeza— que se asentó en la cara del líder del Clan Negro cuando la joven pasó por su lado sin prestarle la menor atención.

A eso debía de haberse referido anteriormente. Aquella *maiko* debía de ser la causa de su asedio interminable.

Y una posible debilidad.

Su interés creció al darse cuenta de ello, pero procuró contener la emoción. Tenía que mostrarse tan fría y tranquila como el Lobo.

Una vez que la joven alcanzó la pared del lado contrario de la sala de té, se detuvo. A continuación, se giró despacio, con movimientos perfectamente acompasados con el rasgueo del *shamisen*. Del bolsillo de una de sus largas mangas, sacó dos abanicos de seda plegados, los abrió de un golpe y adoptó una pose fija, mirando por encima del hombro al público embelesado que quedaba tras ella. Cuando se enfrentó a él, hizo girar un abanico alrededor de su dedo índice como un delicado molinillo y el otro lo agitó por el mar de caras fascinadas, enviándoles su aroma a ciruela dulce y madreSelva.

Siguió flotando por las esterillas, ondeando y recogiendo los abanicos al unísono con la música. Aunque Mariko no veía que el baile tuviera nada de sensual, no pudo evitar sentir cierta excitación.

Había algo en él que le resultaba prohibido. Ilícito.

Era consciente de que le habían brindado una oportunidad de oro. ¿Cuántas mujeres nobles habían estado en el interior de una casa de té de Hanami? ¿Cuántas habían presenciado con sus propios ojos el famoso arte de las *geiko*, un arte que se habían cuidado de controlar y ocultar a las de su clase durante tantos siglos?

La experiencia le abrió la mente a nuevas consideraciones.

La chica no podía tener más de diecisiete años, como ella. Se preguntó de pasada si habría elegido su propio futuro o si, como en su caso, otros habrían elegido por ella. Una hermana, un padre, una madre, una tía... Por un giro del destino, esa

muchacha podría haber sido ella misma. Y viceversa.

Había algo en la actuación de la *maiko* que le impactó como solían hacerlo los sauces: una belleza profunda, si bien conmovedoramente triste.

La sala prorrumpió en aplausos cuando la joven terminó su danza de abanicos. Esta hizo una reverencia y se dirigió hacia ellos con elegancia. De nuevo ignoró a Ranmaru y pasó de largo casi con frialdad, haciendo caso omiso a la oleada de dolor que surcaba su cara. Después le brindó otra sonrisa encantadora a Mariko antes de acomodarse junto a Ōkami.

¿Aquella era la chica a la que este visitaba con frecuencia en Inako? ¿Ōkami se atrevería a tener un romance con la muchacha que ocupaba el corazón de Ranmaru? Eso parecía demasiado cruel, incluso para el Lobo. Por no decir que era una pérdida de tiempo, dinero y energía.

Cuando la adorable *maiko* se inclinó hacia la oreja del chico —y le acarició la angulosa mandíbula con los pétalos blancos del postizo que llevaba en el pelo—, una sensación incómoda se apoderó de su estómago. Se interrogó acerca de ello durante un instante y el enfado no tardó en salir a la luz.

No estaba enfadada con la *maiko*, la mera idea era ridícula. Si la chica se aprovechaba de Ōkami o de Ranmaru —haciendo que el primero se gastara su dinero y rompiéndole el corazón al segundo—, no era asunto suyo.

A menos, claro estaba, que ella también se aprovechara de ello.

Admitió que quizás una parte de ella estaba enfadada por el modo en que la chica manipulaba a un joven para causarle dolor a otro. Chiyo solía chismorrear sobre sirvientas que se comportaban así y a ella nunca le había gustado.

Pero ¿por qué iba a importarle lo que esos idiotas hicieran con su tiempo y su dinero?

Era obvio que el sake empezaba a hacerle efecto.

—Ōkami-sama —dijo la *maiko* con una voz que era una mezcla perfecta de timidez y falsa modestia—, gracias por venir a verme esta noche.

Sus ojos exquisitos se deslizaron hacia Ranmaru con evidente intención. Entonces, su mirada volvió a endurecerse, aunque sólo por un segundo.

Otra oleada de exasperación le recorrió la espina dorsal. Era obvio que la chica jugaba con fuego. Que jugaba a conciencia con los sentimientos de Ranmaru.

Pero ¿con qué fin?

Y ¿había algún modo de aprovechar la ventaja de la joven para alcanzar sus propios objetivos?

La *maiko* inclinó la cabeza —acercándose todavía más a Ōkami— y continuó susurrándole al oído. Al cabo de un rato, él asintió con indulgencia y la chica sonrió. Se subió una de las mangas del kimono para servirle una taza de té caliente; cada uno de sus movimientos era como humo líquido.

Conforme pasaba el tiempo, se iba evidenciando más que, fueran cuales fueran los motivos últimos de la joven con respecto a Ranmaru, Ōkami y ella compartían

algo. Hablaban en susurros. Con intimidad. No se produjo ni un silencio incómodo entre los dos. El muchacho no tenía que pedir nada; la *maiko* se anticipaba a cada uno de sus deseos, y todo ello mientras lo miraba con absoluta confianza.

A Mariko le molestó levemente ser testigo de aquello. ¿Así se comportaban las mujeres jóvenes en compañía de hombres guapos? Qué ridiculez. No era de extrañar que a los chicos les encantase pasar el tiempo en sitios como Hanami. Habría apostado todo lo que tenía a que esa *maiko* en particular era la razón por la que Ōkami viajaba tan a menudo a Inako.

El pestillo de una puerta se abrió en su mente.

Tal vez aquella chica también fuera la conexión entre el Clan Negro y quienes los habían contratado. La que había proporcionado a esos mercenarios el acceso a los muchos secretos de la ciudad imperial. Las *geiko* eran bien conocidas por guardar y difundir entre la nobleza información valiosísima; su libre acceso a hombres poderosos les concedía cierto poder en los asuntos de estado.

Quizás aquella joven tuviera las respuestas que tanto buscaba.

La *maiko* se puso de pie haciendo frufnú con su kimono de seda. Cuando pasó por delante de Ranmaru, él hizo ademán de levantarse.

—Yumi... —la llamó en voz baja—, por favor...

Ella lo fulminó con la mirada antes de abandonar la estancia.

Mientras el líder del Clan Negro se removía nervioso a su lado —con sus rasgos marcados por la aflicción—, Ōkami se acabó su té en silencio. El único consuelo que le ofreció a su amigo fue servirle otro vaso de sake. Después se levantó y siguió el camino que Yumi había tomado poco antes.

Cuando se marchó, Mariko se planteó qué hacer a continuación. Su mente era un hervidero de pensamientos. Estaba claro que Ranmaru y Ōkami se habían enamorado de la misma chica, aunque era raro que aquel conflicto no hubiera hecho mella todavía en su amistad. La única conclusión a la que llegó era que quizá la muchacha sirviera a un propósito de mayor importancia.

La puerta de su mente se abrió de golpe.

Yumi tenía que ser alguien muy importante para el Clan Negro.

En ese momento, no pudo aguantarse las ganas de saber a qué propósito servía la joven. Las ganas de saberlo todo acerca de ella.

Aquella flaqueza innegable.

El descubrimiento le hizo pasar a la acción. Se tomó un último vaso de sake y decidió aprovecharse del bajo estado anímico de Ranmaru. Tartamudeó cuando le pidió a una de las asistentes que la llevara a un lugar donde pudiera aliviarse. Al salir de la sala de té, enfiló un pasillo que conducía a un patio cerrado donde había un camino dispuesto con elegancia y un arroyuelo que serpenteaba por el centro. Dobló con rapidez la siguiente esquina y se detuvo en seco.

Al otro lado del patio, Ōkami y Yumi permanecían envueltos en las sombras al amparo de un alero bajo. Hablaban en susurros y la *maiko* estaba a poquísima

distancia del Lobo. Se le cortó la respiración al contemplar la cara con la que Ōkami escuchaba lo que la hermosa joven decía.

Una cara que ostentaba una expresión de calidez. De comprensión. De compasión.

Sin duda, de amor.

Le sentaba bien. Sorprendentemente bien, teniendo en cuenta su anterior desdén hacia aquel sentimiento. Si no lo hubiera visto con sus propios ojos, nunca lo habría creído. Por el contrario, Yumi parecía turbada; tenía los hombros hundidos y sus dedos se aferraban a las mangas de seda.

Cuando la cabeza de la joven se dobló hacia delante, como impulsada por un peso invisible, Ōkami la estrechó entre sus brazos y la atrajo hacia sí.

Para ofrecerle consuelo.

Otra punzada de enfado la atravesó justo por debajo del corazón.

No entendía lo que Ōkami veía en esa chica, además de lo que saltaba a la vista. Para ser sincera, se esperaba mucho más de él. No era nada sensato que mostrara sus afectos tan a la ligera. Justo un rato antes había elogiado su postura ante el amor. Había comprendido su postura ante las emociones en general.

Toda aquella exhibición era un sinsentido. Una pérdida de tiempo, y más con aquella joven de por medio que probablemente le traería problemas con Ranmaru.

Mariko apretó los labios. Daba igual que Ōkami y Ranmaru estuvieran en desacuerdo. En realidad, hasta podía venirle bien.

Echó los hombros hacia atrás y se escurrió entre las sombras con la intención de acercarse a Ōkami y a Yumi y captar algo de su conversación. Se acordó de lo que Kenshin y ella hacían de niños cuando querían espiar a los mayores: se chupaban un dedo y lo apoyaban en uno de los paneles de papel de arroz para hacer un agujero diminuto por donde escuchar a escondidas. Pero, claro, los paneles de aquella casa de té eran de seda, como si los constructores se hubieran percatado de la necesidad de asegurar la máxima discreción posible en todos los rincones de Hanami.

Como no hallaba la manera de aproximarse, miró hacia arriba. El alero bajo del extremo del patio quedaba a su alcance. Podía agarrarse a él y avanzar siguiendo la línea del tejado. Si se acercaba lo suficiente, oiría lo que decían.

Examinó los intrincados faroles de cobre que colgaban de cada alero de madera. Eran iguales que los del exterior de la casa principal, sólo que más pequeños. Algunos no estaban encendidos todavía; al parecer, los propietarios consideraban que la luz plateada de la luna llena era más que suficiente para iluminar el patio interior, a pesar del vellón de nubes que se apreciaba en el cielo.

Apuntaló un pie en una viga de apoyo y trepó al tejado; sus movimientos quedaron amortiguados por el persistente ruido de abajo. Una vez arriba, se planteó ponerse de pie, pero se dio cuenta de que sus calcetines *tabi* no le proporcionarían la tracción necesaria para moverse con libertad. Así que, en vez de eso, reptó como una araña por las tejas curvas agachando la cabeza.

Cuando miró por encima del caballete, estuvo a punto de caerse y el pulso se le aceleró.

«No es posible».

Allí, junto a las cascadas que había cerca de la entrada de la casa de té más refinada de Hanami, había una cara igual que la suya. Una cara junto a la que se había criado. Una cara que ella comprendía como nadie lo haría jamás.

Hattori Kenshin.

El Dragón de Kai por fin la había encontrado.

## EL FAROLILLO VOLADOR



**M**ariko pensó rápido; tenía la mente en llamas.  
«¿Qué está haciendo Kenshin aquí?».

Era posible que su hermano le hubiera seguido la pista hasta Inako, aunque parecía muy improbable que alguien pudiera seguir su estrambótico rastro por un bosque montañoso hasta la ciudad imperial. Aun así, si había una remota posibilidad de que alguien lo consiguiera, sabía que sólo podía ser Kenshin. Lo cual significaba que también era posible que supiera que el Clan Negro era el responsable del ataque a su convoy.

Ahora se topaba con las consecuencias.

Por imposible que pareciera, allí estaba su hermano.

Kenshin esperaba junto a la laguna azul mientras sus dos compañeros encapuchados hablaban con los encargados de la puerta. Incluso de lejos, veía la preocupación reflejada en su cara.

La profunda pesadumbre.

Se debatió por encontrarle sentido a todo aquello. Por urdir un plan.

Aunque hubiera conseguido seguirle la pista hasta allí, no podía permitir que la descubriera. Había arriesgado demasiado para llegar tan lejos.

«No estoy lista para renunciar al control. Todavía no.

Ni para volver a casa».

Su hermano no había llegado solo a la casa de té; dos nobles más habían cruzado las puertas con él. Unos de una familia extremadamente rica, a juzgar por sus ropas. El modo en que otros sirvientes se materializaban desde las sombras para atender todas y cada una de sus necesidades no hacía sino ratificar ese punto.

Cuando cuatro miembros de la guardia imperial se colocaron bajo el resplandor de los farolillos a su derecha, el corazón le dio un vuelco: los dos jóvenes que acompañaban a Kenshin pertenecían al círculo más íntimo de la corte. Posiblemente hasta fueran miembros de la propia familia real. Buscó con la mirada algún rastro de sus blasones. Intentó ver sus mantos resplandecientes al pasar.

¿Era posible que uno de aquellos encapuchados fuera su prometido, Minamoto Raiden?

Tragó saliva, los nervios se le tensaron y el pulso le bulló en las venas.

Si su hermano y sus acompañantes reales la encontraban allí —junto a los ladrones más infames del imperio y gateando por el tejado de la casa de té más



popular de Hanami—, la escena resultante sería de todo punto desastrosa.

Desbarataría todos sus planes. Desbarataría su deseo de ahorrarle a su familia cualquier bochorno y demostrar su valía más allá del matrimonio. Desbarataría su oportunidad de descubrir quién había conspirado para asesinarla.

Sin mencionar el escándalo que se destaparía cuando se revelara que la futura esposa de Minamoto Raiden había desaparecido para reaparecer...

Vestida como un chico.

Por último, no quería ni imaginar lo que ocurriría si se producía una pelea entre Kenshin y algún miembro del Clan Negro.

Y mucho menos con Ōkami.

Se estremeció al contemplar esa posibilidad. Kenshin era el mejor samurái que había conocido jamás, pero ningún guerrero que conociera se movía como el Lobo.

No. Jamás permitiría que cruzaran sus caminos.

Mientras su pánico iba en aumento, el más alto de los acompañantes de su hermano se quitó la capucha del manto. Incluso desde su posición elevada en el caballete del tejado, vio el blasón plateado impreso en el entramado de seda de la capucha.

Tres flores de genciana y una ramita de hojas de bambú.

El blasón del clan Minamoto.

Su terror se convirtió en un destello candente. En un penacho incontrolable.

Nunca antes había visto a Minamoto Raiden, pero, por lo que le habían contado, sabía que era alto. Un diestro miembro del *yabusame*. Chiyo estuvo a punto de desmayarse cuando se anunció oficialmente su compromiso.

Pese a su falta de pruebas, casi podía aventurar que el acompañante más alto y fornido de su hermano era su prometido. Lo que significaba que...

El más menudo..., el chico más delgado que seguía llevando un manto e iba escudado por guardias imperiales, era...

A Mariko se le quedó el cuerpo adormecido, como si un vendaval frío hubiera arrasado el tejado.

«El príncipe heredero de Wa».

Minamoto Masaru había desterrado a Takeda Ranmaru. Aunque este último no había pronunciado el nombre del emperador aquella noche junto al *jubokko*, no era estúpida. Ōkami y Ranmaru creían que el emperador había traicionado y asesinado a sus respectivos padres.

Que sus hijos se encontraran por casualidad en una casa de té en las profundidades de Hanami en una oscura noche de verano no presagiaba nada bueno.

Consumida por la preocupación, siguió observando desde su puesto cómo Kenshin se enjuagaba las manos en la misma jofaina que ella había utilizado unas horas antes. Vio cómo esperaba entrar en la misma casa de té. Ahora se le antojaba imposible volver a su sitio en la sala principal. Si su hermano la veía, la reconocería en un abrir y cerrar de ojos.

El pánico se apoderó de ella cuando se dio cuenta de que Ōkami regresaba a la casa acompañado de Yumi, lo que significaba que su camino no tardaría en cruzarse con el de Kenshin. Si el primero volvía y descubría que había desaparecido, seguro que le preguntaría a Ranmaru adonde había ido, los dos empezarían a hacer preguntas y descubrirían que no había desaparecido simplemente para aliviarse.

Y su hermano lo oiría todo.

Sin saber a ciencia cierta qué información poseía ya Kenshin, era dejar demasiado a la suerte.

Tenía que conseguir que el Clan Negro abandonara la casa de té con ella a la zaga. Antes de que su hermano se percatara de lo que estaba ocurriendo. Porque, si el Dragón de Kai estaba allí para encontrarla, la encontraría. No pararía hasta conseguirlo.

Y ella no podía permitir que eso ocurriera.

«Todavía no».

A su modo de ver, tenía dos opciones inmediatas:

Podía intentar distraer a su hermano provocando un alboroto cerca de él —tal vez lanzando la única estrella arrojadiza que le había afanado a Haruki— o podía crear una distracción cerca de Ōkami, lejos de la sala principal de la casa de té. El tipo de distracción que les garantizara una oportunidad de atraer a Ranmaru para que todos pudieran escapar sin ser vistos.

Cuando se enfrentó a la decisión de amenazar a su hermano —y ya de paso al príncipe heredero de Wa— o a Ōkami, lo tuvo claro. Agarró la cadena de un farolillo de cobre apagado que tenía detrás, lo arrastró hasta el tejado y apuntó bien.

En cuanto el Lobo estuvo a tiro, lanzó el farolillo a sus pies con intención de pillarlo desprevenido. Esperaba que, con el brevísimo intervalo de tiempo que le proporcionaría aquella distracción, dispusiera de un instante para bajarse del tejado sin ser vista e informar discretamente a Ōkami de los recién llegados a la casa de té.

Por supuesto, podía limitarse a decir algo. A gritarle desde lo alto. Pero, si podía evitarlo, no deseaba que supiera que lo había estado espiando. Además, no podía arriesgarse a que Kenshin la oyera. O peor, a que la viera.

Así que no le quedaba otra cosa que aquel farolillo.

Por desgracia, calculó mal dos cosas cuando se lo arrojó al Lobo con audacia:

El sorprendente peso del metal suspendido de una simple cadena.

Y la rapidez de los reflejos del chico.

En cuanto este oyó el chirrido del metal oscilante sobre sus cabezas, apartó a Yumi y alzó la vista en el mismo movimiento.

La *maiko* gritó cuando aquel farolillo inesperado se estrelló en la cara de Ōkami e hizo que este cayera por encima de la barandilla al riachuelo burbujeante. Los koi naranjas y blancos salieron disparados en todas direcciones cuando el chapuzón resonó en todo el patio y atrajo la atención de todos los que se encontraban cerca.

Mariko pestañeó: sus ojos y su boca formaban óvalos perfectos. El joven se retiró

el pelo de la cara y alzó una mirada de odio puro hacia ella.

Como si hubiera sabido dónde se encontraba desde el principio.

«No ha salido exactamente como había planeado».

Yumi bajó la vista hasta el cuerpo empapado de Ōkami y se cubrió con una mano sus labios pintados a la perfección.

En la entrada, Kenshin dio un paso desde debajo del saliente que cubría las puertas correderas de la casa de té, atraído por el grito como de campanilla de Yumi y el sonido del chapuzón. Minamoto Raiden salió de las sombras siguiendo los pasos de Kenshin.

Mariko se agachó aún más para esconderse de cualquiera al que se le ocurriera levantar la cabeza.

Con la esperanza de que Ōkami no desviara la atención hacia ella.

Rezando por que se produjera un milagro.

Cuando el Lobo se incorporó de pronto —la recriminación se leía en sus ojos oscuros, el agua se escurría de sus delicadas ropas—, Mariko lo fulminó con la mirada antes de que empezara a gritarle. Luego señaló con el pulgar por encima de su hombro, como si aquello supusiera suficiente explicación. Como si le ofreciera una excusa válida para lanzarle una caja de metal a la cabeza. El chico miró hacia el camino que llevaba a la sala principal de la casa de té, hacia la hilera de figuras ricamente vestidas que ahora se dirigían en su dirección. Aunque su furia continuaba intacta, entrecerró los ojos. En menos de un instante, sus rasgos reflejaron que lo había entendido.

Agarró la cadena del farolillo que Mariko le había lanzado y que había caído a su lado. Luego silbó, emitiendo un sonido similar al de un ave acuática.

De nuevo el terror se aferró a la garganta de Mariko y le atrapó la voz como con una mordaza.

Su hermano se acercaba a cada segundo que pasaba. Si había seguido su pista hasta allí —si había seguido su pista desde el bosque Jukai hasta la ciudad imperial—, era probable que sospechara que el Clan Negro la había raptado. ¿Conocía él la identidad del chico desterrado que dirigía la banda de mercenarios?

¿Reconocería a Ōkami o a Takeda Ranmaru?

Permaneció al borde del tejado mientras los latidos de su corazón retumbaban en sus oídos.

Se sentía impotente. Inútil. La sangre le bullía, encendida por el miedo.

Kenshin y sus acompañantes dieron la vuelta a la esquina por debajo de donde se hallaba agazapada. Pronto verían al Lobo. Estarían a escasa distancia. Y este último no parecía alterado ni intentaba huir. Se limitó a hacerle un gesto a Yumi para que se marchara. Luego saltó la balastrada describiendo un arco de agua cristalina a su espalda.

A Mariko le temblaban los dedos. No estaba segura de lo que pretendía hacer, pero era obvio que iba a presentar batalla, incluso frente a los guardias imperiales.

Incluso frente al celebrado poderío del mejor miembro del *yabusame*.

Los ojos del chico estaban fijos en el grupo que seguía avanzando.

Fijos en el Dragón de Kai.

Un escalofrío erizó la piel de Mariko.

«Debe de reconocer el blasón Hattori de las vestiduras de Kenshin».

Lo cual significaba que tenía que saber los motivos por los que Hattori Kenshin había seguido su pista hasta allí: porque el Clan Negro era culpable de intentar asesinar a su hermana. Culpable de atacar su convoy.

Culpable de todo, como ella siempre había sospechado.

Y ahora Ōkami pretendía enfrentarse a él. Pretendía acabar con ese asunto de una vez por todas.

Lo supo en aquel instante... más allá de toda sombra de duda...

Ninguna información valía la vida de su hermano.

Se sacó la estrella arrojadiza de la manga. Se la colocó entre los dedos. Mataría a Ōkami si hacía amago de desenvainar una espada. Si su mano intentaba siquiera tocarla. Cuando levantó la estrella hacia la luz, en la oscuridad del final del camino se produjo un tumulto. Una sombra cruzó los aleros con pasos sigilosos y las facciones enmascaradas.

Una hoja plateada surcó el aire.

Y un grito de Mariko resonó en la noche.

## UN INTERCAMBIO SINCERO



Todo ocurrió al mismo tiempo. Antes de que Ōkami tuviera la ocasión de atacar, la hoja iluminada por la luna volvió a trazar un arco entre las sombras y estuvo a punto de impactar en la cabeza de Kenshin, pero este esquivó el golpe con unos reflejos asombrosos y desenfundó la *katana* mientras se giraba.

Mariko ahogó un grito cuando la misma figura se precipitó hacia la luz de un farolillo cercano. Aunque fue sólo un momento —y aunque una máscara negra le ocultaba la parte inferior de la cara—, reconoció el traje del agresor.

«Ranmaru».

El líder del Clan Negro evitó el golpe defensivo de Kenshin y luego lo esquivó a él por completo. Como si no tuviera intención de enfrentarse a su hermano, pero quisiera inhabilitarlo. Su objetivo parecía ser el guerrero que lo seguía.

Minamoto Raiden. Su prometido.

Ante eso, Raiden desenvainó su brillante *katana* y empujó hacia atrás a su hermano menor antes de llamar a voces a los cuatro guardias imperiales, que ya acudían en su dirección.

Ōkami se encaró con Raiden en el mismo instante en que el prometido de Mariko blandía su espada. Una máscara negra oscurecía ahora la cara del Lobo, aunque su arma seguía sin ser nada más que un farolillo de cobre que oscilaba desde una fina cadena.

Los guardias imperiales acudieron corriendo por la pasarela y el chasquido de sus espadas al desenfundarse reverberó por todas partes. Ranmaru atacó al primero de ellos. Los dos últimos ya habían agarrado al príncipe heredero y lo habían alejado de la reyerta.

Cuando un bajo murmullo empezó a condensarse en el aire, Mariko clavó los ojos en Ōkami.

Las líneas de su cuerpo habían comenzado a desdibujarse. A ondear con un movimiento incontrolado.

«No».

Lanzó la estrella arrojadiza en mitad de aquella aglomeración y la vio girar hacia la espalda del chico, hasta que se clavó finalmente en uno de sus omóplatos. Ōkami gritó —más de furia que de dolor— mientras los temblores de su cuerpo se intensificaban. Ranmaru esquivó otro golpe de Kenshin y se abrió camino a duras penas hasta colocarse junto a su amigo herido.

—¡Vete de aquí! —le gritó el Lobo conforme se arrancaba la estrella de la espalda —. ¡Ya!

Ranmaru vaciló.

—¡Ya! —repitió Ōkami con voz ronca.

Sus dedos ensangrentados estaban aferrados a la larga cadena del farol con la intención de usarlo como arma.

Con una inconfundible expresión de culpa, el líder del Clan Negro se fundió en la oscuridad como el humo en el cielo nocturno.

Mariko se percató del momento exacto en que Kenshin creyó que tenía una oportunidad. Haciendo gala de una firme determinación, su hermano apartó a uno de los guardias imperiales restantes de un empujón y cargó contra su oponente.

Entonces, el bajo murmullo que flotaba en el aire alcanzó un tono febril y el Lobo se convirtió en un borrón en movimiento que atacaba a todo lo que se cruzaba en su camino, haciendo girar el farol en círculos perfectos.

Sin la menor vacilación, Mariko se lanzó sobre su hermano desde el filo del tejado para intentar protegerlo. Él forcejeó y se dio la vuelta en el aire mientras ambos perdían el equilibrio y caían en la pasarela de madera.

Kenshin se golpeó la cabeza con el borde de un pilar. Su cuerpo cayó hacia delante, inerte. Los dedos helados y temblorosos de Mariko volaron hasta su boca para comprobar si respiraba. Un suspiro se le escapó de los labios cuando descubrió que sólo estaba inconsciente.

Antes de que pudiera hacer nada más, alguien la asió de la cintura y la arrastró hacia la oscuridad. La brisa nocturna le azotaba la cara mientras se alejaba como volando de la escena, transportaba por un viento endiablado.

\* \* \*

Se estrelló contra una pared de yeso.

En cuanto pudo coger una bocanada de aire, vio que habían ido a parar detrás de la casa de té. Ōkami la había agarrado y había echado a correr más rápido que un relámpago. Debía de haber tomado alguna salida secreta para llegar tan rápido al otro lado del complejo.

El Lobo le plantó un brazo bajo la garganta; la manga de su elegante *haori* seguía empapada por el reciente chapuzón.

—¿Qué estás haciendo, Sanada Takeo? —le exigió entre jadeos. La rabia teñía su voz y le tensaba los músculos del cuello—. ¿Intentas matarme?

Mariko incluso lo sentía temblar. El pulso se le aceleró hasta convertirse en un martilleo marcial. Pensó con rapidez.

—¡No! Intentaba salvarte y he calculado mal...

—No me mientas. —Le introdujo los dedos en el cuello del *kosode* y tiró de ella,

mientras el zumbido aún ondeaba por su piel—. Basta de mentiras, Sanada Takeo.

Por encima de la máscara, los ojos le brillaban como obsidiana: dos piedras negras insondables de magma frío.

—No estoy mintiendo —susurró a duras penas debido a la opresión en la garganta.

—Aunque sea sólo por esta noche, dime la verdad.

Una ligera llovizna de primavera empezó a caer a su alrededor. Ōkami le colocó las manos a ambos lados de la cabeza y la enjauló entre sus brazos; las venas se le tensaron en silente amenaza.

—Sólo si... —tragó saliva—, sólo si tú haces lo mismo. El precio de mi verdad es la tuya.

El tono del chico descendió hasta un susurro letal:

—¿Todavía te atreves a negociar?

A Mariko se le subió el corazón a la garganta y el pulso le restalló en los oídos.

—Tengo las respuestas que buscas. —Se armó de valor. La lluvia caía ahora sin tregua—. Quítate la máscara y yo me quitaré la mía.

Ōkami torció los labios. Entonces, sin previo aviso, le oprimió la garganta una vez más con un apretón leve pero implacable.

—Ese es el problema de llevar una máscara. —Flexionó los dedos y la empujó contra la pared de yeso—. Que en cualquier momento se puede quitar.

Mariko quiso contraatacar, pero se mantuvo inmóvil. Tenía las manos aferradas a la muñeca del Lobo. Si este deseaba verla revolverse —como era propio de los depredadores—, no pensaba darle esa satisfacción. Cuando se encontró con sus párpados caídos y el cielo sin estrellas de su mirada, no halló ni rastro del depravado de ojos somnolientos al que había conocido una noche en un antro de mala muerte.

Sino que halló mucho más. En todos los sentidos.

Ya no sentía miedo alguno. Lo único que sentía era una mayor fortaleza.

—No te tengo miedo —dijo, y le soltó la muñeca.

Luego le arrancó la máscara de la cara.

—Bien —repuso él en voz baja. Empezó a sonreír mientras la miraba con frialdad—. ¿Un intercambio sincero?

Mariko pestañeó perpleja.

—¿Qué?

La confusión le robó el aliento.

—Aún te debo una herida, Sanada Takeo —susurró él a través de la lluvia torrencial.

Y, tras eso, la liberó.

Sólo cuando notó que sus pies se nivelaban con los desgastados adoquines del callejón vacío, se dio cuenta de que Ōkami la había tenido suspendida en el aire. Sabía que debería haberse asustado al enfrentarse a semejante crueldad. A semejante control. Pero, curiosamente, no sentía miedo.

Se sentía poderosa.

Poderosa por haber aguantado su negra mirada.

—No te separes de mí. Como se te ocurra echar a correr, te retorceré ese cuello flacucho que tienes —le advirtió el Lobo al tiempo que giraba y se adentraba en la oscuridad.

Mariko lo siguió mientras cruzaba otro callejón serpenteante. Luego, otro. Y después, dos más antes de que salieran a la calle principal de Hanami. Una vez allí, Ōkami se quitó la chaqueta azul y le dio la vuelta para revelar un *haori* de fina seda marrón. Un color que disimulaba la sangre de la herida que tenía en la espalda, al menos de lejos. Luego se desató la cuerda negra de la cintura y se la tendió a Mariko.

En mitad de ese silencio forzado, ella también le dio la vuelta a su chaqueta y cambió su propio aspecto.

Durante un rato, siguieron recorriendo las calles mojadas por la lluvia, deteniéndose sólo para robar un par de sandalias nuevas, hasta que pusieron rumbo hacia un puente medio en ruinas. Hacia una parte de la ciudad donde los olores eran descarnados y la gente, sin duda más andrajosa. Una parte radicalmente opuesta a Hanami. Muchas de las ventanas estaban agujereadas, y el hedor a aguas fétidas y residuales se elevaba en el aire de la noche y se filtraba por los conductos abiertos antes de abrirse camino por el centro de las calles.

Aunque Mariko se moría de ganas de preguntarle adonde se dirigían —adonde había ido Ranmaru—, sabía que era mejor no presionarle. El chico no solía demostrar enfado ni emoción alguna. Y tampoco era propenso a sufrir arrebatos de furia. En el pasado, nunca lo había visto mostrar interés por casi nada.

Pero era evidente que sí se había puesto furioso con ella junto a la casa de té, aunque sólo hubiera sido por un momento. Lo bastante furioso como para bajar la guardia. Como para demostrarle que sí se preocupaba por algo aparte de sí mismo.

Le había advertido que no echara a correr.

Esa declaración era lo que más le había sorprendido.

Si le resultaba tan molesta —una fuente de tantos males—, ¿por qué no quería deshacerse de ella? ¿Por qué no dejaba que se las arreglara sola?

Después de todo, le había lanzado un farol y le había clavado una estrella arrojadiza en la espalda. Cualquiera otro hombre habría matado a Sanada Takeo por menos. Como poco, le habría devuelto la jugada.

Observó a la figura alta y competente que avanzaba delante de ella y una extraña calidez se instaló en su pecho. Algo parecido a la confianza.

Casi en el mismo instante, desterró aquel pensamiento traicionero y el honor ocupó su lugar. Ōkami había estado a punto de agredir a su hermano, había intentado infligirle un daño incalculable. Había estado a punto de matar a Kenshin. A punto de matarla a ella y de diezmar su convoy.

«Se merece todo lo que le haga. Y más».

Le lanzó una mirada asesina a su espalda y vio a aquella figura con una nueva luz.



Una luz teñida de tonos siniestros: los rojos de la violencia, los negros de la muerte, los verdes de la venganza. Luces borrosas y armas cortantes. Volutas de humo.

—¿Cómo puedes desplazarte así? —le espetó.

Él no respondió.

—¿Naciste con esa habilidad? —continuó.

—No —replicó tajante, sin mirar siquiera en su dirección.

Lo que significaba que su magia era un don.

Aunque sabía que era una temeridad seguir insistiendo, se moría por saber quién —o qué— le había otorgado semejante poder. Y en qué consistía. Pero sabía que era mejor no preguntarle ahora.

No tardaron en detenerse ante una verja rodeada por una celosía rota. La madera empleada para construirla se había vuelto gris y los bordes se estaban deformando. Mariko estaba segura de que habría inutilizado la cerradura de una buena patada.

Cuando Ōkami se detuvo para llamar con suavidad a la puerta, se permitió mirarlo a la cara.

Pero no logró distinguir nada en sus profundidades.

«Nada nuevo, para variar».

La puerta se abrió con un chirrido herrumbroso y apareció una mujer de la edad de su madre sujetando una lamparita en la mano. Su cara era amable, pero parecía agotada.

—¡Tsuneoki-*sama*! —exclamó, mirándola por encima del hombro de Ōkami—. ¿Mi señor Ranmaru no está con vos?

A Mariko le sorprendió que llamara a Ōkami por su nombre de pila.

«Tsuneoki. Si es hijo de Asano Naganori, como Ranmaru reveló aquella noche junto al *jubokko*, su nombre real es Asano Tsuneoki».

—Nos separamos en una trifulca. —Aunque habló con serenidad, Mariko distinguió la irritación subyacente que destilaban sus palabras.

Una de las comisuras de la boca de la mujer se torció hacia abajo cuando se fijó con atención en la mancha oscura de su *haori*. Con la suficiente atención como para percatarse de que era de sangre.

—Ya veo.

Ōkami ignoró su gesto de preocupación.

—Quería disculparme en persona, *Korin-san*. —Rebuscó entre los pliegues de su *kosode* blanco y sacó una bolsita atada con un cordón, que le pasó a la mujer con las dos manos—. Esto es todo lo que puedo darte por ahora, como resultado de los... acontecimientos de esta noche. El resto de los fondos los han interceptado.

Las arrugas del ceño fruncido de la mujer se intensificaron.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Nos han... traicionado? —Su voz casi se quebró en la última palabra.

Lo cual respondía a la primera de las muchas preguntas sin respuesta que se hacía Mariko: aquella mujer no estaba relacionada con la casa de té. Ōkami no le había

traído dinero para resarcirla por los daños de esa noche.

—No. —Un ínfimo suspiro escapó de los labios del joven—. Es sólo que nos han surgido ciertas complicaciones.

—¿Con algún miembro de la nobleza o de los soldados imperiales?

A él casi se le escapó una sonrisa.

—En realidad, con los dos. Parece que esta noche estamos muy solicitados.

La anciana se apoyó en el quicio de la puerta para afianzar su cuerpo agotado.

—No teníais que haber venido esta noche, Tsuneoki-*sama*. —La voz de Korin era amable. Cariñosa—. Si os habéis visto involucrado en una trifulca, os ponéis en peligro quedándoos en la ciudad. Vuestros enemigos os estarán buscando.

Ōkami negó con la cabeza.

—Nos estabas esperando, Korin-*san*. Y no iba a dejar que a aquellos a quienes cuidas les faltase de nada.

Ella hizo un gesto despreocupado con la mano.

—El oro que trajisteis la semana pasada servirá para abastecer de ropa y comida a los niños durante el resto del mes. Si somos comedidos, incluso puede que quede algo para el mes siguiente. No os preocupéis, Tsuneoki-*sama*, el Clan Negro hace mucho por nosotros. Nos protegéis. Nos cuidáis como nadie más lo hace. Muchos de los vecinos del barrio de Iwakura estamos en deuda con vosotros y os agradecemos todo lo que hacéis. Ninguno de nosotros cuestionará jamás vuestros actos. Ni vuestras intenciones.

«¿El Clan Negro la protege? ¿La ayuda a abastecer a la gente de este barrio?».

Mariko no pudo evitar que un destello de confusión surcara su rostro. Ōkami se puso rígido. Mientras se esforzaba por relajarse, su mirada recayó en ella y sus rasgos permanecieron tensos.

«Le molesta que me entere de todo esto».

—Muy bien. —Asintió—. Volveré la semana que viene con el resto del dinero.

Cuando Korin alargó la mano para estrechar las del Lobo, a Mariko le sobrevino una extraña sensación. Un curioso tipo de envidia. El deseo de que la trataran con el mismo afecto manifiesto. Un afecto espontáneo.

—Que los antiguos dioses os protejan —dijo la anciana, y luego se giró hacia ella. El modo en que la observó hizo que retrocediera en las sombras.

Por fin le ofreció una sonrisa.

—Y que los dioses nuevos protejan a vuestro *amigo*.

—No es mi amigo. —Aunque la declaración del chico era sincera, sus palabras le escocieron.

Mariko pensó en decir algo. En responder a Korin o a Ōkami con la misma despreocupación. Con la misma mordacidad.

Por fortuna, el vigilante nocturno pasó justo en ese momento, tocando su campanilla para indicar la hora.

—Entonces, ¿qué es... él?

La mujer pestañeó, visiblemente confundida, mientras la campana tintineaba tras ellos en un cielo violáceo.

«Él».

Mariko se puso pálida.

«Korin-san sabe que no soy un chico. ¿Cómo es posible?».

Cuando la atención de la anciana pasó de Ōkami a ella, sus rasgos se suavizaron. La contempló de nuevo, esta vez con mayor intención.

—Cla..., claro que no es vuestro amigo. —Korin se repuso y esbozó una sonrisa—. Mis disculpas.

Se inclinó ante Mariko, aunque sus ojos estaban llenos de un brillo cómplice.

«¿Cree que él y yo somos...?».

Casi lo dijo en voz alta.

Antes de que pudiera reaccionar —antes de que pudiera pensar en algo más allá de semejante ridiculez—, sus pensamientos se vieron engullidos por el curso de la conversación entre la anciana y Ōkami. Una conversación en susurros en la que se suponía que no debía tomar parte. El joven plantó un brazo en la verja maltrecha y le dio la espalda, eliminando su indeseable presencia del resto de la discusión.

A Mariko no le quedó otra que reflexionar acerca de todo lo que había ocurrido.

Acerca de todo lo que había descubierto.

La única conclusión a la que llegó fue la siguiente:

El Clan Negro escondía muchos más secretos de los que había creído en un principio.

\* \* \*

Kenshin estaba sentado en un rincón de la casa de té con cara de asesino. La joven sirvienta que le curaba las heridas de la cabeza y de las manos era prudente. Meticulosa.

Pero sus esfuerzos eran inútiles.

En ese momento, no había nada que pudiera consolarlo.

—Tienes suerte de que las heridas no sean graves —comentó Minamoto Roku mientras bebía un trago de sake de un vasito de porcelana vidriada.

—No ha sido cuestión de suerte —intervino Raiden—. Kenshin-sama ha reaccionado rápido. —Asintió con aprobación—. En la batalla, esa es una de las cosas más importantes.

—Perdonadme, mi señor, pero no he sido más rápido que mi atacante —replicó Kenshin en tono seco—. En la batalla, eso es lo único que importa.

Raiden lo escrutó con cara de perplejidad.

—Lo importante es: ¿por qué te atacaron? Creía que pretendían asesinar a mi hermano, pero está claro que al menos uno de los enmascarados iba a por ti. —Se

acarició la mandíbula—. ¿O el chico que saltó del tejado no llevaba máscara? No estoy seguro.

—No..., no lo sé, mi señor.

Frunció el ceño mientras revivía la escena en su mente: el borrón que se movía por encima de él; el impacto de un cuerpo contra su espalda; la repentina oscuridad.

Todo ello agravado por otra preocupación más acuciante:

¿Por qué su asaltante no había acabado con él cuando había tenido la oportunidad? Sobre todo al encontrarse en una posición más elevada.

—Esos hombres estaban demasiado organizados para tratarse de meros borrachos —continuó Raiden—. Es obvio que se encontraban en la casa de té por alguna razón. Pero ¿cuál?

El príncipe heredero sonrió mientras daba otro sorbito de sake.

—Lo que de verdad importa, hermano, es que esos enmascarados estaban allí a la par que nosotros y que nos atacaron antes de que entráramos siquiera en la casa. Eso significa que alguien tenía planeado esperarnos allí y pillarnos desprevenidos. Y me gustaría saber quién es.

Kenshin no dijo nada cuando la asistenta —una joven vestida con un kimono que le recordó fugazmente los ojos grises de Amaya— sacó una aguja curva de hueso y un carrete de hilo y empezó a coserle la herida de la frente. Cada vez que la aguja le atravesaba la piel, sus pensamientos se entretejían en su cabeza.

La preocupación por su hermana lo consumía.

¿Por qué lo esperaban aquellos hombres? ¿Tenían algo que ver con la desaparición de Mariko?

El rostro de la joven apareció ante sus ojos de nuevo.

Pero no era posible. No podía serlo.

¿O sí?

Una parte de él quería preguntarle a Raiden y a Roku si alguien en la ciudad de Inako conocía las identidades de los miembros del Clan Negro. Si algún integrante de la nobleza confiaba en sus servicios en algún sentido. Pero, si preguntaba, estaría revelando sus verdaderas intenciones; las verdaderas intenciones por las que había ido a la ciudad imperial.

Y aún no confiaba tanto en nadie como para hacer eso. Aún no. Y mucho menos en alguien del clan Minamoto. Todavía no estaba seguro de dónde residían sus lealtades.

Observó las manos firmes de la sirvienta mientras le suturaban la herida del brazo.

Mariko siempre había sido una pésima costurera.

\* \* \*

Aquella noche, en sus sueños, vio a un chico vestido de negro que llevaba una máscara con la cara de su hermana.

Bajo un par de ojos de saurio.

# EL MANANTIAL DE AGUA CALIENTE



**M**ariko no había creído que aquello fuera posible.

Sin embargo, el Clan Negro la estaba recompensando. Pese al hecho de que había herido recientemente a su paladín en la casa de té de Hanami.

Dos veces.

Ranmaru le había dado las gracias en persona por todo lo que había hecho para alertarlos. De la llegada de las tropas imperiales. Del príncipe heredero. Todo lo que había hecho para salvar a Ōkami.

Y, aunque las mentiras le hacían daño en los oídos, no era de las que rechazaban un cumplido.

Se instaló en el agua humeante, deleitándose con el tacto de su sedosa calidez. Parecía extraerle el mismísimo cansancio de los huesos. La tristeza de la piel. Hacía mucho tiempo que no se daba un baño en condiciones. Como recompensa por sus esfuerzos, el jefe del clan le había dado permiso para subir el camino de montaña que se abría entre los afloramientos rocosos cerca de la tienda de Haruki y dirigirse hacia el conjunto de manantiales de agua caliente situados por encima del lago que servían como otra de las fronteras naturales del campamento. Ranmaru, por supuesto, seguía sin confiar plenamente en ella —pues había dado instrucciones a Ren de que se quedara al principio del sendero, preparado para atraparla en caso de que intentara huir—, pero al menos era algo. Una escueta muestra de confianza.

Una confianza que necesitaba con desesperación para ascender en sus filas.

Cuando se recostó en una piedra suave —deteniéndose para permitir que su superficie amasara la tensión acumulada entre los hombros—, se detuvo a reflexionar sobre todo lo que había ocurrido la noche anterior.

En realidad —a pesar del enorme peligro que había supuesto para su hermano—, había sido una noche más bien exitosa. Había aprendido mucho. Había experimentado cosas que nunca hubiera soñado experimentar. Había participado en una pelea real.

«Pronto Takeda Ranmaru me pedirá consejo. Después de eso, puede que incluso llegue a confiar en mí y me cuente los secretos que deseo conocer».

Las posibilidades calentaban sus ánimos casi tanto como el agua sus huesos.

Una nube de vapor le relajó el cuello cuando se sumergió bajo la superficie del agua, hasta que esta le quedó justo por debajo de la barbilla. Emitió un ruidoso suspiro. Aquellos manantiales eran un milagro. Un milagro calentado por los fuertes

vapores casi mentolados que emanaban de la montaña, así como de la tierra de abajo. La misma combinación de elementos que originaba las brillantes rocas amarillas que poblaban los alrededores. Mariko conocía aquellas piedras ligeramente nocivas. Hubo un tiempo en que la antigua montaña lejana entró en erupción y expulsó roca fundida al cielo y ceniza acre al aire.

Resultaba extraño que algo que podía sesgar tantas vidas también pudiera crear unas aguas tan reparadoras.

El vapor se elevaba por delante de su cara y le nublabla la vista. Se deshizo el moño y se echó hacia atrás para empapar la cabeza sucia.

Justo cuando se había instalado en un lugar de serena calma, oyó que las ramas cercanas se agitaban. Levantó la cabeza en el acto y a punto estuvo de soltar un grito ante lo que vio.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó al intruso. Odió que su voz hubiera temblado al final.

Ōkami se paseaba por el borde del manantial, observándola con frialdad.

—Tú no eres el único que anoche se llevó unas buenas heridas.

Mariko imitó su mirada desapasionada.

—Espera tu turno, *Asano Tsuneoki*.

—Sigue hablándome así, Sanada Takeo. Veremos si no te saco del agua de un puntapié.

Y empezó a desatarse el *kosode*.

La alarma se apoderó de Mariko desde la coronilla hasta los dedos de los pies, y le dio brevemente las gracias a la temperatura del agua; al menos enmascararía el rubor que le había subido a la cara.

Su reacción no se debía a la posibilidad de ver a Ōkami desnudo. Ya había visto a hombres sin ropa, la desnudez no la incomodaba. Pero si él se acercaba, si veía lo que el agua y el vapor podían dejar de ocultar...

Todo se desvelaría.

Se alejó hacia atrás, pero se lo pensó mejor. Demasiado deprisa. Si huía, sólo conseguiría atraer más la atención. Y tampoco es que pudiera hacerlo.

Pues ella también se hallaba desnuda.

Además, estaba Ren, que sin duda estaría esperando a que hiciera el menor intento de echar a correr para así poder amenazarla con hacerla picadillo y dársela de comer al caballo de Ranmaru o infligirle el tipo de tormento abominable que hubiera planeado ese día.

Mantuvo la mirada fija, permitiendo al mismo tiempo que la vista se le emborronara. Aunque hubiera visto antes a hombres desnudos, no quería añadir la imagen de Ōkami a su repertorio. Había algo que le resultaba... indecoroso. Inapropiado.

Cuando una breve imagen de músculo leonado y flexible se cruzó en su campo de visión en el instante en que el joven entraba en el manantial, tragó saliva.

—¿Es que no podías al menos concederme este momento de paz? —gruñó mientras apartaba la mirada—. Me lo debes, te salvé.

El Lobo bufó.

—Otra mentira. Por lo que a mí respecta, estuviste a punto de matarme. Dos veces.

—La herida de tu espalda es sólo superficial. —Se cruzó de brazos bajo el agua—. Y la de la cabeza no es más que un rasguño. —Entre las cejas se le formó una arruga—. Pero supongo que es posible que estas diminutas heridas te estén causando un gran dolor. Si quieres, supongo...

—¿Qué? —Ōkami se puso en pie de repente y Mariko ignoró el modo en que el agua caliente se deslizaba por los tendones de sus brazos. El modo en que el vapor se desenredaba sobre su piel en forma de gruesas espirales—. ¿Diminutas heridas? ¿Tienes la menor idea de lo que se siente cuando te clavan una daga giratoria de seis hojas en la espalda?

Mariko ladeó la cabeza.

—Estoy seguro de que Yoshi tiene alguna tisana capaz de ayudarte a calmar el dolor. —Apartó la mirada con desdén—. Y quizá Yumi pueda ofrecerte sus cuidados la próxima vez que vayas a Hanami.

—¿Una tisana? —El joven se señaló la herida púrpura en el lateral de la mandíbula—. ¿Crees sinceramente que una tisana arreglará el daño de haberme lanzado un farolillo de metal a la cara?

—¡Te lo lancé para salvarte! —insistió ella—. Lo que ocurrió a continuación no pudo evitarse.

—Dijo el escorpión.

Su madre le había dicho lo mismo en una ocasión. Le irritó que aquellas palabras salieran de los labios de Ōkami. Apretó los puños bajo el agua.

—Yo no soy el escorpión.

—Por supuesto que sí. Estás deseando matar algo para salvarlo.

Mariko apretó los dientes.

—Siempre he odiado esa historia.

En la cara de Ōkami se dibujó una media sonrisa mientras se restregaba el agua que le goteaba de la mandíbula. Mientras se masajeaba el hombro más cercano a la herida. Mariko se negaba a fijarse en el modo en que el líquido elemento se acumulaba en los huecos de sus músculos. El modo en que perlaba su piel bronceada por el sol.

No. Ese era el camino de la traición.

Describió un círculo con los brazos en la superficie como si estuviera alejando los demonios.

—Te adaptas bien al agua —comentó el chico—. Parece que Akira-san tenía razón.

Nunca dejaba de provocarla. ¿Cómo era capaz de frustrarla con tan poco



esfuerzo?

—Por última vez, no soy agua.

—Dios, qué terco eres.

—Otra razón por la que no puedo ser agua. —Aunque sus palabras eran ardientes, mantuvo la voz calmada—. El agua es temperamental. No asume ninguna forma. Toma la forma de lo que la rodea. Y yo nunca he deseado que lo que me rodea me controle.

—Pero lo eres, digas lo que digas.

Ella le salpicó.

La sonrisa del joven fue amable.

—El agua no se compromete con nada. Puede romper la piedra. Puede desvanecerse en el aire. Con el tiempo, incluso puede destruir el hierro. No deberías verlo como una debilidad.

—Si soy agua, entonces ¿tú qué eres?

—Mi padre siempre decía que soy fuego.

Aquella observación la sorprendió. Él siempre le había parecido de una indiferencia desconcertante. Salvo por el incidente fuera de la casa de té, le había resultado casi apacible. A veces incluso frío. Luego recordó la historia que Ranmaru había contado junto al *jubokko*. Ōkami había quemado la tienda del delator de su padre.

Descubrió que deseaba saber más.

—Dices que eres fuego como si no lo creyeras de verdad.

—Creo que todos somos cosas dependiendo de la situación. En un momento determinado y en la circunstancia adecuada, cualquier hombre o mujer puede ser agua, fuego, tierra o viento.

—Niegas la verdad de nuestras inclinaciones.

—No. Niego el hecho de ser esclavo de algo. Podemos elegir quiénes somos y elegir lo que queremos ser en cualquier situación.

—Eso es... verdad —admitió Mariko.

—No parezcas tan sorprendido. No soy tan tonto.

—Nunca he creído que fueras tonto. Creía que eras vago, a veces hasta ridículo, pero nunca tonto.

—Mentira. En realidad nunca has creído que fuera ridículo. Por eso te fastidiaba tanto.

Mariko recordó brevemente la noche en que se conocieron.

—No. Una vez sí que creí que eras ridículo. Eso es lo que me fastidiaba tanto.

—Más sinceridad. Me gustas mucho más cuando eres sincero, Sanada Takeo.

Pero ¿no te molesta que mienta?

Ōkami se reclinó contra una piedra con una sonrisa indolente.

—Quizá. Siempre que no me estés mintiendo a mí.

A Mariko le entraron ganas de volver a salpicarle. Quería ganarle en todo. Quería

callarlo con un beso.

Ese último pensamiento la sobresaltó.

¿De dónde había salido? Era completamente ilógico. Erróneo hasta decir basta. Nunca antes había deseado besar a nadie. Nunca antes había deseado mordisquear el labio inferior de un chico.

Mordisquearlo hasta que las palabras de él se fundieran en su lengua.

Ōkami la escudriñó, como si pudiera sentir el tumulto de sus pensamientos. Y quiso aprovecharse de la situación.

—¿De verdad supiste quiénes eran aquellos hombres en cuanto llegaron?

La pregunta la pilló con la guardia baja.

—Por supuesto que sí.

—Mentiroso. Trepaste al tejado antes de que llegaran a la casa de té. ¿Por qué?

Mariko sospechaba que había sabido todo el tiempo que se encontraba allí.

—Creí ver a soldados imperiales cuando salí a aliviarme. Así que trepé al tejado para confirmar quiénes eran.

—No te creo. Creo que me estabas espionando. Y quiero saber por qué.

Una oleada de conmoción la sacudió. No había previsto que le preguntara aquello sin rodeos.

—Si te hubiera estado espionando, ¿por qué iba a descubrirme en un esfuerzo por salvarte la vida? —Apoyó la espalda en la roca lisa del borde del manantial mientras cavilaba cuál era la mejor forma de redirigir el rumbo de la conversación a su favor—. ¿Supiste tú quiénes eran esos hombres en cuanto los viste? —le preguntó cargando su voz de acusación—. Yo no reconocí a uno.

—Reconocí a Minamoto Raiden. Me bastó un momento para darme cuenta de que el mocosito flacucho que iba detrás era el príncipe heredero. El joven que les acompañaba me llevó un poco más de tiempo. —Le lanzó una sonrisa torcida—. Tu intento de reconducir esta conversación ha sido muy inteligente, por cierto.

No importaba. Tenía la oportunidad de obtener información valiosa. De averiguar algo sobre su familia.

—¿Quién era ese último joven?

Los ángulos de la cara del chico se afilaron como cuchillas.

—El Dragón de Kai. Me extraña que no pareciera tan imponente en persona.

—¿Quién? —Mariko estaba orgullosa de no haber tartamudeado. De no haber pestañeado siquiera.

—Otra mentira. ¿Por qué mientes sobre lo que ya sabes?

—De verdad que no sé quién es el Dragón de Kai.

Ōkami hizo una pausa.

—Es el hijo de un idiota sediento de poder.

Mariko se tensó.

—En ese sentido, podrías estar hablando de cualquiera.

—No. Hattori Kano vendería su propia alma si eso significara ganarse el favor de

alguien. Y reproduce el mismo tipo de idiotez en los que lo rodean. Aunque diré que su hijo sabe manejar la espada con cierta destreza.

No podía seguir escuchándolo hablar mal de su familia ni un segundo más, de modo que tomó prestada su propia táctica.

—¿Qué le dijiste a Yumi para hacerla llorar?

Para jugar a ese juego de provocar al otro hacían falta dos.

Le frustró que su interlocutor se limitara a entrecerrar los ojos una vez más.

—Sabía que estabas allí. Observándonos —dijo en voz baja.

—Desapareciste. Como has estado desapareciendo toda esta semana. Cuando subí al tejado a observar a las tropas imperiales, te vi con ella. —Se mordió el interior de la mejilla—. Y eres un necio por perseguir a la misma chica que Ranmaru-*sama*.

Una de las comisuras de la boca del chico se alzó en señal de burla.

—¿A la misma?

—Está claro que quieres a Yumi.

Él volvió a sumirse en el silencio. En obvia deliberación.

—Por supuesto que la quiero.

Se hundió debajo del agua, dejando sólo la cabeza fuera de la superficie. Las olas resultantes impactaron contra la piel de Mariko y le recordaron que compartían un baño tan caliente como sus palabras.

Aquella idea le aceleró el corazón. Le trajo a la memoria su anterior pensamiento. Su deseo anterior de callarlo con un beso. Qué traicionero y erróneo era. Se había convertido en un deseo que ya no podía negar.

—Ya veo —dijo con lentitud, odiando lo mucho que le molestaba todo lo que se refiriera a él.

Como Ōkami no respondió de inmediato, le quedó claro que seguía sopesando algo. Tal vez cómo proceder. Al final llegó a una titubeante decisión.

—Yumi es mi hermana.

Mariko abrió los ojos como platos. Se dio cuenta de que una oleada de alivio la inundaba y se despreció incluso más por ello.

—¿Has permitido que tu hermana se convierta en una *maiko*?

—Está a salvo en Hanami. Más de lo que lo estaría aquí, en el bosque Jukai. Y más a salvo que si alguien de Inako descubriera quién es. Quién es su familia. —Se acercó deslizándose y Mariko se apretó contra la piedra, deseando que se moviera con ella. Que la envolviera como un manto—. Estoy... confiándote esto, Sanada Takeo, en contra de mi buen juicio. Si le cuentas a alguien quién es Yumi, yo mismo te arrojaré al *jubokko* y contemplaré cómo te deja seco sin pensármelo dos veces.

—Te lo he dicho. —Lo fulminó con la mirada—. No te tengo miedo.

Él no sonrió.

—Y necesito que me confirmes que entiendes lo que te digo.

—¿Quieres que te lo prometa?

—Las promesas no significan nada para mí. —El tono de Ōkami era bajo. Duro

—. Son palabras que se dicen para aplacar a un tonto que desea creer.

—Entonces, ¿qué quieres que te diga?

—Quiero que me digas que entiendes que no pararé hasta matarte si alguna vez me traicionas. —Sus ojos de ónice centellearon—. ¿Conoces la historia del conejo que jugó con fuego?

«Murió quemado, junto con todos sus seres queridos».

—Entiendo lo que dices —replicó Mariko.

Ōkami enarcó las cejas en gesto interrogativo.

Ella lo aclaró, aunque sus manos se convirtieron en puños bajo el agua.

—Entiendo que me prenderás fuego si alguna vez te traiciono.

«Pero no si yo te destruyo primero».

\* \* \*

Ōkami consideró por un momento contarle a Ranmaru la reciente conversación con Sanada Takeo. Consideró por un momento hablarle a su amigo de sus sospechas.

De que sus enemigos de Inako habían enviado al muchacho menudo con ojos de cervatillo para que espíase al Clan Negro.

Sin embargo, cada vez que había dado voz a sus preocupaciones con respecto a su recluta más reciente, Ranmaru se había mostrado impasible. Casi indiferente. Y si tenía que revelar todo lo que había ocurrido, tendría que contarle a su mejor amigo que Sanada Takeo sabía lo de Yumi.

Aunque fuera una mentira envuelta en verdad.

Una mentira que pretendía poner a prueba al nuevo.

Si Ranmaru se enteraba de que había revelado algo sobre Yumi —fuera o no cierto—, se pondría hecho una furia. Y, después de todo lo que había sacrificado por él, prefería morir a hacer daño a su amigo.

Tal y como estaba la cosa, se había pensado mucho lo de revelar aquella información, pero la mejor manera de ganarse la confianza de los demás era ofreciéndola. Y mataría a Sanada Takeo con sus propias manos antes de que le pasara algo a Yumi.

Esa sería la primera de las muchas pruebas que había diseñado para el joven señorito Lampiño. Las ruedas de la segunda prueba ya estaban en marcha.

Sus sospechas habían empezado a formarse la noche que lo conocieron en el antro de Akira-san, habían aumentado cuando lo había atisbado trepando como un insecto por el tejado y se habían consolidado cuando le había presionado la garganta con el antebrazo y lo había oído chillar como una niña.

Enseguida había lamentado tratarlo con semejante rudeza. Luego sintió irritación por lamentarlo. Todo en aquel chico era tierno. Inmaculado. Desde la suave piel de sus manos hasta la manera ridícula que tenía de acometer la más simple de las tareas

con una precisión innecesaria.

Era obvio que lo habían mandado para que se congraciara con Ranmaru. Para que actuara como el joven inepto y simplón que necesitaba que lo guiaran con desesperación.

Pero a él le había quedado absolutamente claro que distaba mucho de ser estúpido: el chico era demasiado listo —en palabras y en hechos— para eso.

Se apartó el pelo de los ojos y reprimió el impulso de darle una patada a una piedra caprichosa que había junto a su pie. ¿Por qué no se había limitado a dejarlo en Inako, como Ranmaru le había sugerido?

Había tenido oportunidad de hacerlo. Podría haberlo abandonado en las entrañas del barrio de Iwakura. Nunca habría encontrado el camino de vuelta al campamento. En cambio, se había sentido extrañamente vigilante con él. Casi protector.

Habían elegido a Sanada Takeo para que los espicara por esa misma razón.

Para que asediara sus debilidades. El deseo de Ranmaru de servir de inspiración.

Su propia necesidad de proteger.

El chico siempre le había hecho sentir incómodo de un modo que no era capaz de expresar con palabras. Siempre que estaba cerca, le hacía cuestionárselo todo sobre sí mismo.

Y eso no le gustaba.

Sus sospechas no habían hecho más que solidificarse en la niebla gris que se elevaba de las aguas termales del manantial. El mejor modo de confirmarlo era vigilarlo de cerca.

Y esperar a que cometiera un error.

## RUMORES DISTORSIONADOS



Kenshin había pasado demasiadas noches en Inako.

Había acudido a demasiadas reuniones y se había visto obligado a participar en demasiadas conversaciones insípidas. Y al final no había averiguado nada interesante.

Todos sus esfuerzos por enterarse de si algún miembro de la nobleza le guardaba rencor a su familia por algún motivo habían caído en saco roto. No tenía la habilidad de su padre para manipular conversaciones. Esa facilidad tan propia de él para controlar el ritmo del barco sin necesidad de tocar un remo. Sin que quienes lo rodeaban se enterasen siquiera.

No. Ni Mariko ni él gozaban de esa facultad. Mariko era demasiado directa y él, demasiado desinteresado.

Aquel día planeaba marcharse de allí. Regresar a casa.

Un nuevo fracaso. A sus ojos. Y a los de su padre.

Pero primero volvería al bosque y se detendría a interrogar de nuevo al anciano del antro. Mentía, y no estaba dispuesto a tolerar ningún engaño más. Ya había lidiado con demasiados artificios últimamente.

En una ciudad imperial plagada de ellos.

Se encontraba junto al curvo parapeto de un puente con arcos en el primer *maru* del castillo Heian. El acabado lustroso de la balaustrada era rojo, y lo percibió suave y frío al tacto.

A su espalda, crujieron unos pasos.

—He oído que te marchas —dijo Roku con voz lírica y mesurada, como si deseara emular el canto de un pájaro.

Kenshin se giró e hizo una reverencia.

—No me interesa demorarme más en Inako, su alteza imperial.

—Pero no has encontrado lo que buscabas.

Como de costumbre, Minamono Roku no hacía preguntas. Tenía otras maneras más insidiosas de sonsacar información.

Kenshin no dijo nada. Esperaba que su cara no trasluciera nada importante.

—Me gustaría ayudarte, Hattori Kenshin. —La sonrisa del príncipe heredero se formó despacio, demasiado despacio para que fuera real—. Aunque a mi hermano le cueste admitirlo, y me consta que aún no lo ha hecho, sé que está muy afligido por la muerte de tu hermana.

—No creo que Mariko esté muerta, su alteza imperial.

—Claro, claro. —Asintió con la cabeza—. En este tiempo he averiguado por qué nos atacaron esos hombres en la casa de té.

Kenshin aguardó. No quería preguntarle abiertamente. No quería estar en deuda con el príncipe heredero.

—Es información que creo que te interesará conocer —continuó, sonriendo una vez más. Se puso a su lado con las manos entrelazadas en la espalda—. Varias de las *geiko* susurraron entre sí que eran miembros del Clan Negro.

Las palabras de Roku confirmaron sus primeras sospechas. El Dragón de Kai se aferró con fuerza a la balaustrada roja. Corrían muchos rumores sobre el Clan Negro. Rumores que se habían distorsionado hasta derivar en auténticas leyendas populares. Leyendas que los relacionaban con *rōnin* exiliados. Con asesinos que se bebían la sangre de sus víctimas y dejaban que sus cuerpos se pudrieran a la sombra de árboles esqueléticos. Leyendas a las que nunca había prestado la menor consideración. Sabía que el Clan Negro frecuentaba ciertas partes del bosque Jukai, pero había descartado cualquier sugerencia inicial de que aquellos hombres hubieran tenido algo que ver en el ataque al convoy de Mariko. Según esas mismas leyendas populares, el grupo no estaba tan desorganizado como para permitir que un superviviente escapara. Unos mercenarios tan célebres no se ganaban la vida permitiendo que sus víctimas los señalaran con el dedo. Además, nunca había oído que atacaran convoyes protegidos por samuráis.

Y tampoco que asesinaran a muchachas jóvenes. A chicas inocentes como la doncella de Mariko. Por esa razón los había descartado al principio.

En su mente sólo había dos razones por las que el Clan Negro querría asesinar a su hermana. O por una gran cantidad de dinero, de esas que suele manejar la nobleza.

O por odio.

—Permitidme que hable con franqueza, su alteza imperial —empezó a decir Kenshin—. No alcanzo a ver por qué esa información puede ser valiosa para mí. Aparte de lo que dicen los rumores, no he encontrado pruebas que sugieran que ellos sean responsables del ataque al convoy de mi hermana.

—Ah. —Roku arqueó el cuerpo, pero el suave cutis de su rostro siguió siendo indescifrable—. Pues debería serte valiosa, Kenshin-*sama*. Y sin duda hay pruebas.

A una parte de él le entraron ganas de golpearle en toda la cara, pero, en cuanto se dio cuenta de lo que tal ocurrencia suponía, se arrepintió en el acto. Aquellos no eran pensamientos propios de un samurái leal a su señor. Algún día, Roku sería su emperador. Algún día, tendría el honor de morir a las órdenes de ese muchacho.

Los ojos del príncipe heredero se posaron en las aguas serenas del estanque.

—¿Sabes lo que le ocurrió al último sogún del imperio?

—Lo acusaron de traición y cometió *seppuku*.

Roku hizo una pausa.

—Parece que hubo un error en el proceso.

—¿Un error?

—El traidor Takeda Shingen fue ejecutado hace diez años tras ser acusado por uno de sus mejores amigos, Asano Naganori. El error que se cometió en su momento fue que mi padre permitió que el hijo de Takeda Shingen viviera. Sólo tenía ocho años cuando vio morir a su padre. Creo que el emperador no deseaba mancharse las manos con la sangre del hijo de su amigo traidor.

—Perdonad el atrevimiento, su alteza imperial, pero me cuesta entender por qué esa información puede serme útil en la búsqueda de Mariko.

Otra lenta sonrisa, torcida y siniestra.

—El líder del Clan Negro es el hijo de Takeda Shingen, y creo que ha asesinado a tu hermana buscando venganza.

Kenshin empalideció, impactado.

—¿Venganza? ¿Y por qué habría de vengarse de mi familia?

—Tu mala interpretación es comprensible. El hijo de Takeda Ranmaru quiere vengarse de *mi* familia. El asesinato de tu hermana es sólo el principio.

—Mariko no está...

—Claro, claro. No está muerta. —Hizo un gesto de desdén con la mano y volvió la vista al agua—. Pero, si sigue viva, creo que el Clan Negro conoce su paradero. Por eso te animo a que seas precavido, Kenshin-sama, pues, según los acontecimientos de Hanami, es obvio que también van a por ti.

El silencio se abrió paso entre ambos. Kenshin ya no sabía qué creer.

Pero pensaba averiguar la verdad.

\* \* \*

Desde la distancia, el emperador de Wa observaba cómo el príncipe heredero conversaba con el Dragón de Kai. Veía que el hijo de Hattori Kano no dejaba de fruncir el ceño. Veía erguirse su espalda con un propósito inconfundible.

Habían tejido la telaraña. Y ahora la araña esperaba a que su presa cometiera un error fatal.

Sonrió para sí.

Roku sería un buen emperador algún día.

A su lado, Kanako jugueteaba con la carpa centenaria que nadaba casi al ras de la superficie en busca de su próxima comida. Llamó su atención para atraerla haciendo que los rayos de sol rebotaran en el anillo que siempre llevaba en la mano izquierda. A simple vista, no era nada del otro mundo, pero, si alguien se fijaba un poco en él, no le pasaba desapercibido que la piedra del centro parecía un tanto extraña; su color se movía como plata líquida. Aunque eso era lo único que notaba.

En cambio, si alguien lo miraba durante un buen rato, una nube blanca como la nieve aparecía ante su vista y el observador se veía obligado a pestañear con fuerza y



a sacudir la cabeza.

E incluso se olvidaba de lo que estaba mirando en primer lugar.

Kanako lo acarició con la mano derecha. Los engastes que sujetaban la gema se alargaron. Se fundieron y dejaron de ser metálicos para convertirse en algo mucho más maleable. Después se oscurecieron. La piedra de plata líquida adoptó la forma de un cuerpo esférico, que se elevó de su dedo y se escurrió hasta el borde de la uña.

Una araña plateada —fabricada a partir de la piedra mágica— descendió desde la punta del fino dedo de Kanako hasta el agua y su seda lanzó un centelleo dorado al reflejar los cálidos rayos del sol. La carpa permaneció al ras de la superficie, hipnotizada, mientras las patas de la araña le rozaban los labios.

La mujer cerró la mano en un puño.

La araña desapareció.

Y ella también se marchó.

Cuando el emperador bajó la vista, vio el cuerpo inerte del pez flotando bajo el puente.

Hasta que se lo tragaron las aguas del estanque.

# DEDALERAS



**E**l bosque olía a cítricos y a cedro, de ese modo en que sólo pueden provocarlo la niebla y la lluvia.

Un chaparrón de finales de primavera había avivado el aire. Endulzándolo. Emborronando las líneas mientras hacía que todo lo demás se enfocase. El retumbo de un trueno. El verde vivo de las hojas. Los pies de Mariko chapoteando en un charco de agua fresca.

Daban ganas de sacar la lengua y atrapar gotas de lluvia con la punta.

Pero un chico jamás haría eso.

¿No?

Kenshin nunca lo había hecho. Al menos que ella recordara.

Así que continuó enfilando fatigosamente el estrecho sendero que discurría por debajo del escarpado afloramiento rocoso. Delante se extendían los manantiales de agua caliente, por lo que, si terminaba pronto su tarea, tal vez pudiera escabullirse para darse otro baño.

Como Yoshi le había ordenado, había pasado la última media hora recolectando un tipo de seta que sólo brotaba cuando llovía. El cocinero le había dicho que tendría más probabilidades de encontrar aquellos especímenes particulares en los alrededores de las aguas termales y ella había salido de buena gana a última hora de la tarde para complacerlo. Hacía poco que la habían liberado de la compañía constante de su torturador, Ren, y aquel momento era la oportunidad perfecta para disfrutar de su reciente libertad.

Mientras rebuscaba entre los matorrales —para encontrar un pedúnculo blanco crema con sombrero marrón claro—, otra planta llamó su atención desde el peñasco de arriba. Unas flores diminutas de un púrpura vívido suspendidas de sus tallos como campanillas.

Dedaleras.

Recordó que su tutor las mencionó en una ocasión.

Se trataba de una planta venenosa. Cuando se preparaba de manera adecuada, una tisana elaborada con sus pétalos podía ralentizar el corazón de una persona hasta el punto de provocarle la muerte.

Frunció los labios en actitud meditativa, dejó la cesta de setas en el suelo y rodeó la base del risco. Cuando dobló la esquina y miró hacia arriba, descubrió una gran mancha de flores púrpuras suspendidas justo por encima de las aguas termales. Las

dedaleras parecían haber cobrado vida después de la lluvia, y en muchas de ellas seguía habiendo capullos que esperaban su momento de abrirse.

«Debería coger unas cuantas y guardarlas para cuando tenga oportunidad de utilizarlas».

Volvió a recordar las enseñanzas de su tutor. La dedalera servía para más de un propósito. Brevemente recordó haberlo observado experimentar con el tallo y las semillas de la planta. Los había reducido a una pasta, luego la había tocado con la punta de un palo encendido y esta se había calentado con un fogonazo brillante — haciendo que la cara de Kenshin se sobresaltara y que los ojos de Mariko se abrieran al máximo— antes de tornarse blanca y desaparecer convertida en una llama sin humo.

Aquel día, su tutor los había advertido de los muchos peligros de la dedalera.

Una planta que podía matar de muchas formas.

Estuvo peinando el risco con la vista durante un rato mientras elaboraba un plan.

Soltó un sonoro resoplido. No le quedaba otra. Si quería recolectarla, tendría que escalar el risco. Se secó las manos mojadas en el *kosode* empapado por la lluvia —un ejercicio fútil— y estiró la mano hasta el asidero más cercano a su derecha.

La superficie rocosa estaba resbaladiza. En cuanto apoyó un pie en un saliente para impulsarse, se resbaló. Así que, después de dar un suspiro, se quitó las sandalias y los calcetines de dedos separados, consciente de que los pies descalzos ofrecerían un mejor agarre.

Empezó a subir el lateral del risco hasta el saliente que albergaba la mayoría de las flores. Estas, púrpuras y con forma de campanilla, temblaban bajo otra descarga de lluvia suave. Por debajo de ella se elevaba el vapor de las aguas termales, que se enredaba en su cara y le oscurecía la vista. Una vez que subió a la suficiente altura, empezó a moverse de lado, mano sobre mano, pie sobre pie.

Pronto se encontró a un cuerpo de distancia escaso de las flores. Alzó la mano, pero no encontró un asidero apropiado. Entonces la desplazó hacia un lado y sus dedos —húmedos por la lluvia— resbalaron.

Un poco alarmada por el aprieto en que se hallaba, tanteó el lado contrario con los dedos de los pies en busca de agarre.

Y resbaló.

Dio un chillido y se precipitó al vacío.

Hasta caer en las aguas humeantes del manantial.

En cuanto aterrizó, todo el aire le salió del pecho de golpe. Abrió la boca por reflejo.

Y se tragó una bocanada de agua caliente antes de desmayarse.

\* \* \*

Ōkami había observado perplejo cómo Sanada Takeo empezaba a escalar la faz de la montaña.

¿Por qué se había puesto a escalar el muy idiota cuando había montones de setas en el suelo del bosque? Sólo cuando vio que intentaba alcanzar las flores púrpuras empezó a comprender.

Aquel pequeño necio pretendía envenenar a alguien con dedalera.

Se cruzó de brazos.

¿A alguien? La víctima de aquel tonto probablemente era él mismo, aunque no lo culpaba. De haber estado en una situación similar, habría extraído la misma conclusión. En esos momentos, a Sanada Takeo le resultaría difícil encontrar una amenaza más grande que él, incluso en un campamento lleno de asesinos y ladrones. Después de todo, nadie más que él albergaba sospechas contra el nuevo miembro del clan. Ni hacía el menor esfuerzo por espiarlo.

Rio, resoplando por la nariz, mientras seguía observando cómo el muchacho se debatía por encontrar un punto de apoyo. ¡Como si nadie fuera a reconocer la dedalera en cuanto el muy mierdecilla intentara meterla en el campamento! Yoshi olería las flores de fresca fragancia a una legua de distancia.

Cuando empezó a resbalar, no le sorprendió lo más mínimo.

Las empresas descabelladas solían acabar en finales descabellados.

Esperaría a que cayera para luego echarle la reprimenda. Había subido bien alto, pero no tanto como para matarse. Lo observó, impasible, mientras el chico trajinaba, perdía pie y se caía, como había predicho.

Lo que lo sacó de su silencioso divertimento fue el sonido del grito de Takeo.

Lo desgarró.

El sonido del grito de Sanada Takeo.

Ōkami ya había salido corriendo de detrás del árbol cuando el muchacho se zambulló en el manantial caliente.

Y no salió a la superficie.

\* \* \*

A Mariko le dio un fuerte golpe de tos. No podía parar.

Cuando la pusieron de costado, le salió agua por la boca. Tenía la vista borrosa, luego se le centró.

Ōkami se cernía sobre ella con los ojos muy abiertos.

Alzó la vista hasta él. El pecho de ambos subía y bajaba al unísono. El pelo suelto del chico le goteaba en la cara. Jadeaba sin dejar de mirarla, incrédulo.

Una de sus manos descansaba en el centro de su pecho.

Le había desgarrado el *kosode* y los vendajes de muselina que le rodeaban los senos habían quedado totalmente al descubierto.

Toda una serie de emociones pasó por el rostro de Ōkami. Conmoción. Rabia. Desconcierto.

Mariko nunca creyó que llegaría a ver tantos sentimientos a flor de piel cruzar su cara finamente cincelada. Las negras pupilas de sus ojos se habían agrandado. Ahora destellaban a través de los remolinos de vapor como hielo negro en la cima de una montaña.

«Sabe que soy una chica».

—Me has... salvado —balbució débilmente, en un vano intento de que no hablara. De que no dijera nada que pudiera comprometerla de algún modo. Hasta ella se dio cuenta de lo ridículas que sonaban sus palabras al pronunciarlas. Lo obvias que resultaban.

—Eres... una *mentirosa*.

Una sonrisa triste empezó a cobrar forma en la boca del muchacho. Una sonrisa salvaje en su belleza. Una sonrisa que claramente trataba de enmascarar las emociones de hacía un momento.

Seguía con la mano en su pecho. Estaba allí, sólida y firme. Inmóvil.

Antes de que Mariko pudiera pensar en algo, antes de que la fría sonrisa de Ōkami se desplegara del todo, lo cogió del cuello y se lo acercó.

Sus labios chocaron. El agua cálida se escurrió por su piel.

Sabía a lluvia y a menta fresca.

Y, por un instante, su mente se silenció. En ese único momento, no había nada que pensar. Nada contra lo que luchar.

Nada salvo un beso robado bajo un cielo tormentoso.

Ōkami se apartó.

—¿Qué demonios estás haciendo? —Sus palabras eran un chirrido indignado. Parecía desafiante.

Pero Mariko sabía la verdad.

Antes de que la mente del Lobo hubiera hablado, le había devuelto el beso.

—Quiero que dejes de hablar —le dijo. Sólo la sinceridad serviría en un momento así—. ¿Por qué no dejas de hablar? —Intentó hacerse entender por encima de los latidos irregulares de su corazón—. O mejor no. Dime ahora mismo lo que quieres, Asano Tsuneoki.

Él se la quedó mirando. Aunque el color de sus ojos casi casaba con sus pupilas, vio que las líneas que las separaban se difuminaban. Otra ráfaga de emociones cruzó por su rostro. Confusión. Turbación. Incertidumbre.

Pero Mariko no pasó por alto ese primer pensamiento. Esa primera emoción. Deseo.

—¿Ahora te sientes ridículo? —susurró.

Se encontró con un indicio de humor y un reto silencioso.

Ella respondió con otro beso robado.

La mano de Ōkami, cuyos dedos largos y fuertes presionaban su piel, aún

descansaba entre los dos. Y cuando aquella mano se deslizó hasta su cuello, cuando él se acomodó a ella y cerró los ojos sumiéndose en el beso, Mariko no quiso que acabara. Jamás.

Era un error. Todo. Pues, desde que lo conocía, había despreciado la idea misma de aquel chico.

Pero ¿y su verdad?

La verdad no era tan simple. Era un ruego silencioso. Una súplica tácita.

«No pares».

Ōkami rodó para quedar bocarriba, colocándola a ella encima. Le sujetó la barbilla con una mano y sus labios le recorrieron el cuello. El hombro desnudo. Y volvieron a la oreja.

«No pares».

La lluvia repiqueteaba a su alrededor. El corazón le martilleaba en el pecho. Al fin cerró los ojos, sin importarle ya nada salvo su contacto. Sus manos en su espalda. Los besos con que recorría su piel. Si las estrellas cayeran o la luna se desplomara del cielo, a ella le daría igual.

Cuando Ōkami se separó, su aliento se derramaba de sus labios de manera entrecortada.

—No pares —dijo ella sin pensar.

El chico respondió con una sonrisa pícara. Sin pronunciar palabra, rodó, sujetándola con su boca, cubriéndola con su cuerpo. Se deslizó más abajo. Observó su cara mientras le soplaba un chorro de aire fresco por el estómago desnudo. Un hilo de ámbar fundido le recorrió la espalda.

Cuando se estremeció —unas chispas danzaron por su piel—, él soltó una dulce carcajada.

Entonces la volvió a besar y fue como si un fuego controlado se desatara en su lengua, del tipo que amenazaba con quemar hasta resultar en un dolor intenso y atroz. El tipo de beso, el tipo de chico, que ella había pensado evitar a toda costa. Impredecible. Peligroso.

Mariko deslizó las manos por dentro de su *kosode* empapado hasta llegar a su pecho. Hasta sentir las formas sinuosas de suave músculo en las puntas de sus dedos.

—¿Quién eres? —le preguntó Ōkami al oído.

Le pegaba hablar con esa voz tan fría y dura, y besar como besaba.

Con aquel abandono.

Sabía que oía cada latido de su corazón. Que sentía cada uno de ellos como lo hacía ella.

—Te lo diré si me dices quién eres tú —le propuso con palabras tan entrecortadas como las suyas.

—Tú mentirás.

Ella asintió.

—Ambos podemos ser unos mentirosos.

Esperó a que él decidiese. A que fuera él quien tomara la decisión de contraatacar. O dejar en paz a la verdad.

De momento.

Ōkami le desató el moño con una mirada abrasadora. Luego la besó por debajo de la barbilla, con tanta suavidad, con tanta ternura, que le hizo reprimir un gemido. Que hizo que él volviera a reír por lo bajo. Que le hizo darse cuenta de que había perdido el control por completo.

Y de que a la vez lo tenía todo bajo control.

Cuando sus labios se encontraron, enredó los dedos en el pelo del chico. Y los fue enredando más conforme su beso se hacía más profundo. Y quiso creer que Ōkami le guardaría el secreto.

Al menos de momento.

\* \* \*

Yacieron el uno al lado del otro en silencio, contemplando las estrellas recién desveladas.

Lo bastante cerca como para tocarse, pero a leguas de distancia. Su corazón acababa de dejar de aporrearle el pecho. La respiración acababa de calmársele. Lo único que discurría entre ellos eran restos persistentes de sentimiento.

Nada de sustancia.

Ōkami estaba estirado junto a Mariko y le ofrecía una media sonrisa a la nada. Como si algo le hiciera gracia y se estuviera debatiendo consigo mismo al mismo tiempo.

—Ōkami...

—¿Cómo te llamas? —le preguntó sin rodeos—. Tu nombre real. Ella pensó por un instante. La confianza no era una opción. No cuando tantas cosas seguían dependiendo de mantener la discreción.

—Chiyo.

Él inspiró y el sonido se envenenó de irritación.

—Vuelves a mentir.

—No estoy mintiendo, yo...

Ōkami se giró hacia ella y le sostuvo la mirada.

—No traces una línea. A menos que desees que la traspase.

—Bueno, pues no la traspases. —La voz de Mariko era imperturbable, aunque el pulso se le aceleró.

—Me conoces lo suficiente como para saber que esa no es una opción.

Un silencio incómodo se interpuso entre ellos.

La verdad es que lo conocía lo bastante bien como para saber eso. Con todo,

seguía sin saber nada de él. Y deseaba poder preguntarle algo digno de mención. Pero, como de costumbre, el Lobo lo había vuelto imposible utilizando sólo unas cuantas palabras sencillas. Y eso sólo hacía que quisiera trazar aquella línea y empujarlo para que la traspasara.

Pero era demasiado arriesgado. No cuando él le había arrebatado su secreto. Ni cuando estúpidamente le había confiado un trozo de su corazón, aunque sólo fuera por un momento.

Como en recuerdo de ese hecho, a Mariko se le vació el pecho. Debía redimirse por un comportamiento tan insensato. Un comportamiento tan impropio de ella. Aquellos besos robados junto al manantial de agua caliente tendrían un valor verdadero si podía sonsacar algo que sirviera para su causa. Después de todo — aunque él sacara a relucir una parte salvaje e incontrolada de ella que ni siquiera sabía que existía—, seguía siendo un miembro del Clan Negro.

«Genera confianza.

Golpea cuando menos se lo esperen».

—¿Qué vamos a hacer con... esto? —le preguntó con tono simple. Indiferente. Como el que solía utilizar él. Un tono que nada tenía que ver con el torbellino de sentimientos que bullía en su interior. Un tono que esperaba que lo empujara a revelar algo, fuera lo que fuera, de valor.

Ōkami volvió a mirar el cielo nocturno.

—*Ichigo, ichie.*

Mariko dio un hondo suspiro.

—Sólo por esta vez.

Él asintió.

—No creo que ese sea el significado que pretenden reproducir esas palabras — dijo ella sin la menor emoción.

—Es el significado que yo les doy. Cada respiración existe para un único momento. Vivimos para ese único momento.

Ella calló un instante.

—¿Es así como deseas vivir tu vida? ¿Al día, sin que te importe el pasado o el futuro?

—Así es como la vivo ahora.

—¿Esa es la razón por la que eliges seguir en lugar de liderar?

Aquella era la oportunidad perfecta para descubrir algo de su pasado. Quizás incluso del origen de sus poderes.

—No tengo ningún interés en liderar.

—Eres un guerrero dotado con destrezas únicas. ¿Eso no te confiere cierta responsabilidad?

—No tengo el don, ni las ganas, de inspirar. En la batalla, mi única responsabilidad es ser la espada. El hacha. El puño.

Aunque Mariko trató de ponerle frenos al sentimiento, la decepción hizo mella en



sus rasgos.

Ōkami miró en su dirección.

—No te crees expectativas con respecto a mí. No me mires y creas que deberías estar viendo algo más.

—Yo nunca te he mirado esperando algo.

—Mentirosa. Tú me ves, igual que yo te veo a ti.

—Tú no ves nada —refunfuñó ella.

—Te veo a ti —dijo él en voz baja—. Tal y como eres.

El aire entre ellos se llenó con todo lo que no se habían dicho. Y deberían haberse dicho.

Pero no lo hicieron.

La preocupación creció en el centro de Mariko con una punta demasiado afilada.

—¿Y si...?

—No. —Él se puso en pie sin emitir sonido alguno—. No me hagas preguntas cuyas respuestas no quieres oír. —Mariko lo observó mientras se ataba el *kosode* negro—. Por ahora guardaré tu secreto —le dijo.

—¿Por qué vas a hacerlo? —Tenía que preguntarlo, aunque se maldijo por pronunciar aquellas palabras.

—Porque, si no lo hago, hay muchos que no dudarán en matarte.

No era una auténtica respuesta, pero sabía que era una estupidez presionarlo más.

El joven continuó:

—Pero no te llamaré Chiyo, porque ese no es tu nombre. Y, si nos traicionas, no detendré a Ranmaru cuando exija su venganza. —Hizo una pausa—. No soy ningún héroe, no lo olvides ni por un instante. No volveré a salvarte.

Mariko se incorporó de súbito para quedar sentada con facciones desafiantes.

—No quiero que seas un héroe. Y no necesito que nadie me salve.

—Bien.

Ōkami se alejó con pasos casi vacilantes. Ni de cerca tan elegantes como Mariko había llegado a esperar.

Cuando lo vio desaparecer en la oscuridad, descubrió que no sabía cómo sentirse. No estaba segura de si lo había besado para acallararlo o si lo había hecho porque no podía hacer otra cosa. Otra cosa que sucumbir. Todas aquellas veces en que lo había odiado... Todas aquellas veces en que su corazón se había sobresaltado en su presencia...

¿En serio lo despreciaba?

¿O lo deseaba?

Se quedó un rato tumbada bajo las estrellas. Luego tomó una decisión.

Ōkami no le importaba lo más mínimo. Sólo lo estaba utilizando. Tenía una misión: descubrir por qué el Clan Negro había intentado matarla. Descubrir quién la quería muerta. Y nada —ni siquiera un chico que podía besarla hasta hacerle perder la razón, que podía acallar su mente con un roce de sus labios— lo cambiaría.

«Sólo por esta vez».

Ōkami tenía razón.

Al día siguiente olvidaría que aquello había ocurrido.

# UNA LECCIÓN QUE APRENDER



Hacía mucho tiempo que Ōkami no le mentía descaradamente a su mejor amigo.

No había tenido necesidad de engañar al líder del Clan Negro en muchos años.

Le debía demasiado para mentirle a la cara. Le debía demasiado para esconderse tras la comodidad de una mentira. No es que fuera reacio a mentir; lo hacía con frecuencia. Y con gusto.

Mentía sobre cosas sin importancia por el mero placer de poner en práctica su habilidad. Al fin y al cabo, cuando uno vivía una mentira, debía esmerarse en perfeccionar el arte del engaño siempre que fuera posible.

Pero aquella era una ocasión excepcional.

Y sabía que debía decir algo pronto sobre... Takeo. O Chiyo.

O como demonios le diera a la chica por llamarse ese día.

Chiyo no era su verdadero nombre, de eso estaba seguro. Un mentiroso redomado sabía reconocer a otro mentiroso, y aquella noche la chica había dicho «Chiyo» con demasiada prudencia. Como si hubiera meditado la palabra. Un nombre era algo sencillo. Fácil. Debía escapar de la lengua como una risa espontánea.

No con esa evidente deliberación.

Así que le había mentido. Igual que él a ella.

Y eso que la joven había intentado salvarle la vida. Dos veces. No alcanzaba a comprender por qué lo había hecho. Estaba claro que le había caído mal desde el principio. Que le había parecido vago e insignificante.

Justo como quería que lo vieran los demás.

Sin embargo, quizá..., quizá la aversión que le había demostrado enmascarase otra emoción más desconcertante. La misma emoción contra la que él no había dejado de luchar durante las últimas semanas. Le había costado identificarla, sobre todo cuando discutían. Cuando no dejaban de regañar por esto y por lo otro.

Atracción.

No. Deseo.

Aunque *deseo* era una palabra muy pequeña para expresar todo lo que sentía.

Tal vez la chica no fuera agua, como había creído en un principio. Tal vez fuera viento. El viento podía avivar un fuego y convertirlo en incendio. Podía doblegar un fuerte roble. O encrespar el agua y rociarla.

Aunque no se había molestado en admitirlo —ni siquiera para sí mismo—, supo que algo iba mal la primera vez que miró a los ojos a Sanada Takeo, la primera vez que... la tocó.

No es que fuera mal.

Es que, por extraño que pareciera, le hizo sentir bien.

¿Y ahora?

No estaba seguro de qué era lo que le había llevado a prometerle a esa chica que mentía con la misma facilidad con la que respiraba que le guardaría el secreto. Lo único que sabía era que la muchacha contraatacaba —tanto con palabras como con su fuerte determinación— como ninguna otra a la que hubiera conocido. Que veía entre sus muchas máscaras de un modo que le enervaba y a la par le complacía. Que su mente funcionaba de un modo que no podía desarmar y volver a armar.

Que, cuando la había besado junto a las aguas termales, la vista se le había emborronado. Y que el sonido de sus suspiros se parecía a la salida del sol.

El recuerdo de todo aquello hizo que se le espesara la sangre. Lo puso nervioso.

Contempló cómo su reflejo ondeaba en la superficie del lago. Se veía demacrado. Macilento. De niño solía sufrir pesadillas. Pensamientos de rabia y castigo perturbaban su sueño. Recuerdos de vergüenza y cicatrices de deshonra.

Más tarde, cuando creció y se convirtió en un joven, tomó una decisión.

Nunca más cargaría con el peso de todo aquello. Nunca más cargaría con ninguna responsabilidad que no hubiera elegido. Desde ese momento, daba gracias por sus pocas obligaciones.

Cuantas menos tuviera, menos probable era que le fallara a alguien.

Cuando hubo tomado esa resolución, pudo dormir tranquilo.

Hacía mucho tiempo que no lo hacía. Mucho tiempo que no veía una cara exhausta cuando miraba su reflejo.

Había tenido una mala noche.

Una noche llena de incertidumbre.

Había soñado con una laguna llena hasta los bordes de agua humeante que luego había empezado a drenarse lentamente. Y un remolino se había formado en el centro.

La cara de la chica había pasado por delante de él mientras se deslizaba hacia el remolino neblinoso.

Se había acercado al borde de la laguna, le había sonreído por encima del hombro y le había hecho señas para que la siguiera. Cuando llegó hasta donde ella estaba —atraído como una libélula a una llama—, la chica había estirado la mano hasta él y había saltado al agua.

Y luego había dejado que el remolino se la tragara entera.

Durante todo el tiempo en que lo había estado mirando —esperando a que la siguiera, incluso en la muerte—, sus rasgos habían permanecido serenos. Una llama en la niebla.

Ōkami se había quedado inmóvil. Contemplando cómo el agua se la tragaba.

Sin hacer nada.

Incluso en sus sueños, había recordado su olor.

Un olor limpio. A azahar.

También recordó su sonrisa, y la vacilación inicial de sus labios, como si aún no hubiera decidido si era sensato o no mostrarle a alguien sus verdaderos sentimientos.

A pesar de todo, eso era algo por lo que había admirado a Sanada Takeo. Cuando pensaba que era un chico, apreciaba el hecho de que no supiera esconder sus emociones, lo mucho que le costaba mantenerlas a raya, aunque no cabía duda de que la joven era una buena mentirosa.

Le recordaba al jovencito antipático que él mismo había sido en el pasado.

Uno al que no le importaba mentir a los demás, pero que odiaba mentirse a sí mismo.

Volvió a fruncir el ceño al contemplar su reflejo en el agua. Sumergió las manos y deshizo la imagen. Se lavó la cara. Dejó que el agua se llevara sus recuerdos. Que lo librara de cualquier responsabilidad.

No se estaba mintiendo a sí mismo. La chica no le importaba. No podía permitirse que le importara. Le traería problemas, aunque fuera inteligente. Aunque hubiera algo en ella extrañamente intrépido.

No significaba nada para él. Aunque debería haberle preguntado por qué iba vestida de chico. Debería haberle hecho saber lo mucho que había despertado su curiosidad. Lo mucho que deseaba saber todo lo que pasaba por su astuta mente.

Pero él no pensaba responder a sus preguntas. Así que no tenía ningún derecho a preguntarle.

Sólo por ese día, no le revelaría a nadie su secreto.

Sólo por ese día, le mentiría a su mejor amigo.

Sólo por esa vez.

\* \* \*

—Creo que es hora de que Sanada Takeo aprenda a manejar una *katana*. Y creo que tú eres la persona idónea para enseñarle —le anunció Ranmaru en cuanto entró en su tienda aquella mañana.

La vacilación de Ōkami lo decía todo.

—Yo no uso espadas. —Pronunció aquellas palabras con cuidado; cada una de ellas envuelta en una subyacente amenaza.

«No sigas por ahí».

Ranmaru sonrió con cara impasible, incluso cuando se encontró con aquellos indicios de la fría rabia del Lobo.

—Pues creo que ya va siendo hora de ponerle remedio. —Su respuesta fue igual de enfática y con tintes amenazadores.

La fuerza debía contrarrestarse con fuerza. Sobre todo en el campo de batalla.

—Con el debido respeto, no me importa lo que creas.

Se giró para marcharse.

Pero su amigo se interpuso en su camino y alzó las manos en señal de rendición.

—Lo entiendo. Y no es necesario que manejes espadas en la batalla. —Sus labios se comprimieron en una dura línea—. Pero es importante que no olvides de dónde vienes.

Ōkami guardó un obstinado silencio.

El líder del Clan Negro intentó cambiar de táctica.

—Tu padre era...

—Sé quién era mi padre.

—Bien —dijo Ranmaru en voz baja—. Y también sabes quién era el mío.

—No lo olvido. Ni un solo día de mi vida he olvidado quién era tu padre.

El dolor cruzó los ojos de Ranmaru. Sería distinto si Ōkami revelara lo enfadado que seguía estando. Si le mostrara el dolor que provocaba su furia en lugar de rechazarlo.

Tal vez hubiera llegado la hora de que ambos superaran los errores del pasado. Los errores cometidos por personas que formaban parte del pasado. Su amigo ya hacía tiempo que había vencido su rabia, pero ¿y él?

Era difícil superar una emoción que llevaba negándose tanto tiempo.

—Sin embargo...

Ranmaru se acercó a él, lo suficiente para incomodarlo. Era una táctica que había aprendido del propio Ōkami cuando eran más jóvenes: invadir el espacio de otro hombre y ver cómo este intentaba zafarse, y estuvo a punto de surtir efecto. El Lobo se vio tentado a retroceder en respuesta, pero le sostuvo la mirada y se quedó en el sitio.

—Sin embargo —repitió el líder—, si empiezas hoy, emplearás dos tardes de esta semana en enseñarle a Sanada Takeo a luchar con espada. No importa con qué tipo: *katana*, *wakizashi*, *tantō*... —Trazó un círculo en el aire con intención de animarlo—. Lo único que importa es que el chico pueda defenderse en un combate básico. Si va a quedarse con nosotros, al menos debe aprender a blandir una espada.

Ōkami abrió la boca, donde se estaba formando una réplica cortante que no tardaría en ser lanzada.

Su amigo se preparó para recibirla. Para darle la bienvenida.

Había ocasiones en que hasta un lobo aullador necesitaba que lo acallaran.

Pero Ōkami cerró los labios sin pronunciar una sola palabra e inhaló despacio por la nariz.

—Bien. —Sus hombros se relajaron—. Pero no cambiaré nada. Cuando el chico muera durante el primer combate, no vengas a echarme la culpa.

—Tampoco cambiaría nada si lo hiciera.

El Lobo resopló. De nuevo superficial e impasible.

—A mí me dará lo mismo.

Y, dicho esto, esquivó a Ranmaru y salió al sol de la mañana.

El líder del Clan Negro negó con la cabeza.

Algún día, esas mentiras le pasarían factura a su amigo.

Sólo esperaba estar allí para verlo.

\* \* \*

Mariko creía que le estaba tomando el pelo.

O que quería ponerla nerviosa, como disfrutaba haciendo siempre que le lanzaba a alguien aquella mirada burlona.

—Bueno, ¿qué haces ahí plantada? —le preguntó.

—No sé lo que quieres que haga —replicó—. Cómo quieres que me... plante. — Su voz se fue apagando.

Habría jurado que los músculos de la mandíbula de Ōkami habían palpitado ante aquella réplica, pero entonces el chico se aclaró la garganta. Se acercó y, con las puntas de dos espadas de madera, le dio golpecitos en las piernas hasta que puso los pies en la posición correcta para pelear. Si no hubiera sabido la verdad, habría pensado que intentaba no tocarla. Como si estuviera marcada por un demonio. O infectada por algún mal.

«Si está evitándome, a lo mejor puedo aprovecharme de ello.

Él no es el único aficionado a incomodar a la gente».

Cuando el Lobo se había acercado a ella esa mañana y le había ordenado que lo siguiera, no le había gustado nada que su corazón respondiera dándole un brinco en el pecho como si quisiera reunirse con él a medio camino.

Su estúpido corazón. Ya era hora de darle una lección. De enseñarle que se quedara atrás. Tenía por delante la oportunidad de vengarse.

Si Ōkami estaba furioso con ella, ella también estaba furiosa con él.

Cuando el chico le golpeó las corvas de nuevo y le dijo que se apuntalara bien, Mariko se cayó encima de él a propósito. Ōkami saltó hacia atrás como si quisiera evitar una llamarada. Ella se irguió y le hizo una mueca. Él pestañeó asombrado. Durante un instante, Mariko incluso creyó que iba a sonreír.

—Como vuelvas a hacer eso —le dijo en un susurro peligroso—, te vas a enterar.

—¿Es una amenaza o una promesa?

Aquella vez sí que sonrió, aunque sólo un poco. Después se separó hasta situarse a un brazo de distancia y, sin avisar, lanzó la espada en su dirección. Mariko la cogió por los pelos.

La espada de prácticas pesaba mucho, pues su hoja estaba hecha de madera maciza para imitar el peso de una *katana* de verdad, y su superficie era lisa para resistir la estocada completa de un oponente.

Mariko blandió el arma con la esperanza de no parecer tan novata como ella misma se sentía.

—¿No debería practicar con una espada de verdad en lugar de con una pensada para un niño?

—Estas son las espadas que usamos cuando no luchamos. No son sólo para niños.

Mariko la enarboló con una mano mientras sus ojos recorrían a Ōkami de arriba abajo.

—No quieres hacer esto.

—Valiente obviedad —bufó él—. En realidad, preferiría masticar arena. —Se puso a su lado; la espada de prácticas le colgaba de los dedos—. Usa las dos manos. ¿Quién te crees que eres? ¿Musashi?

Mariko ignoró la pulla respecto al célebre espadachín.

—¿Y por qué lo haces si no quieres hacerlo?

—Porque, si no lo hago, Ranmaru se preguntará por qué, y no creo que te venga bien que su curiosidad lo anime a pasar a la acción —remató con voz baja y dura.

Cuando se inclinó hacia delante para ayudarla a coger bien la espada con la mano izquierda, el pelo se le resbaló hacia los ojos y le rozó la frente. Una parte de ella quiso contener la respiración.

Se rebeló contra ello inspirando hondo.

Tonta. So tonta. Se suponía que los lobos no olían como Ōkami. A piedra cálida y humo de leña.

—¿Qué haces? —le preguntó él en tono cortante, aunque sus manos temblaron sobre las suyas—. Deja de hacer cosas raras.

Mariko continuó en la misma pose.

—Soy rara. —Blandió la espada—. Y será mejor que empieces a apreciarlo.

\* \* \*

Ōkami estaba que echaba chispas.

En cuanto se le presentase la oportunidad, iba a matar a su mejor amigo. Era lo justo, después de todo. Prefería pudrirse en el infierno antes que admitirle a nadie que se la habían jugado.

Cada vez que se veía obligado a tocarla, imaginaba un nuevo modo de hacérselas pagar al líder del Clan Negro.

—¡Para! —ladró. Aquella chica sacaba lo peor de él; le hacía perder el control del que tanto se jactaba—. Todavía no sujetas la espada como es debido. Cuando la levantas se te juntan las manos. Tienes que dejar un palmo entre ellas o perderás el control por completo.

Muy apropiado que él le diera lecciones sobre perder el control.

Ella apretó los dientes y sus ojos marrones oscuros destellaron hacia los suyos



como joyas pulidas. Aferró la empuñadura con fuerza y volvió a enarbolar la espada por encima de su cabeza.

—Ataca —le ordenó.

Mariko la bajó y Ōkami hizo que se le cayera de las manos de una estocada con implacable precisión.

—Cógela —le dijo mientras trazaba un arco en el aire con su propia espada.

Los labios fruncidos de Mariko le parecieron capullos de rosa. No rojos; nada obvio ni llamativo, sino de un tono rosáceo, sutil y cálido. Igual que su aroma. Como si el color del oro tuviera un olor.

Una oleada de rabia le bajó por la garganta. Como no fuera más consciente de lo que pensaba, esa chica acabaría provocando la muerte de Takeda Ranmaru.

Inhaló. Exhaló. Se esforzó en hablar con amabilidad.

—Otra vez. Ahora, mantón la espada firme. Muévete más despacio. Con más deliberación.

Para darle ejemplo, rasgó el aire con la espada de madera produciendo una ráfaga. El movimiento fue satisfactorio. Aunque odiaba usar la *katana*, ya que le traía recuerdos que prefería olvidar, tenía que admitir que echaba de menos la sensación de tener el arma en las manos.

Cuando Mariko hubo repetido el ejercicio diez veces más, lo miró de reojo.

—¿Cuántas veces tengo que hacerlo? —quiso saber.

—Hasta que vea que te sale bien.

Ella se mordió la cara interna de la mejilla.

—¿Y no voy a aprender a luchar?

—Primero tendrás que aprender a coger la espada, ¿no? Si la *katana* es una extensión de tus brazos, ahora mismo los tuyos están rotos. ¿Animarías a luchar a un hombre con los brazos rotos?

Mariko enarcó las cejas.

—¿Y tú por qué no llevas espada?

—Porque prefiero no llevarla.

—Eres muy inflexible, ¿sabes?

Ōkami estuvo a punto de echarse a reír.

—¿Y tú no?

—¿Ya lo habéis olvidado, distinguido sensei? Mis brazos están rotos.

Y no pudo evitar la risa.

Ella vaciló unos instantes mientras meditaba la siguiente pregunta.

—Me han dicho que la espada es el alma del samurái.

Alzó la suya y se preparó para repetir el ejercicio.

A Ōkami se le curvaron las comisuras de los labios al esbozar una mueca.

—Sólo a alguien tan tonto como para seguir el camino del guerrero se le ocurriría decir algo tan ridículo.

—El *bushidō* habla de experimentar la vida a cada instante. De ver la vida en las

cosas más sencillas. Hay belleza y honor en eso, tú mismo lo dijiste.

—Si yo fuera tú, no daría mucho crédito a lo que digo. —Volvió a golpearle la espada, pero esta vez no logró derribarla—. Cuando lucho, llevo una máscara. No hay ningún honor en eso. Y me alegra que sea así.

—Creo que mientes —murmuró Mariko—. Y, a pesar de lo que pienses, sí doy crédito a lo que dices. Algún día espero decir algo que te cale —repuso, y alzó la barbilla.

Ōkami tragó saliva. Esa chica lo enervaba de un modo que no alcanzaba a comprender. Tenía que poner fin a la conversación de inmediato.

—Las palabras son ridículas. Las promesas, inútiles. Cualquiera puede decir algo para conseguir lo que desea. Yo creo en los actos y nada más que en los actos.

—Eso ya me lo has dicho antes —replicó en voz baja—. Y sigo sin creer que tengas razón.

Ōkami le lanzó una estocada, que ella bloqueó por instinto. Él no pudo disimular su sorpresa al ver lo rápido que aprendía. La mayoría de los hombres que conocía no comprendían tan pronto el tira y afloja del arte de la espada.

Asintió en señal de aprobación.

—Bien hecho. Aunque no dejes que te apunte a la cabeza.

Ella sonrió.

—Mi padre me enseñó que el tacto de la verdadera fortaleza es liviano como una pluma. —Con un leve contoneo, blandió la espada de nuevo mientras lo miraba con evidente circunspección—. También me dijo que, cuanto más hondo caves, más altos serán los muros que te rodeen.

—Tu padre ha leído muchos libros.

Mariko estalló en una carcajada, y la calidez de aquel sonido lo atravesó. Como una alborada.

Sin pensarlo, Ōkami se acercó y le cogió los codos para intentar centrárselos. Para que controlara mejor la espada. Adelantó el pie derecho hasta situarlo entre los suyos y la rodilla le rozó la cara interna del muslo.

En cuanto lo hizo, supo que era un error. La respiración entrecortada de ella. Sus ojos oscilantes.

El estruendo de su propio corazón.

—No me has dicho que no haga esto —musitó Mariko al tiempo que se ruborizaba—. Ni me has preguntado por qué estoy aquí.

—¿Y por qué habría de hacerlo? —inquirió él, en contra de su buen juicio.

—Porque soy una chica —susurró ella.

El enfado anidó en el pecho del Lobo. No por sus palabras, sino por su necesidad de pronunciarlas y lo que significaban. Mantuvo la mirada clavada en ella.

—Por encima de todo eres una persona. Una persona ingenua y temeraria, pero una persona al fin y al cabo. Si alguna vez te digo que no se te permite hacer algo, ten por seguro que la última razón por la que te lo diré será porque eres una chica.

Al ver que sus ojos se ablandaban, supo que había cometido otro error.

Pero no quiso retractarse de sus palabras.

Sin duda, era rara. Exasperante. Una fuerza con la que contar y a la que tener en cuenta. Y, como ella misma le había exigido antes, él lo apreciaba.

En ese momento, supo que tenía un grave problema.

Y todo por aquella chica maravillosamente rara.

# UN BOSQUE DE SANGRE Y FUEGO



**K**enshin se despertó sobresaltado. Su pecho subía y bajaba en un intento por coger aire. El suelo de debajo estaba mojado y la hierba junto a las puntas de sus dedos, carbonizada. El sabor a cobre y a ceniza le envolvía la lengua.

Se sentó y se agarró la cabeza, que no dejaba de darle punzadas. Cuando bajó la vista hasta sus dedos, descubrió que estaban cubiertos de sangre seca. El miedo se apoderó de él.

Miró a su alrededor.

La sangre no era suya.

No. No era posible. Aquello no podía haber ocurrido. No podía haber hecho — nunca habría hecho— algo así.

Intentó evocar una imagen de lo último que era capaz de recordar.

Gritos. Un iracundo intercambio de palabras. Una negativa a cooperar. Amenazas vertidas por ambas partes. Destellos de sangre, humo y fuego, cuyo origen permanecía neblinoso y poco claro.

Ira. Una rabia incontrolable que manaba de su pecho y salía a borbotones de sus labios, fustigando el aire a su alrededor.

Su pecho volvió a subir y a bajar. Se puso en pie a duras penas y arrastró la espada por los restos calcinados de lo que una vez había sido hierba alta por toda la linde del bosque. El tipo de hierba alta y fina que se combaba y se mecía con el viento. *Kane* esperaba en el mismo sitio donde él lo había dejado: el caballo de guerra continuaba atado al tronco de un árbol al borde del claro. Sin molestarse siquiera en limpiar las manchas carmesíes de su *katana*, la envainó y subió a su montura.

Sentía como si le hubieran abierto la cabeza en dos y se la hubieran cosido para juntársela. Alzó las manos ante su cara.

No era su sangre. Pero sí su dolor.

No entendía lo que había ocurrido. No entendía qué habría provocado que alguien cometiera semejantes atrocidades. El eco de un grito resonó en sus oídos, silenciando todo lo demás. Salvo la promesa de un tormento futuro.

Apretó los ojos con fuerza.

No había sido él. El no había hecho aquello.

Nunca lo habría hecho.

\* \* \*

En la sombra de un matorral espinoso cercano, un zorro gris fantasmal observaba cómo Hattori Kenshin se dirigía tambaleante hacia su caballo. Observaba cómo se miraba horrorizado las manos manchadas de sangre.

El zorro sonrió como un pillastre. Sus ojos se encendieron hasta alcanzar un color amarillento y luego se apagaron y se volvieron negros. Esperó hasta que el Dragón de Kai salió del claro a lomos de su caballo.

Entonces se desvaneció en una espiral de humo.

En su estela, una flor negra cobró vida y su centro palpitó con los latidos de un corazón.

Emitiendo una advertencia.

O tal vez un mensaje.

# UNA MATANZA



**R**en, su primer y más fiero torturador, resultó ser quizás uno de los mejores cantantes con los que Mariko se había cruzado en toda su vida.

Acababa de descubrirlo. Y le había impactado. La había obligado a apreciar las muchas sutilezas que tiene la vida. Mientras cabalgaba con el Clan Negro hacia el antro donde se había topado con ellos por primera vez, Haruki, el herrero, había empezado a cantar. Aunque sabía que no debía, a ella le habría encantado acompañarlo, sobre todo porque era la primera vez en las tres semanas que llevaba en el campamento que le dejaban que fuera con ellos. Algunas noches, muchos salían y regresaban borrachos y diciendo groserías.

Y le recordaban cuál era su sitio: mantenerse siempre en segundo plano.

Hasta aquel día.

La canción de Haruki era dulce y estaba compuesta con versos sencillos que animaban a la improvisación. Cuando algunos de los demás miembros empezaron a acompañarlo, la tonada se fue volviendo más obscena. Y las voces, más ruidosas.

Al oír que Yoshi mencionaba algo sobre unos pechos grandes, Mariko se apresuró a espolpear a su corcel para no escuchar nada más por temor a que el siguiente verso le tocara a ella. Puede que fingiera ser un hombre, pero no estaba muy segura de lo que a los hombres les gustaba cantar respecto al sexo opuesto.

«¿Sobre mujeres desnudas?». Seguro.

Pero ¿qué era exactamente lo que les atraía tanto del desnudo femenino? El cuerpo no era más que un cuerpo. Una forma. Un recipiente. Aquello le suponía un auténtico misterio. Los pechos eran sólo pechos, ¿no? Lo más fascinante de una mujer debía de ser su mente. ¿O no?

«Por supuesto que no».

Estuvo a punto de soltar un gruñido cuando oyó el inconfundible chasquido de la lengua de Ōkami a su lado. El joven refrenó a su caballo de guerra hasta ajustarse a su paso. Se le acercó.

—¿No te interesa la canción, *Takeo*? —la pinchó.

El Lobo parecía estar de muy buen humor aquella tarde. Mariko se preguntó qué estaría tramando. Y cuánto le costarían sus ardidés.

Pero entonces decidió que le daba igual.

—Supongo que a ti te interesará mucho más que a mí, *Tsuneoki*.

Sonrió. Por el rabillo del ojo vio que los labios cicatrizados de él también se

curvaban en una sonrisa ladina.

—¿Se supone que es una prueba de mi hombría? —le susurró con ojos chispeantes.

La provocación de sus palabras le produjo un cosquilleo por la nuca. Tras ellos, el sol empezaba a ponerse despacio y la oscuridad se abría paso por el horizonte. Entonces se sobresaltó. El cielo nocturno también oscurecía las palabras. Ensombrecía su significado.

Lo que parecía inocente se tornaba ilícito con sólo una mirada.

El calor ardiente de las manos de Ōkami esa noche junto a las aguas termales. El fuego que le había corrido por las venas.

Negó rápidamente con la cabeza.

—Más bien es una prueba de tu ridiculez.

—¡Qué crueldad! —Chasqueó la lengua—. Y yo que me paso el día intentando convencer a mi sombra de que merece la pena seguirme...

Mariko bajó la vista hasta la fina silueta que se alargaba por el suelo tras él. Parecía irregular y vacilante. Apropiada.

—A lo mejor deberías poner más empeño.

—¿Tanto te cuesta decir algo bonito? Aunque sólo sea por una vez.

—Lo haré —se limitó a responder—. Cuando tú me enseñes.

Él se echó a reír.

Estaban lejos, delante de los demás. Cabalgando a la par.

El *rōnin* y la guerrera disfrazada.

Quería odiarlo, pero el recuerdo de sus manos hurgando en su pelo, del modo en que sus ojos se curvaban cuando sonreía, de cómo su conducta se ablandaba cuando quería, cuando era sincero, se lo impedía.

El chico era un enigma. Un muchacho sin honor que, pese a ello, hacía cosas honorables. Como salvarla cuando podía haberla dejado a su suerte. Como pararse a entregarle dinero a una anciana cuando debería haber huido de la ciudad imperial. O como guardarle el secreto, a pesar de que sus lealtades residían en otra parte.

Lo miró de forma furtiva. Observó cómo sus fuertes dedos asían con ligereza la tela carmesí de las riendas. Recordó el modo en que sus labios daban forma a las palabras. Todo lo hacía con una gracia espontánea y natural. No era nada calculador. Actuaba por instinto.

Y ciertamente poseía unas de las manos más delicadas que Mariko había visto en toda su vida.

Justo cuando pensaba decir algo bonito —sobre lo bien que montaba—, Ōkami le cortó el paso y la obligó a detenerse alzando el puño derecho.

Al caballo se le dilataron los ollares. El corcel de Mariko resopló.

Ante ellos se alzaba la habitual hilera de arces que constituían la linde más occidental del bosque. Los aledaños del antro.

Y, tras ella, varias volutas de humo negro se elevaban en el aire. No era el flujo

constante que esperaban. Ni el humo de la chimenea medio derruida del cobertizo. Un extraño olor saturaba el ambiente.

Carne quemada. Mezclada con una nota de podredumbre.

—Quédate aquí —le ordenó Ōkami, y a continuación espoleó a su caballo y salió al galope.

Ella lo siguió sin pensárselo dos veces.

—¡Quédate con los demás! —le gritó él por encima del hombro con el ceño fruncido.

El pecho se le hinchó de rabia.

—¡No lo dirás en serio! —exclamó en cuanto lo alcanzó—. ¡Ni esperarás que obedezca una orden tan insultante!

—Tonta —replicó Ōkami, y refrenó a su caballo conforme se acercaban al claro—. Te he pedido que te quedaras con Ranmaru porque tienes buen ojo y una mente avispada.

Se detuvieron al borde del claro y lo que vieron les agarrotó la garganta.

El cobertizo de *Akira-san* estaba calcinado, así como las mesas desvencijadas que lo rodeaban. Unas salpicaduras de sangre y varios parches de tierra chamuscada manchaban el suelo pisoteado de lado a lado.

Allí había tenido lugar una masacre.

Había algunos parroquianos, que sin duda llevaban mucho tiempo muertos, desplomados sobre las mesas. Varios de los cadáveres habían ardidido en el incendio.

Ōkami saltó de su montura. Mariko lo siguió, fijándose en cuanto la rodeaba, aunque lo único que veía era al Lobo memorizando lentamente cada detalle.

Sabía lo que era viajar junto a un rastreador.

Si Kenshin estuviera allí, haría exactamente lo mismo.

Al lado del cobertizo humeante, descubrieron los cadáveres del chico y de la chica que los habían atendido la última vez. Al chico le habían rajado el pecho. Presentaba una herida limpia que, no obstante, debía de haberle causado un inmenso dolor. Mariko sabía que había tardado en morir. La mancha carmesí que rodeaba su cuerpo era ancha y estaba seca por los bordes. Por fortuna, la chica había muerto en el acto. Tenía un corte profundo en la garganta.

Se detuvieron ante los dos cadáveres y lamentaron en silencio su juventud. La pérdida de una vida robada antes de ser vivida.

Una voz quebrada interrumpió el silencio. Una cadencia vacilante que gritaba al cielo.

—*Akira-san* —dijo Ōkami, y se apresuró a caminar en su dirección, dejando atrás los cuerpos.

Hallaron al anciano de rostro avejentado detrás del cobertizo. Cuando vieron que alzaba una mano temblorosa, corrieron a su lado. Lo habían apuñalado en el estómago y se desangraba por dentro poco a poco.

Una horrible manera de morir. Llena de dolor y sufrimiento.



Un hilillo de sangre le corrió por la comisura de la boca cuando se dirigió a Ōkami. Hizo ademán de agarrarlo por el cuello del *kosode* para atraerlo hacia sí, pero no lo consiguió.

El Lobo se le acercó.

—¿Quién ha sido?

Mariko advirtió que apretaba los puños.

Un bajo murmullo se propagó por su cuerpo.

—S-samurái —dijo el hombre con voz ronca.

En ese momento, Mariko se percató de que nunca había visto al Lobo enfadado de verdad. Ni siquiera junto a la casa de té aquella noche de la semana anterior. Había percibido un foganazo de furia, pero nada comparado con eso. Cuando había intentado recabar información acerca de sus poderes aquellos primeros días, Yoshi le había asegurado que muy pocas cosas despertaban su ira. «Para odiar, uno debe amar primero», había dicho el cocinero. Y Ōkami no amaba muchas cosas.

Antes de que Akira-san añadiese nada más, Ranmaru irrumpió por entre la maleza quemada y fue hacia ellos. Se detuvo en seco con la cara pálida. El anciano alargó el brazo hacia el líder del Clan Negro y este corrió a su lado y le agarró la mano ensangrentada.

Los ojos de Akira-san se posaron en Mariko. Se entrecerraron. Al anciano se le aceleró la respiración.

—Buscad..., buscad al d-dragón —murmuró de forma entrecortada.

A Mariko se le paró el pulso. Una garra helada le aferró el pecho y le desgarró las vendas que le ceñían el esternón.

—¿Qué dragón? —preguntó Ranmaru.

—Buscad al Dragón... de Kai.

El hombre tosió y espurreó varios chorros de sangre carmesí. Luego levantó un dedo tembloroso, como si pretendiera señalar algo.

O a alguien. Mariko era incapaz de oír por encima de los gritos de su corazón. «No es posible. No es posible».

La mano de Akira-san cayó justo cuando sus ojos se cerraban. Cuando la vida abandonaba su cuerpo. Ella se agarró la garganta. La cabeza empezó a darle vueltas.

Kenshin. Su hermano. Su familia.

«¿Qué has hecho?».

## PENA Y ESCUDOS DE HUMO



M ariko volvió a su trabajo para impedir que el mundo que la rodeaba se derrumbara.

Escuchó mientras Ranmaru despotricaba contra el Dragón de Kai. Escuchó mientras ordenaba al resto de sus hombres que empezaran a hacer preguntas sobre el paradero de Hattori Kenshin. Sobre por qué había matado a un anciano inocente y a sus dos nietos a sangre fría.

¿En serio había hecho Kenshin aquello?

Se hizo esa pregunta varias veces. Demasiadas para poder contarlas.

«¿Por qué iba a hacer algo así?».

Lo más inquietante de su respuesta era que no podía estar segura de nada.

Su hermano siempre había sido un hombre de honor. Un hombre que seguía el camino del guerrero al pie de la letra. El *bushidō* dirigía a Kenshin como a pocos hombres más que ella conociese. Para que un hombre que valoraba el honor y la caballerosidad asesinase a gente inocente y desarmada, debía de haber una buena razón. Debía de haber una.

Sin embargo, por más que se esforzaba por encontrarla, no podía. Básicamente porque sabía que no podía haber una buena razón.

Cuando oyó los planes que Ranmaru había empezado a urdir —para encontrar al Dragón de Kai y matarlo con mil cuchilladas—, sintió que el horror cobraba forma en su alma. Y supo que tenía que elaborar un plan. Hacer algo más que esperar sentada y preocuparse en silencio.

Si Ranmaru enviaba al Clan Negro en busca de su hermano, Kenshin tendría que luchar.

Y moriría.

No dudaba de que su hermano pudiera hacer frente a la mayoría de los miembros del clan.

Pero no a Ōkami.

Tenía que idear algo que lo ayudara a evitar el inevitable ataque violento del Lobo. Después de todo, un depredador necesitaba ver a su presa para poder atraparla.

Ōkami había permanecido completamente callado durante todo el arranque de ira de su amigo. Se había mostrado incluso más distante que de costumbre, si es que eso era posible. Ya no se reía con ella. En cambio, había reanudado sus desapariciones del campamento, y esta vez se marchaba cada día. Probablemente a Inako para ver a

su hermana Yumi.

No es que a Mariko le importara.

Aquel miedo —aquella preocupación creciente— le hacía apartarse de todas las conversaciones que se mantenían a su alrededor. Le hacía evitar a Ōkami durante los breves momentos en que coincidían en el campamento. Lo evitaba como él la evitaba a ella. A cualquier precio.

Se dedicó de lleno a sus tareas. Ese día estaba sentada delante de la herrería de Haruki rellenando con sumo cuidado cáscaras de huevo.

La idea se le había ocurrido después de un sueño angustioso. Uno en el que había visto a Yoshi sacar huevos de su revestimiento dejando las cáscaras intactas. Vacías. Entonces, estas se habían convertido en humo y lo habían ocultado de su vista.

Se había despertado sobresaltada. Y había empezado a darle vueltas al tema.

Un rastro de humo sería una forma excelente de ocultar una retirada. O tal vez incluso de ocultar una entrada. Sobre todo si este no se convertía en un fuego real.

El humo era la primera señal de una llamarada. Por lo general, hacía que a los que estaban cerca les entrara el pánico por hallar su origen. Un pánico que les ayudaría a ocultar el rastro de un saqueador.

Al día siguiente, había tomado prestado de Yoshi un mortero y una mano y había empezado a triturar polvos casi de manera febril. Primero había empezado con una mezcla básica. Había utilizado las piedras amarillas y pestilentes cercanas a las aguas termales y las había machacado hasta convertirlas en polvo. Luego las había mezclado con pez blanca y había intentado formar un molde en la cáscara de huevo.

Como cabía esperar, aquel desastre hediondo se había deshecho en sus manos antes de que pudiera prender.

Entonces recordó algo que el cocinero le había enseñado durante una de sus muchas lecciones sobre cosas mundanas. El estiércol seco constituía una yesca excelente. Lo había demostrado cuando le enseñó a hacer fuego.

Así que había mezclado a partes iguales el estiércol seco de caballo, las piedras amarillas y la pez blanca y lo había triturado todo hasta conseguir un polvo fino. La adición final de hollín de la herrería de Haruki había estabilizado la mezcla y la había vuelto menos nociva a la hora de manipularla.

Lo último que le quedaba era crear un molde.

De ahí lo de las cáscaras de huevo.

Necesitaba algo que pudiera albergar los polvos en una estructura casi cristalina. Que fuera fácil de transportar sin que se desbaratase o se inflamase al menor roce de una fuente de calor. El día anterior había recordado el dulce de barba de dragón y cómo el sirope *amazura* hacía que se endureciera cuando se dejaba mucho tiempo lejos del fuego.

De modo que le había quitado *amazura* a Yoshi y lo había mezclado a fuego lento. Había esperado a que se endureciera antes de machacarlo y convertirlo en polvo. Después lo espolvoreó por el interior de una cáscara de huevo y lo dejó cerca

del fuego para que formara una concha en el interior. Un refuerzo que haría que las cáscaras fueran mucho más resistentes.

Si aquel experimento no funcionaba, tendría que empezar desde el principio.

Midió con cuidado los tres polvos distintos de los tres recipientes que tenía a sus pies. Vertió cada uno de ellos en su improvisado molde.

Acto seguido, se levantó.

Como había descubierto antes, al mezclar esos polvos la fricción hacía que reaccionaran los unos con los otros y formasen una nube de humo.

Agitó el huevo dos veces y lo estrelló con fuerza contra la tierra.

El artefacto estalló emitiendo un sonoro bang. Un humo blanco emergió del suelo despidiendo un ligero olor a huevos quemados y a estiércol de caballo. Soportable si te alejabas a toda prisa.

Al menos en algo no era un auténtico fracaso.

\* \* \*

—Estoy impresionado —le dijo Ranmaru cuando le enseñó el producto final. Agitó la mano para apartar el humo y poder verla.

Mariko consideró por unos breves instantes lo que significaba que le estuviera proporcionando a su enemigo —al enemigo de su hermano— los medios para camuflarse. Por desgracia, era demasiado tarde para ocultar su éxito y, por lo que a ella respectaba, cuanto más humo, mejor. Había empezado a trabajar en aquel proyecto antes de los acontecimientos que habían acaecido en el claro. Cuando deseaba ganarse un lugar en el círculo más estrecho del Clan Negro. Lo único que evitaba que se sintiera extremadamente culpable era saber que no había compartido todo lo que había descubierto a raíz de sus experimentos.

No tenía la menor intención de regalarle aún a Ranmaru su mayor invención. Pese a lo que su hermano hubiera hecho en el bosque Jukai, haría lo que estuviera en su mano para ayudarlo a derrotar a sus enemigos.

Se armó de valor.

A la primera oportunidad que tuviera, descubriría la razón por la que había asesinado a tantos inocentes. Después de todo lo que había vivido entre los miembros del Clan Negro, sabía que las apariencias engañaban y quería darle a su hermano el beneficio de la duda, al menos de momento.

—¿Cuántos escudos de humo puedes hacer? —le preguntó Ranmaru.

Mariko le contestó con evasivas:

—Lleva mucho tiempo.

—Mandaré a hombres para que te ayuden. A Ren y a Yoshi les gustará aprender a hacerlos.

«Y tomar nota de mis ingredientes, así como ver qué más estoy tramando».

—Prefiero trabajar solo —respondió—. Manipular estos polvos es peligroso y una mano poco experta podría prenderle fuego al campamento entero.

Ranmaru permaneció inflexible.

—Entonces enséñales a manipular los polvos como es debido.

—No tengo tiempo de enseñarles y hacer los escudos de humo al mismo tiempo.

—¿Por qué no me dices lo que necesitas y yo te lo proporciono?

La naturaleza inquebrantable del líder del Clan Negro se estaba convirtiendo en algo cada vez más problemático. Rara vez veía problemas, sólo soluciones, y su eterno optimismo la estaba poniendo de los nervios más que nunca.

Pensó a toda prisa. Aunque les revelara los ingredientes, ninguno de los miembros del Clan Negro sabría jamás reproducir las cantidades. No sin semanas de estudio. Y ella nunca les diría cómo había logrado endurecer el interior de las cáscaras de huevo.

—Las piedras amarillas cerca del manantial de agua caliente, estiércol seco de caballo y ceniza de la herrería de Haruki.

—Y dedalera —añadió una voz que surgió a su espalda.

«Ōkami».

—¿Dedalera? —dijo Ranmaru con expresión de incredulidad—. ¿La del veneno?

Mariko se contuvo para no hacer una mueca.

—Es cierto que tengo dedalera, pero...

Ōkami se plantó frente a ella.

—No intentes engañarnos, señorito Lampiño —le advirtió en tono monocorde—. Si no la has usado para los escudos de humo, entonces ¿por qué la recogiste?

De nuevo tuvo que pensar rápido.

—Utilizo savia de dedalera para revestir el interior de las cáscaras.

Otra mentira con un poso de verdad. Una vez más, recordó el experimento que su tutor había llevado a cabo cuando era más pequeña. Cuando la pasta de los tallos y las semillas de la dedalera habían arrojado una luz brillante. Ya se había percatado de que, si acababa añadiendo la pasta al escudo de humo, era muy probable que esta explotara. Que no se limitara a emitir humo y gases.

Por desgracia, aún no había tenido oportunidad de probar su mayor invento.

—Interesante —comentó Ranmaru.

Ōkami se giró hacia ella con la cara tensa, como si pudiera detectar el olor de sus mentiras.

—Mucho.

—Muy bien —prosiguió Ranmaru—. Te traeremos los ingredientes. ¿Puedes hacer cincuenta escudos de humo durante los próximos cinco días?

—Lo puedo intentar.

—Excelente. —Sonrió—. ¿Cómo van tus lecciones para aprender a manejar la espada?

—No... van —admitió—. He pasado la mayor parte del tiempo trabajando en

esto.

En parte era cierto, pero en realidad era difícil llevar a cabo un entrenamiento cuando el supuesto maestro nunca estaba presente en el mismo sitio que el alumno.

—Es importante que sigas practicando. —El líder la observaba mientras hablaba—. Porque si la fabricación de estos escudos de humo te sale bien, me gustaría que nos acompañases en nuestra próxima incursión.

Mariko palideció.

—Yo..., yo...

—Creí que te complacería —dijo Ranmaru.

Sintió que la mirada del Lobo le taladraba el cráneo.

—Me... complace.

Ranmaru frunció el ceño.

—Pues no lo parece.

—¿Puedo preguntar dónde planeamos realizar la siguiente incursión?

—En una tierra no muy lejos de aquí —contestó el líder del clan—. Una que necesita urgentemente nuestra intervención.

Ōkami bajó la vista hasta ella.

—La provincia del clan Hattori.

A Mariko empezó a darle vueltas la cabeza, pues sus primeras sospechas se habían confirmado.

Aunque eso no hacía que fuera más fácil oír aquellas palabras.

—El modo de hacer salir a un dragón es amenazar su guarida —continuó diciendo el Lobo.

A pesar de las palpitaciones que le golpeteaban las sienes, Mariko conservó la calma en la voz. Se mostró impasible:

—¿Sabemos por qué atacó a Akira? —le preguntó a Ōkami, desesperada por aferrarse a la primera fuente de su odio.

La primera y la más duradera.

«Dime que estabas allí esa noche. Dime que fuisteis vosotros los que atacasteis mi convoy. Dime que intentasteis matar a Hattori Mariko y que su hermano está buscando vengarse del Clan Negro por ello.

Dímelo para que pueda destruirte sin volver la vista atrás».

—No importa por qué lo hizo —respondió el joven—. Sólo importa que lo ha hecho.

«Cree en los actos y nada más que en los actos».

No obstante, Kenshin debía de tener sus motivos. Necesitaba creer que nunca haría algo así sin una razón. Necesitaba creerlo pese que todas las pruebas apuntaban a lo contrario.

—¿Por qué iba a matar alguien a una persona sin motivo? —preguntó.

—Los hombres como ese no necesitan un motivo —respondió Ōkami.

Ranmaru suspiró.

—Ya lo verás cuando vayamos a la provincia de los Hattori. Ya verás por qué el emperador le ha fallado a su pueblo al colocar a hombres como Hattori Kano en el poder. Nuestro emperador no es fuerte; es débil y manipulador. Está mucho más preocupado por su propio estatus que por la grandeza del imperio. Si Minamoto Masaru se interesara de verdad por su país, sabría que su fuerza reside en su pueblo. Y el pueblo de Wa sigue a los que traen consigo la gloria de nuestro imperio.

»Es hora de devolverle el poder a los que desean gobernar —continuó Ranmaru—. Con mano dura y un corazón unificado.

Mariko sabía que no podía decir mucho. Si se le escapaba algo inapropiado, sus palabras delatarían sus sentimientos. Y su corazón no podía soportar más dolor. Ya no.

—¿Deseas que se le arrebate el poder al emperador?

El líder del Clan Negro miró a su amigo.

—Ōkami...

—Ranmaru desea que el poder vuelva al sogún —terminó de decir este.

—¿A qué *sogún*? —preguntó Mariko—. Creía que su línea sucesoria había muerto hace años.

Ōkami la fulminó con la mirada. Habló en voz baja:

—El último en la línea sucesoria para ser *sogún* era el hijo de Takeda Shingen.

«Ranmaru».

—¿De modo que luchas —tragó saliva mientras lo escrutaba—, luchas para devolverle el poder militar a Ranmaru?

El Lobo no dijo nada.

—La única razón por la que lucho es por lealtad a mi clan. El Clan Negro y todos aquellos a los que servimos. Si Ranmaru desea ser sogún, entonces haré todo cuanto esté en mi mano para ayudarlo. Pero no tengo planes más allá de eso.

Era posible que Mariko se hubiera tropezado al fin con la verdad. ¿Tenía el Clan Negro planes para devolverle a Takeda Ranmaru —un *rōnin*— el trono del poder de Edo?

Y, si era así, ¿cómo pretendía una banda de forajidos hacer eso posible?

—Te dije que Sanada Takeo nos sería útil un día, Ōkami —dijo Ranmaru con una sonrisa tensa. Casi amenazadora.

Al oír aquello, el Lobo dejó atrás a Mariko como una exhalación y volvió a adentrarse en la noche.

# UNA PROVINCIA DE DOLOR



Kenshin desmontó de su caballo en la puerta de los sirvientes.

Estaba en casa. Agotado. Hecho polvo.

Sus sueños lo acosaban. Desde el día en que Mariko había desaparecido, no le habían dado tregua ni una sola noche. Y no habían hecho más que empeorar desde que había perdido el tiempo en el antro.

Pesadillas de un anciano pidiendo ayuda a gritos. Pesadillas de un chico y una chica dando vueltas por un mar de hierba alta mientras la sangre salía despedida a chorros de sus cuerpos.

Kenshin se sacudió aquellos pensamientos de la cabeza y franqueó la puerta trasera de la casa de su familia con la cabeza gacha.

No quería hablar con nadie. Ni ver a nadie. Ni que nadie lo viera. No le daba vergüenza que su familia se enterara. Su padre no le reprocharía ese asunto en particular; después de todo, no era un fracaso público. Como mucho, Hattori Kano les ofrecería a las familias de las víctimas algún tipo de compensación. ¿Y su madre? Lo más probable era que Taira Hime regañara a su hijo por haber perdido los nervios y luego le ofreciera algo de comer antes de que el desagradable incidente se le borrara de la memoria.

La oscuridad lo engulló. La luz de las antorchas titilaba desde todos los rincones del recinto. Sus pies lo guiaron de manera automática hasta un edificio más pequeño al que le habían puesto recientemente un nuevo tejado de paja limpia y fragante.

Sin pararse a pensar, se sentó bajo una ventana en el extremo derecho y apoyó la espalda en la áspera escayola blanca con la esperanza de que su contacto lo consolara.

Ni siquiera el susurro de una puerta corredera al abrirse interrumpió su tarea de buscar consuelo. Y tampoco levantó la vista cuando la sombra de una figura familiar se cernió sobre él.

Amaya no dijo nada. Se limitó a sentarse a su lado.

Al cabo de un rato, Kenshin apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Qué te pasa? —le preguntó en voz baja.

Él no respondió.

—Kenshin.

—Tu hombro es incómodo.

Levantó la cabeza. Antes de que pudiera moverse, Amaya lo cogió por la barbilla.

—¿Qué te pasa? —repitió.



—Tu hombro es demasiado huesudo. Deberías comer más.

Ella sonrió.

—Y tú también.

Él volvió a apoyarse en ella.

—Creía que habías dicho que era incómodo —bromeó la chica. Alargó la mano y entrelazó sus dedos con los de él—. Es incómodo porque apoyas la cabeza. En vez de eso, apoya el corazón.

Kenshin tragó saliva y se dejó envolver por su calor. Dejó que sus preocupaciones se desvanecieran, aunque sólo fuera por un instante.

—He cometido un tremendo error —susurró.

\* \* \*

El Clan Negro se detuvo en los límites de la provincia de los Hattori.

Había caído el crepúsculo. El zumbido de las cigarras surcaba el aire y el olor a cebada y grano colmaba el cielo nocturno.

A Mariko le rugía el corazón en el pecho. Tenía que avisar a su familia. Avisar a Kenshin de lo que iba a ocurrir.

Miró de reojo a Ōkami.

—¿Por qué hemos venido a asaltar y saquear a esta gente? —preguntó en tono imperturbable—. No os han hecho nada.

—No hemos venido a asaltarlos y saquearlos —explicó—. Hemos venido a... —ladeó la cabeza—, hacer una redistribución.

—¿Perdona?

—Hattori Kano lleva años robándole a la gente que vive y trabaja en sus tierras.

—¿Qué? —exclamó Mariko, al tiempo que se le erizaban los pelos de la nuca—. Nunca he oído...

—Vive por encima de sus posibilidades. Y hace poco que le han robado la dote de su hija. Una dote que él mismo afanó a su pueblo para comprar su camino hacia el poder.

¡Mentira!

Abrió la boca para refutar sus palabras. Para defender el honor de su familia. Pero una creciente incertidumbre empezó a propagarse por su cuerpo. La ínfima semilla de la duda.

Hattori Kano no era un mal hombre.

Aunque hubiera vendido a su única hija en favor de su propia prominencia. Aquello era algo habitual en un hombre de su posición. Aunque Hattori Kano siempre había querido que su hija fuera distinta. Había querido que renunciara a sus sueños infantiles y que fuera algo más. Aquellas habían sido las últimas palabras que le había dedicado. Pero no había sido un mal padre. Siempre se había preocupado por

ella. Le había procurado consejo y atención.

Un hombre como aquel no le robaría a su propio pueblo descaradamente por el mero hecho de poner un pie en el castillo Heian.

Sin embargo, la semilla de la duda había arraigado en su mente.

Su padre había intercambiado a su única hija por una pizca de influencia. Ni siquiera por un sillón en la corte imperial. Y su madre no había puesto ninguna objeción. Si su padre estaba cogiendo más de lo que le pertenecía de las cosechas de su gente, su madre no diría nada. Su hermano ni siquiera se daría cuenta.

—¿Y ella?

«He estado ciega mucho tiempo. Y a menudo me he creído en posesión de la verdad.

Cuando la verdad es que no poseía nada».

—¿No nos crees? —dijo Ranmaru—. Parece que no nos crees.

—No es que no os crea. Es que no me entra en la cabeza que un daimio sea tan negligente con su propio pueblo.

Ōkami miró en su dirección.

—Sólo sigue los pasos de su emperador.

—Si tienes dudas, ¿por qué no vas hasta el pueblo más cercano y lo ves por ti mismo? —propuso Ranmaru.

—¿Confiarías en mí? —preguntó.

—Claro que no. —Ranmaru sonrió—. Llévate a alguien contigo.

Sin pensarlo siquiera, sus ojos se desviaron hacia Ōkami. Su corazón había elegido por ella.

—Volved antes de la medianoche —remató el líder del Clan Negro—. Para entonces saquearemos los graneros y almacenes.

\* \* \*

—Así que esto es lo que hacéis. —Mariko pronunció la frase como si fuera una exposición de los hechos—. Este es el verdadero cometido del Clan Negro: redistribuir la riqueza que robáis entre los más desfavorecidos, como la mujer del barrio de Iwakura.

El Lobo y ella deambulaban por la periferia de un pueblo de la zona sur de la provincia de su familia.

Él no respondió.

—¿Y tan seguros estáis de que vuestros actos no van a herir a la gente de esta provincia? —insistió.

—No —repuso Ōkami—. Sólo vamos a vaciarle los bolsillos a Hattori Kano. Y si el Dragón de Kai resulta muerto en el proceso, que así sea.

La angustia le acuchilló el pecho. Quería protestar por encima de todo. Ofrecer

algún tipo de objeción. ¡Ni siquiera sabían si Kenshin era el verdadero responsable de la muerte de Akira-san!

Y aun así...

Su mente se sumió en un remolino. Lo máximo que podía hacer era formar parte del grupo de asalto. Tal vez entonces se las ingeniara para advertir a alguno de los criados de la familia antes de que fuera demasiado tarde. Antes de que ocurriera algo impensable.

Y, en caso de que ocurriera..., se guardaba otro as en la manga.

Oteó la expansión de tierra que tenía ante ella. Aunque el sol ya se había puesto, muchas mujeres y niños seguían trabajando en los campos. Arrancando hierbajos y ahuyentando a los incontables insectos que plagaban las cosechas. Los tallos dorados de arroz habían crecido mucho. En condiciones normales, a Mariko le encantaba aquella época. Vagar por los campos y perderse entre los muchos canastos de recolección, garabatear bocetos en el barro y pergeñar nuevas ideas en su cabeza.

Se concentró en el mejor de esos recuerdos. En la gente que trabajaba en la periferia de sus tierras.

No recordaba haberlos visto sonreír. Y nunca había reparado en ello.

Permanecieron ocultos en las sombras mientras iban bordeando los edificios enlucidos bajo el amparo de los tejados de paja y escuchando a los trabajadores cuando sus hijos reñían por la comida y sus seres queridos volvían a casa después de un duro día de trabajo.

Ōkami se detuvo junto a una familia que se reunía para la cena cerca de una pequeña hoguera que habían encendido justo en la puerta de su diminuto hogar. Le tendió una hoz a Mariko y le indicó que lo siguiera hasta un campo colindante, como si fueran jornaleros que pretendían continuar con su tarea. Se acuclillaron junto al grano ondeante y se inclinaron hacia un lado para ver comer a la familia. Mariko creyó atisbar los ojos amarillos de un zorro en la distancia, oculto en las sombras, buscando sobras.

Los niños estaban sucios y, aunque su comida era frugal, sonreían.

Era evidente que su madre estaba herida. Cojeaba mientras servía minúsculas cucharaditas de mijo.

—Ōka —dijo la hija mayor cuando su madre le tendió un cuenco de comida—, come tú. Yo no tengo hambre.

Sus ojos se desviaron hacia los campos de trigo dorado que se hallaban a escasa distancia de donde estaban sentados y se extendían hasta donde alcanzaba la vista.

—No, cariño. Yo ya he comido.

La mujer miró a su marido, como indicándole que guardara silencio.

Cuando ocupó su asiento junto a él, Mariko vio que este le daba en secreto la mitad de su ración.

Por fortuna, la mayoría de los niños no se dieron cuenta. Sonrieron y continuaron comiendo, ajenos al apuro de sus padres. No obstante, la hija mayor sí que se enteró;

colocó su cuenco junto al de sus progenitores y le transfirió parte de su contenido.

Mariko se sobresaltó. Sintió una fuerte opresión justo debajo del corazón. Durante años se había jactado de ver cosas que los demás no veían. De ver el mundo no como era, sino como debería ser. Se fijó en las caras de los otros rapaces presentes.

En la cara de la hija mayor y en los diminutos surcos que ahora se le concentraban en la frente.

Su propia infancia estaba plagada de buenos recuerdos.

Y ninguno de ellos implicaba otra cosa que no fuera alegría a la hora de comer.

«Tal vez mi mente viera sólo lo que quería ver».

Una fría certeza le agarró la garganta. En ninguno de sus recuerdos recordaba haber visto esa misma alegría en alguno de los trabajadores de su padre. Cuando deambulaba más allá de las puertas del hogar familiar y se adentraba en los campos y arrozales, los jornaleros tendían a acompañarla de vuelta. Las sonrisas que le dedicaban eran lánguidas. Ajadas. De pequeña, a menudo preguntaba por qué parecían tan tristes. Por qué no sonreían más.

Su madre le decía que sólo estaban cansados. Y la niñera la urgía a volver a casa. Así eran las cosas. Un daimio era dueño de la tierra que trabajaba su pueblo. A cambio de su protección y amparo, la gente le pagaba un tributo.

¿Era posible que Hattori Kano se llevara más de lo que le pertenecía?

Mariko recordaba que su padre había dicho una vez que sus jornaleros eran unos desagradecidos. Que él les proporcionaba abrigo, alimento y un lugar donde trabajar, y seguían estando insatisfechos.

El Clan Negro pretendía redistribuir la riqueza de su familia. Devolvérsela a quienes labraban los campos, araban la tierra, recolectaban las cosechas.

Todo ello para que Mariko pudiera vestir ropa elegante y atraer la atención del hijo del emperador. Una parte de ella luchaba contra ese sentido de la justicia que empezaba a experimentar. El sentido de la justicia que le sobrevenía al ver que a esa gente se le retribuía lo debido. Aquella era la gente de su familia; aquellas, las tierras de su familia.

Pero ¿acaso había plantado ella una semilla alguna vez o trabajado la tierra salvo por propio interés? Hasta que había llegado al campamento del Clan Negro no había aprendido los rudimentos básicos para valerse por sí misma. De hecho, esa era la primera vez en su vida que cogía una hoz. Y el propósito que la animaba a hacerlo era un mero subterfugio.

Como Ōkami había declarado el día que le encomendaron la tarea de acarrear leña, había sido una completa inútil.

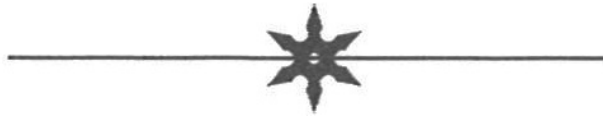
La verdad que encerraban sus palabras era lo que le había enfurecido. Qué lástima que luchara con tanta vehemencia contra acusaciones basadas en la realidad. Si Ōkami la hubiera acusado de ser vaga, desaliñada o estúpida, se habría reído.

Pero que la acusara de ser una inútil le había dolido.

Ahora no sería una inútil. Veía las cosas tal y como eran.

Podía hacer que su padre lo viera también.  
Aunque estuvieran equivocados, seguían siendo su familia.  
Avisaría a su hermano costase lo que costase.  
De algún modo.

# LA INCURSIÓN



**P**lanean asaltar los graneros en plena noche». Eso era lo único que el sirviente le había dicho. Kenshin había perseguido al anciano. Cuando doblaron la esquina, lo agarró del andrajoso *kosode* y le dio la vuelta.

Los ojos del hombre eran de un blanco lechoso. Estaba ciego o le faltaba muy poco.

Kenshin había blasfemado en voz baja.

—¿Sabes quién te lo ha dicho?

—No, mi señor —tartamudeó—. Me dijeron que entregara ese mensaje y me dieron una moneda por ello. Es lo único que sé.

Extendió los dedos como para demostrar que esa era la única posesión que tenía.

—¿Y no te dijeron nada más? ¿Nada sobre quién pretende asaltar los graneros?

—No, mi señor —respondió—. Me lo dijeron rápido, al pasar por mi lado. Como si el mensajero no tuviera tiempo de añadir nada más.

Kenshin soltó el *kosode* del viejo.

Alguien pretendía robar a su familia. Desvalijar los graneros que alimentaban y vestían a la gente de su provincia. Que respaldaban el ascenso del clan Hattori al poder.

Sin pensárselo dos veces, dio media vuelta y se dirigió a la plaza fuerte de sus dominios.

Fueran quienes fuesen, aquellos ladrones no saldrían vivos del valle.

\* \* \*

A Mariko le temblaban las manos mientras esperaba debajo del alero de paja. Ōkami se inclinó hacia la cascada de sombras, a la espera de recibir la señal.

—No tienes por qué luchar —le dijo en voz baja.

Ella se giró hacia él.

—¿No esperas que luche?

—No tengo ninguna expectativa, ni respecto a ti ni respecto a nadie. Sencillamente estoy diciendo que no tienes que hacer nada que no quieras hacer.

Aunque sus palabras tenían sentido, la fría precisión con que las había dicho le escoció. Ella no deseaba luchar contra ningún miembro de su familia ni contra

ninguno de los samuráis que les debían lealtad. No quería participar en esa destrucción.

Sin embargo, no podía ignorar la oportunidad de salvar vidas.

Y, por extraño que pareciese, una pequeña parte de ella se sentía responsable de lo que pudiera ocurrirle a Ranmaru. A Yoshi. Incluso a Ren. Y a Ōkami. El arma que llevaba contaba con el potencial de infligir más daño del que era capaz siquiera de imaginar. No había tenido ocasión de probarla y, por tanto, no tenía ni idea de qué esperar.

Si algo le ocurría a Ōkami por culpa de eso...

Apartó ese pensamiento de su mente.

Él era un miembro del Clan Negro. Probablemente uno de los mercenarios que habían enviado para matarla. Aunque los recientes acontecimientos habían puesto en entredicho esa verdad, nunca elegiría al Lobo por encima de su familia. Ni en un millón de años.

El canto de un ruiseñor resonó en la oscuridad.

La señal de que todo estaba despejado.

Su compañero formó una cuna con las manos y ayudó a propulsar a Haruki y a Ren hasta la parte superior del tejado de paja. Luego avisó con un gesto a Mariko para que hiciera lo mismo. En el último segundo, se la acercó de un tirón y quedaron pecho contra pecho.

—No te hagas el héroe. Me complicarás la vida si lo intentas —dijo en una voz que no superaba el susurro; sus ojos eran dos piedras de ónice fulgurantes.

Mariko se quedó sin aliento. Durante un instante de locura, pensó en besarlo.

—Haced vuestro trabajo, Tsuneoki-*sama*, que yo haré el mío.

Saltó al tejado e hizo todo lo posible por que sus pisadas fueran tan ligeras como las de Ren. El corazón le martilleaba en el pecho cuando se agazapó contra la paja para intentar no ser descubierta.

Yoshi y Ranmaru avanzaron como fantasmas en la noche en dirección a los graneros. A los mismos en los que había jugado de niña.

No había ni un alma.

Todo estaba sumido en el silencio más sepulcral.

Mientras Ranmaru manipulaba el cerrojo de uno de los graneros, Ren se agarró al borde del tejado sujetándose bien al armazón de madera antes de catapultarse al suelo.

Una flecha surcó la oscuridad y le dio en el costado.

Mariko ahogó un grito cuando lo vio caer. Pensó en decir algo —señalar que los estaban atacando—, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta.

Aquellos eran sus enemigos. Los enemigos de su familia.

Dispuestos a desvalijar al clan Hattori.

Mientras se debatía consigo misma, pronto le quedó claro que no necesitaba decir nada. La oscuridad se pobló de movimiento. En cuanto Ranmaru vio caer a Ren, él y

Yoshi se replegaron en las sombras contra el granero.

Unas antorchas cobraron vida por el camino.

Y el rostro hechizado y casi salvaje de Hattori Kenshin resplandeció en la oscuridad.

\* \* \*

La furia resonaba en su cuerpo como un rugido.

Uno de sus hombres había disparado una flecha antes de tiempo. Habían puesto sobre aviso a los hombres que trataban de desvalijar a su familia.

No se podía hacer nada.

—¡Mostraos! —les ordenó.

Las sombras permanecieron en calma al otro lado del camino. Kenshin desenvainó su *katana* e hizo un gesto a sus hombres con la cabeza. Dos soldados de infantería cruzaron a toda prisa el camino, encorvados y con los arcos preparados, y agarraron al ladrón caído por los brazos para arrastrarlo ante él.

—¡Mostraos, cobardes! —gritó.

El joven que yacía a sus pies no tenía más de veinte años. Le habían disparado en el costado; el astil de la flecha sobresalía de los pliegues de su *kosode* negro. Como no recibía más señales de movimiento ni sonidos de la oscuridad, apretó las costillas del ladrón con la punta del pie, justo por encima de la herida.

El chico gruñó. Se estremeció. Luego escupió en el suelo junto a la sandalia de Kenshin.

—Miserable hijo de perra —profirió con un golpe de tos.

El Dragón de Kai le puso la punta de la *katana* en la garganta.

—¿Quiénes sois? —le preguntó—. Dime quiénes sois y tendrás una muerte rápida. Sin dolor. Con cierto honor.

La risotada del chico resultó estridente. Casi maníaca.

Kenshin le presionó más la herida con el pie. El joven gritó, luego apretó los dientes.

—¿Qué tipo de hombres despreciables y deshonorosos sois —gritó Kenshin a la oscuridad—, que permitís que vuestro hombre sufra mientras lo veis tan tranquilos?

Una risa siniestra emanó desde debajo del saliente del granero.

—Supongo que eso nos convierte casi en gente tan despreciable como tú, Hattori Kenshin. Un noble samurái que tortura a un muchacho herido e indefenso en un intento por provocar una reacción.

Kenshin se crispó.

—Me habéis obligado.

—No esperaba menos de ti. El Dragón de Kai... —El hermano de Mariko casi podía imaginarse la mueca de desprecio anónima que acompañaba a aquellas palabras



—. Que culparas a los demás por tus propios actos. Como si no tuvieras elección. Y, sin embargo, afirmas honrar el *bushidō*.

La furia se encendió una vez más bajo su piel.

—¿Cómo te atreves a hablarme de ese modo? ¿Quién eres tú para atreverte?

Otra voz rasgó la noche, esta más suave.

Aunque infinitamente más peligrosa.

—No somos nada. No somos nadie...

Unos pasos se arrastraron fatigosamente por la oscuridad. En el aire que lo rodeaba empezó a oírse un zumbido. Extraño y cargado de malicia.

—Y estamos por todas partes.

A un lado gruñó una bestia. Unos ojos amarillos se materializaron en las sombras.

El zumbido fue en aumento.

Entonces, como si un puño gigantesco hubiera golpeado el centro de la tierra, una explosión arrancó de cuajo las puertas del granero.

Y un muro de fuego y tierra les llovió encima.

\* \* \*

Lo había hecho para salvar a Kenshin. Para ayudar a su hermano.

A Mariko no le importaba lo que le ocurriese a Ōkami. Ranmaru no le importaba lo más mínimo.

No le importaba que Ren yaciera a los pies de su hermano.

Cuando prendió la calabaza incendiaria. Cuando rodó hasta el suelo y la lanzó a la entrada del granero. Cuando proporcionó una distracción que permitiera escapar al Clan Negro.

Lo hizo por Kenshin.

Mariko se sacudió para recobrar la consciencia. La cabeza le iba a estallar. Se tocó la oreja y descubrió que un hilo de sangre caliente le caía por el borde. Luego gateó hacia la seguridad de una carretilla volcada llena de cuencos de porcelana rotos. La explosión provocada por la calabaza incendiaria había arrancado las puertas frontales del granero. Como los miembros del Clan Negro se habían colocado a lo largo de la parte posterior del tejado y en los laterales, no habían muerto por la explosión, pero varios de ellos se habían quedado inconscientes, igual que ella.

Cuando el granero se incendió, los gritos resonaron en la noche.

Una flecha pasó silbando por su lado, sobresaltándola y haciendo que recuperarse la consciencia por completo. Agudizando el zumbido de sus oídos. A través del fuego vio que Kenshin blandía su espada contra un borrón negro.

El pulso se le aceleró; la garganta se le secó.

El borrón negro se detuvo de repente. Kenshin blandió su *katana* mientras Ōkamiladeaba su *bō*, listo para asestar un golpe.

—¡Ve a por Ren! —le gritó Yoshi desde atrás.

Los sirvientes de su familia salieron en desbandada a la noche, en una búsqueda desesperada de cubos, cuencos o lo que fuera para sofocar las crecientes llamas.

Mariko se quedó rígida mientras observaba a su hermano tomar una decisión.

Mientras observaba a Ōkami tomar otra.

Kenshin se adelantó para atacar y su oponente reaccionó de inmediato. Entonces —desde su sitio junto a la carretilla—, vio que Ren desaparecía en medio de la oscuridad.

Ōkami lo había rescatado en lugar de atacar al Dragón de Kai.

En ese momento, supo que ella tampoco podía limitarse a quedarse allí sentada y ver sufrir a los demás.

Cuando se levantó para ayudar a apagar el fuego, uno de los soldados de su familia la vio. A ojos de aquel joven, debía de parecer otro chico vestido de negro; no tardó en colocar una flecha en su arco. A falta de que se le ocurriera otra cosa, Mariko estrelló un escudo de humo a sus pies y se escondió a toda prisa detrás de una carretilla. Desenfundó su *tantō* y el pulso se le desbocó.

La flecha no le dio, pero el soldado atravesó rápidamente el humo con intención de acorralarla.

Levantó su espada y Mariko supo que había llegado la hora de luchar. Tenía que evitar que siguiera disparándole más flechas. Sin dudar, salió de detrás de la carretilla y se abalanzó contra sus rodillas. Su adversario cayó al suelo y ella alzó su tanto, blandiéndolo de forma amenazadora. El le dio un puñetazo en la cara con la mirada cargada de odio.

Unas agujas de luz le apuñalaron la vista. Se agarró la mejilla mientras un ojo se le inundaba de lágrimas.

El joven soldado intentó levantarse. Mariko le clavó la punta del *tantō* en la mano, fijándosela al suelo, y el sonido del hueso rechinando contra el metal la estremeció. Él gritó con voz ronca; luego la agarró por el tobillo cuando intentó echar a correr, derribándola de espaldas. Forcejearon por alcanzar la espada y el soldado la asió por la parte de atrás del *kosode* e intentó obligarla a que se rindiera; la tela se desgarró, lo suficiente para que le viera la muselina que le rodeaba los pechos.

Abrió los ojos al máximo, presa de la conmoción.

—¡Hija de... perra! —exclamó entonces furioso, y trató de estrangularla con la mano libre—. ¿Qué clase de perra lucha junto a asesinos y ladrones? ¿Eres la puta del Clan Negro? ¿Qué tipo de mujer eres?

Mariko tosió. Le arañó la cara. Los dedos de la otra mano escarbaron el suelo y agarraron un cuenco de porcelana fresca y suave. En un solo movimiento, se lo estampó en la cabeza. Él la llamó de todo mientras ella se le sentaba encima a horcajadas.

Le había pegado. Sentía la mejilla destrozada. Ese soldado había intentado dispararle con un arco. Había intentado estrangularla. Podía matarlo como él deseaba

matarla a ella. Podía matarlo, como había hecho con el hombre del bosque.

Merecía recoger lo que había sembrado.

Cogió impulso con el brazo y le dio un puñetazo en la cara.

Cuando él le escupió, volvió a golpearle.

Por todas aquellas veces en que un hombre le había hecho sentir miedo. Por todas aquellas veces en que le habían hecho pensar que había algo malo en ella. Por todas aquellas veces en que le habían obligado a creer que, de algún modo, una chica era menos que un chico.

Volvió a golpearle. El volvió a insultarla, así que los nudillos de Mariko impactaron en su cara una vez más. Hasta que dejó de sentir el puño.

—¿M-Mariko? —tartamudeó una voz a su derecha.

Justo cuando se encontró con los ojos de su hermano, el techo del granero se derrumbó formando una cascada de humo y ceniza.

Y una sombra negra la agarró y la elevó hacia el cielo nocturno en medio de un remolino.

\* \* \*

—¡Kenshin! —gritó Amaya a través de una cortina de humo y una lluvia de chispas.

No podía ser su hermana.

Aquel muchacho flacucho con la cara manchada de una rociada carmesí, que golpeaba a uno de sus hombres hasta dejarlo ensangrentado y hecho polvo, no era Hattori Mariko. Sacudió la cabeza para aclararse la vista.

—¡Kenshin! —volvió a gritar Amaya.

Él se giró y la vio echando cubos de agua al granero en llamas.

—Hay jornaleros atrapados en el interior —exclamó—. Intentaban salvar algunas de nuestras provisiones. ¡Si no los rescatamos, se quemarán vivos!

El padre de Kenshin llegó dando traspiés.

—Saca a nuestros hombres —ordenó, alisándose los pliegues de su elegante kimono de seda mientras hablaba.

Por norma general, el Dragón de Kai era el primero en seguir las órdenes que emitía Hattori Kano sin cuestionarlas, pero, en aquel instante, una parte de él apenas si podía registrar sus palabras. Seguía perdido en lo que acababa de ver hacía tan sólo un momento. Y necesitaba localizar con urgencia al joven demente cuya cara se parecía tanto a la de su hermana.

Amaya se apartó el pelo de la frente empapada y se dirigió a toda prisa al granero.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó el padre del joven.

El fuego resplandecía en los preciosos ojos grises de la chica.

—Nuestros hombres están ahí dentro —respondió ella.

—Y varios sirvientes. —El rostro del hombre se tornó serio—. No arriesgues tu

vida por ello, trata de salvar a nuestros soldados. Si no puedes, déjalo estar.

Amaya alzó el labio en señal de repulsión antes de dar media vuelta hacia el granero en llamas con la cabeza bien alta. Kenshin corrió hacia el fuego abriéndose camino a través del humo.

—¡Amaya! —gritó.

La joven estaba sacando a un hombre a rastras del incendio. El sudor le corría ya por la frente y le empapaba el cuello del kimono. Comprobó por la ropa que se trataba de un sirviente; la joven estaba desafiando expresamente las directrices de Hattori Kano.

En la esquina, divisó a uno de los samuráis de su padre. Estaba inconsciente, tenía una herida en la cabeza y una pierna atrapada bajo una viga partida. Se giró hacia el samurái para ayudarlo.

Amaya lo llamó.

—¡Ayúdame, Kenshin!

—Deja al sirviente —respondió él—. Ayúdame con Fumio-sama.

—¡No discutas conmigo! —exclamó ella.

—Mi padre quiere...

—Me importa un bledo lo que quiera tu padre. Ayúdame a salvar a este hombre. Ayúdame a salvar esta vida.

Kenshin inspiró profundamente con ojos desorbitados. Acto seguido, agarró al sirviente por los hombros y se alejó trastabillando de las llamas. Su padre esperaba fuera; cada parte de su cuerpo estaba tensa por la furia. Antes de que Hattori Kano pudiera pronunciar palabra, ambos esquivaron las llamas una vez más y, juntos, consiguieron levantar la viga partida y poner a Fumiosama a salvo.

Otro lado del granero se derrumbó, consumido por las llamas.

—Basta, Amaya —dijo Kenshin con la voz ronca por el humo.

—Todavía quedan dos personas dentro: una mujer y un muchacho que trabaja en el granero. Debemos ayudarlos. ¡Están atrapados porque intentaban apagar el fuego!

Se giró para dirigirse de vuelta al incendio, decidida.

—No.

La agarró por la muñeca.

Ella lo miró con ojos suplicantes.

—Tenemos que salvarlos.

—No te arriesgues —argumentó el padre de Kenshin—. La estructura está a punto de hundirse.

Él vaciló.

—Amaya...

Ella volvió al fuego con una mirada de puro asco.

El padre de Kenshin lo sujetó por el hombro, deteniéndolo. Manteniéndolo fuera del alcance de cualquier peligro. Él volvió a dudar antes de tomar una firme decisión: no podía dejar que Amaya se enfrentara sola a las llamas. En el momento en que se

zafaba de la mano de su padre, las paredes del granero se desplomaron.

Sin pensárselo dos veces, se precipitó hacia el incendio descontrolado.

Hicieron falta tres soldados para sujetarlo.

—¡Se ha ido! —gritó Hattori Kano.

Kenshin se quedó con la vista clavada en las llamas hasta que los ojos le quemaron.

—Qué inútil pérdida de una vida —dijo su padre antes de alejarse.

## ME LLAMO MARIKO



◌ kami se permitió vomitar. Dejó que el estómago se le vaciara por completo. Sin embargo, el temblor no remitió. Seguía sintiendo un sudor frío que le bajaba por la espalda. Nunca había volado tan lejos. Ni había portado una carga semejante.

Vio las llamas a su espalda, en la distancia. Oyó los gritos. El granero incendiado y sus muchas víctimas. Sólo le quedaba la esperanza de que el Clan Negro se hubiera adentrado en el bosque y el manto de la noche los hubiera ocultado de ojos fisgones.

Esperaba que Ranmaru hubiera podido llevarse a Ren. Esperaba que todos sus hermanos se hubieran librado de los efectos de aquella explosión repentina.

Cuando terminó de vaciar el estómago, se limpió la boca. Aunque seguía temblando, volvió a colocarse aquella carga inconsciente sobre los hombros.

Aquella chica. Aquella chica despreciable.

Aquella mentirosa ruin.

Mariko. Se llamaba *Mariko*.

Había visto cómo el Dragón de Kai reparaba en ella. Había oído cómo Hattori Kenshin la llamaba con una familiaridad que no dejaba lugar a dudas.

En realidad, se alegraba de que esa desgraciada se hubiera desmayado tras ser propulsada hacia el cielo y transportada sólo por el viento y el humo. O quizá se hubiera debido a una combinación de varios elementos: la explosión que había provocado y el hecho de haber sido lanzada más allá de las nubes. Fuera cual fuera el caso, no tenía ninguna gana de hablar con ella. De ver cómo sus labios rosas escupían más mentiras.

Tenía que decidir qué hacer a continuación.

Hattori Kenshin sabía quién era la chica y aquello sólo podía tener una explicación. Ranmaru le había dicho que tenía una hermana gemela.

Se llamaba Mariko.

Por lo tanto, aquella muchacha rara e imaginativa —aquella muchacha que había atraído su atención con sus ojos radiantes, que lo había desconcertado hasta lo indecible, que había peleado con él usando tanto palabras como espadas, que había aturcido sus sentidos como nadie había hecho jamás— era la hermana del Dragón de Kai.

Estuvo a punto de reírse de sí mismo, aunque se atragantó al experimentar los últimos coletazos de dolor. Los últimos coletazos de la carga que traía consigo su

poder. Una carga que había elegido libremente.

A lo largo de toda su vida, nunca se había planteado encontrar el amor porque nunca lo había buscado. Era una carga que no deseaba. Cuando los demás se lo habían descrito como una flecha o un rayo, él se había burlado para sus adentros. Ambas cosas podían matar. Para él, el amor no era un disparo al corazón. No era algo repentino e impredecible.

Era un amanecer. Un mar carmesí que se encrespaba como una advertencia. Lentamente y casi en secreto.

Un secreto que no recibía de buena gana.

La chica que le había robado el corazón con sus mentiras y su mente avispada...

Era la hermana del Dragón de Kai.

Hattori Mariko.

\* \* \*

Mariko tenía un horrible dolor de cabeza.

No dejaba de oír la voz de su hermano. De ver la expresión de su cara.

«¿Mariko?».

Cuando abrió los ojos, lo primero que hizo fue toser. Se llevó la mano a los labios mientras se encogía de dolor. Tenía los dedos envueltos en vendas de muselina. La habitación en que se hallaba era hermosa; de madera oscura y puertas correderas con paneles de seda. El olor que flotaba en el aire le resultaba familiar; ciruela dulce y madreSelva.

Estaba en la casa de té de Hanami. Sus manos vendadas acariciaron las elegantes sábanas al intentar incorporarse.

Y se topó con Ōkami, que estaba cerca de ella.

Le dedicó una media sonrisa, pero él no le devolvió el gesto.

—¿Me he desmayado? —le preguntó.

Sus rasgos no eran fríos. Ni estaban teñidos de diversión. Se veían... vacíos.

—No.

—¿Por qué he dormido tanto?

—Estabas malherida.

—Bueno...

—Te drogué.

Mariko frunció los labios.

—¿A santo de qué...?

—Te dije que te debía una herida. Ahora estamos en paz.

Ella pestañeó despacio.

—¿Qué?

—Voy a dejarte aquí con Yumi, necesitas tiempo para que se te curen las manos.

No intentes volver al bosque. Aunque por alguna especie de milagro nadie te viera esa noche, ya será imposible mantener tu secreto por más tiempo.

—Pero... quiero volver —protestó—. No..., no quiero marcharme.

En cuanto dijo aquellas palabras, se sobresaltó por la sinceridad que encerraban.

—No me importa lo que quieras.

La frialdad de la respuesta del chico le atravesó la piel y le caló hasta la médula.

—Ōkami...

—Puede que Ren muera por sus heridas. Y hemos perdido a dos hombres en la refriega.

Los ojos de Mariko se abrieron como platos.

El Lobo la miró impasible con los suyos, oscuros, de párpados caídos.

—Podrías haber evitado que esto ocurriera.

De todas las veces que el joven se había dirigido a ella —revelándole pequeños destellos de su verdad—, nunca le había parecido adusto. Y jamás le había hablado así. Eso la desconcertó aún más.

—No sé a qué te refieres. ¿Cómo podría haber evitado que esto sucediese?

—Deja de mentirme, *Mariko*.

Nada podía acallar ahora el tronar de sus oídos.

—¿Qué? —tartamudeó.

—Oí cómo el Dragón de Kai te llamaba por tu nombre. Hattori Kano tenía una hija; oímos que la mataron en el bosque Jukai. No me digas que no eres ella. No niegues quién eres y enfréntate a la verdad. Los nombres tienen un poder incalculable.

—¿Que lo oíste? —Se levantó; la rabia la imbuyó de una fuerza repentina—. ¿Que oísteis que la mataron? ¿No querrás decir que fuisteis vosotros quienes lo hicieron?

Ōkami se quedó tan petrificado que estuvo tentada de comprobar si el tiempo se había detenido a su alrededor.

—¿Por eso me obligas a quedarme aquí? —continuó con voz temblorosa. Podía haberse sentido avergonzada, pero no era así—. ¿Porque si Ranmaru se entera de quién soy intentará rematar el trabajo que no pudo terminar hace un mes?

El chico se puso de pie.

—Esto es lo último que puedo hacer por ti. Quédate aquí hasta que te cures y luego vete.

—¡Respóndeme! —Mariko tropezó con las sábanas. Lo agarró de la pechera del *kosode* y trató de retenerlo. Trató de obligarlo a responder—. ¿Matasteis a los hombres de mi padre? ¿Intentasteis matarme a mí?

El joven se desembarazó de sus manos y las apartó con delicadeza.

—Cuando regrese al bosque, se lo contaré todo a los demás. Como te vean de nuevo, te matarán. No nos busques. El Clan Negro está muerto para ti.

—¡Dime! —gritó.



—¡Primero dime tu nombre! ¡Dime cómo te llamas! ¡Admite quién eres!

Le brillaban los ojos: el primer signo de pérdida de control que le había visto desde que había recobrado la consciencia.

Levantó la cabeza con orgullo.

—Me llamo Hattori Mariko.

Ōkami asintió.

—Si llega el día en que intente matarte, Hattori Mariko, lo sabrás.

Y, diciendo aquello, se marchó; las puertas correderas se cerraron de golpe a su espalda.

Era posible —aunque improbable— que se equivocara respecto al Clan Negro, pero, ahora que se enfrentaba a la verdad, no estaba segura de cómo proceder.

La bella *maiko* —la hermana del Lobo, Yumi— entró en la habitación un momento después.

—¿Qué le has dicho? —le preguntó.

—No quiere decirme la verdad. No quiere decirme por qué intentó matarme.

Yumi puso cara de extrañeza y sus bellos rasgos se aglomeraron.

—No creo que intentara matarte.

—¿Por qué no? —gritó Mariko—. Eso es lo que hacen. ¡Eso es lo que son! Y ahora nunca sabré la verdad. No me dejarán volver al bosque. No me dejarán volver al...

«Al único sitio donde no me siento fuera de lugar».

Empezó a sollozar y sus palabras se entrecortaron.

Yumi dejó la bandeja de comida que llevaba en las manos y se arrodilló a su lado.

—Si de verdad crees que Ōkami es así, que Ranmaru es así, entonces no mereces seguir conociéndolos, Hattori Mariko.

## PERDIDA ENTRE CENIZAS



**K**enshin se sentó en el suelo y se abrazó las rodillas. Se quedó con la mirada clavada en la distancia, perdida. De los restos del granero de su familia continuaban elevándose espirales de humo negro.

Pero no podía pensar en eso.

Ni siquiera podía considerar el hecho de que hubiera visto a su hermana la noche anterior. No era posible. Un efecto del humo. Una danza de las llamas agitadas por el viento.

Todo pensamiento relacionado con Mariko había sido apartado de su mente.

No podía concentrarse en otra cosa que no fuera Amaya.

Se había ido.

El fuego había matado a la única chica a la que había querido en la vida. Habían buscado sus restos entre los escombros y no habían logrado encontrar nada. Al menos otras dos almas habían perecido en el incendio.

Muramasa Amaya nunca tendría un entierro digno. Y él nunca volvería a ver aquellos ojos dulces y grises ni a oír su risa musical.

Debería haberla detenido. Debería haberle prohibido tomar aquel último camino funesto. Pero su destino nunca había sido vigilarla. Ser el guardián de su corazón. Ya le había dicho hacía mucho tiempo que se buscara a otro. Que se buscara a un hombre que no cargara con sus mismas responsabilidades. Que no heredara un día los deberes de su padre. Amaya se había reído de él y le había dicho que no quería que fuera un héroe. Que lo único que quería era tomarlo de la mano. Que le permitiera ser un consuelo para él, del mismo modo que él lo era para ella.

Debería haberla detenido. La noche anterior. Y muchas otras noches antes.

—¿Qué vas a hacer con esto? —Su padre se detuvo a su lado con cara de agotamiento. Adusto—. La cosecha no es hasta dentro de varios meses. Puedo aumentarles la recaudación a los que trabajan nuestras tierras, pero esto puede llevarnos a la ruina. Ahora que hemos perdido la dote de tu hermana, puede que no tengamos suficiente para aguantar hasta la próxima cosecha.

—Se ha ido —dijo Kenshin en voz alta, y las palabras supieron a ceniza en su boca al ponerse en pie.

Echaron a andar y dejaron atrás la sombra del granero carbonizado.

—Lo que le ha ocurrido a la hija de Muramasa-*sama* ha sido una desgracia. Si esta cosecha es buena, podemos darle una bolsa de oro. Por supuesto, siempre tendrá

un lugar entre nosotros. Pero ese no es el asunto que nos urge, Kenshin. Eres mi hijo. El Dragón de Kai. —Hattori Kano sostuvo su mirada de soslayo—. ¿Qué pretendes hacer con el espolio y la destrucción de los bienes de tu familia?

La furia prendió en Kenshin, rápida y caliente. ¿Que su padre pensaba darle a Muramasa-*sama* una bolsa de oro? ¿Cómo iba eso siquiera a aspirar a compensar lo que el admirado herrero había perdido? ¡Su padre debería ponerse a sus pies y suplicarle perdón! Pedirle un resarcimiento. Se giró con intención de enfrentarse a él de una vez por todas. De cambiar su mentalidad. De hacerle ver el camino bueno, honorable y recto.

Detuvo sus pasos.

Así era justo como su padre siempre había sido. Cuando se había enfrentado a un obstáculo, se había limitado a ofrecer dinero para apartarlo de su camino. ¿Por qué iba a cambiar de idea por la simple hija de un reputado artesano?

Había aprendido a no intentar persuadirle de que el camino de la rectitud era el correcto. Había aprendido a la perfección que no debía convencerlo de nada que no encajase en su modo de pensar.

Sobre todo porque lo que pretendía emprender en esos momentos nada tenía que ver con los restos carbonizados del granero de su familia. Ni con el honor o el respeto.

Nunca olvidaría la mirada de repulsión en la cara de Amaya antes de entrar en el almacén para terminar lo que él debería haber empezado desde el principio.

La última mirada que habían compartido.

Antes de destripar a todos y cada uno de los hombres del Clan Negro, primero los quemaría.

Entonces, al menos durante un instante, entenderían su dolor.

\* \* \*

Yumi caminaba como flotando por el tatami con una bandeja de comida en las manos. El modo en que andaba le recordaba a un cisne que se deslizara por un estanque con el cuello estirado y unas plumas sedosas e impecables.

—Soy perfectamente capaz de comer sola —dijo Mariko.

—No tengo ninguna intención de darte de comer —respondió la *maiko* con unos rasgos que resultaban casi remilgados en su burla—. No soy tu sirvienta. Simplemente estoy aquí para ayudarte, pues tus manos aún no se han curado.

—Prometo que seguiré curándomelas. ¿Puedo marcharme, por favor?

—Me temo que no. Le prometí a Ōkami que cuidaría de ti. Si eres de las que hacen promesas, entenderás su valor.

—No entiendo nada. —Mariko intentó cruzarse de brazos, pero las voluminosas vendas se lo impidieron—. Y no necesito la ayuda de nadie.

—Ya veo. —El tono de la hermosa muchacha no era condescendiente, aunque Mariko sabía que merecía que la trataran con condescendencia por ser tan quisquillosa.

Suspiró derrotada.

—Creía que tenía todas las respuestas. O, al menos, la mayoría de ellas. Ahora sé que estaba equivocada.

—Ese conocimiento es clave para entender el mundo, ¿no crees? —dijo Yumi mientras se arrodillaba junto a ella y le tendía un cuenco con arroz humeante.

Mariko le dio un empujón al mango de la cuchara con la punta de un dedo vendado.

—¿Nunca te has enfadado por haber nacido mujer?

Yumi se sentó sobre los talones y la estudió durante un instante.

—Nunca me he enfadado por haber nacido mujer. Ha habido veces en que me he enfadado por cómo nos trata el mundo, pero considero el hecho de ser mujer como un reto que debo afrontar, como haber nacido bajo un cielo tormentoso. Hay gente con la suerte de haber nacido en un radiante día de verano. Tal vez nosotras vinimos al mundo bajo nubes de tormenta. Sin viento. Sin lluvia. Sólo una montaña de nubes que debemos escalar cada mañana para poder ver el sol.

Mientras dejaba que las palabras de la chica penetraran en su piel, escrutó el rostro perfecto de la *maiko*. Sus preciosos ojos endrinos. Su barbilla afilada y sus labios carnosos. Luego se fijó en su alcoba. En el kimono elegantemente expuesto. En el tarro de marfil lleno de un polvo hecho a partir de perlas machacadas. En los pigmentos preparados con el carmín del alazor para los labios y las mejillas. En la ramita de paulonia utilizada para las cejas. Cosméticos y sedas para enmascarar y potenciar los rasgos de una mujer.

Suponía que era posible que todo hombre y toda mujer se vieran obligados a llevar su propia máscara.

—Pero ¿cómo puedes decir que no estás enfadada? —le preguntó en voz baja—. Tu hermano te ha dejado aquí porque no había otro lugar en el que estuvieras a salvo. Ningún otro lugar en el que una joven pudiera vivir sola, excepto una casa de té de Hanami.

—Mi hermano me trajo aquí porque era demasiado cobarde para hacerse cargo de mí en persona —dijo Yumi en tono cortante—. No tuvo nada que ver con que fuera una chica.

Aunque le sorprendió que llamase cobarde a Ōkami, no pudo evitar estar de acuerdo en ese punto.

—Se nos concede menos —continuó argumentando—. Nos tratan como a seres inferiores. Y, cada vez que cometemos un error, nos lo hacen pagar más caro.

—Los únicos errores caros son los errores que se ignoran.

Mariko resopló.

—Estoy harta de que me traten así.

—¿Te has sentido como si fueras incapaz de contraatacar?

—Llevo la mayor parte de mi vida sin contraatacar.

Yumi se rio y el sonido le trajo a la memoria un juego de campanillas de viento.

—Ōkami me advirtió que eras bastante mentirosa. Ya veo a qué se refería.

—¿Por qué crees que estoy mintiendo?

—Porque, Hattori Mariko, tú no eres de las que se amoldan a las expectativas de un hombre. ¿No es eso, en parte, una forma de contraatacar? —Sonrió—. Créeme cuando te digo que preferiría no interponerme en tu camino.

—Créeme cuando te digo que serías la única en pensar eso —respondió ella, y frunció el ceño.

La *maiko* inclinó la cabeza con expresión reflexiva.

—En una mujer hay mucha fuerza, pero es una fuerza que debes elegir por ti misma. Nadie puede decidir por ti. Podemos doblegar el viento a nuestro antojo si lo intentamos. —Se acercó más—. ¿No fuiste tú la que inventó un arma explosiva? ¿No fuiste tú la que doblegó la voluntad de incontables hombres sin nada más que el fruto de tu mente?

—Yo no soy capaz de doblegar nada. Ni siquiera puedo hacer que tu hermano me escuche. Toda tu familia es exasperante. —Volvió a intentar cruzarse de brazos. Y otra vez se vio frustrada—. No te comportes como si ser inescrutable te hiciera menos irritante.

Yumi volvió a reír, suave y líricamente. Alguien llamó a la puerta corredera que daba a su alcoba. La joven se levantó para ver quién era y volvió con un pergamino sellado. Mientras lo leía, las comisuras de sus labios se combaron hacia abajo. Sus ojos empezaron a estrecharse.

Sin mediar palabra, quemó la carta.

—¿Qué es? —preguntó Mariko.

La chica eludió la pregunta. Se mordió el labio.

Mariko dejó a un lado el cuenco de arroz, que no había probado.

—Sabes algo, ¿verdad?

—Sé muchas cosas que se supone que jamás debo contarte.

Fue una especie de declaración capciosa, de las que Mariko había aprendido a ignorar.

Se inclinó hacia delante.

—Cuéntamelo de todas formas, Asano Yumi. Y, al menos por un día, escalaremos juntas la montaña.

La sonrisa de la joven fue mordaz.

—No es a ti a quien debo lealtad, Hattori Mariko.

—¿Y a quién se la debes?

—A mi hermano y a su señor, Takeda Ranmaru.

—Entonces, ¿por qué me estás diciendo todo esto? —la presionó.

—Pasaré un tiempo hasta que mi hermano vuelva a la ciudad. Pero necesito

hacerle llegar un mensaje.

—¿Cuál?

—Que Hattori Kenshin marcha por la linde oeste del bosque Jukai. —Hizo una pausa—. Con el propósito de rescatar a su hermana.

—¿Y por qué ahora precisamente? —gritó Mariko, y lanzó hacia atrás la colcha bordada—. ¡Los rumores sobre que el Clan Negro era el responsable de mi supuesta muerte llevan meses circulando!

—No sé por qué lo está haciendo ahora, pero hay que avisar a mi hermano.

—¿Cómo sueles ponerte en contacto con él?

—Ōkami suele venir a menudo. Por desgracia, nunca me han dicho cómo encontrar su campamento. Mi hermano creyó que era demasiado peligroso que lo supiera; alguien podría hacerme daño para averiguarlo. —Se le acercó furtivamente y se remitió el kimono verde claro con pulcritud por debajo de las rodillas—. ¿Estás segura de que no podrías encontrar su campamento si lo buscaras?

—No tengo ni la menor idea de cómo localizarlo.

La voz de la *maiko* se tiñó de una repentina urgencia.

—¿No crees que podrías intentarlo? Al menos les debes eso.

Una parte de Mariko estaba de acuerdo. Le debía algo al Clan Negro. Tanto como ellos le debían a ella una explicación. Si no eran responsables del ataque a su convoy y de intentar matarla, entonces ¿quién había sido? ¿Quién había intentado hacerse pasar por ellos esa aciaga noche en el bosque?

—Puedo intentarlo. ¿Tú... —tragó saliva— crees que Ōkami ha revelado mi identidad al Clan Negro?

—Nunca he oído que el Lobo Honshó haya lanzado amenazas a la ligera.

Mariko inspiró despacio.

—Puede que no te miren con buenos ojos cuando vuelvas —le advirtió Yumi—. Han rebanado las gargantas de otros hombres por menos.

Con un cuidadoso asentimiento, Mariko tomó una decisión.

—¿Me ayudarás con una cosa?

—Si no le hace daño a nadie, sí. ¿Con qué?

Se puso en pie, tambaleante, y empezó a desenvolverse las vendas de una mano.

—Si voy camino de mi muerte, lo haré como una chica. Sin miedo.

# EL GUERRERO EN LA SOMBRA



a no tenía miedo.

Como había aprendido durante el tiempo que había pasado con el Clan Negro, evitar el miedo la debilitaba. Aceptarlo la fortalecía.

«La verdadera flaqueza es la flaqueza del espíritu».

Había vivido una vida llena de riqueza y de privilegios. Una vida dichosa ajena al sufrimiento que la rodeaba. Una vida que ella misma nunca había apreciado del todo. Su madre no daba nada sin esperar algo a cambio. Su padre sólo cogía.

¿Y Kenshin?

Kenshin daba a los demás según su sentido del honor y de la responsabilidad, pero ambos le habían fallado aquella noche. Mariko había visto cómo torturaba a Ren. Había visto la consecuencia de sus intentos por encontrarla en el bosque Jukai. Los cuerpos ensangrentados del chico y de la chica inocentes. De un anciano querido por muchos.

Sólo unos días antes, ella misma había sido la causante de aquel caos que se había desatado ante sus propios ojos; su invento había sumido a su pueblo en la confusión. Sin duda, había herido a algunas de sus gentes. Y aún no sabía la suerte que habían corrido los miembros del Clan Negro.

Sus... ¿amigos?

Sí. Ya que habían dejado de ser sus enemigos, tal vez algún día llegara a considerarlos amigos. Por lo menos a Yoshi, que siempre había sido amable con ella y le había ofrecido orientación y deliciosa comida y risas cuando más las necesitaba. Ranmaru también había sido para ella una extraña fuente de tranquilidad; aquel chico con un aire casi misterioso y que, sin embargo, era cercano y directo en el trato. Incluso Ren, su antiguo torturador; aunque, pensándolo bien, Ren nunca podría ser su amigo, a menos que lo pillara con la guardia baja y le asestara unos cuantos golpes estratégicos.

¿Y Ōkami? No. Nunca podrían ser amigos.

De todas formas, tampoco estaba segura de querer ser amiga suya. ¿Podía ser amiga de un chico después de soñar con el roce de sus manos callosas en su piel desnuda? ¿Con la presión de sus labios cicatrizados sobre los suyos?

Supuso que no.

Nunca había tenido amigos. Amigos de verdad. Amigos que no se hubieran visto amenazados por su familia o por su rareza. Por su extraño deseo de aprender.

Hasta que no se adentró en el bosque vestida de chico, no se dio cuenta de lo pequeño que había sido su mundo. De lo que significaba enfrentarse a un reto verdadero. De lo que significaba ser feliz de verdad en un mundo donde nadie cuestionara su sitio.

El Clan Negro podía rechazarla.

Podía matarla.

Ōkami le había dicho que les contaría la verdad. Le había dicho que ya no se sentía obligado a guardarle el secreto. No cuando ella los había traicionado de aquel modo, ayudando a su hermano.

A su enemigo.

Se detuvo en el claro donde Akira-san había fallecido. Donde Kenshin había perdido el rumbo. El cobertizo quemado seguía estando en pie. Miró a los árboles. Examinó la silueta escarpada de la montaña en la distancia.

Una silueta que había examinado muchas veces cuando estaba en el campamento.

En ese momento, todos le habían dicho que jamás sería capaz de abandonarlo, que jamás sería capaz de huir.

Y ahora, si se lo proponía, ¿sabría volver?

Noreste. Si caminaba en aquella dirección, sería posible encontrar algún tipo de camino. Alguna evidencia de dónde se ubicaba la guarida del clan.

Improbable pero posible. Podía barajar aquellas probabilidades.

Echó a andar hacia el noreste con la montaña a la vista.

Si existía alguna posibilidad de encontrar el campamento del Clan Negro sin caer en una trampa, esperaba que una chica fuera la primera en hacerlo. El sol se había puesto detrás de los árboles. Un brillo entre dorado y blanquecino iluminaba el horizonte.

La noche estaba al caer.

No tardaría en perderse en el bosque Jukai. En perderse entre los *yōkai*. En perderse entre los *jubokko*. En perderse entre aquellos a los que había traicionado recientemente.

Iba pisando con cuidado, buscando algún indicio de flores negras. Olfateando el aire por si olía a sangre. Buscando enredaderas cubiertas de espinas. Vigilando por si algo se salía de lo normal.

El miedo la mantenía alerta. Siempre dejaría que la alimentara, jamás que la consumiera.

Se detuvo en seco cuando unos ojos amarillos surgieron en la oscuridad.

Unos ojos amarillos que reconoció en el acto.

Cuando el animal cobró forma en torno a ellos, contuvo el aliento. La bestia la miró como la vez anterior, con la cabeza ladeada. Luego se sentó sobre las patas traseras y aulló. Al principio el sonido era apenas audible, aunque pronto cobró intensidad y se entremezcló con el peso de muchas voces, altas y bajas. Rebotó entre los árboles y reverberó en la noche.



Mariko no sintió miedo.

Entonces el animal se dio la vuelta y esperó a que lo siguiera.

La vez anterior —cuando aquel asqueroso le había seguido el rastro la noche que atacaron su convoy—, la bestia la había avisado.

Esta noche confiaría en ella. En parte había esperado que la encontrara de nuevo, como la primera vez.

El animal avanzó por la tierra y las hojas caídas. Mariko se fijó en que no hacía ruido. Cuando ella intentaba acercarse, volvía la cabeza de repente.

Estaba envuelto en humo negro. Quizás hasta estuviera hecho de él. Lo siguió cuesta arriba hasta que llegaron a un remanso de agua dulce. Aunque estaba oscuro, el animal pisaba con una confianza sobrenatural. A continuación, se disolvió en una ráfaga de viento y sus ojos se fundieron en negro. Mariko permaneció junto a una densa arboleda. El zumbido de los insectos cesó, así como el suave susurro de las hojas.

Se hizo el silencio.

Entonces, una antorcha emergió de la oscuridad y ondeó en su dirección.

Titiló entre las ramas a medida que se le aproximaba.

El corazón se le aceleró, pero no tenía miedo.

Era fuerte. Libre.

Otras antorchas aparecieron a su alrededor y se dirigieron hacia ella como agua que se concentrara cerca de una presa. Unas formas se materializaron detrás de cada anillo de fuego. Unas sombras más oscuras y más densas, envueltas en la noche. Pero corpóreas.

Todos iban enmascarados y vestidos de negro, y se habían pintado una gruesa raya en los ojos con tinta del mismo color. Mariko sabía que la veían. Que contemplaban a una chica vestida con un sencillito kimono rosa pálido y el dobladillo manchado a causa de la caminata por el bosque.

Una figura se desplazó hasta la cabecera de las sombras convergentes y se plantó ante ella. Por su estatura y su porte, supo que se trataba de Ranmaru.

—Para ser un guerrero en la sombra, el bosque debe aceptarte primero —empezó a decir—. Debe verte como a un igual. Como a su aliado.

Sus ojos se tiñeron de un fulgor amarillo durante un instante. Pestañeó.

Mariko permaneció en silencio; el corazón se le había parado en el pecho.

El animal. El animal formado por humo y sombras.

Era Ranmaru.

Lo que significaba que el líder del Clan Negro había sabido desde el principio que era una chica. Ansiaba preguntarle por qué le había guardado el secreto. Por qué la había ayudado en el bosque después de que el convoy fuera asaltado para desaparecer después y dejarla en manos de aquel borracho.

Pero ya habría tiempo más tarde para hacer preguntas. Ese no era el momento.

—El bosque te ha conducido aquí esta noche —continuó Ranmaru con una

sonrisa cargada de significado—. Un don que sólo otorga a quienes estima merecedores de él.

Mariko alzó la barbilla en señal de que aceptaba la acogida del bosque. De que aceptaba que allí había encontrado su sitio, en una arboleda encantada, con una banda de mercenarios vestidos del color de la noche.

—Hattori Mariko..., ¿aceptas luchar y morir por tus compañeros, guerreros en la sombra?

—Sí.

—¿Aceptas luchar por la justicia, sin importar el honor?

Se aclaró la garganta con convicción.

—Sí.

—¿Aceptas ver a todos los que tienes ante ti como a tus iguales, sin distinción de rango o nacimiento?

—Sí.

—¿Aceptas emplear cualquier tipo de subterfugio, incluso mentir, engañar o robar, para lograr nuestros objetivos comunes?

—Sí.

—¿Y morirás por proteger este secreto?

No vaciló.

—Sí.

—Hoy te conviertes en kagemusha. Hoy juras servir y proteger a todos los que lo necesiten.

Ranmaru retrocedió al terminar.

Las hojas no susurraron. Sus pasos no sonaron. El viento no trajo consigo el olor a piedra caliente y humo de leña. Pero Mariko supo que Ōkami se dirigía hacia ella. Su cuerpo se inclinó hacia delante por voluntad propia, arrastrado como las hojas caídas a la orilla de un río.

El joven se plantó delante de ella.

—Cierra los ojos —le dijo en voz baja. En una mano llevaba un tarrito de cerámica lleno de un líquido negro.

Mariko obedeció y disfrutó de la oscuridad. Abrazó sus miedos.

—Sé ligera como el viento. Silenciosa como el bosque. Fiera como el fuego. Firme como la montaña.

Sus palabras la envolvieron mientras sus dedos le acariciaban los párpados y se los cubrían con la misma pintura negra que todos llevaban. Su roce era una llamarada en su piel. Cuando terminó, el viento volvió a soplar. Los árboles susurraron con una repentina ráfaga de aire y las ramas crujieron jubilosas.

Como si el propio bosque le diera la bienvenida.

\* \* \*

Mariko se revolvía en su tienda, incapaz de dormir.

No comprendía por qué no podía conciliar el sueño.

El Clan Negro la había acogido en su seno. Ni uno solo de sus miembros le había dado la espalda, aunque todos sabían quién era. Aunque todos sabían lo que había hecho.

Los había engañado. Se había infiltrado en la organización. Se había hecho un hueco entre sus filas de manera tramposa. Se había aprovechado de ellos y los había traicionado varias veces seguidas.

Y, a cambio, la acogían en su seno, como si siempre hubiera sido uno de los suyos.

En toda su vida, nadie la había acogido por ser ella misma. Ni siquiera sus padres. Y mucho menos la nobleza. Hasta a Kenshin le hubiera gustado que fuera distinta. Le hubiera gustado que se conformara, aunque sólo fuera mínimamente.

Pero ella no había hecho nada de eso.

Ahora ya no tenía nada que temer. Y, sin embargo, no podía dormir.

Sólo cuando se detuvo a contemplar el techo inclinado de su tienda entendió por qué era incapaz de conciliar el sueño: Ōkami no había hablado con ella, salvo para decirle que cerrara los ojos. Salvo para recitar aquella letanía que una vez le había dicho de pasada.

Durante el resto de la noche, el Lobo se había quedado apoyado en un tronco retorcido mientras Yoshi se acercaba a ella para darle un vigoroso abrazo. Mientras Ranmaru le daba una palmadita en la espalda esbozando una sonrisa a un tiempo cómplice y reservada. Mientras cada miembro del Clan Negro le demostraba su solidaridad a su manera. Su sentido del compañerismo.

Quizás Ōkami no la quisiera allí.

Quizás había votado en su contra y había sido desautorizado por un superior. Desautorizado por el propio bosque. Los árboles debían de saber mejor que ellos que Hattori Mariko pertenecía, por encima de todo, a aquel lugar amparado por sus ramas susurrantes. Tal vez porque era mucho más ingeniosa que todos los hombres juntos. O quizás el bosque sabía, sencillamente, que ese era el sitio adecuado para que alguien como ella —una chica perdida en busca de un lugar al que llamar hogar— echara raíces y floreciera.

Siguió revolviéndose y levantó de una patada la manta de lana. Deseaba decirle al Lobo que Ranmaru siempre había sabido que era una chica.

Se preguntaba si semejante revelación plantaría la semilla de la discordia entre los dos amigos.

Cuando la solapa de la tienda se abrió y notó que el fresco aire de la noche le bañaba la piel, sacó una estrella arrojadiza de debajo del camastro y se irguió en un único movimiento.

Ōkami se agachó en la entrada.

—Lánzala o déjala.

No sonó enfadado, pero Mariko no descartó lanzar el arma en el acto.

Él aguardó.

—¿No vas a invitarme a entrar?

—Esas son las palabras de un villano.

—Es que soy un villano. Un embustero. El hijo de un traidor. Y mucho más.

—Lo sé.

—Entonces, ¿me invitas a entrar?

—¿Y si no lo hago?

—No volveré a pedírtelo.

Mariko se hizo a un lado y se desprendió de su fina manta. Iba en ropa interior, pero no le importó. A él no tenía nada que esconderle.

—Quédate o vete. Haz lo que te plazca. Pero siempre eres bienvenido. En todos los sentidos.

El chico se coló en el interior de la tienda y dejó que la solapa cayera a su espalda. Mariko no le preguntó por qué había acudido a ella en mitad de la noche. No se atrevía ni a preguntar; la sangre le palpitaba en las venas.

El joven le lanzó una mirada penetrante.

—Antes he sido injusto contigo.

—Te mentí —se limitó a decir ella—. Y te odiaba.

—Yo también quería odiarte. Habría sido más fácil hacerlo, pero no podía. —Se tumbó a su lado, largo y esbelto—. Algún día te lo contaré todo. Quién era. De dónde vengo.

Mariko se estiró y entrelazó los dedos en el estómago.

—No me importa quién fueras, sólo quién eres ahora. Y que estás conmigo esta noche.

Él se giró hacia ella.

—Siempre. En todos los sentidos.

Le pasó el pulgar por la mandíbula. Mariko se inclinó para recibir la caricia mientras él le enmarcaba el rostro entre las manos. Mientras le cerraba los ojos con un beso.

—Mírame.

Sonó inocente, pero nada de lo que él decía lo era.

Cuando abrió los ojos para encontrarse con los suyos, vio una noche llena de estrellas.

—Para mí eres mágica. —Su voz fue un susurro que se deslizó por su piel como la seda.

Sus palabras eran firmes e inflexibles. Resueltas. Le proporcionaron consuelo, pues ella también era igual de inflexible. Igual de resuelta.

Lo besó en la muñeca y luego buscó el cuello suelto de su *kosode*. Sus manos apartaron la tela y mostraron su cuerpo a la oscuridad. Cuando los dedos de él

rozaron la muselina de su fina ropa interior, le bajó un escalofrío por la espalda. El deslizamiento de las ataduras entre sus dedos fue como una chispa que prendiera en la oscuridad.

—Quiero quedarme aquí tumbado contigo esta noche —dijo Ōkami.

—Pobre de ti —murmuró ella—, porque yo quiero mucho más.

Él sonrió. Le dio un beso bajo la barbilla y Mariko le pasó los brazos por el cuello y lo atrajo hacia sí.

El joven la agarró por las muñecas y se las sujetó por encima de la cabeza con una mano. Luego recorrió con la punta del dedo el borde de la tela del pecho, la soltó y se la abrió.

Muy despacio.

Mariko suspiró de pura frustración.

—Qué impaciente. Siempre has sido muy impaciente.

Le apartó la ropa interior con los dientes y le fue besando cada trozo de piel desvelada; su aliento era un susurro y una promesa.

Mariko volvió a atraerlo hacia sus labios.

—Estás temblando —se burló.

—Tengo frío.

—Mentiroso. Dime algo que sea verdad.

—Tú primero.

Ella tragó saliva, pensativa.

—No soy virgen.

—Yo tampoco.

Y se echó a reír mientras ella le plantaba una mano en la cara.

—¿Ōkami? —Lo miró a los ojos—. Para mí, tú también eres mágico. —Le puso una mano en el pecho—. Mi corazón conoce tu corazón. A un corazón no le importa lo que es bueno o malo, lo que está bien o mal. Un corazón siempre es sincero.

Cualquier atisbo de diversión se desvaneció de su cara.

—Puede que mienta todos los días de mi vida, Hattori Mariko, pero mi corazón siempre será sincero.

Mariko no podía pedir nada más. Lo besó en los labios. Él tiró de ella y se tragó su suspiro con un beso. Cuando la joven sintió su lengua en la boca, se encendió y dejó que el fuego prendiera en ella hasta que todos los pensamientos de su mente se tornaron en humo.

En ese momento, sintió la magia de un cielo nocturno plagado de estrellas. De un bosque encantado con demonios escondidos por sus rincones.

De un mentiroso envuelto en un manto de verdad.

Lo sintió con cada caricia de sus labios, con cada roce de su piel.

El calor ardiente de esa nueva emoción. Esa esperanza que no se atrevía a nombrar. Una parte de ella prefería no tocar aquel tipo de llama. Prefería no quemarse de manera deliberada. Pero correspondió al abrazo de Ōkami. Correspondió a cada

uno de sus besos. A cada caricia. Hasta que nada existió entre ellos.  
Salvo suspiros compartidos.  
Y promesas calladas.  
Mentiras.  
Y una verdad inquebrantable.

# LA ORQUÍDEA NEGRA



**K**anako miró a su hijo, Raiden, sentarse frente al de su enemiga. Lo vio reír. Lo vio escuchar con atención. Interrumpir de vez en cuando.

Mantecía el rostro indiferente y sereno. Aunque la sangre le bullía por dentro.

El emperador soñaba con un mundo en el que sus dos hijos ostentaran el poder: Roku como emperador, Raiden como sogún.

Durante años, Kanako había sonreído ante esta perspectiva. Había sonreído y dado al emperador muestras de su poder. Muestras que lo habían intoxicado. Que lo habían mantenido esclavizado. No le había importado que la arpía de su mujer la maltratara a diario. Que le hablara con desprecio. Que la vilipendiara a la primera de cambio. No era inusual que un emperador tuviera varias consortes. Que una emperatriz las humillara por celos o resentimiento.

Sin embargo, Kanako llevaba diecinueve años viendo cómo la muy bruja vejaba a su hijo.

Cómo se burlaba de él a las claras. Cómo lo llamaba bastardo.

Podía soportar cualquier cosa cuando se trataba de ella, pero no pensaba seguir soportando el desprecio que la diminuta pérfida mostraba por Raiden.

El emperador era su amante. Su hijo era su amor.

Sabía perfectamente a quién debía lealtad.

Se alejó del primer *maru* encantado. Zigzagueó por entre las siguientes puertas. Por otras. Y otras. Se detuvo delante de un árbol orquídeo en flor. Cuando levantó la mano, la superficie de sus hojas titiló. Se deformó.

Una hechicera de gran destreza había encantado el árbol hacía unos años. Kanako agitó la mano por entre sus flores. Arrancó una de color púrpura. Dejó atrás cuidadosamente los sarmientos que poblaban su base. Sarmientos que serpenteaban hacia sus pies y luego se crispaban, como si se hubieran acercado demasiado a un fuego.

Una superficie espejada cobró vida ante ella mediante un destello. Tocó su centro con un dedo y vio que se formaban ocho círculos concéntricos desde el punto de contacto.

Se adentró en la superficie espejada, en un jardín desprovisto de color. Todo a su alrededor estaba reproducido en tonos grises y blancos. Negros y plateados. Su piel era lechosa y su kimono, un austero contraste. Una superposición de capas de seda

pintada.

Un hombre esperaba bajo un *yuzu*. El viento arrastraba su aroma cítrico hasta ella, penetrante y fresco a la vez.

El hombre iba vestido con unos pantalones *hakama* formales y sus rasgos eran solemnes.

Un zorro gris oscuro con los ojos dorados cruzó por un rincón del jardín cerrado. Se detuvo. Y esperó.

—He venido para encomendarte otra tarea —le dijo Kanako.

—Entonces, ¿voy a salir de este sitio?

—Ya va siendo hora. —Hizo aparecer de la nada una bolsa de seda. Las monedas de plata de su interior tintinearón al pasársela—. Debes decirle a mi hijo que se adentre en el bosque Jukai. El zorro te mostrará el camino.

—¿Cómo lo sabe él?

—El zorro es una criatura del bosque. Observa y sabe. —Mostró una cálida sonrisa—. Dile a Raiden que busque al Dragón de Kai.

La mirada del hombre se endureció.

—Hattori Kenshin.

—La primera vez no tuviste éxito en el bosque, pero ahora tienes otra oportunidad de enmendar tu error. Encuentra a la hermana del Dragón y encontrarás al que buscamos. Al que lo encauzará todo.

—¿Qué debo hacer con el Dragón una vez que haya terminado?

—Me trae sin cuidado lo que le ocurra a Hattori Kenshin. Tráeme un modo de controlar al líder del Clan Negro. Un modo de ejercer influencia en el hijo de Takeda Shingen. Si no viene a mí por voluntad propia, entonces tiraré de sus hilos desde lejos y esperaré.

—¿Es esto lo que el emperador desea que haga?

Kanako hizo una reverencia.

—Yo sirvo a nuestro emperador en todos los sentidos. Y tú le sirves en el mayor de ellos.

El hombre asintió y le devolvió la reverencia.

Ella le pasó la flor que tenía en la mano. La orquídea se había vuelto negra. Inspiró profundamente su fragancia a sangre y a almizcle.

—Procura no dañar a nuestro trofeo, Nobutada-*sama*.

—Por supuesto.

Durante un instante, los ojos del hombre se vidriaron. La aflicción se apoderó de su rostro.

La aflicción de alguien en conflicto con su alma.

—El emperador estará contento contigo si fallas —le recordó Kanako, infundiendo acero a sus palabras.

Nobutada asintió y enderezó la espalda.

—Si es necesario, moriré para poner fin a este conflicto.



—De eso no me cabe la menor duda. —Sonrió—. Eres el mejor de los samuráis. Un verdadero tributo a tu camino. —Su mirada se desvió hacia el mar de tonos grises y plateados que se extendía ante ella. Hacia el inmenso roble blanco que se alzaba en la distancia. Y la distorsión en su centro—. Si Hattori Kenshin te causa algún problema, no dudes en informarme. —Dicho esto, se acercó caminando plácidamente al árbol—. Estoy ocupándome de algo que desea que le sea devuelto a toda costa. Tu señor nos estará agradecido por la consideración que hemos mostrado.

Nobutada volvió a hacer una reverencia.

Kanako introdujo las manos por el grueso tronco del árbol. La superficie moteada de la corteza cambió para revelar a una joven profundamente dormida en un sueño encantado.

Tenía la mitad de la cara quemada por completo.

# UNA MONTAÑA DE FUEGO



El día siguiente, todos los hombres del Clan Negro se pusieron a trabajar para atrincherar el campamento contra el inminente ataque del Dragón de Kai.

Todos los *hombres*.

Mariko protestó de viva voz cuando de nuevo la enviaron al lado de Yoshi, pero lo único que encontró fueron caras impasibles y miradas solemnes.

Por fin —después de tres días preparando comida—, se plantó antes de la hora de la cena, ciñéndose el oscuro cordón de seda alrededor de la cintura. Como con anterioridad, se había vestido con ropa de guerrero, pero había optado por enriquecer su atuendo con algunos elementos que casaban más con su condición de única mujer del campamento.

—Odiaría pensar —empezó a decir con voz severa— que mi sitio está junto a los fogones sólo porque soy mujer.

—¿Por qué piensas eso? —Unas arrugas surcaron la frente de Yoshi—. Nunca te has quejado.

—Dame algo importante que hacer.

—¿No te parece importante proporcionar el sustento? —Bufó.

—No pretendía insultarte.

—Pues lo has hecho.

Aunque no era versada en el arte de apaciguar, hizo un esfuerzo. Dio un paso atrás e intentó emular a Yumi como mejor supo.

—Qué sensible eres, Yoshi-san. Sólo digo que sería de mucha más ayuda ideando un modo de reforzar las estructuras defensivas existentes que removiendo una simple cacerola de tofu.

El cocinero se giró para gritarle a la oscuridad de los bosques:

—¡Ōkami!

—¿Qué estás haciendo? —dijo Mariko en un susurro de exasperación.

Ren salió cojeando de los arbustos; era obvio que la herida del costado aún le dolía.

—¿Qué has hecho ahora, mujer? —preguntó furioso, con la cara tan pálida que contrastaba con sus ojos.

—Nada de tu incumbencia, *hombre* —replicó ella.

Ōkami apareció entre la maleza con los brazos sudorosos. Esperó, y Mariko ignoró cómo el sol poniente le caía sobre los ángulos del rostro y resaltaba sus

músculos.

—¿Por qué me llamas a voces, Yoshi-san?

Este la señaló.

—Estaba siendo condescendiente.

—¿Y qué quieres que haga yo? —El Lobo enarcó las cejas.

Yoshi se encogió de hombros.

—Creí que podrías... hablar con ella. Después de todo, puede que... a ti te escuche —refunfuñó.

El joven se echó a reír. Luego se giró y se fue.

Mariko reprimió una sonrisa. Y se abstuvo de contemplar la alta figura del Lobo perderse de vista. A nadie del campamento le haría ningún bien saber con qué frecuencia lo buscaba, incluso en los momentos más inoportunos.

Dio un profundo suspiro y se volvió de nuevo hacia la cacerola humeante.

De pronto unas flechas chirriaron al clavarse en la tierra cercana: les habían hecho muescas en las plumas para que sonaran.

—Flechas de advertencia.

Yoshi soltó el cuenco de jengibre molido y este se rompió en pedazos al estrellarse en el suelo del bosque.

Mariko salió en desbandada colina arriba mientras varios miembros del clan acudían corriendo para ver el color de las plumas. Ranmaru se detuvo a corta distancia de ella con la espada en ristre.

Rojo.

Lo que significaba que se había visto a intrusos armados en las proximidades del campamento.

—¿Cómo nos han encontrado tan rápido? —preguntó en un ronco susurro.

—Estos árboles están embrujados por una magia oscura —explicó Ranmaru—. Si los soldados tienen algún método para comunicarse con los *yōkai*, es posible que uno de los espíritus los haya guiado más allá de nuestras trampas. Son tal para cual.

El suelo gruñó a sus pies.

Ranmaru volvió la vista atrás.

—La montaña está hablando otra vez.

—¿Y qué dice?

Mariko sintió el calor de la presencia de Ōkami a su espalda.

Este señaló la línea de los árboles por encima de su hombro.

—Que no tenemos tiempo.

Cuando Mariko divisó a lo lejos los blasones que volaban por encima de la hilera de samuráis a caballo, estuvo a punto de desmayarse.

El blasón del clan Minamoto. Junto al blasón de su propia familia.

A la cabeza del escuadrón, iba su hermano.

El Dragón de Kai.

\* \* \*

Había empezado en el claro. El claro fatídico donde la vista lo había abandonado. Y lo único que le quedaba eran las sensaciones.

La sensación de estar amenazado. De que le habían mentido.

De que le habían dado caza.

Kenshin no se había quedado de brazos cruzados. Había matado a todo el que se le había puesto por delante. Al despertar, había hallado su espada manchada de sangre. Los cuerpos del anciano y del chico y de la chica que trabajaban con él habían aparecido ardiendo ante sus ojos.

En sus sueños, era el zorro el que lo salvaba.

Y fue el zorro el que lo salvó en ese momento.

Cuando había empezado a buscar cualquier indicio del Clan Negro por el bosque Jukai, el animal lo había conducido hasta otra guarida, donde un hombre enorme —le sacaba tres cabezas a los demás presentes— que tenía la muñeca rota estaba sentado en visible estado de embriaguez.

Aquel gigante disgustado le había indicado que siguiera hacia la montaña, se hiciera con el moño de Ranmaru y se lo entregara para que él pudiera cobrar la recompensa de un daimio cercano. Una recompensa que le permitiría recuperar el respeto de sus hombres.

A Kenshin le había agradado que Raiden se hubiera ofrecido a acompañarlo en un primer momento para ayudarlo a rescatar a su hermana. La criatura asilvestrada que había visto aquella noche entre las llamas del granero no era Mariko. Parecía una demente. Una salvaje. Nada que ver con la dócil estudiante que él conocía.

Esos hombres —esos mercenarios sedientos de sangre que constituían el Clan Negro— debían de haberla convertido en aquella insólita versión de sí misma. Debían de haberla hecho recurrir a sus más bajos instintos para sobrevivir.

Él destruiría a cada uno de esos hombres —los desmembraría— por lo que le habían hecho a su hermana. Por lo que le habían hecho a Amaya.

Pero no estaba todo perdido.

Mariko le había avisado. El mensaje no podía proceder de otra persona. Le había dicho al ciego que fuera a buscarlo. Que salvara el granero.

Igual que él intentaba ahora salvarla a ella.

Extirparía el mal del bosque Jukai de una vez por todas. Con el hijo del emperador y el prometido de su hermana. Con la fuerza del imperio a su lado.

Hattori Kenshin enmendaría los males de aquel bosque.

Y averiguaría exactamente lo que sus árboles tenían que esconder.

\* \* \*

La montaña volvió a gruñir, esta vez más alto, como si avisara a los presentes de que el sol estaba a punto de desaparecer. De que toda la luz estaba a punto de apagarse. Mariko agarró su *katana* y buscó a Ōkami. Este se había adelantado para dirigir hacia los árboles a otros miembros del clan, como habían acordado antes.

Pensaban compensar la falta de hombres posicionándose en un terreno más alto. Se suponía que ella tenía que escalar hasta su puesto en el acto, pero se había parado a ayudar a Ren. Su anterior torturador aún no había reunido suficientes provisiones ni armas adecuadas para el asedio inminente.

Y ahora ya no tenían tiempo. Ninguno de ellos llegaría a su puesto asignado. Ninguno de ellos sería capaz de eludir el ataque.

Cuando las flechas empezaron a llover entre los árboles, supo que también habían perdido la opción de huir. Sus ojos escudriñaron la maleza, que se oscurecía por momentos, en busca de algo, pero incapaces de encontrarlo...

—Sígueme.

Ōkami se puso a su lado, conocedor del terreno que pisaba a pesar de la creciente penumbra. La subió a un árbol y después escaló hasta su puesto y se acomodó junto a ella.

—¡Anate!

La orden de una nueva descarga de flechas reverberó desde el bosque circundante.

El Lobo aferró el escudo de madera y la atrajo hacia su pecho. El firme latido de su corazón le zumbaba en los oídos mientras las flechas impactaban en el escudo y en las ramas cercanas.

Después de la última andanada, se oyó un fuerte repiqueteo de cascos. Cuando los samuráis a caballo hicieron su aparición, el Clan Negro contraatacó.

Mariko hurgó en su zurrón de estrellas arrojadizas. Y dio un hondo suspiro.

Ōkami arrancó una flecha del tronco del árbol y la disparó hacia la primera carga de caballería.

—Dispara, Hattori Mariko. Sé que es tu hermano, pero sus hombres no lo tienen en cuenta y tú tampoco deberías.

—Lo sé.

Apretó los dientes.

—El único poder que un hombre tiene sobre ti es el que tú le otorgues.

Ōkami disparó de nuevo y, abajo, un soldado cayó del caballo.

Ante eso, cuadró los hombros, apuntó y lanzó la estrella a la oscuridad.

Consiguió herir a tres samuráis y derribar a otro de su corcel antes de percatarse de algo. No veía a su hermano por ninguna parte. Lo conocía lo suficientemente bien para saber que estaría en la vanguardia de la batalla.

Algo iba mal.

Miró más allá de los árboles. Y vio antorchas en la distancia.

Pero no se trataba de antorchas normales.

Eran inmensas. Bolas de fuego más grandes que el caldero de Yoshi.

—Tenemos que bajar —jadeó— para decirles a los demás que bajen de los árboles enseguida.

El Lobo disparó otra flecha.

—¿Qué?

—¡Hazlo!

Entretanto, oyeron un grito. Mariko vio que Yoshi caía desde un árbol, rompiendo varias ramas por el camino. Ōkami silbó muy fuerte antes de saltar al suelo para ir en su ayuda.

En ese momento, la primera bola de fuego fue catapultada en su dirección.

Y se desataron gritos de pavor entre los hombres.

# EL FÉNIX



Todo ha terminado! —gritó Kenshin en dirección a los árboles. El humo se arremolinaba en el aire de la noche ante el hijo del clan Hattori. La sangre impregnaba las hojas a los lados de esta. El fuego ardía en el suelo del bosque. Volvió a hacer un esfuerzo por ver algún rastro de Ōkami y de Yoshi, pero fue incapaz de distinguir algo más allá del muro de humo a su izquierda.

—Descubríos —dijo Kenshin en tono grave—. Devolvedme a mi hermana. Y puede que el resto de vosotros viva esta noche.

—¿Y si me niego? —respondió Ranmaru. Tenía la espalda apoyada en un tronco más allá de donde alcanzaba la vista del Dragón de Kai. Le sonrió a Mariko mientras hablaba, pero su sonrisa no se reflejó en sus ojos.

—Prenderé fuego a todos y cada uno de los árboles de este bosque.

La risotada de Ranmaru sonó amarga.

—Entonces, tú y tu hermana moriréis quemados con nosotros.

—Este bosque no es tuyo y no puedes seguir controlándolo —dijo el hijo del emperador con voz clara y firme.

—Me preguntaba por qué has elegido el día de hoy para mostrarte, Raiden-*chan*.

—¿Quién eres? —preguntó este, y espoleó a su caballo hacia delante.

El líder del Clan Negro permaneció quieto, con la espalda apoyada aún en el tronco.

—Jugábamos juntos de niños. ¿Me reconocerías si me vieras ahora?

—Muéstrate. —Mariko vio que Raiden desmontaba de su caballo de guerra negro—. Has hecho prisionera a mi prometida. Te propongo un intercambio: devuélvemela y yo te devolveré algo de gran valor para ti.

—¿Y si me niego? ¿Quemarás a tu prometida también?

Se hizo un momento de silencio tenso.

—Sal. —Raiden se giró hacia el samurái que tenía detrás y le quitó una espada enfundada de la mano—. Y te daré lo que tu padre perdió hace tantos años.

A su derecha, un zorro gris apareció de la nada y la miró a través de los árboles humeantes antes de volver con rapidez a las sombras.

—No tengo ningún interés en nada que puedas ofrecerme.

Ni siquiera miró para ver lo que era. En lugar de eso, alcanzó la mano de Mariko y la apretó una vez.

La sonrisa del príncipe se tornó siniestra a la luz de una antorcha cercana. Una

sonrisa que, en cualquier otra ocasión, habría resultado agradable a la mayoría de las mujeres. Aunque nunca a ella. No después de esa noche.

—Creo que no sabes lo que poseo.

Ranmaru dio un hondo suspiro.

—Creo que no sabes qué es lo que buscas.

No obstante, el líder del Clan Negro soltó la mano de su compañera.

Y salió a la vista de todos.

\*

Ōkami limpió la sangre de la boca de Yoshi mientras escuchaba a su querido amigo regatear con el hijo de su mayor enemigo.

El cocinero volvió a toser y otro hilillo de sangre le cayó de los labios.

—No puedes morir todavía, viejo —le dijo con una sonrisa triste.

—Y tú no puedes decirme lo que tengo que hacer, muchacho desagradecido. Hace tiempo que perdiste ese derecho.

Le devolvió la sonrisa; luego se encogió de dolor.

El chico le echó un vistazo a la herida del costado. A la sangre que manaba de la flecha que le perforaba el estómago.

Matándolo lentamente.

—¿Vas a permitir que haga esto? —le susurró. El Lobo le limpió la sangre de la boca una vez más—. No permitas que lo haga —continuó en un susurro cargado de urgencia—. El joven señor ha hecho todo lo posible por compensar lo que ocurrió hace tantos años. Por lo que su padre hizo. Por favor, perdónalo.

—No hay nada que perdonar, Yoshi-san.

—Entonces no permitas que él muera para guardar tu secreto.

—Moriría antes que permitir que le pasara algo. —Inspiró despacio—. Y no empezó siendo mi secreto.

—Siempre lo fue. El joven señor lo hizo para protegerte. —El anciano se encogió de dolor—. Ahora te toca a ti protegerlo a él. Hazlo por mí. Hazlo por tu padre. —Le alcanzó la mano—. Sé ligero como el viento. Silencioso como el bosque.

El joven envolvió el puño ensangrentado del hombre con ambas manos.

—Fiero como el fuego. Firme como la montaña.

—Resurge de tus cenizas —terminó de decir Yoshi—. Y ocupa el lugar que te corresponde.

\* \* \*

El líder del Clan Negro avanzó con cautela. El sonido de los arcos que se tensaban



era un rumor entre las ramas.

Mariko lo observó acercarse a su prometido. Por un instante, la gran altura de Minamoto Raiden la puso nerviosa. No se podía decir que Ranmaru fuera bajo, pero el príncipe era mucho más ancho de hombros. Su armadura y los cuernos retorcidos que sobresalían de su yelmo lo hacían parecer más poderoso en todos los aspectos importantes. Sobre todo en el campo de batalla.

Como el resto de sus compañeros guerreros en la sombra, se inclinó hacia delante y pasó el pulgar por la superficie de su última estrella arrojada.

Lista para atacar.

Intentó ignorar el dolor que le inundó los ojos cuando miró en la dirección de su hermano. Nunca podría apuntar a Kenshin. Este había preguntado por ella, pero no había intentado negociar antes de lanzar una lluvia de flechas sobre el Clan Negro. Antes de catapultar esferas de fuego hacia los árboles. Cualquiera de las cuales podría haberla matado. Cualquiera de las cuales casi había logrado hacerlo.

Su hermano había estado más preocupado por causar daño que por encontrar una solución.

Como su padre.

Ranmaru se detuvo ante Raiden. Altivo. Sin miedo.

Con un brillo malicioso en los ojos, este último desenfundó la espada que llevaba en las manos. Mariko se encogió al verla.

No estaba forjada en acero corriente. Brillaba con un resplandor blanco, como un relámpago. Como algo encantado con una luz sobrenatural. Un vago recuerdo empezó a cobrar forma en los recovecos más profundos de su mente. Una vieja historia cuyas palabras quedaban fuera de su alcance.

Ranmaru no echó mano de la espada.

—¿No reconoces esta arma? —le preguntó Raiden.

El líder del Clan Negro estaba de espaldas a Mariko, pero esta vio que cerraba los puños.

—No tienes derecho a ella.

—Tengo todo el derecho del mundo.

—Tu padre asesinó al mío a sangre fría. Devuelve esa espada a su verdadero dueño.

—Devuélveme a mi prometida.

—Una chica no es una espada. Y no puede intercambiarse.

El príncipe dio un paso adelante.

—¿En serio lo crees? Esta espada lleva mil años en tu familia. Tus antepasados se revolverían en sus tumbas si te vieran mostrar semejante indiferencia por su importancia.

—Mis antepasados —Ranmaru tomó aire— nunca coincidirían en que un arma es intercambiable por una vida.

Raiden blandió la espada y la balanceó de un lado a otro en un arco lento.

—Es una espada magnífica. Nunca he visto nada igual. Cuando me dijeron que la devolviera, que la ofreciera a cambio de mi prometida, pensé lo mismo que tú. Que ningún arma puede equipararse a una vida.

Volvió a blandirla. El arco final la dejó a poca distancia de la cara de su enemigo. Raiden la detuvo allí durante un instante. La hoja conservó su color blanco espeluznante y casi perlado. Como si le hubieran pulverizado diamantes en la superficie.

El joven permaneció impertérrito, aunque Mariko vio que abría y cerraba dos veces los puños.

—No reconoces esta espada. Y ella no te reconoce a ti —dijo el príncipe despacio—. ¿Quién eres?

Como Ranmaru no respondía, a Mariko le dio un vuelco el corazón. La historia perdida ocupó su lugar en su lengua con una claridad repentina y sobrecogedora.

La espada Takeda. La Fūrinkazan. Se la habían arrebatado al clan Takeda cuando su familia cayó en desgracia. Un arma encantada. Una espada de luz.

Una espada que sólo podía portar un miembro del propio clan.

Un frenesí de palabras colisionó en su mente, que intentaba poner orden en medio del caos. Que buscaba la verdad entre tantas mentiras. Entonces, la espada empezó a brillar. Débilmente, pero sin dejar lugar a dudas. Su hoja comenzó a calentarse y a titilar. La luz que emanaba su centro era de un blanco puro.

Desde las sombras, una figura nervuda apareció a la vista de todos a través de una cortina de humo.

Tenía las manos y la cara cubiertas de sangre. Caminaba como si fuera viejo. Como si estuviera agotado.

Roto.

Mariko observó la escena petrificada mientras Ōkami se aproximaba. Mudo. Atravesando la noche con sigilo.

Raiden mantuvo la espada firme. Arrugó los rasgos de su cara presa de la confusión y los relajó cuando el Lobo se detuvo junto al líder del Clan Negro.

Su mejor amigo.

Con una sonrisa de satisfacción, el príncipe asintió en dirección al recién llegado.

—He oído hablar mucho de ti, Takeda Ranmaru.

\* \* \*

El único hijo del último sogún se detuvo ante el hijo mayor de su enemigo mortal. Del hombre que había provocado la muerte de su padre.

Ōkami no se achantó cuando vio la espada de su progenitor. La espada Takeda. Un arma que había creído perdida y que no había echado en falta.

La Fūrinkazan era un arma destinada a un hombre cabal. Un hombre de

principios.

No a un farsante. Ni a un ladrón. Ni a un mentiroso.

Ni a un cobarde.

Y, sin embargo, su visión en manos de Minamoto Raiden había encendido una emoción que llevaba mucho tiempo latente. Un sentimiento plagado de conflictos. Plagado de historia. Colmado de venganza.

Lo había negado durante mucho tiempo.

¿Y su querido amigo? Su mejor amigo. El hijo de Asano Naganori. El joven que, durante casi siete años, había asumido su cargo. El nunca le había pedido que lo hiciera. Tsuneoki lo había hecho para mantenerlo a salvo. Para enmendar la traición de su padre. Los actos que habían desencadenado la muerte de Takeda Shingen.

No obstante, en lo más profundo de su ser sabía que había algo más. Algo que su mejor amigo aún no había dicho. Había esperado que Tsuneoki se lo dijera en su debido momento.

Se lo debía. No permitiría que el hijo de Asano Naganori pereciera en su lugar. O asumiera las consecuencias de su desconfianza.

—¿Qué es lo que quieres, Minamoto Raiden? —le preguntó.

Ōkami. Ese fue el nombre que le otorgaron la primera vez que entró en el cuadrilátero no mucho después de que intercambiara los restos de la riqueza de su familia por alcanzar sus habilidades. Una historia para otro momento. De otra vida.

El Lobo. Honshō

Nunca había corregido a nadie. Su único objetivo siempre había sido aprender. Destruir. Saber qué se sentía al ser poderoso. Al comprender de verdad lo que le habían robado a su familia.

El hijo mayor del emperador lo escrutó y asimiló su aspecto ensangrentado. Sin duda complacido al ver lo roto y agotado que parecía.

—Mi prometida fue capturada cuando se dirigía a Inako.

El modo en que se refería a Mariko como «suya» lo irritaba sobremanera. Casi tanto como el corte pomposo de la armadura del muy necio.

—No fui yo ni ninguno de mis hombres.

—No importa. Ahora está aquí.

Ōkami inspiró y espiró por la nariz.

—¿Estás seguro de eso?

—Sí —dijo bruscamente el Dragón de Kai.

—Ella no responde ante ti —replicó el Lobo en un tono igual de arrogante.

Hattori Kenshin dio un paso al frente con intención de intimidar a su presa.

—Responde ante su familia. Ante su deber.

—Mariko sólo responde ante sí misma —afirmó sin acobardarse.

—¿Mariko? —Una sonrisa de suficiencia empezó a dibujarse en la cara del príncipe.

—Es una de nosotros —se limitó a contestar el líder del Clan Negro, el verdadero

hijo de Asano Naganori—. Y vosotros no vais a ponerle una mano encima a ninguno de nuestros guerreros.

Raiden rio, como si la idea al completo fuera ridícula.

—Si ella elige apoyaros, entonces no puedo hacer nada.

Ante eso, Hattori Kenshin dio un paso al frente. Aunque intentó ocultarlo con todas sus fuerzas, Ōkami vio que el horror empañaba sus rasgos. Que prendía en su rostro como un incendio.

—¡Mariko! —gritó—. ¿Dónde estás?

De las sombras y el humo no salió sonido alguno.

—¡Mariko! —volvió a llamarla el Dragón de Kai con voz cada vez más desesperada.

De nuevo, ni una sola respuesta.

—Encadenad a Takeda Ranmaru —ordenó Raiden mientras alcanzaba las riendas de su caballo y se ataba el barboquejo del yelmo—. Y matad a todo aquel que quede en pie.

\* \* \*

Mariko oyó cómo el zumbido empezaba a concentrarse incluso antes de que el príncipe pronunciara su dictamen final. Agarró a Ren y le pasó su espada.

Evitaría que se derramara más sangre esa noche, costara lo que costara. No podía soportar perder a alguien a quien quería.

—Dame patadas y golpéame si tienes que hacerlo —le dijo en tono insistente—. Hazles creer que me odias. Intercámbiame por tu seguridad.

El chico abrió los ojos al máximo mientras ella se embadurnaba la cara y la ropa con barro.

—¡No te quedes ahí plantado! —exclamó—. Esta es tu oportunidad de odiarme como siempre lo has hecho.

El muchacho tragó saliva.

—Yo... lo siento de verdad —se limitó a decir—. No era lo que quería sentir, señorito Lampiño.

Dicho esto, la sacó de las sombras de un empujón.

—Intenta no cojear —le dijo ella entre dientes—. Sé fuerte. No tengas miedo.

El arma vaciló a su espalda.

—Mantente derecho, Ren —susurró—. La única flaqueza es la flaqueza del espíritu.

Los hombres que tenía delante gritaron cuando ambos aparecieron ante su vista. El zumbido que rodeaba a Ōkami no hizo más que aumentar de intensidad. Ranmaru —o más bien Tsuneoki— le puso una mano en el hombro al Lobo. Sólo entonces el sonido empezó a disiparse poco a poco.

Mariko detuvo su marcha a diez pasos de distancia. Ren carraspeó. En un abrir y cerrar de ojos, le colocó la hoja del tanto en la garganta.

—¿Querías a tu prometida, Minamoto Raiden? Pues aquí la tienes. Te la devolveré de una pieza. Con una condición.

El príncipe dejó caer las riendas.

—¿Por qué iba a querer a una prometida que me ha traicionado?

—¿Esta muchacha ridícula? —Ren soltó una risotada de loco—. No podría ni traicionarse a sí misma. Ha llorado hasta quedarse dormida la mayoría de las noches. Mírala. Está asquerosa. Cuando la hicimos prisionera, no teníamos ni idea de quién era.

Kenshin avanzó un paso.

—¿Mariko? ¿Es eso cierto?

Ver a su hermano no fue lo que hizo que se le saltaran las lágrimas. Fue la idea de que aquellos que le importaban —sus amigos, el chico de su corazón— pudieran morir. Las lágrimas se le acumularon y acabaron manándole; le surcaron la cara llena de barro y sangre.

—Kenshin —dijo con voz temblorosa—. Por favor, llévame lejos de aquí. Mi señor Raiden, estos hombres me raptaron. Son unos mentirosos y unos ladrones. Me han tratado de un modo abominable.

El hijo del emperador permaneció impertérrito. Continuó dirigiéndose a Ren y no a ella:

—Aunque sea mi prometida, ¿qué te hace pensar que intercambiaríamos a Hattori Mariko por las vidas de todos los hombres que queden en pie? —dijo, con la mano aún apoyada en la empuñadura de su *katana*.

En ese momento, Mariko experimentó el primer sentimiento de odio por su prometido. Y supo que no sería el último.

—Porque no es sólo una vida la que se intercambiaría. Dejad al resto de mis hombres en paz y yo también iré contigo —respondió Ōkami con absoluta calma.

«¡No!».

Mariko se tragó la imperiosa necesidad de gritar. De protestar.

Pero Minamoto Raiden esbozó otra sonrisa amenazadora. Y el trato quedó sellado.

Ren la empujó hasta el corrillo. Kenshin se acercó más y su hermana recorrió el resto del camino de una carrera. Cuando pasó junto a Asano Tsuneoki —el verdadero hijo de Asano Naganori—, sus miradas se encontraron durante un instante. Los ojos del joven brillaron, amarillos y montaraces, al asentir una vez con la cabeza.

Y la mirada fue una promesa. La bestia estaría a su espalda. Manteniendo la guardia. Siempre.

Kenshin la abrazó con fuerza. Las lágrimas seguían cayendo sin freno por la cara de Mariko.

Por encima del hombro de su hermano, vio que Raiden empujaba a Ōkami hasta

que este se arrodillaba en el barro. Contempló cómo los soldados imperiales le encadenaban las muñecas. Cerró con fuerza los ojos para intentar borrar esa imagen de su mente.

—Te llevaré a casa —le dijo Kenshin en voz baja.

—No —contestó—. En casa no me queda nada. Llévame a Inako. —Desvió la mirada empañada de lágrimas hasta la cara de su prometido, desafiándolo a volver a ponerle las manos encima a Ōkami—. Si mi señor Raiden sigue creyéndome digna de él, estoy lista para empezar mi vida en la corte imperial.

—¿Estás segura?

Las lágrimas le quemaban en los ojos mientras observaba cómo los soldados imperiales, sonrientes y burlones, arrastraban al hijo de Takeda Shingen hasta los pies de su hermano.

—No he estado más segura de algo en toda mi vida.

## FINAL



Iba a ser una ceremonia del té inusual.

En un lugar inusual. A una hora inusual. Pero su emperador siempre había sido un hombre inusual.

Su majestad imperial Yamoto Genmei, emperatriz de Wa, se dirigió despacio al pabellón de la contemplación de la luna. Cada paso era un viaje en sí mismo. Un recordatorio.

La procesión iba por dentro. No mostraba lo nerviosa que estaba. Los años vividos en el castillo Heian le habían enseñado que era preferible ocultar sus emociones al mundo.

El emperador la había invitado a tomar el té esa noche.

Hacía años que no la invitaba a compartir algo con él. Años que no le pedía que participase en algo bajo las estrellas. Y el pabellón de la contemplación de la luna era uno de sus lugares favoritos para disfrutar de una cálida velada estival. De hecho, aquel pabellón en particular lo habían construido para *ella*. Para su ramera, Kanako.

Detuvo sus pasos. Rebuscó en su manga y sacó un vial de cristal diminuto. Se deslizó una gota debajo de la lengua e inhaló profundamente, dejando que la tintura le bajara por la garganta. Que le helara los nervios ardientes.

Alzó la cabeza y continuó su camino. Su esposo le había pedido que lo acompañara esa noche. En eso no estaba equivocada.

Cuando llegó al pabellón, el emperador ya se encontraba allí, con las manos a la espalda y la cabeza girada hacia las estrellas. Miró en su dirección al ver que se quitaba las *zori* lacadas y hacía una reverencia en lo alto de los escalones.

—Me alegro de que estés aquí —le dijo con una sonrisa.

—Mi soberano me ha pedido que venga.

—Podrías haberte negado.

—Nunca os he negado nada.

—Da igual, podrías haberlo hecho esta noche.

Genmei agachó la cabeza.

—He dedicado mi vida a servir a mi emperador.

Él sonrió de nuevo. A continuación, la condujo al tatami ubicado delante del brasero de hierro del té.

—¿Tomarás el té conmigo?

Ella hizo otra reverencia.

—Sólo si me permitís que os lo sirva.

Él asintió con calidez.

La seda del elegante kimono de Genmei y sus calcetines *tabi* acariciaron las esterillas cuando se arrodilló ante el brasero. Con extremada precaución y cuidado, empezó a doblar un paño naranja limpio en tres y luego a enrollarlo. Con uno de sus lados, levantó la tapa del brasero de hierro.

El emperador se arrodilló frente a ella. Desde aquella posición, sus rasgos parecían casi amables.

Utilizó el largo cucharón de bambú para verter agua hirviendo en un cuenquito de porcelana vidriada. Lo enjuagó y, con otro extremo del paño naranja, lo secó antes de echar con mucho cuidado tres cucharaditas de polvo de *matcha* verde claro en su interior.

Con una varilla de bambú y otro cucharón de agua humeante, mezcló el contenido hasta que quedó espumoso y ligero. Cada uno de sus movimientos era preciso. Sereno. Habilidoso.

Así era la ceremonia del té. Llena de armonía, respeto, pureza y tranquilidad.

Secó los bordes antes de girar el cuenco hacia el emperador y tendérselo con una sonrisa casi vacilante.

Había muchas cosas entre ellos. Muchos sentimientos tácitos.

El emperador dio un gran sorbo y dejó el cuenco.

Genmei lo enjuagó y repitió el proceso para beber del mismo recipiente. Para participar de la misma ceremonia de armonía y respeto.

—No he sido amable contigo —dijo él en voz baja cuando Genmei hubo acabado de beber su té.

Ella no respondió. Se negaba a permitir que la esperanza se colara en su mente.

La esperanza era un veneno para su mundo.

—No deseaba que las cosas sucedieran así, pero ojalá cambien en el futuro —continuó.

—Perdonadme, mi soberano, pero ¿cómo van a cambiar cuando..., cuando *ella* sigue aquí? —repuso Genmei, y sus palabras sonaron envenenadas.

—Kanakano es mi consorte real. No va a marcharse del castillo Heian. —El tono del emperador era firme—. Pero quiero arreglar las cosas entre nosotros. Quiero tender un puente entre nuestros mundos.

—¿Por qué?

—Porque miro a nuestro hijo y quiero que sea mejor que nosotros, Genmei. —Suspiró—. Quiero que le demos mejor ejemplo.

—Roku ya es mejor que nosotros.

—Sé que puedo ser mejor. Que podemos ser mejores.

El emperador se levantó y puso rumbo a los escalones del pabellón, donde la esperó.

Algo que nunca había hecho.



Genmei lo siguió con recelo. Se calzaron las *zori* y caminaron juntos hacia el borde del estanque. Los cerosos nenúfares resplandecían bajo una luna llena fantasmal. Las ranas y las cigarras cantaban juntas en un coro disonante.

El emperador carraspeó.

—Hay odio entre nosotros.

—Lo hay —coincidió su esposa.

—¿No te gustaría que lo superásemos? ¿Por el bien de nuestro hijo?

La emperatriz se volvió hacia él y lo miró a los ojos.

Él tosió al confrontar su mirada. Se puso colorado.

Hubo un tiempo en que habría dado cualquier cosa por oírle pronunciar esas palabras. Por oírle decir que se preocupaba por ella —que se preocupaba por el futuro de ambos—, aunque sólo fuera mínimamente.

El emperador volvió a carraspear y se llevó un puño a los labios. La certeza empezó a cobrar forma ante sus ojos, que se abrieron desmesuradamente mientras sus dedos se aferraban al cuello de su traje.

Intentó gritar, pero su voz permaneció alojada en su garganta.

Genmei guardaba silencio. Se limitaba a observar.

Tranquila. En armonía consigo misma.

Vio cómo el emperador de Wa se precipitaba al estanque situado junto a su pabellón de contemplación de la luna favorito.

Contempló a su marido por unos instantes.

—No, mi soberano —susurró—. No podemos superar nuestro odio, pero haré lo que sea necesario para proteger a nuestro hijo de vuestros errores.

Y, con la punta de su sandalia lacada, le hundió la cabeza en el agua.

Después respiró hondo, se metió en el estanque y empezó a gritar.

—¡Ayuda! ¡Que alguien me ayude! ¡El emperador se ha caído!

Por encima de ellos, una golondrina de alas iridiscentes alzó el vuelo impulsada por una ráfaga de viento.

Y se perdió en la noche.

## FIN DEL PRIMER LIBRO

# GLOSARIO



**Akuma:** Espíritu maligno del folclore japonés.

**Amazura:** Sirope dulce.

**Anate:** Orden para «disparar», como en «disparar una flecha».

**Ashigaru:** Soldados de infantería.

**Bansenshūkai:** Antiguo manual sobre el *shinobi no mono* el arte del *ninja*.

**Bō.** Bastón.

**Boro:** Tela hecha con retales que llevan las sirvientas y los campesinos.

**Bushidō:** El camino del guerrero.

**-chan:** Diminutivo y expresión de afecto, como en *Chiyo-chan*.

**Chūgi:** Lealtad; uno de los principios del *bushidō*.

**Daifuku:** Dulce de arroz glutinoso relleno con pasta de judías.

**Daimio:** Señor feudal que suele ser vasallo del sogún; el equivalente a un conde inglés.

**Dō:** Peto de la armadura.

**Fūrinkazan:** Espada de luz, asociada con el clan Takeda; lleva inscritas las frases «Ligero como el viento. Silencioso como el bosque. Fiero como el fuego. Firme como la montaña».

**Geiko:** *Geisha*.

**Gi:** Integridad; uno de los principios del *bushidō*.

**Go:** Complicado juego de mesa de estrategia para dos jugadores; mediante el uso de fichas blancas y negras llamadas «piedras», el objetivo es cercar un territorio más amplio que el de tu contrincante.

**Hachimaki:** Cinta para la cabeza.

**Hakama:** Prenda de ropa tradicional que consiste en unos pantalones plisados sobre la parte superior de un kimono.

**Haori:** Especie de abrigo.

**Honshō:** Verdadero.

**Ichigo ichie:** Una vida, un encuentro; es decir «vivo en ese momento», «sólo por esta vez».

**Jin:** Benevolencia; uno de los principales del *bushidō*.

**Jinmaku:** Recinto de campamento.

**Jubokko:** Árbol vampírico.

**Kaburaya:** Flecha sibilante.

**Kagemusha:** Guerrero en la sombra, hombre en segundo plano.

**Kanabō:** Garrote con pinchos o porra.

**Kata:** Combinaciones de movimientos para la práctica de las artes marciales.

**Katana:** Tipo de sable.

**Koku:** Unidad de medida típicamente asociada a la tierra en tiempos feudales.

**Kosode:** Túnica sencilla que llevan ambos sexos.

**Kunai:** Tipo de daga.

**Maiko:** Aprendiz de *geiko*.

**Makoto:** Honradez; uno de los principios del *bushidō*.

**Maru:** Muralla exterior de un castillo.

**Meiyo:** Honor; uno de los principios del *bushidō*.

**Naginata:** Arma blanca de empuñadura larga.

**Norimono:** Litera (vehículo); palanquín.

**Obi:** Fajín ancho.

**Ōka:** Madre.

**Ponzu:** Salsa que contiene cítricos, vinagre y soja.

**Rei:** Respeto; uno de los principios del *bushidō*.

**Rōnin:** Samurái sin amo.

**Ryō:** Moneda de oro.

**-sama:** Término de respeto, un poco más formal que *-san*, como en *Mariko-sama*.

**Saya:** Vaina.

**Sensei:** Maestro.

**Seppuku:** Suicidio ritual.

**Shamisen:** Instrumento de cuerda.

**Shinobi no mono:** El arte del ninja.

**Shodō:** Caligrafía.

**Sogún:** Líder militar.

**Sumimasen:** Gracias.

**Tabi:** Calcetines que separan el dedo gordo del pie del resto.

**Tantō:** Arma más corta que la *wakizashi*.

**Tatami:** Esterilla tejida por lo general con paja de arroz.

**Tatsumura:** Tipo de gasa de seda excepcional utilizada para tejer kimonos de valor incalculable.

**Tsuba:** Guarda de una espada.

**Uba:** Niñera.

**Umeshu:** Vino de ciruela.

**Wakasama:** Señor feudal joven.

**Wakizashi:** Arma similar a la *katana*, pero más corta; los samuráis solían llevar ambas a la vez.

**Washi:** Tipo de papel que suele hacerse utilizando fibras de la corteza del árbol del *gampi*.

**Yabusame:** Arqueros a caballo.

**Yōkai:** Demonio del bosque.

**Yoroihitatare:** Túnica blindada.

**Yūki:** Valor; uno de los principios del *bushidō*.

**Yuzu:** Pequeña fruta cítrica de sabor agrio parecida al pomelo.

**Zori.** Tipo de sandalia.

# AGRADECIMIENTOS



«Uno debe comprender que hay más de un camino  
para llegar a la cima de una montaña»

MIYAMOTO MUSASHI

**H**e escrito siete novelas, algunas de las cuales —por suerte— nunca verán la luz. Cada vez que acabo de escribir un libro, me tomo un momento para pensar en lo que la experiencia me ha enseñado. En muchos aspectos, *La llama en la niebla* ha sido el mayor reto al que me he enfrentado profesionalmente.

Y también uno de los más gratificantes.

Pero, claro, se necesita a todo un ejército para ponerme en la dirección correcta. A mi brújula —mi agente, Barbara Poelle—: te doy las gracias todos los días. Por tu sabiduría, tu orientación, tu sentido del humor y tu sinceridad; este sueño nunca sería posible sin ti.

A mi editora, Stacey Barney: ¿acaso hay palabras suficientes para expresar mi gratitud? Creo que no. Así que tendremos que vaciar unos cuantos restaurantes más y asegurarnos de que en cada sitio adonde vayamos resuenen nuestras risas.

Al genial equipo de Penguin: vuestra pasión sin límites no deja de sorprenderme. El trabajo que hacéis —y el que me permitís hacer— es importantísimo, y ahora más que nunca. A Kate Meltzer y a mi infatigable publicista Marisa Russell: siempre lográis que este barco siga su curso. Mil gracias. Mi gratitud infinita a Carmela Iaria, Alexis Watts, Doni Kay, Chandra Wohleber, Theresa Evangelista, Eileen Savage, Jen Besser, Elyse Marshall, Lisa Kelly, Lindsay Boggs, Sheila Hennessey, Shanta Newlin, Erin Berger, Christina Colangelo, Colleen Conway, Judy Parks Samuels, Tara Shanahan y Bri Lockhart. Y una breve mención especial a Kara Brammer por sus ingeniosas ideas.

Durante estos últimos años, he tenido el privilegio de conocer a un montón de blogueros, bibliotecarios, lectores y amantes de los libros de todo el mundo, y de interactuar con ellos. Muchas gracias por las risas, el fan art, las cartas y la emoción compartida. Sois la razón por la que hago lo que hago. Un saludo especial a Natasha Polis y Christine Riccio: aquel pájaro de San Diego nunca será el mismo después de vernos.

A mis hermanas escritoras Joy Callaway, Sarah Henning, Ricki Schultz, JJ

Roshani Chokshi y Traci Chee: me muero de ganas de ver lo que nos depara el futuro mientras seguimos juntas en este viaje.

A las primeras lectoras de *La llama en la niebla*, Sabaa Tahir, Marie Rutkoski, la Dra. Jan Bardsley, Misa Sugiura y Sarah Nicole Lemon: vuestras notas, vuestros consejos y vuestro cariño no tienen precio. Este libro no sería el mismo sin vosotras. Cualquier error o descuido que pueda hallarse entre sus páginas es sólo mío.

Entre los mayores regalos que me ha proporcionado esta carrera está el hecho de haber trabado amistad con tantísimos escritores de talento. A Beth Revis, Lauren DeStefano, Sona Charaipotra, mi compañera de gira Dhonielle Clayton, Victoria Aveyard, Adam Silvera, David Arnold, Nicki y David Yoon, Victoria Schwab, Jason Reynolds, Daniel Jose Older, Brendan Reichs, Soman Chainani, Margie Stohl, Kami Garda, Megan Miranda, Gwenda Bond, Sarah Maas, Cassie Beasley, Lauren Billings, Christina Hobbs y Nic Stone: gracias por las risas y las maravillosas charlas hasta las tantas. Lo, no creo que pueda volver a Las Vegas sin ti. Brendan y Kami: gracias por enfrentarnos a la araña gigante en nuestra búsqueda del Anillo Único.

A Marie Lu y Carrie Ryan por ser fuentes constantes de apoyo y afecto. Cada vez que nos vemos, me gustaría no marcharme nunca.

A mi ayudante, Sarah Weiss: gracias por asegurarte de que puntúo cada i y le pongo el palito a cada t con ese estilo y esa gracia que tienes.

A Brita Lundberg, Heather Baror-Shapiro y el maravilloso equipo de IGLA: gracias por vuestro trabajo infatigable y por vuestra incesante profesionalidad.

A Sabaa: cada vez que veo un siete, le doy las gracias a las estrellas por ti.

A Elaine: no hay palabras para expresar lo mucho que tu amistad significa para mí. En lo bueno y en lo no tan bueno, siempre has sido mi faro.

A mis hermanas (Erica, Ian, Chris e Izzy): gracias por vuestro amor y vuestro apoyo. Por muchos años más celebrándolo todo como sólo nosotras sabemos. A mis padres (umma, mama Joon, baba Joon y papá): gracias por toda una vida de amor y ejemplaridad.

A Omid, Julie, Navid, Jinda, Evelyn, Isabelle, Andrew, Ella y Lily: gracias por estar ahí en cada acontecimiento agradable y por capear el temporal de la mejor manera posible; juntas.

Y a Vic: no importa qué camino tomemos para subir la montaña. Lo único que importa es que tú estés conmigo.



RENÉE AHDIEH nació el 7 de julio de 1983. Como su madre era de Corea del Sur, pasó los primeros años viviendo en este país. Su padre es de Estados Unidos. La familia se mudó a Estados Unidos, donde asistió a la universidad.

Fue a la universidad en Chapel Hill y se graduó en la de Carolina del Norte.

Actualmente reside en Charlotte, Carolina del Norte, donde vive con su esposo, Víctor, y un perro, llamado Mushu. Ahora es conocida como una autora estadounidense de fantasía juvenil.